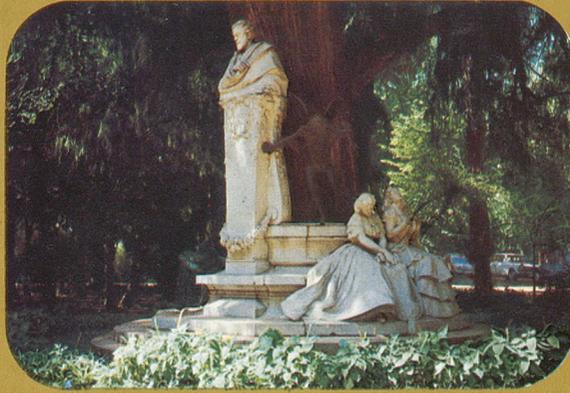


MUNDO HISPÁNICO

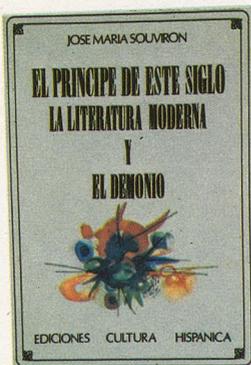
N.º 272 - NOVIEMBRE 1970 - 35 Ptas.



BECCOUER

NUMERO
EXTRAORDINARIO

Ediciones Cultura Hispánica

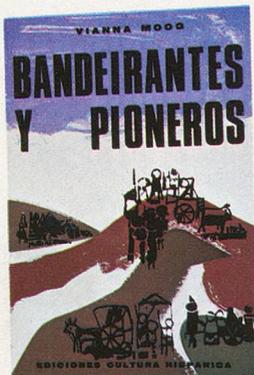


**EL PRINCIPE DE ESTE SIGLO.
LA LITERATURA MODERNA
Y EL DEMONIO**

JOSÉ MARÍA SOUBIRÓN
2.^a edición
(Premio Nacional de Literatura)
Precio: 250 pesetas



LOS INSTANTES
JORGE ARBELECHE
Precio: 70 pesetas

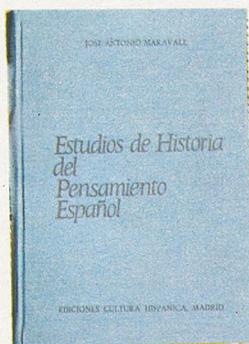


BANDEIRANTES Y PIONEROS

VIANNA MOOG
Precio: 225 pesetas

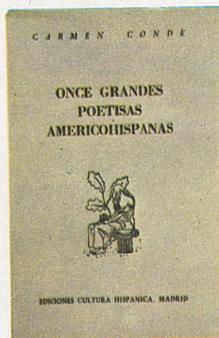


HABLANDO SOLO
JOSÉ GARCÍA NIETO
Premio de Poesía Castellana
«Ciudad de Barcelona» 1967.
Precio: 115 pesetas



**ESTUDIOS DE HISTORIA
DEL PENSAMIENTO ESPAÑOL
(EDAD MEDIA)**

JOSÉ ANTONIO MARAVALL
Precio: 300 pesetas



**ONCE GRANDES POETISAS
AMERICO-HISPANAS**
Demira Agustini, Gabriela Mistral,
Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni,
Clara Silva, Dulce María Loynaz,
Dora Isella Russell, Julia de Burgos,
Amanda Berenguer, Fina García Marruz,
Ida Vitale.
CARMEN CONDE
Precio: 250 pesetas



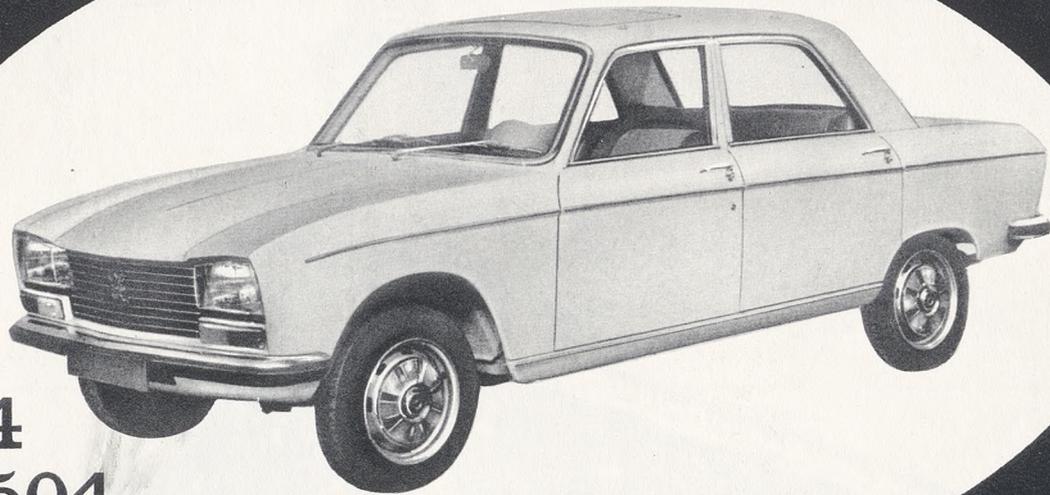
**JUAN VAZQUEZ CORONADO
Y SU ETICA EN LA CONQUISTA
DE COSTA RICA**

VICTORIA URBANO
Precio: 250 pesetas

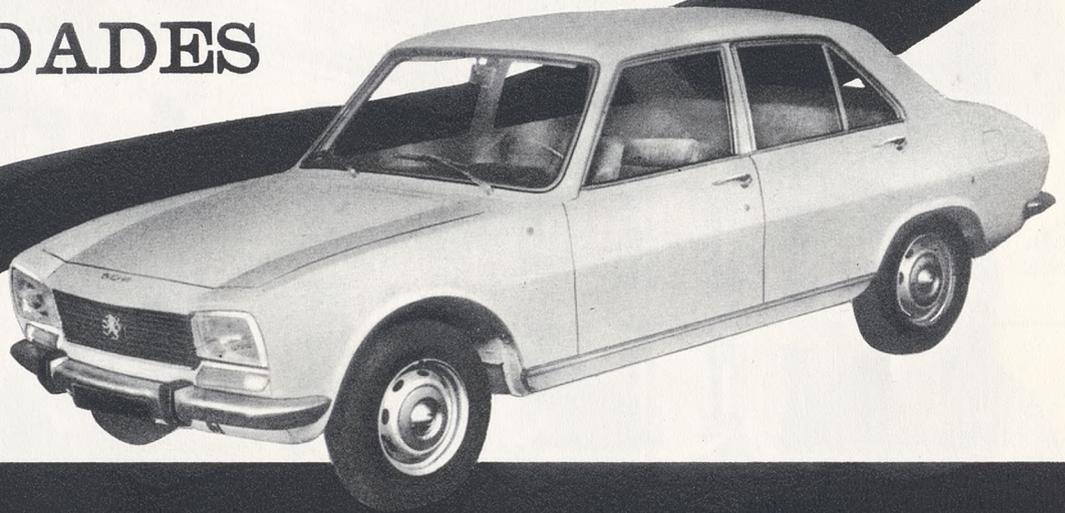
PEDIDOS
INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA
Distribución de Publicaciones.

Av. de los Reyes Católicos, s/n. - MADRID - 3.

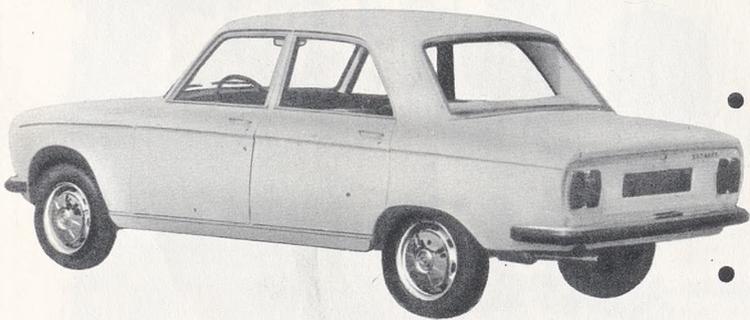
DISTRIBUIDOR
E. I. S. A. - Oñate, 15. - MADRID - 20.



**EL 304
Y EL 504
DOS NOVEDADES
PEUGEOT**



PEUGEOT, CON SU TRADICIONAL PRESTIGIO LE OFRECE ESTOS DOS MODELOS: EL 304 Y EL 504. SON AUTOMOVILES DE LOS MAS SOLICITADOS Y PRESTIGIOSOS QUE FABRICAMOS LOS EUROPEOS. CUALQUIERA DE SUS MODELOS UTILITARIOS, DE LUJO O FAMILIARES, GOZA DE LAS VENTAJAS **PEUGEOT:**



- VELOCIDAD elevada, manteniendo su característica estabilidad.
- GRAN CAPACIDAD para personas y equipajes.
- SEGURIDAD total en carretera.
- SERVICIOS de asistencia técnica en toda Europa.
- CONFORT a cualquier velocidad y en cualquier circunstancia.

**MATRICULA
TURISTICA
CON RECOMPRA
GARANTIZADA**

Infórmese:

**DISTRIBUIDORES PARA ESPAÑA:
S. A. E., AUTOMOVILES PEUGEOT**

Av. de los Toreros, 6 - Madrid-2



BANCO IBERICO

CAPITAL 820.750.000,00 ptas.
RESERVAS 822.778.927,44 »

REALIZA TODA CLASE DE OPERACIONES
DE BANCA Y BOLSA

SUCURSALES Y AGENCIAS

DIRECCION TELEGRAFICA: BANKIBER

Aprobado por el Banco de España con el número 7.974

PREMIOS NOBEL ESPAÑOLES

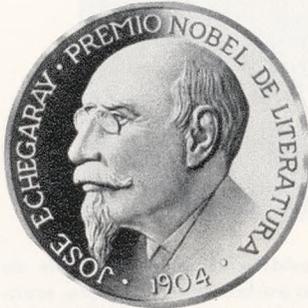
EMISION ESPECIAL CONMEMORATIVA
de 5 acuñaciones en oro de 22 quilates 917/1000

Colección realizada por

Acuñaciones Españolas, S.A.

como homenaje al arte y a la ciencia de cinco insignes españoles.

ANVERSO

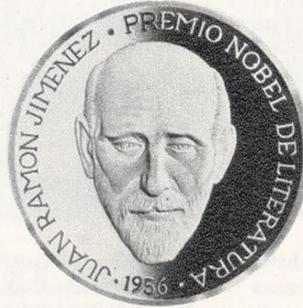


REVERSO



JOSE ECHEGARAY Y EIZAGUIRRE.-Premio Nobel de Literatura, en el año 1904, compartido con Frédéric Mistral (Francia) Nació en 1833 - Madrid. Murió en 1916 - Madrid.

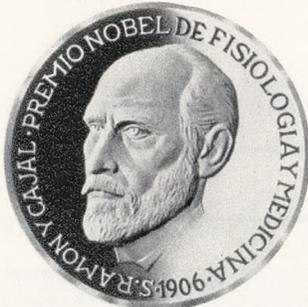
ANVERSO



REVERSO



JUAN RAMON JIMENEZ.- Premio Nobel de Literatura, en el año 1956 - Nació en 1881 - Moguer (Huelva). Murió en 1958 - San Juan de Puerto Rico.



SANTIAGO RAMON Y CAJAL.- Premio Nobel de Fisiología y Medicina, en el año 1906, compartido con Camillo Golgi (Italia). - Nació en 1852 - Petilla de Aragón (Navarra). Murió en 1934 - Madrid.



SEVERO OCHOA DE ALBORNOZ.- Premio Nobel de Fisiología y Medicina, en el año 1959, compartido con Arthur Kornberg (U.S.A.). - Nació en 1905 - Luarca (Asturias).



JACINTO BENAVENTE Y MARTINEZ.- Premio Nobel de Literatura, en el año 1922. - Nació en 1866 - Madrid. Murió en 1954 - Madrid.

DE VENTA A TRAVES
DE LAS ENTIDADES BANCARIAS.
Pida folleto explicativo

Oro de 22 quilates

Pesos, diámetros y precios de las acuñaciones:

Una de 7 gr. y 24 mm. Ø	Pesetas	1.190
Colección completa	"	5.950
Una de 10'5 gr. y 26 mm. Ø	Pesetas	1.785
Colección completa	"	8.925
Una de 17'5 gr. y 32 mm. Ø	Pesetas	2.975
Colección completa	"	14.875
Una de 35 gr. y 40 mm. Ø	Pesetas	5.950
Colección completa	"	29.750
Una de 70 gr. y 50 mm. Ø	Pesetas	11.900
Colección completa	"	59.500

También se pueden adquirir las cinco piezas del mismo personaje en un solo estuche en sus distintos tamaños. Precio de esta serie Pesetas 23.800

Estos precios son revisables según las fluctuaciones de la cotización mundial del oro.

La fabricación y distribución en exclusiva mundial ha sido concedida a:



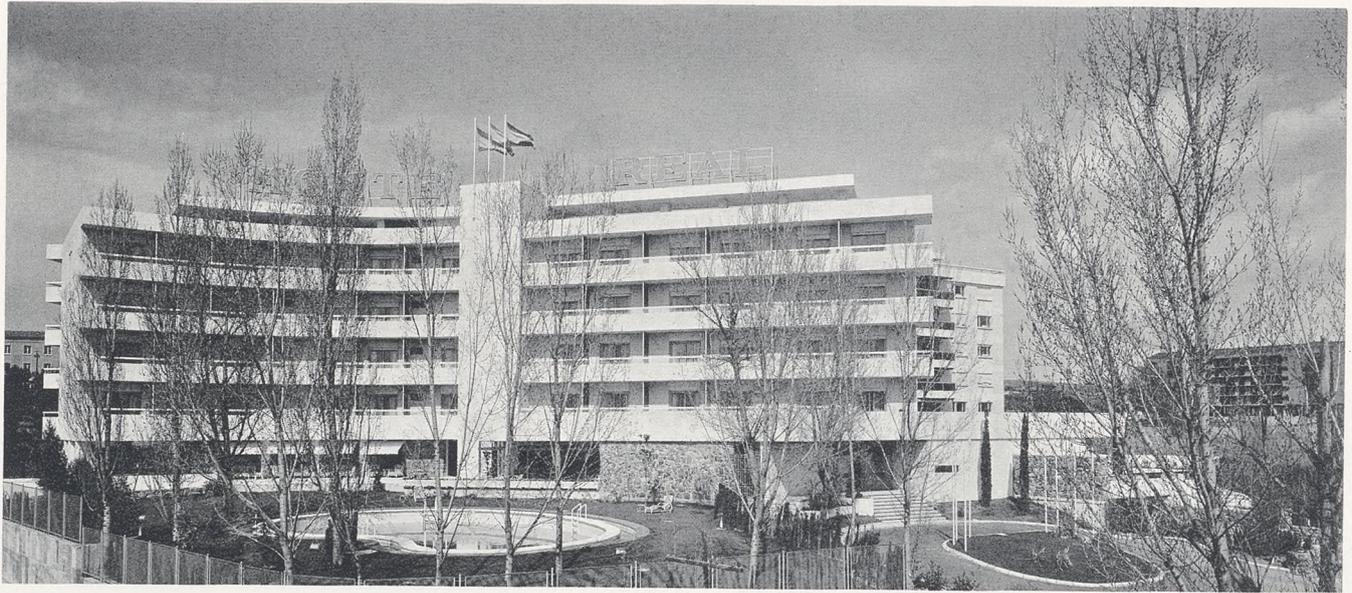
Acuñaciones Españolas, S.A.

Avda. Gralmo. Franco, 466 - Tels. 228 14 98 y 228 08 81 - Teleg.: Acuñaciones - BARCELONA-8



Monte-Real Hotel

UN NUEVO Y Suntuoso HOTEL DE CINCO ESTRELLAS,
A SIETE MINUTOS DEL CENTRO DE LA CIUDAD



MONTE-REAL HOTEL dispone de habitaciones, suites y salones con amplias terrazas y espléndidas vistas a la sierra y campo de golf Puerta de Hierro, con aire acondicionado, radio y televisión. Restaurante de

invierno y verano. Bares. Salón para reuniones y Consejos. Exposiciones de Arte. Club. Piscina. Tenis. Boutique. Salones de belleza y saunas. Servicio y alquiler de automóviles. Garage.

En la zona residencial más agradable de Madrid, por su ambiente distinguido, tranquilo y rodeado de jardines, MONTE-REAL HOTEL ofrece un confortable descanso con unos esmerados servicios.

MONTE-REAL HOTEL MADRID

ARROYO FRESNO, N.º 1 - Dirección telegráfica: REALMONTEL - Telex: 22089 MAVEL E - Teléfono: 216-21-40 (10 líneas) - MADRID-20



**su tipo de
refresco**





sumario
MUNDO
HISPÁNICO

Director: José García Nieto - Noviembre 1970 - Año XXIII - N.º 272

DIRECCION, REDACCION
 Y ADMINISTRACION
 Avenida de los Reyes Católicos
 Ciudad Universitaria, Madrid-3

TELEFONOS

Redacción 244 06 00
 Administración 243 92 79

DIRECCION POSTAL PARA
 TODOS LOS SERVICIOS

Apartado de Correos 245
 Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
 Ediciones Iberoamericanas
 (E. I. S. A.)

Oñate, 15 - Madrid-20
 IMPRESO POR

HERACLIO FOURNIER, S. A. - VITORIA
 ENTERED AS SECOND CLASS MAT-
 TER AT THE POST OFFICE AT
 NEW YORK, MONTHLY: 1969.
 NUMBER 258, "MUNDO HISPANI-
 CO" ROIG SPANISH BOOKS, 208
 WEST 14th Street, NEW YORK,
 N. Y. 10011

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA Y PORTUGAL.—Un año:
 sin certificar, 250 ptas.; cer-
 tificado, 280 ptas. Dos años:
 sin certificar, 400 ptas.; cer-
 tificado, 460 ptas. Tres años:
 sin certificar, 600 ptas.; cer-
 tificado, 690 ptas.

IBEROAMERICA Y FILIPINAS.—Un
 año: sin certificar, 7 dólares;
 certificado, 7,50 dólares. Dos
 años: sin certificar, 12 dóla-
 res; certificado, 13 dólares. Tres
 años: sin certificar, 17 dóla-
 res; certificado, 18,50 dólares.

EUROPA, ESTADOS UNIDOS, PUER-
 TO RICO Y OTROS PAISES.—Un
 año: sin certificar, 8 dólares;
 certificado, 9 dólares. Dos años:
 sin certificar, 14 dólares; cer-
 tificado, 16 dólares. Tres años:
 sin certificar, 20 dólares; cer-
 tificado, 23 dólares.

En los precios anteriormente in-
 dicados están incluidos los gastos
 de envío por correo ordinario.
 Depósito legal: M. 1.034-1958

PORTADA: Monumento a Bécquer en el Parque de María Luisa (Sevilla):
 Claustro de Veruela 1
 Bécquer o el ser romántico, por José María Pemán..... 8
 Cronología..... 10
 La creación lírica de Bécquer en una de sus Rimas, por Joaquín de Entrambasaguas. 12
 Bécquer y Madrid, por Federico Carlos Sainz de Robles 16
 El poeta, en fondo madrileño, por Miguel Pérez Ferrero 20
 Sobre los escenarios de las Rimas, por Juan Antonio Cabezas 23
 Su influencia americana, por Gastón Baquero 26
 Los caminos, por José Gerardo Manrique de Lara..... 28
 Las Leyendas, por Carmen Bravo Villasante..... 40
 Bécquer y el Teatro, por Alfredo Marquerie..... 42
 El poeta y los jóvenes..... 44
 La tisis o el mal del siglo, por Alfonso Paso..... 46
 En Veruela, por Ernesto La Orden Miracle..... 48
 Soria pura, por José Antonio Pérez-Rioja..... 51
 El periodista, por Gregorio Marañón Moya..... 54
 Lectura de Bécquer, por Carmen Conde 56
 Mujeres en la vida del poeta..... 58
 Abanico de novedades, por Dionisio Gamallo Fierros..... 60
 Josefina Espin y la Rima XXVII, por Rafael Montesinos..... 63
 Gustavo Adolfo Bécquer en su Centenario, por Mariano Sánchez de Palacios.... 66
 Valeriano Bécquer, huésped de las nieblas, por Luis López Anglada 68
 Album de Señoritas y Correo de la Moda, por Rafael Azuar..... 70
 Bibliografía, por J. A. P.-R..... 76
 Hoy y mañana de la Hispanidad..... 79
 Objetivo hispánico..... 87
 Centenario de la Ley Orgánica Judicial y Conferencia de los ministros de
 Justicia, por Nívio López Pellón 92
 Contraportada: Gustavo Adolfo Bécquer, por J. Mon (1877), cop. arch. de R. M. 96



BECQUER

por José María Pemán



CON ocasión del centenario de Gustavo Adolfo Bécquer hube de hacer, más que un discurso de circunstancia, una comunicación a la Real Academia. Bécquer es indudablemente un poeta «aparte». No tiene sitio claro en la poesía española, cuando se la trata como sinopsis erudita. Juan Ramón Jiménez le consideraba la raíz de todo el modernismo. Pero muy a menudo al hacer la evocación nominal de todo ese período o movimiento se olvida el nombre de Bécquer.

Por eso, no un profesor, sino un máximo poeta, Rubén Darío, es el que le ofreció, sin proponérselo, cuadrícula exacta en el esquema de la literatura moderna. El «romanticismo» había sido sometido ya a muy varias manipulaciones técnicas para su entendimiento: el despertar de lo indígena y propio frente a la latinidad; las lenguas «romances»; el medioevalismo gótico; el «roman» francés, como novela; «Les romanesques», título, de Edmond Rostand. Todavía los periodistas usan el rótulo «romance» en cuanto una actriz se enamora de un cantante; o en cuanto una princesa se casa con un fotógrafo.

En ese enfoque ya más existencial y humano, se coloca la puntualización genial de Rubén Darío, cuando trasladándose del plano literario al ontológico escribe: «¿Quién que es no es romántico?». Es el romanticismo no ya como modo de ser, sino como «ser». Una especie de cartesianismo de la emoción. No «pien-

so luego existo». Sino «estoy enamorado, estoy triste, soy romántico, luego existo».

En mi comunicación académica supuse, como facecia o parábola que Gustavo Adolfo se escapaba del árbol que sombrea su monumento en el Parque de María Luisa, de Sevilla. Unas chicas estudiantes que aprovechaban en un banco del paseo su vacación, le preguntan su nombre y le piden un autógrafo. Luego se declaran «hinchas» y «vamp» fanáticas de su obra «Esperando a Godot». Lo habían confundido con Samuel Becket.

El mundo de hoy espera a Godot —Dios: «God» según la lectura de Pedro Laín— y Godot no viene. Pero Bécquer canta algo más humano; algo que pasa y no se queda: el Amor que pasa. No el Amor como ente metafísico, sino según la interpretación quinteriana en la comedia de ese título como novio probable y marido posible. Las muchachas de Arenales del Río esperan de feria a feria al posible galán forastero que «no pase». Las chicas casaderas pasean por la estación y la voz profesional se vuelve como una sentencia del Hado: «un minuto de parada». Un minuto insuficiente para que el cruce de miradas decante en estabilidad de horas, días y años conyugales. También García Lorca elevó a tragedia el amor que pasa por la enlutada casa de Bernarda Alba.

Unos y otros reelaboran un tema constante de nuestros cancioneros: la solterona sin derecho ni de queja: «para mí

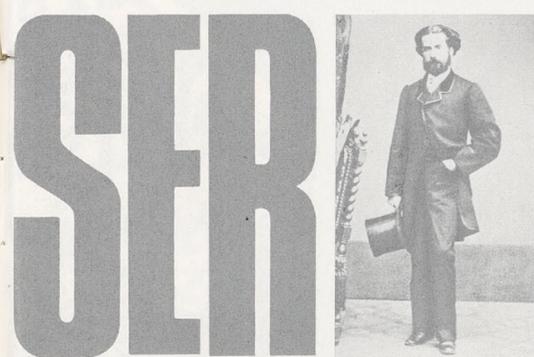
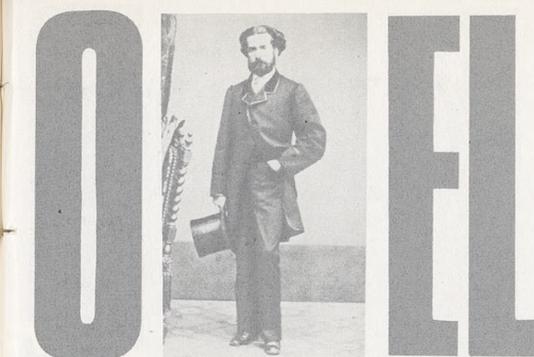
son mis penas, madre — para mí y no para nadie». Y Góngora embriodó las corvetas de su potro cordobés, reprimió sus caracoleos estilísticos, para cantar ese mismo dolor:

Mirad no os engañe el tiempo
la edad y la confianza.
¡Que se nos va la Pascua, mozas,
que se nos va la Pascua!

Es el mismo Amor que pasa: para Góngora de Pascua a Pascua, como para los Quintero, de feria a feria. Señalización distinta para una misma fugacidad con vencimiento anual.

El romanticismo de Bécquer es el romanticismo visto a nivel de muchachas, amor, flechazo, carta, beso o desdén. Quizás por esta trivialidad aparentemente menor del tema los amigos —Ferrán, Arnao, Nombela— que publicaron sus versos después de su muerte, llamaron al libro asépticamente: «Rimas». Pero la colección que Gustavo Adolfo tenía ya manuscrita en vida y que se perdió en un registro, en los días de la revolución, se llamaba el «Libro de los gorriones»: sino que sus gorriones no encontraran nido en la mente de sus albaceas.

Todo fue insuficiente en su «fama póstuma». También se le supuso influido por Heine en la traducción de Florentino Sanz. Hasta se especuló con su «apellido» alemán, que no era más que el apellido de un bisabuelo holandés que el poeta corrió de escala. Como pasó con Hart-



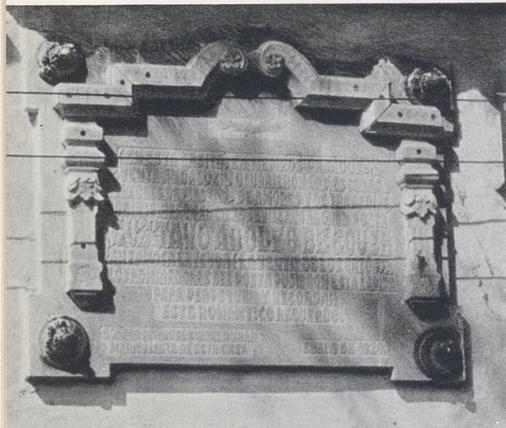
zenbusch cuyo drama «Los amantes de Teruel», para ampararlo con su apellido alemán, fue sentenciado como influido por Schiller, cuando estaba simplemente influido por Lope. El romanticismo vivo de Bécquer no tuvo más influencia que la de las coplas populares reunidas por Fernán Caballero y don Nicolás Böhl de Faber, su padre. Hasta el predominio de la rima asonante viene de la copla. Al cabo, ¿no se parecen las coplas, muchas veces, a las rimas de Bécquer? ¿No son románticas? ¿No son ontológicamente confesión de «seres» humanos, no de supuestos retóricos? Asintiendo a Rubén, las coplas son románticas y los copleros también.

En torno al monumento de Sevilla, sombreado por el gran árbol, se colocó un estantillo de mampostería donde estaban los libros todos de Bécquer, a disposición de cualquiera como decía un cartel: «entregados a la cultura del vecindario». Si bien esta «cultura» estaba respaldada por un guarda de bandolera, botas altas y bastón que vigilaba desde el bosque. Le pregunté un día si se llevaban, a pesar de esto, los libros, y me dijo que sí, «pero despacito». Desaparecen con un ritmo de mes y medio a dos meses. Esta especie de «raptó poético» honra, al cabo, al poeta y le coloca definitivamente en su puesto permanente de romántico de la verdad viva... Mes y medio o dos meses es el plazo que tarda en reaparecer, en nuestra «sociedad de consumo», un becqueriano o un romántico.

cronología

1836. Nace en Sevilla el 17 de febrero. Sus padres son doña Joaquina Bastida Vargas y don José María Domínguez Insausti. Sus hermanos mayores son Eduardo, Estanislao, Jorge Félix y Valeriano. En el mismo año es bautizado en la iglesia parroquial de San Lorenzo. Su madrina es doña Manuela Monehay.
1841. Muerte de su padre el 20 de enero.
1846. Hace su ingreso en el colegio de San Telmo, donde conoce al que será su íntimo amigo Narciso Campillo.
1847. Muerte de su madre y supresión por una real orden del colegio de San Telmo. Se va a vivir con su madrina.
1848. Escribe la «Oda a la muerte de don Alberto Lista».
1849. Estudia pintura con don Antonio Cabral Bejarano.
1851. Deja la casa de su madrina y se reúne con sus hermanos. Sigue sus estudios de pintura en el taller de su tío, Joaquín Domínguez Bécquer.
1852. Escribe la «Oda a la señorita Lelona en su partida».
1853. Conoce a Julio Nombela.
1854. Viaje a Madrid en galera acelerada. Llega el 1 de noviembre según nos confirman los documentos aportados por Balbín.
1855. Muere su madrina en Sevilla. Bécquer visita Toledo. Empiezan sus colaboraciones en «El Mundo». Interviene en la Corona poética a Quintana que se publica en «La España Musical y Literaria».
1856. Proyecto de la «Historia de los templos de España». Versión de «Notre Dame de París», con el título «Esmeralda», en colaboración con García Luna y Nombela. En colaboración con el primero de los citados, escribe «La novia y el pantalón» que aparece bajo el seudónimo de Adolfo García. Amistad con Ramón Rodríguez Correa.
1857. Salen a la luz las primeras entregas de la «Historia de los templos de España». Escribe con García Luna «La venta encantada» (zarzuela).
1858. Cae enfermo de gravedad. Valeriano Bécquer viene a Madrid llamado por los amigos de Gustavo Adolfo. Se publica «El caudillo de las manos rojas». Aparece en escena Julia Espín.
1859. Estreno de «Las distracciones» bajo la fórmula «Adolfo García». Se publica la zarzuela «La venta encantada». Aparece la primera Rima (XIII) en «El nene». Según Rica Brown, frecuenta el salón de los Espín. También se atribuye a este año el comienzo de sus relaciones con Elisa Guillén, personaje que algunas personas estiman como apócrifo.
1860. Estreno de «Tal para cual» con la firma de Adolfo García. Estreno de «La cruz del valle» que es fustigado por «La Iberia». Se publica «La cruz del diablo», las «Cartas literarias a una mujer» y la Rima LXI.

1861. Augusto Ferrán publica «La soledad» que produce una fuerte impresión a Gustavo Adolfo. El 19 de mayo se casa con Casta Esteban Navarro. Valeriano establece su residencia en Madrid. Se publican las siguientes leyendas: «La ajorca de oro», «La creación», «El monte de las ánimas», «¡Es raro!», «Los ojos verdes», «Maese Pérez el organista».
1862. Con Ramón Rodríguez Correa estrena «El nuevo figaro». Esta vez el seudónimo que utiliza es Adolfo Rodríguez. Publica las siguientes leyendas: «El rayo de luna», «Creed en Dios», «El aderezo de esmeraldas», «El Miserere», «El Cristo de la calavera», «Tres fechas», «La venta de los gatos». Colabora en la prensa con asiduidad.
1863. Publica la Rima XXVII. Nace su primer hijo y aparecen las siguientes leyendas: «El gnomo», «La cueva de la mora», «La promesa», «Apólogo», «La corza blanca», «El beso». Sigue prodigando sus colaboraciones. Estrena «Clara de Rosenberg» bajo la fórmula Adolfo Rodríguez.
- 1863/1864. Reside ocho meses en el monasterio de Veruela. Publica en «El Contemporáneo» las «Cartas desde mi celda». Aparece «La rosa de pasión». Siguen las colaboraciones. El 19 de diciembre de 1864 se le nombra oficialmente censor de novelas, gracias al mecenazgo del relevante político y escritor don Luis González Bravo. En la estancia en Veruela es visitado por Valeriano.
1865. Se publica la Rima XI. Nace su segundo hijo. Cambia el Gobierno y se ve obligado a dimitir su cargo de censor de novelas. Prosiguen sus colaboraciones y se publican en «El Museo Universal» unos comentarios a los dibujos de Valeriano.
1866. Vuelve a cambiar el Gobierno y, consiguientemente, es repuesto en su cargo de censor de novelas con la ayuda de González Bravo. Aparecen en «El Museo Universal» siete nuevas Rimas.
1867. Ordena las Rimas para su publicación por Luis González Bravo. Muerte de Luis García Luna. Formula petición de permiso por motivos de salud.
1868. Se separa de su mujer en Noviercas llevándose a sus hijos. Estalla la revolución. Se pierde el original de las Rimas entregado a González Bravo para su publicación. Cesa nuevamente en su cargo. Acompaña a González Bravo a París. Se publica la Rima IX. Inicia el «Libro de los gorriones». Marcha con su hermano Valeriano a vivir en Toledo.
1869. Vive en Toledo y rehace sus Rimas. Se traslada, por fin, a Madrid con Valeriano y los hijos de ambos, volviendo a colaborar en la prensa.
1870. Trabaja en «La Ilustración de Madrid» que pasa a su dirección. Publica la Rima IV. Muerte de Valeriano. Gustavo se muda a la calle de Claudio Coello. Vuelta de Casta Esteban. Muerte de Gustavo en el mes de diciembre.



En las fotos centrales, patio de la casa donde nació Bécquer, y calle de su nombre, en Sevilla. En esta página, lápidas conmemorativas en su casa natal, Venta de los Gatos, Soria y Madrid.

Lápidas a Bécquer en Toledo, Tarazona y Veruela. (Archivo R. M.)



LA CREACION LIRICA DE BECQUER EN UNA DE SUS «RIMAS»

por Joaquín de Entrambasaguas



A vida erótica de Bécquer — amor sin casamiento y matrimonio desamorado — tan intensa como apasionada, ya que breve, llega al punto muerto del desengaño, de la desesperanza definitiva y el poeta quiere olvidar los dominadores recuerdos de su existencia amorosa, mitad vida y mitad sueño...

A ese momento angustioso corresponde una rima concebida con una sinceridad lírica y una perfección poética que, hasta, en un gran poeta, como es Bécquer, suele darse pocas veces — aunque como él tenga otras obras de mayor envergadura —, con un mensaje metafórico, cuya huella se convierte en motivo lírico para otros poetas: lo que ha formado o constituye nuestro vivir y queremos apartarlo de él, creyendo olvidarlo o intentando destruirlo, se convierte en un cruel sufrimiento, al que hay que someterse, sin poder vencerlo.

Bécquer acertó maravillosamente cuando lo sentía en lo más hondo de su alma, con su interpretación lírica que, por su intimismo fundamental, y por su acierto, no puede dar lugar a ninguna servil imitación sino a una sugerencia metafórica en otros poetas, capaces de realizar lo mismo, originalmente, como el poeta sevillano, ya que a esta composición no se le ha señalado influencia ni paralelismo alguno, como a otras, quizás con demasiado asedio.

He aquí esta pequeña obra maestra — por su brevedad y apretada factura —, tan conocida como admirable, aunque no tengo noticia de que nadie haya parado especial atención crítica en ella para analizar su creación poética, que juzgo de evidente interés:

Como enjambre de abejas irritadas,
de un oscuro rincón de la memoria,
salen a perseguirme los recuerdos
de las pasadas horas.

Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil!
me rodean, me acosan,
y unos tras otros a clavarme vienen
el agudo aguijón que el alma encona.

La estructura poética de la composición — de métrica tan sencilla como musical: la clásica combinación de endecasílabos y heptasílabos — se funda en su original metafóricamente: los recuerdos amorosos que se intentan olvidar, se convierten en un enjambre de abejas irritadas, que clavan su aguijón en el alma, enconándola.

Los recuerdos son aludidos con un matiz vago, pero inconfundiblemente amoroso, que radica en «las pasadas horas» coloreando así, inmejorablemente la fugacidad temporal de duración, por la eternidad del recuerdo que queda sin limitación: «pasadas», pero inolvidables y sin posible reiteración.

El olvido de esos recuerdos — los recuerdos de esas «pasadas horas», que no tienen medida emocional — lo ha intentado el poeta, sin lograrlo, para apaciguar su dolor.

Esta idea puede arrancar de Dante, a quien, como consta, leía Bécquer, o en la interpretación, que también conocería, sin duda, del marqués de Santillana:

La mayor cuita que haber
puede cualquier amador,
es membrarse del placer
en el tiempo del dolor.

Para evitarlo ha reducido esos recuerdos, que cree poder olvidar, a «un oscuro rincón» — el mismo «ángulo oscuro» del olvido, en otra de sus rimas — de su memoria, porque borrarlos sería imposible.

La idea de los múltiples recuerdos le ha sugerido a Bécquer compararlos con un enjambre de abejas, múltiple también; oscuro como el rincón en que está, pero el poeta carece de capacidad para olvidar lo que en el fondo ha sido su mejor vivir; hostiga los recuerdos, simbolizados en ese enjambre, en la oscuridad, que, con acierto, constituyen él y el rincón y entonces se lanzan sobre el poeta, cada uno de ellos, produciéndole, con su resurgimiento, un nuevo y mayor dolor, como «abejas irritadas», por el continuo hostigar al enjambre, conjunto de ellos, sin destacar cada instante de «las pasadas horas», que ahora independientemente le martirizan.

Podía pensarse que hubiera podido simbolizar los recuerdos en avispas, siempre hirientes, pero dejando aparte la enorme diferencia poética de ambas palabras — abeja, con toda su raigambre clásica; avispa, con sus derivaciones burlescas: avispado, y otras — el poeta ha dado con la metáfora exacta: los recuerdos podían estar como un enjambre sosegado — no como un amenazante avispero — idea esencial de lo demás, pero que al irritar las abejas o recuerdos que lo forman, cada uno hiere con irritación mucho más violentamente después del intento imposible de olvidar.

El poeta quiere de nuevo ahuyentarlos, echarlos definitivamente de su memoria... Ha hecho sin duda un gran esfuerzo para lograrlo, pero ha fracasado en él: «¡esfuerzo inútil!», dirá con tono cansado, que intensifican las admiraciones y el «yo» rotundo muy de Bécquer, por su sinceridad, en estos casos — que precede a la frase.

Y ahora es cuando los recuerdos, avivados, como abejas irritadas, que abandonan la quietud del enjambre, le persiguen, le rodean, le acosan «unos tras otros». Los que parecían sometidos, olvidados, dominan ahora, con su invariable poder erótico a quien intentó borrarlos de su vida, mas no de su memoria, donde han conservado latente su fuerza, como la poesía en el arpa.

Es de notar en el empleo de los verbos, la angustia progresiva, en su semántica — «perseguir», «rodear», «acosar» — comparable en su belleza a aquel verso de Fray Luis de León, de análoga fuerza en su creciente movimiento:

«acude, corre vuela»

El poeta se siente perdido y ya no se recuerda en él al hombre que, creyéndole dominado, intentó reducir los recuerdos al rincón oscuro de la memoria.

Porque aunque no lo parezca, el hombre Gustavo Adolfo Bécquer, nacido en Sevilla, vecino de Madrid, de veintitantos años de edad y muerto de amor siempre, es el que ahora está en el «rincón oscuro», y es el poeta quien domina, iluminado por sus recuerdos de un amor, de un amar, que le es inefablemente vida y muerte, que el hombre, con su lógica salvadora, quiso abolir y ahora tiene impulso gigantesco e indomable cuando el ser se ha esfumado y sólo existe la poesía...

¿El recuerdo? No, el recuerdo de todo, no. Los «recuerdos», dando a cada uno su carácter individual; el tremendo enjambre de todos los recuerdos, cada uno inconfundible con los demás, porque corresponde a un determinado momento erótico, a un inolvidable momento erótico, que cobra vivencia.

Y así «unos tras otros», en continuada teoría, vienen a clavarle su aguijón — la palabra castiza, sin tornasoles poéticos — de cada uno de los recuerdos, porque los recuerdos son aguijones que hieren; no los placeres que fueron.

Pero no olvidemos subrayar unas bellezas más de expresión: la intromisión del verbo «clavarme» — hipérbaton,

en disección de los gramáticos — porque acucia más a la mente del poeta y el pleonismo — daremos gusto a los que hablan en griego para mayor claridad, como decía Moratín — del «agudo», precediendo a «aguijón», cuya agudeza semántica, esto es cuya punzante estructura, en todo caso, va implícita en la palabra.

Superando en fuerza expresiva a tanta belleza señalada, de poesía y lenguaje, aún queda el final, rotundamente cargado de angustia, en que emplea Bécquer, como siempre, las palabras cotidianas, populares, a las que su lirismo infunde, como en la poesía de hoy, categoría culta, de selección:

«que el alma encona».

Aquí se cierra la curva del poema y el final de su trascendente mensaje, a que aludí: los recuerdos de lo que nos ha hecho felices, al volver del olvido en que hemos intentado sumirlos, brotan de nuevo y nos hieren el alma hasta enconarla. Y no se olvide que enconar, en este caso, significa tanto como infectarla de amargura, de resentimiento, de angustia, de desesperación, que pueden llevarla, en este dramatismo máximo a sabe Dios qué abismos... Sólo la innata bondad y la resignada actitud ante la adversidad de Bécquer, tantas veces probada, pudo sacarle del decisivo trance que dio lugar a la creación de esta rima...

Este mensaje becqueriano, llevado hasta el final, tiene un más amplio sentido — el recuerdo que se trata de borrar de aquello que nos hiere adquiere mayor fuerza al resucitar, por ser imposible olvidarlo — que fue recogido por algún poeta posterior, que hallaron en él la certera metafóricamente de otras angustiosas violencias, cuyas concatenaciones con la creación lírica de la rima de Bécquer son sorprendentes.

Lo curioso de esta transformación poética es que paulatinamente, conforme gana terreno el realismo al romanticismo, la idea originaria y latente de pasión se destaca y concreta y la violencia se acentúa, adquiriendo distintos matices, en la transcendencia de la rima becqueriana, de noble belleza.

* * *

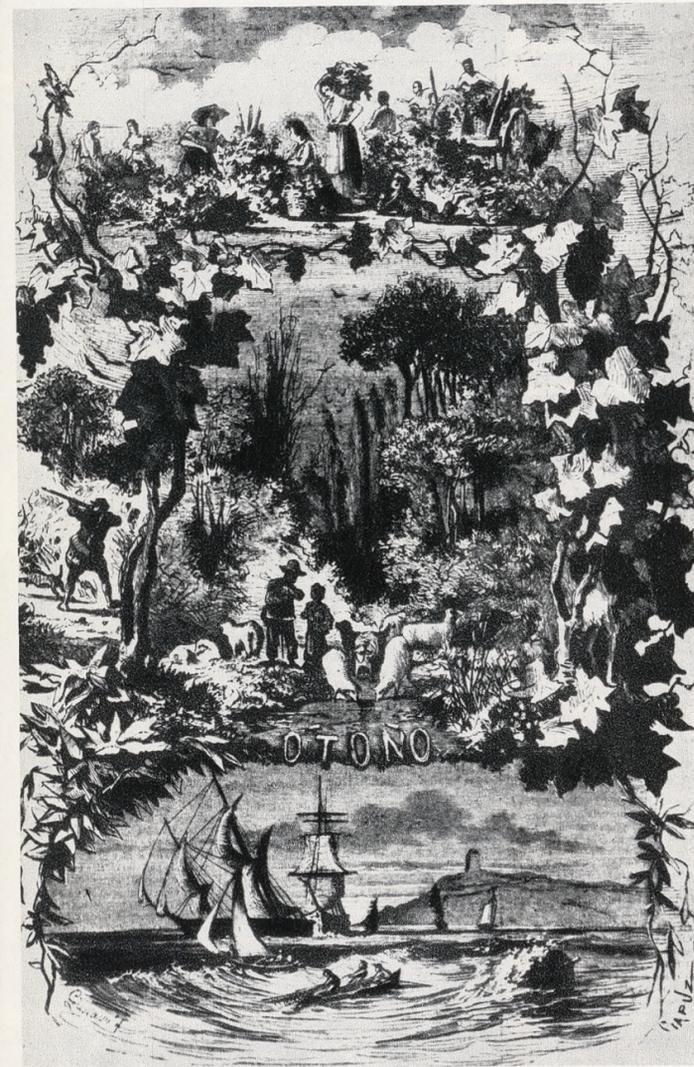
El gran poeta mejicano Manuel Gutiérrez Nájera — cuya enorme influencia en el movimiento modernista hispanoamericano, que se infunde en España, no ha sido bien estudiado todavía — tiene un poema «Mis enlutadas», en que la estructura del metafóricamente lírico del mensaje de Bécquer en la rima que comentamos, tan leída, como todas las del poeta en Hispanoamérica, ha encontrado una original interpretación, sobre tan leve pero firme esqueleto.

No los recuerdos sino las tristezas — puede pensarse en una clara derivación de los recuerdos mismos — constituyen otro enjambre de abejas irritadas, con una analogía de oscuridad, las «enlutadas», que constituyen ese angustioso y magnífico poema que copio a continuación, ya que no es fácil, en España, su lectura habitualmente:

MIS ENLUTADAS

Descienden taciturnas las tristezas
al fondo de mi alma,
y entumecidas, haraposas brujas,
con uñas negras
mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,
de nieve son sus lágrimas;
hondo pavor infunden... yo las amo
por ser las solas
que me acompañan.



Aguárdolas ansioso, si el trabajo
de ellas me separa,
y búscolas en medio del bullicio,
y son constantes
y nunca tardan.

En las fiestas, a ratos se me pierden
o se ponen la máscara;
pero luego las hallo, y así dicen:
—¡Ven con nosotras!
¡Vamos a casa!

Suelen dejarme cuando, sonriendo
mis pobres esperanzas
como enfermitas ya convalecientes,
salen alegres
a la ventana.

Corridas huyen; pero vuelven luego,
y por la puerta falsa
entran trayendo como nuevo huésped
alguna triste,
livida hermana.

Abrese a recibirlas la infinita
tiniebla de mi alma,
y van prendiendo en ella mis recuerdos
cual tristes cirios
de cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,
mi espíritu descansa;
y las tristezas revolando en torno,
lentas salmodias
rezan y cantan.

Escudriñan del húmedo aposento
rincones y covachas,
el escondrijo do guardé cuitado
todas mis culpas,
todas mis faltas.

Y hurgando mudas, como hambrientas lobas,
las encuentran, las sacan,
y volviendo a mi lecho mortuorio
me las enseñan
y dicen: habla.

En lo profundo de mi ser bucean,
pescadoras de lágrimas,
y vuelven mudas con las negras conchas
en donde brillan
gotas heladas.

A veces me rebelo contra ellas
y las muerdo con rabia,
como la niña desvalida y mártir
muerde a la harpía
que la maltrata.

Pero en seguida, viéndose impotente,
mi cólera se aplaca;
¿qué culpa tienen, pobres hijas mías
si yo las hice
con sangre y alma?

Venid tristezas de pupila turbia,
venid, mis enlutadas,
las que viajáis por la infinita sombra,
donde está todo
lo que se ama.

Vosotras no engaíais: venid, tristezas,
¡oh, mis criaturas blancas,
abandonadas por la madre impía,
tan embustera:
por la esperanza!

Venid y habládme de las cosas idas,
de las tumbas que callan,
de muertos buenos y de ingratos vivos...
Vov con vosotras,
vamos a casa.

No me detengo, por lo evidente, en la similitud musical del estrofismo de ambas composiciones, pero sí en cómo perdura el metaforismo: recuerdos que se le clavan al poeta en el alma y se funden con tristezas, como las abejas irritadas y no menos hirientes — «con uñas negras, mi vida escarban» — y asimismo la sensación de oscuridad, de negrura, «enlutadas», «infinita tiniebla de mi alma»..., que nos lleva al «oscuro rincón» becqueriano.

Algo latente, tan en el fondo, que ni se asoma en la rima de Bécquer, aunque lo percibimos con claridad y aun lógicamente — dando a los recuerdos un sentido amoroso — se expresa en el poema de Gutiérrez Nájera, en varios momentos, en su propio sentido que rige el posesivo del título de la composición y que tácitamente transcurre por ella, concretándose en este pasaje:

«... yo las amo
por ser las solas
que me acompañan.»

Es interesante observar que, en este sentido, nos hallamos más cerca del alma de Bécquer, que en el variado metaforismo mismo.

El poeta busca sus enlutadas, sus penas; se siente acompañado por ellas, como al fin Bécquer por los recuerdos; nunca tardan — idea de su imposible abandono — en el «oscuro rincón de la memoria».

A veces, en un momento de alegría, el poeta mejicano puede creerlo; puede pensar que se han esfumado, pero cabría decir como Bécquer, con todo su dramático desaliento: «¡esfuerzo inútil!»...

También Gutiérrez Nájera se rebela contra sus enlutadas, sus tristezas; quisiera reducirlas al «oscuro rincón» — oscuro, tenebroso como ellas — pero hay una reacción — tristeza es resignación y recuerdo excitación —, que las acoge irremediamente:

Venid y habládme de las cosas idas,
de las tumbas que callan,
de muertos buenos y de ingratos vivos...
Voy con vosotras,
vamos a casa.

El mensaje metafórico becqueriano, por otra ruta, sigue su caminar poético, hasta un poeta gallego contemporáneo, cuya importancia lírica está injustísimamente olvidada, Antonio Rey Soto.

En su poema «Mis lebreles», el inevitable cambio metafórico se realiza — nada más difícil que imitar a Bécquer sin servil plagio —, pero sin perder sus deladoras raíces en los dos poetas anteriores: las «abejas irritadas» o recuerdos, las «enlutadas» o tristezas; excitación o resignación, se han convertido en pasiones, en pasiones humanas, que el poeta domina a fuerza de violencia salvadora, pero alimentándolas de sí mismo.

Tampoco me resisto a copiar, por su belleza, este poema, inserto en el libro del autor, «Nido de áspides», hoy difícilísimo de hallar:

«Mis lebreles son membrudos,
aulladores, sanguinarios y coléricos.
Jamás duermen: incansables
van y vienen por su encierro,
los ijares siempre hundidos
y los ojos siempre torvos y sangrientos.

Su pelaje, que se eriza
si ventean una presa, es como el ébano,
y en el fondo de sus fauces encendidas
arden brasas del infierno.

Por debajo de sus labios replegados
se atarazan sus colmillos carniceros,
y sus húmedos hocicos
se dilatan humeantes y famélicos.

¡Cómo saltan, cómo aullan
y retuércense, epilépticos,
agitando, vanamente, sus cadenas
en el antro temeroso, cuando llego!

Vibro el látigo, que silba,
e implacable los flagelo,
y ellos brincan, rugen, muerden
y encabritanse, quiméricos,
con la llama de la lengua entre las fauces
y los ojos inflamados y siniestros;
y yo, impávido, sonrío;
y que soy el soberano entonces pienso,
y mi látigo silbante, como sierpe,
continúa retorciéndose en el viento,
hasta verlos humillados,
los hocicos jadeantes, contra el suelo,
y las patas temblorosas,
y las colas extendidas bajo el pecho.

Mis lebreles no me aman,
y yo a ellos, los detesto;
y a pesar de nuestros odios, no los mato;
lo he intentado, mas... ¡no puedo!

Hombres fuertes, sonreíos,
porque voy a revelaros mi secreto:
¡Con pedazos de mi carne, palpitantes,
a esos canes monstruosos alimento!

La transformación en este otro gran poeta, a través del anterior, tan radical como de recuerdo a pasión, unidos no obstante, por la imposibilidad de olvidarlos o vencerlos, hasta llegar a amarlos — a esto, implícito en Bécquer; evidente en Gutiérrez Nájera, ya me he referido — es reveladora del perfecto camino del mensaje lejano, pero significativo de Bécquer: imposible olvidar o dominar los recuerdos, las tristezas, las pasiones, tras el «esfuerzo inútil» y la entrega del poeta a ellas, renunciando a la tranquilidad que da el olvido y la voluntad para ejercerlo. Tres momentos distintos de una misma actitud lírica, en la inspiración del metaforismo becqueriano.

El gigantesco delta de lirismo que van abriendo las «Rimas», después de morir su autor — Rubén Darío y el Modernismo; Juan Ramón Jiménez y las escuelas poéticas, más o menos afectas a él, hasta nuestros días — constituyen un inabarcable mundo de indagación y crítica becquerianas, de que puede dar idea la pequeña aportación que antecede.

Tal vez fuera el más delicado estudio crítico de la poesía de Bécquer, señalar la huella de la voz inconfundible del poeta en líricos posteriores de lengua española, en vez de desvelarse en buscar antecedentes, de infima importancia, en la más asombrosa poesía, de que arranca la actual.



BECQUER

EL 1 de noviembre de 1854 entró en Madrid, indudablemente con el pie zurdo, Gustavo Adolfo Bécquer Bastida, iniciando inmediatamente su ilusionado esfuerzo por meterse en el escalafón oficial de la gloria literaria. Ignoro por qué, cuantos escriben acerca de Bécquer, se contagian de su morboso sentimentalismo y de su patético enternecimiento. Posiblemente la influencia del inmortal lírico es así de impresionante y subyugadora. Pero yo intentaré inmunizarme del morbo fatal con una vacuna de realismo 1970. Miles de veces se han indignado los panegiristas becquerianos contra la «crueldad impía» con que Madrid trató al dulce cisne bético. Y ello es cierto... a medias. Porque, ¿le cabe a la villa y ex corte culpa alguna en la existencia desastrosa y en el prematuro fin que tuvo Bécquer? Creo que no. Y para probarlo, fiel a una insobornable realidad, voy a recordar las disponibilidades de ambos combatientes cuando se inició la desigual pelea.

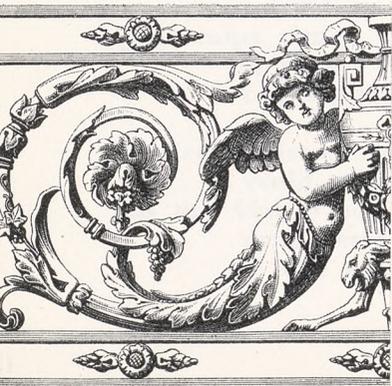
En 1854, Gustavo Adolfo Bécquer —nacido en el famoso barrio del Potro, parroquia no menos famosa de San Lorenzo— contaba dieciocho años, era huérfano por partida doble, y carecía de oficio y beneficio. Había estudiado, poco y algún tiempo, en el colegio de San Telmo, donde se cursaban los estudios de pilotos de altura; pero una inesperada Real Orden —como suelen ser la mayor parte de las Reales Ordenes, inclusive para quienes las firman— suprimió la oficialidad del colegio. Contra la opinión de sus parientes y de su enmadrada madrina, doña Manuela Monchay, Gustavo Adolfo decidió largarse a Madrid, dispuesto a conquistar la gloria literaria, señora tentadora como pocas, pero de la misma condición temperamental que las Mesalinas y Agripinas romanas. Precisa digresión: ¿por qué cuantos provincianos apetecen la gloria literaria creen que tan versátil dama tiene casa abierta en Madrid? ¿Tiene Madrid culpa alguna en tan insensata obcecación? Al menos somos incontables los madrileños de nación que conocemos a tan ilustre y apetitosa dama sólo de oídas.

Bien. Bécquer decidió trasladarse a

Madrid. ¿Cuáles eran las armas becquerianas para atacar y defenderse en tan bárbaro y desigual combate? Una naturaleza feble; dieciocho años pálidos e inquietos; un rostro bello bajo una melena ondulada castaña clara, bigote desmayado y perilla; un cartapacio nutrido de poemas y artículos poemáticos; ciento cincuenta pesetas y algunos consejos en muy buen uso que le dio a regañadientes su tío Joaquín; un baulillo forrado con piel de cabra berrenda y lleno de ropas, pobres pero limpias, dispuestas por su madrina y rellenas de peros maduros de la Sierra de Aracena, de aroma tan sutil como hogareño; un programa extraordinario de ilusiones y proyectos. Y paren ustedes de contar. ¿Cuáles eran los armamentos de la villa y corte? Una reina castiza y guapetona; unos partidos políticos que se tiraban a matar; un ambiente permanente de conspiraciones y de barricadas en el que se asfixiaban la literatura y el arte; pronunciamientos, alzamientos, cuarteladas, revoluciones a diario; abierta la llave del gas del constitucionalismo; el señor Duque de la Victoria en el poder; sueltos y enrabiados los duendes de las camarillas: la palatina y la clerical; cinco librerías en crisis; un café literario: el Suizo, recuelo del bizarro Parnasillo; sobresaltos financieros a cargo del señor Marqués de Salamanca; proliferación asombrosa de libelos; ramalazos de cólera morbo y pulmonías sencillas y dobles de la acreditada fábrica «El Guadarrama»; y un poeta único a quien se le pagase la exorbitante cantidad de un real por verso: don José Zorrilla.

Comprenderán cuantos me lean que desde que Bécquer puso sus plantas en el pavimento madrileño llamado «cabezas de perro», quedó señalado con almague real oyeja destinada al matadero. ¿Cuánto tiempo podría aguantar la víctima antes de sucumbir *ineluctablemente* como tanto les gustaba decir, con énfasis, a los románticos de la primera promoción: Larra, Espronceda, Rivas, García Gutiérrez, Zorrilla? Lo realmente milagroso fue que resistiese, inane, dieciséis años. Y aún asombra más el plazo cuando se conocen las fatigas morales y litera-

El Arco de Cuchilleros, en un grabado romántico de Laporta.



Y MADRID

por Federico Carlos Sainz de Robles

rias que diariamente le atosigaron: pensiones de diez reales —todo comprendido—; sueldos de doscientos reales al mes en la Dirección de Bienes Nacionales o en periódicos como *El Mundo*, *El Porvenir*, *El Museo Universal*, *El Contemporáneo*, *El Tiempo*; traducciones a cuarto la cuartilla para la editorial de Gaspar y Roig o alguna otra semejante en tan espléndido mecenazgo; vagabundeos esporádicos por el monasterio de Veruela para contrarrestar momentáneamente los alevosos ataques por los flancos del bacilo de Koch; un matrimonio lila con una señorita burguesa que creía más dañinos los ensueños que las chinches cameras; dos obsesionantes amores imposibles: Julia Espín y... Elisa Guillén, las implacables musas que le chupaban la inspiración como voraces ventosas... Por si no fueran suficientes tales agentes corrosivos, Gustavo Adolfo no tuvo de su parte, ni una vez en dieciséis años, a ese agente de negocios de la Providencia llamado Casualidad, y también Chiripa.

Por cuanto llevo escrito es fácil comprender que Madrid, lo que se dice Madrid, no tuvo demasiada culpa en la existencia aperreada ni en la prematura muerte del mejor poeta del siglo XIX. Madrid no le proporcionó a su naturaleza enteca, ni su indigencia económica, ni sus pulmones panales de bacilos de Koch, ni su esposa gris, ni sus imposibles anhelos amorosos. Madrid no pudo ofrecerle sino lo que tenía, lo mismo que ofreció y sigue ofreciendo a los miles y miles de poetas que le llegan con pretensión de conquistarle y «forrarse» de pesetas: puro teatro en el que los protagonistas se ahítan, cuando más, a palo seco, y los más en número se quedan en comparsas, como aquellos «malditos» a quienes se refería don Juan Tenorio mientras escribía una carta...

Sí, Madrid, por un sino fatal, durante el siglo XIX, apenas pudo entregar media docena de triunfos literarios remunerados para que los disfrutaran directamente los agraciados. Eso sí: le estuvo permitido glorificar póstumamente a cuantos y quienes quisiera. Y nadie podrá negar que otorgó a Bécquer la inmortalidad apenas el poeta traspasó el



Arriba, romería de San Isidro en Madrid. Sobre estas líneas, tranvía de la Puerta del Sol.

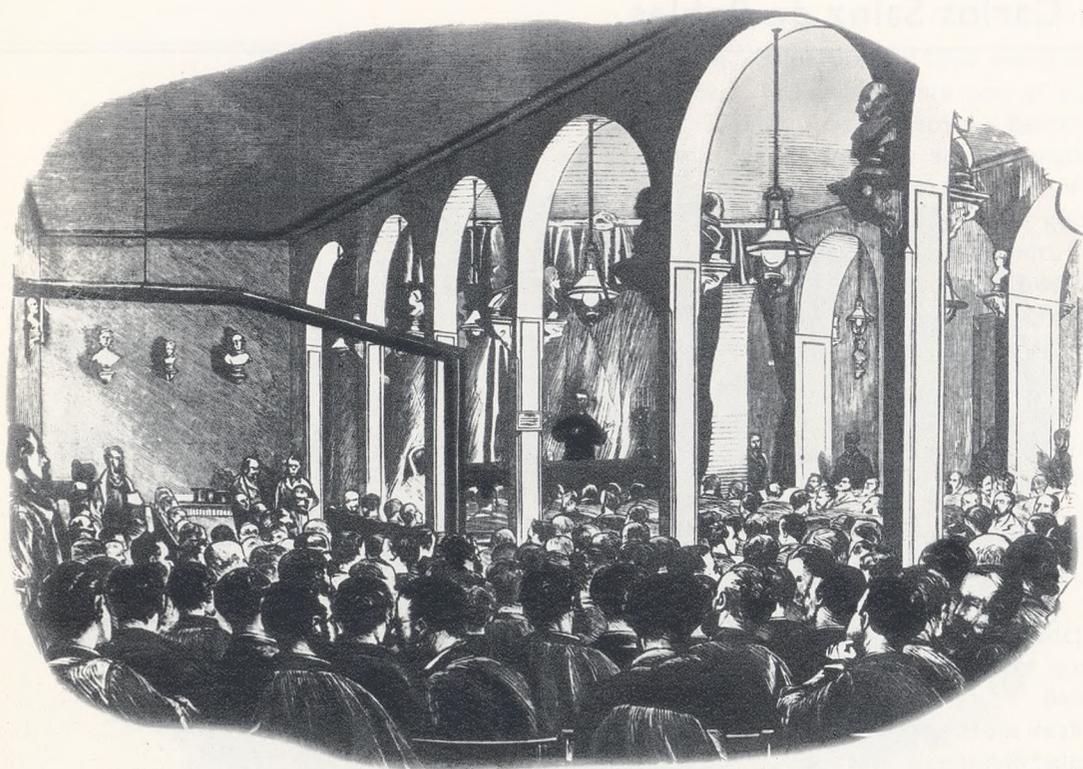


BECQUER Y MADRID

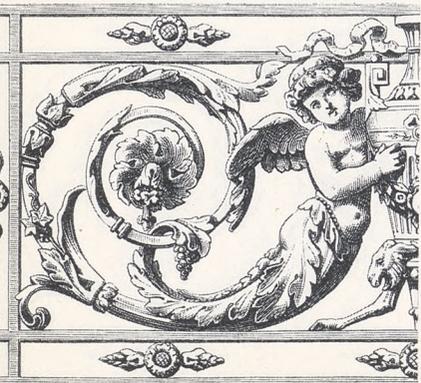
umbral de la puerta de salida de este mundo. Es decir, cuando en el otoño de 1854 llegó a Madrid Gustavo Adolfo ganó la oposición más difícil de todas, y la mejor; esa cuya plaza no puede ocuparse en propiedad sino dejando el cuerpo en ese perchero de entrada que es la muerte.

No es difícil, como aportación al centenario de la muerte de Gustavo Adolfo Bécquer, recordar algunos de los lugares fundamentales en el itinerario matritense del genial sevillano. En la calle de Hortaleza, casi esquina a la de las Infantas, en el segundo piso de un inmueble ya por entonces centenario, estuvo la primera pensión en que vivió Bécquer al llegar a Madrid. La pensión, según nos cuenta el novelista madrileño Julio Nombela, introductor amable del poeta en la capital de España, le dedicó una pequeña y oscura habitación con ventanuco a un patio lóbrego; y en la habitación, catre con colchón de borra, mesa de pino renqueante con tapete deteriorado y desteñido, palangana de peltre sobre pie de hierro, jarro y cubo de cinc, dos sillas requete-viejas y nativas de Vitoria. En esta pensión estuvo muy poco tiempo; y de allí salió, como saldría de las sucesivas casas de huéspedes, dejando a deber a la patrona, deslizándose «como una sombra furtiva». En la parte baja de la calle de la Paz, frente a la entonces Casa de Correos, en un caserón con alifafes y artritis, estuvo la segunda pensión madrileña en que mal vivió el autor de las *Rimas*; la regentaba una benévola y benética señora, viuda «de un bizarro militar», llamada doña Soledad, sevillana, muy reblandecida de corazón y por ello proclive a sentirse maternal con los huéspedes desdichados y macilentos. Por cual fue Bécquer su dilectísimo. Y le perdonó muchas deudas, pero le colmó abusivamente de maternales consejos y regañinas. Muy en lo alto de la plaza de Santo Domingo y conforme se baja a mano zurda estuvo la tercera pensión becqueriana. Otro inmueble ya de modestísimas clases pasivas, cuya escalera sórdida y cuyo patio-tubo abismal hedían a berzas cocidas y a pis de gatos capones. En esta pensión también vivió con Gustavo Adolfo, su hermano el pintor Valeriano; y en ella padeció el poeta una hemoptisis que le retuvo en cama más de dos meses.

En el palacio de los Marqueses de Remisa, pintaron al fresco algunas paredes de los salones, «al alimón», los hermanos Béc-



Arriba, cátedra pública del Ateneo. Sobre estas líneas, un grabado de la serie «Peligros de Madrid».



quer. (Recordemos que Gustavo Adolfo era también excelente dibujante y pianista «de oído» admirable.) Las pocas veces que Gustavo Adolfo asistió a una tertulia de café lo hizo en las del café de San Antonio —Corredera Baja de San Pablo— y del café de los Angeles —costanilla de este mismo nombre—. En la plaza de Herradores, en el piso segundo de una casa que aún existe, estrecha y larga como un silbido, por lo que sólo tiene un balcón en cada piso, próxima a la Costanilla de Santiago, vivió el gran pianista Lorenzo Zamora, amigo de los Bécquer, Nombela, García Luna, Campillo, Viedma, Marco, con quien se reunían, entre las diecinueve y las veintidós, para, oyéndole interpretar a Mozart, Beethoven, Mendelssohn, Schumann, recuperar «las ilusiones perdidas» de cada día.

En la calle de la Justa —después «de Venus» y ahora «de los Libreros»—, frente a la calle de la Flor Alta, estuvo la casa, con jardín interior, en que vivió Julia Espín, hija del profesor del Conservatorio, don Joaquín, de la que «con el súbito flechazo» se enamoró Bécquer apenas la contempló asomada a un balcón del piso principal, cuando pasaba él con su amigo Nombela desde el callejón del Perro a la calle de la Flor Alta, y desde ésta, por la de la Estrella, a la Ancha de San Bernardo. Solitario paseo de crepúsculo vespertino, que se hizo diario desde «el feliz vislumbre» y que henchía de hondos y abundantes suspiros el corazón del poeta.

En el Teatro de la Zarzuela, la noche del 2 de marzo de 1859, estrenó Bécquer su sainete *Las distracciones*, escrito en colaboración con García Luna, y firmado con el seudónimo de «Adolfo García», que encubría a medias a los dos perpetradores del engendro. En el mismo teatro, con el mismo seudónimo, los mismos amigos, estrenaron el 5 de octubre de 1860 el juguete literario *Tal para cual*; y el 22 del mismo mes y del mismo año la zarzuela *La cruz del valle*, recargada de tópicos sensibleros, a la que puso música don Antonio Reparaz.

En la calle de Atocha, con vuelta a la hoy plaza de Benavente y espalda a la calle de la Bolsa, en el caserón que ya era «de las Clases Pasivas» de la Hacienda Pública, estuvieron las oficinas de la Dirección de los Bienes Nacionales, en las que prestó simples conatos de servicios personales Gustavo Adolfo, como escribiente nombrado a dedo y no afecto a la

plantilla, y con el sueldo anual de tres mil reales.

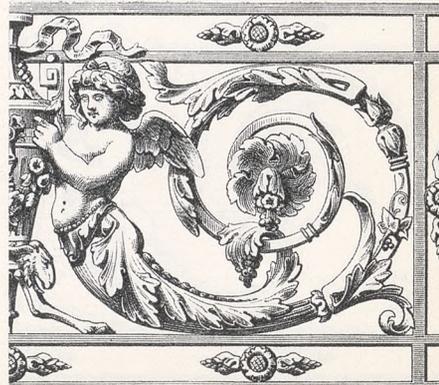
El Contemporáneo, periódico fundado y dirigido por José Luis Albareda, y en el que publicó Bécquer sus *Cartas literarias a una mujer* y *Desde mi celda* tuvo su imprenta y su redacción en la calle de San Bartolomé, 1. Y hasta qué punto Bécquer era desconocido entre 1860 y 1864 lo demuestra que pasara inadvertido, en este periódico, entre sus principales colaboradores: Castelar, Salmerón, Fernández y González, Núñez de Arce, Tassara, Asenjo Barbieri, Pí y Margall, Pérez Galdós... El Café Suizo de la calle de Alcalá con vuelta a la de Sevilla —donde hoy se alza el Banco de Bilbao— ofreció el mejor de sus rincones, entonado en blanco y carmesí, a una tertulia de literatos y artistas entre los que figuraban Bécquer, Nombela, Campillo, Rodríguez Correa, Augusto Ferrán, Marcos Zapata, Eulogio Florentino Sanz, Pérez Escrich, Manuel del Palacio, Eusebio Blasco...

Nuevos estrenos en el Teatro de la Zarzuela, y no más afortunados que los anteriores, en colaboración ahora con Rodríguez Correa y bajo la firma comercial «Adolfo Rodríguez». El 20 de septiembre de 1862 *El nuevo Fígaro* —con tufillo a Beaumarchais—; el 10 de junio de 1863 la zarzuela *Clara de Rosenberg*. Separado de su esposa Casta —que luego se supo que no lo era—, a fines de 1869, Gustavo Adolfo con su hermano Valeriano tomaron piso en una casa nueva y amplia, con amplio jardín interior —jardín y casa que ahí están— en la calle de Claudio Coello, hoy con el número 25. Es un misterio cómo los hermanos, de una debilidad económica rayana en la indigencia, pudieron pagar el alquiler de uno de los inmuebles madrileños más lujosos de la época. Pero en este piso suntuoso murieron pronto: Valeriano el 23 de septiembre de 1870; y Gustavo Adolfo el 22 de diciembre del mismo año.

Nada de particular tiene que Bécquer no sintiera la menor simpatía por Madrid, ciudad en la que «había paladeado todos los acíbares de la vida». Jamás se le ocurrió dedicarle una frase bonita, una alusión de simpatía. A la recíproca, tampoco Madrid se preocupó ni mucho ni poco por el genial sevillano. Eso sí, empezó a creer en su genio, como los judíos en Cristo, a los pocos momentos de morir Gustavo Adolfo, ya que un eclipse de sol dejó «oscura y sombría» durante una hora a la villa y corte.



Tipo madrileño de mediados del XIX.



EL POETA, EN FONDO MADRILEÑO

por Miguel Pérez Ferrero



SE cumple el centenario de la muerte de Gustavo Adolfo Bécquer. La fecha luctuosa es el 22 de diciembre. Tres meses antes, menos un día, había muerto su hermano Valeriano, el pintor. Bécquer muere en una casa de las primeras manzanas de la calle de Claudio Coello. El barrio de Salamanca del Madrid de entonces no era el de ahora. Y la capital de la época en su aspecto global, en su fisonomía, tampoco. Pero el trasplante desde Sevilla a la villa y corte no tuvo el cobijo de esa casa donde el poeta habría de firmar el libro de sus rimas en 1868, cuando ya soplaban los vientos revolucionarios que derribarían a Isabel II.

Bécquer, lleno de ilusiones, de ánimos de conquista de la fama, de ansias de hallar un digno y desahogado acomodo, las va perdiendo una a una. Pasa por casas de huéspedes de patronas comprensivas, pero la comprensión de una patrona nunca compensa la penuria de un aposento.

No pretendemos describir punto por punto la vida de Gustavo Adolfo Bécquer en sus años madrileños, que fueron cortos, como corta fue su existencia. En la vida de Bécquer han penetrado los eruditos, los investigadores del rasgo sobresaliente y también del pequeño detalle. Y nosotros no nos inscribimos en el noble y siempre instructivo ejercicio de la erudición. Como el poeta soñó tantas cosas, nosotros le soñamos ahora con esa imprecisión que a menudo tienen los sueños. Le vemos, suscitada nuestra visión por alguno de los párrafos de la semblanza que de él escribieron los hermanos Quintero y que tenemos delante en la decimotercera edición de las obras completas de Gustavo Adolfo Bécquer publicadas por Aguilar. Y, a tenor de esa suscitación, le hallamos en un triste, decepcionante, telón de fondo madrileño. Los Quintero nos dicen: «Madrid, para Gustavo Adolfo, lejos de ser aquel paraíso imaginado en su ansia ideal y en su delirio adolescente, fue primero la desilusión y el desencanto, y luego la abrumadora lucha por la existencia.» Y recogen, por suya «a no dudar», la primera impresión que dejó escrita: «un Madrid sucio, negro, feo como un esqueleto descarnado, tiritando bajo su inmenso sudario de nieve».

Venía Gustavo Adolfo Bécquer de su Sevilla luminosa cargado de esperanzas. Y traía a la capital de España una estampa que había ido nutriendo de encantos en su imaginación. Y se encontró con la vida difícil, con la acuciante necesidad de ganar el sustento de cada día. Sería largo enumerar sus trabajos, y los más asequibles para él, son, de momento, los periodísticos. Recordamos una conferencia en la cual los empeños y tribulaciones del poeta en esos menesteres se nos brindan en una descripción acabada y fiel: «Bécquer periodista», si la memoria no nos falla, por Gregorio Marañón Moya. Un biógrafo de Gustavo Adolfo —elegimos uno de los más recientes— Carlos J. Barbachano, habla, en general, de los periódicos del tiempo: «Eran periódicos —puntualizaba recogiendo el testimonio de Nombela— que solían durar lo que tardara el director en conseguir un cargo en la Administración; cesaba entonces la oposición y, con ella, el periódico».

Bécquer fue admitido por la cantidad de veinte duros al mes para elegir y traducir artículos publicados en la prensa francesa y aprovecharlos en el papel en cuestión. Son estas cosas todas sabidas y comentadas. Y entre ellas que cobró el primer mes la mitad del sueldo, y al siguiente ya nada. También se sabe de su más que modesto empleo como burócrata, y el alivio que experimentó cuando le dejaron cesante.

Sin embargo lo más perdurable, lo más exquisito de toda su obra, Gustavo Adolfo Bécquer lo debe a Madrid, porque Madrid es, cabe afirmarlo, el escenario de sus «Rimas». Las mujeres posibles e imposibles de su vida y de sus sueños, esas tres mujeres, que, a veces, se funden en la musa del poeta para sus biógrafos, críticos, glosadores y comentaristas, y otras se disputan el privilegio de cual fue.

Las calles madrileñas que Bécquer paseó, los balcones hacia los que alzó su mirada, y lo que vio, entrevió, o soñó, tras esos balcones en los que se levantaba apenas un visillo a su paso!

La poesía de Bécquer está en lo alto, en ámbitos celestes; la vida de Bécquer pegada al suelo con estrecheces y desengaños cotidianos.

Dos grabados de la romería de San Isidro.



EL POETA, EN FONDO MADRILEÑO

¡Cuánto trabajó Bécquer en su corta vida! Dionisio Gamallo Fierros, un becqueriano, eficaz y clarividente en sus búsquedas, halló montones de «páginas abandonadas», que vinieron a aumentar el acervo.

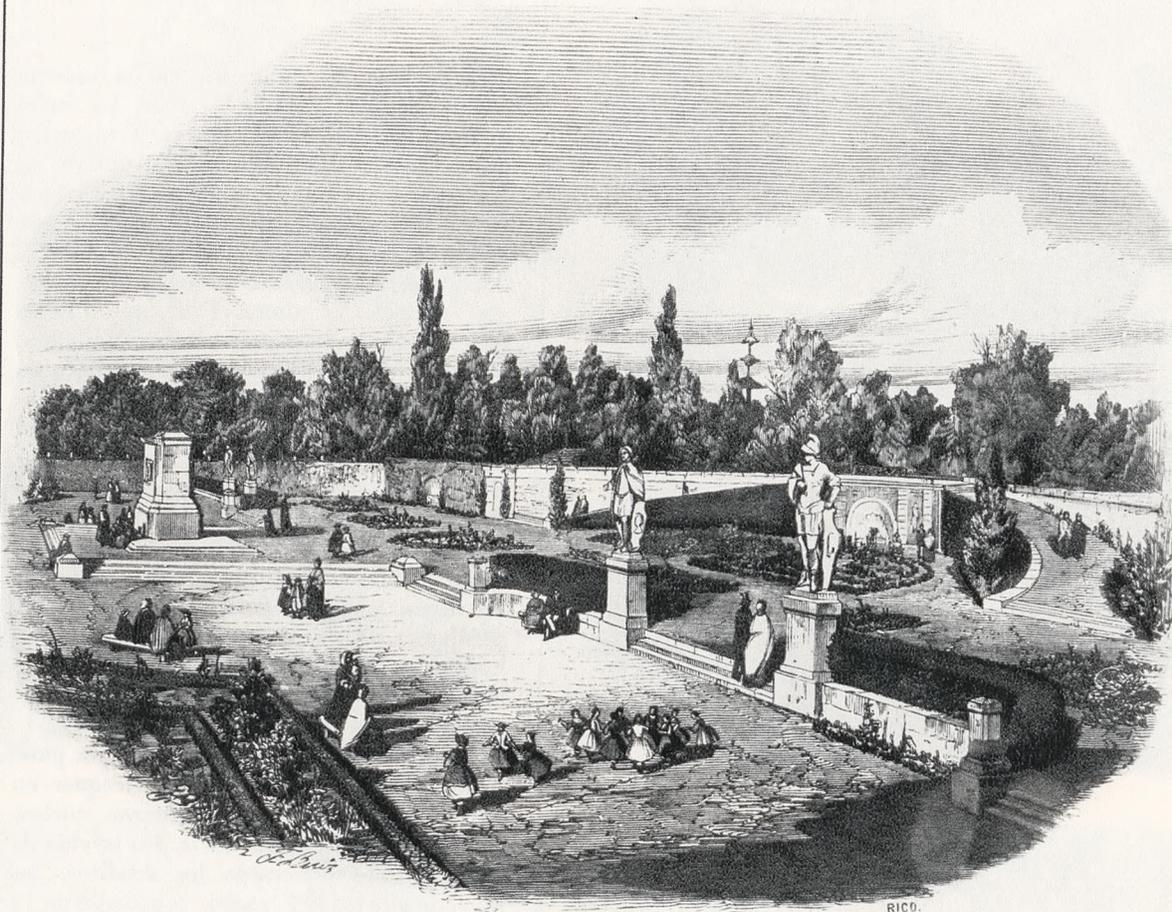
La llegada a Madrid de Valeriano Bécquer, el hermano y pintor, tan identificado con el poeta, el único quizá, que supo comprender en su magnitud sus desventuras, trajo a éste una cierta paz, y fue como un remanso tenerle a su lado. Estaban compenetrados en todo, porque ambos tenían los mismos sentimientos y en ellos se aunaban idénticas ambiciones artísticas.

Es acaso Gustavo Adolfo Bécquer el último romántico español, cuando ya el Romanticismo está, cabe decir, periclitando. Toda su obra es romántica. Y las «Rimas» y las «Leyendas», muy acusadamente. Pero también es un extraordinario captador de los tipos y las costumbres de su época: de Aragón, de Soria, del País Vasco, de Toledo, y de Sevilla, su cuna, trazó estampas reveladoras. En cuanto a las de Madrid, donde tanto penó, tienen un sabor inigualable. Las fiestas, la fisonomía urbana, las costumbres, los salones, el calor... Es un álbum en el cual el talento para percibir los colores, el sentido de cada cosa, la significación de cada hecho, y el rasgo de cada personaje, se manifiesta espléndidamente.

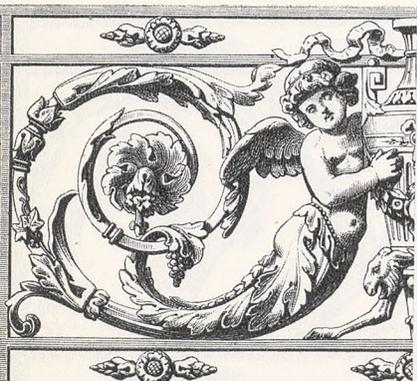
La vida de Gustavo Adolfo Bécquer, así como la de su hermano Valeriano, el pintor, se apagaron prematuramente, ¡cuando el éxito empezaba a sonreírles! Fue sin embargo un final «de acuerdo con sus temperamentos románticos, soñadores de hermosos imposibles», hemos escrito nosotros en alguna parte.

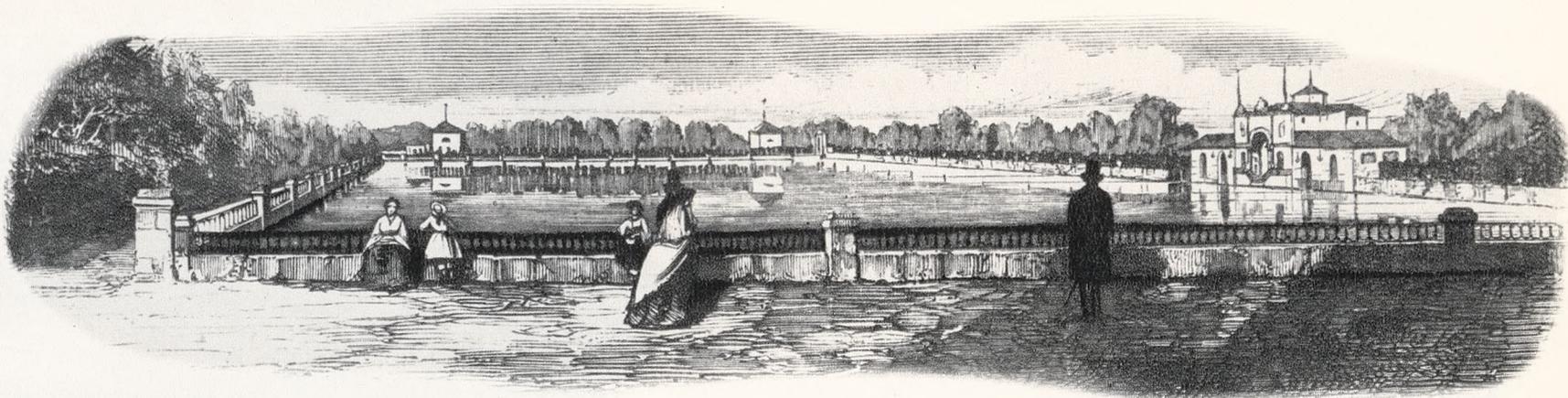
En 1871 se publican las «Rimas», que son las que fraguan su fama. Su éxito es fulminante, y no lo conoció el poeta. ¿Lo intuyó, o presumió acaso? Un poco más de vida y lo hubiera conocido.

Los poetas más altos de varias generaciones más tarde, los de ese grupo excepcional de la llamada generación de 1927, han cantado en Bécquer al cimero poeta lírico español del siglo XIX, que se extinguió en un Madrid que entonces empezaba a sonreírle. Sólo entonces.



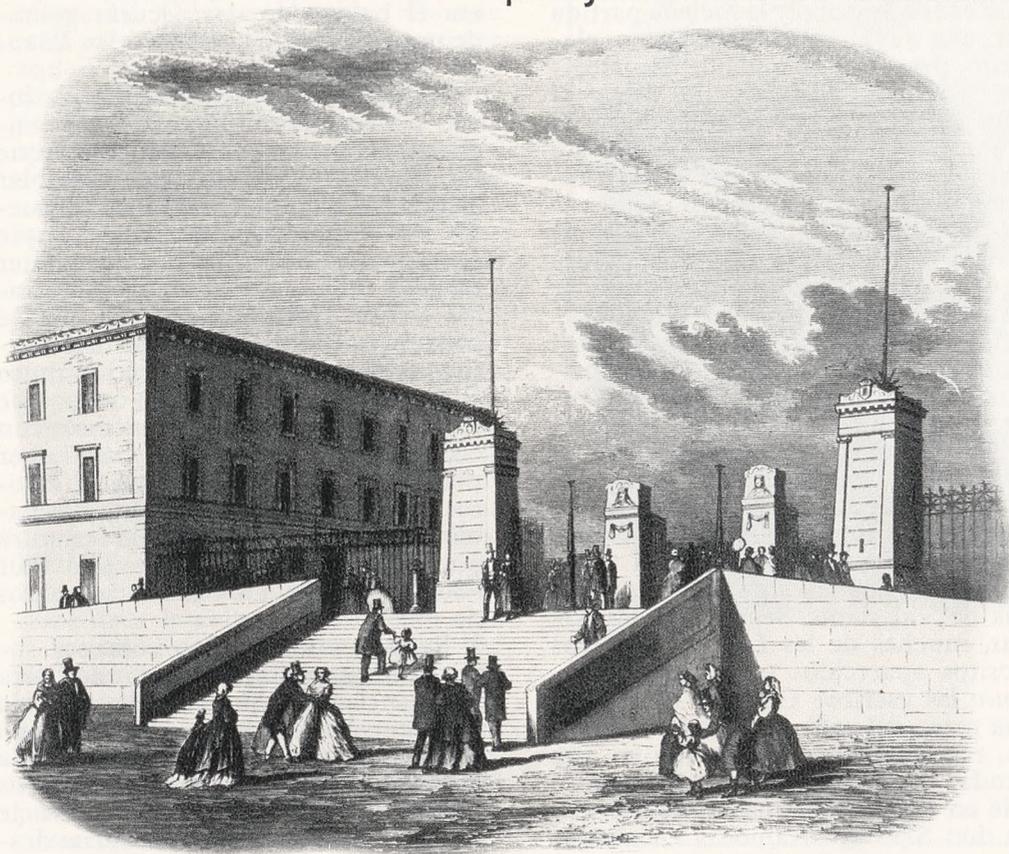
Parterre del Retiro
y en el «Baile del Eliseo madrileño»





SOBRE LOS ESCENARIOS DE LAS «RIMAS»

por Juan Antonio Cabezas



Estanque grande del Buen Retiro
y entrada a la Exposición de Bellas
Artes, en la entonces
nueva Casa de la Moneda.

DICE Dionisio Gamallo Fierros y dice bien (*Páginas abandonadas* de Bécquer), que Gustavo Adolfo «es el lírico que puso corazón a la poesía castellana del siglo XIX». El tierno y apasionado sevillano, que había llegado a Madrid en 1854 y muere en la calle de Claudio Coello (su último domicilio madrileño) el 22 de diciembre de 1870; el que hizo periodismo en el Madrid isabelino; que escribió reportajes y gacetillas en *El Contemporáneo* (exhumados por Gamallo de esa fosa común, de la labor periodística, que es la hemeroteca). Y que entre cafés con media en la calle del Prado esquina a León y las sórdidas redacciones (muy politizadas) de la época, escribió en sus momentos de dolorosa o gozosa intimidad esas *Rimas* (tan sucinta y pobremente tituladas), sin suponer que iban a salvar la poesía de la segunda mitad del siglo de las aplaudidas *Doloras*, de Campoamor y de las orquestadas, barrocas y retóricas *Odas*, de Núñez de Arce. Y de otros muchos figurones político-literarios que confundían la retórica con la poesía. De aquellos que en decir del ático «Clarín», «de redondilla en redondilla subían a los altos puestos de la frondosa administración».

Gustavo Adolfo muere con escasos treinta y cuatro años, sin sospechar que era inmortal. Que aquel manuscrito con unas simples «rimas», en las que el bohemio sevillano había puesto todo su corazón, se editaría por iniciativa de sus amigos y sería el libro más reeditado de estos cien años, después de *El Quijote*. ¡Qué milagro de sencillez, de romanticismo de buena ley, de sensibilidad fina, punzante, pero sin sensiblería! Anota Gamallo Fierros, en sus *Páginas abandonadas*: «¡Y pensar que Bécquer sentía nostalgia de no haber construido muchas odas, y que se lamentaba precisamente de aquello que ha labrado la eternidad de su nombre!»

No podía suponer el poeta que su «manual de sueños» (firmado en la



SOBRE LOS ESCENARIOS DE LAS «RIMAS»

calle Claudio Coello el 17 de junio de 1868, dos meses antes de la iniciación de «la Gloriosa», editado ya como obra póstuma tres años después, sería la obra que leería cada nueva promoción de adolescentes colegialas, cuando a escondidas de la monja rigurosa, se asomen al jardín para contemplar la primavera y experimenten una dulce desazón que colorea sus mejillas. Y sin querer, se humedece la mirada de sus ojos, al recitar muy bajito, el verso copiado en el margen de un cuaderno: «Poesía eres tú...» O aquel otro de «Hoy creo en Dios...»

El cronista pensó un día, que las *Rimas* tendrían en Madrid su geografía física, urbana. Y su escenografía sentimental. No pensó en preguntar a esa curiosa Asociación de Amigos de Bécquer, incapaces por obvias razones, de sentir la fresca lozanía de las *Rimas*, sino en alguna persona ligada al poeta por vínculos familiares, conservadora de un modesto archivo de papeles y recuerdos.

Pronto descubrió en la calle de la Madera Alta (una callecita muy galdosiana, que nace en la de la Luna y termina en Espíritu Santo) a una dama, doña Julia Sanabre Bécquer, sobrina nieta del poeta. En ese pisito de clase media sin elegancias pero con pulcritud, quizá faltan muchos utensilios modernos, pero no falta un silloncito muy de otra época con sillones forrados y un piano. El cronista inicia allí un diálogo con la más fervorosa guardadora de las tradiciones familiares (más orales que documentales) que se han transmitido de generación en generación. Unos cuantos papeles, cartas, retratos y una especie de culto a la sangre y el numen del poeta. Todo está aquí, envuelto en un ropaje de hiperbólica literatura, con fuerte olor a naftalina.

Hojeo números de *La Ilustración*, *El Contemporáneo*, *El Figaro* y otros semanarios de la época, de los que Gustavo Adolfo fue colaborador asiduo. Todos dedicaron páginas extraordinarias a la prematura muerte de los hermanos Bécquer, tan compenetrados en vida como cercanos en la muerte (sólo se llevaron los días que van desde el 23 de setiembre al 22 de diciembre del mismo año 1870).

Entre otros recuerdos, doña Julia Sanabre Bécquer me muestra un retrato fotográfico del poeta, realizado en 1864. Tiene barbas juveniles. Va vestido de etiqueta, con bastón y chistera en la mano y la melena partida por una raya central. Todo un elegante, pese a su leyenda de incorregible bohemio, habitualmente mal vestido, según la evocación que hace de él don Narciso Campillo en 1890: «Le conocí sin camisa ni calcetines: tomaba dinero y lo gastaba en varias cajas de guantes finísimos, en una alfombra de doscientos duros que luego vendió por veinticinco, en convidar amigos.» «¡Maravillosa bohemia! — exclama Gamallo Fierros — en su libro: sin zapatos y sin camisa, y con caprichos de gran señor. De señor a lo Duque de Osuna, de principesco señor.»

Hablé con doña Julia Sanabre de los lugares becquerianos de Madrid. Ella recuerda que ha visto escritos que conservaba Emilio Carrere y sobre todo lo que había oído de viva voz a su madre doña Julia Bécquer, que era hija de Valeriano. Según ella, las *Rimas*, muchas de las *Leyendas* y otros escritos aparecidos en *El Contemporáneo* las escribió Gustavo Adolfo en una mesa del café de la calle del Prado, recientemente convertido en una tienda de antigüedades. El mismo café en el que años más tarde escribiría don Santiago Ramón y Cajal mu-

chas de sus *Charlas de café*, ya que, allí tuvo el sabio su tertulia, hasta que la trasladó al desaparecido «Café Suizo» de la calle de Sevilla.

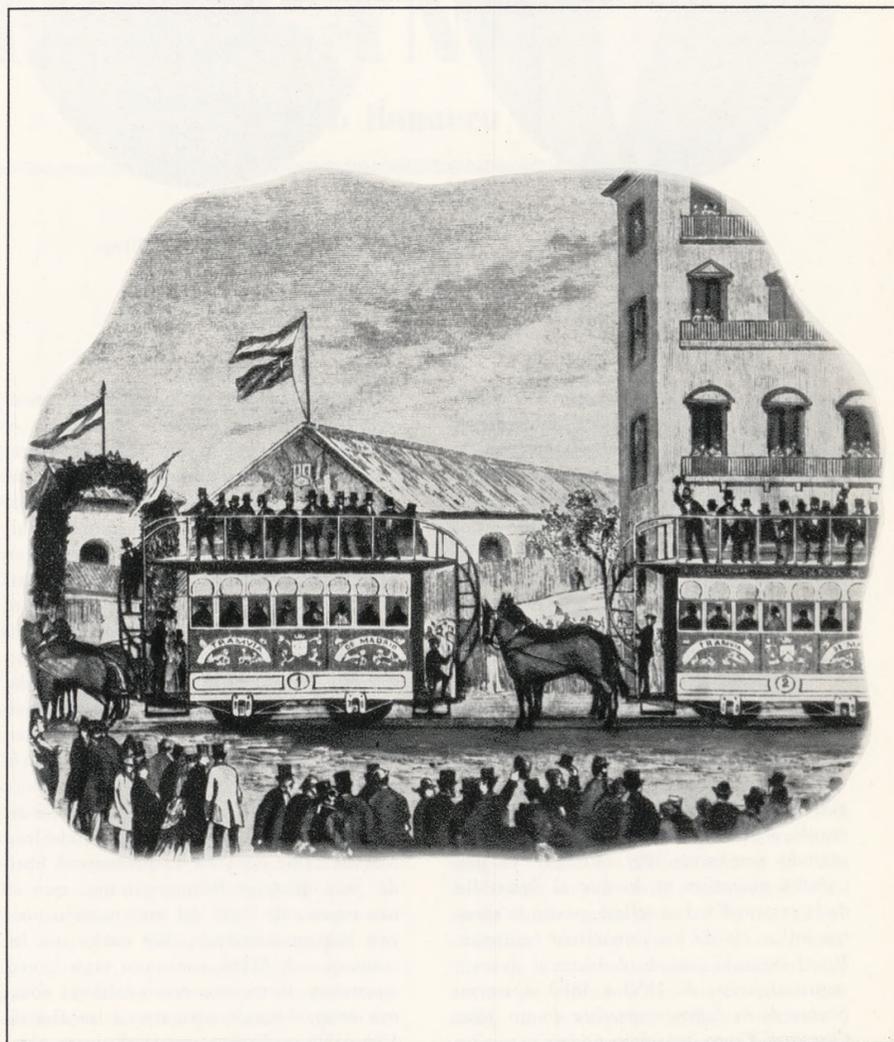
También me enteró de que la musa de Bécquer, aquella Julia Espín, vivía en la parte de la calle Flor Alta que desapareció con el trazado de la Gran Vía. «Mi madre —dice mi interlocutora— todavía conoció un balcón de la casa habitada por la Espín, que daba sobre un jardinillo, al que debió verla él muchas veces asomada.» La madre de doña Julia agregaba que sobre el balcón había varios nidos de golondrinas. Ella estaba segura de que aquel era el balcón de «las oscuras golondrinas...» la más popular de las *Rimas* de Bécquer.

Hablamos de Casta Esteban, la joven soriana que Gustavo Adolfo encontró en el camino de Veruela, y que fue su esposa, no del todo ejemplar (según los distintos biógrafos del poeta) con la que tuvo dos hijos. Lo que está fuera de duda es que era mujer de gran belleza, a juzgar por los retratos de su cuñado Valeriano que se conservan. Tenía al parecer una relativa semejanza con la esquiva musa Julia Espín. Según algunas cartas que se conservan, Bécquer se casó con ella un poco por despecho y sin haber podido eliminar la alucinación amorosa que en su romántica fantasía había producido la hechicera criatura que vivía en la casa de la calle Flor Alta, que tenía un balcón con nidos de golondrinas.

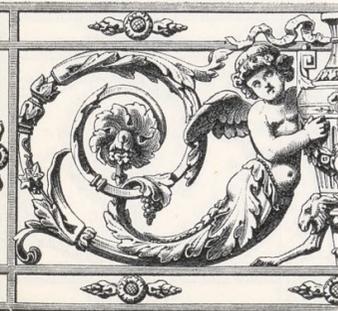
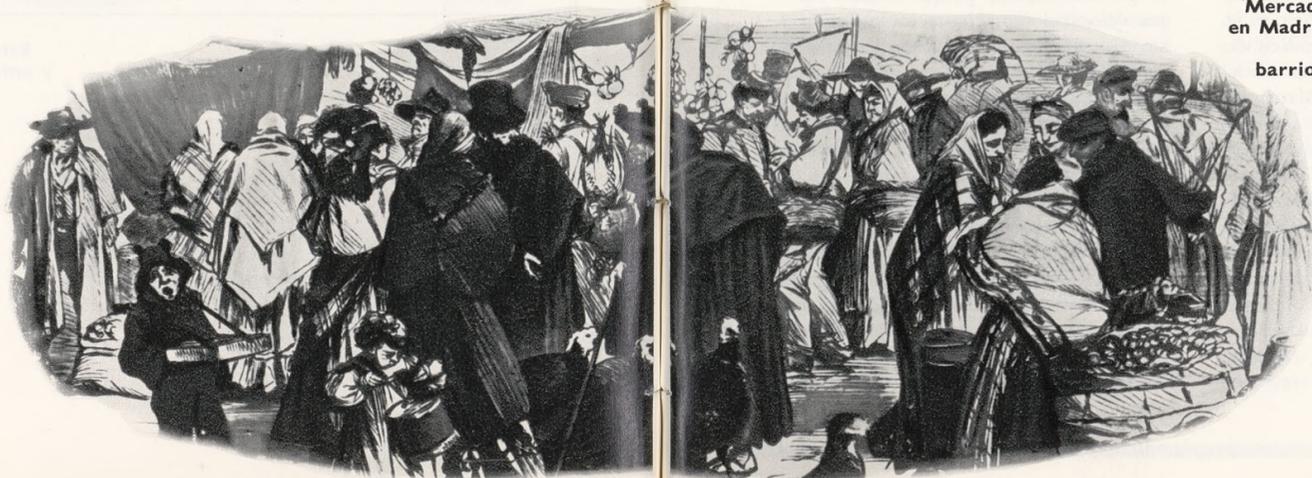
Existen noticias algo confusas sobre unas supuestas *Memorias* de Casta Esteban, en las que contaba su vida durante el matrimonio con Gustavo Adolfo Bécquer. Para conocer toda la verdad, sería conveniente oír las dos partes. Al parecer, a esta dama le habían entrado aficiones literarias des-

pues de la muerte de su esposo. Lo cierto es que se reconcilió con él, poco antes de que se produjese el fallecimiento. Y también es cierto, según el testimonio del inseparable amigo de Bécquer, Ferrán, que el poeta, justamente dos días antes de su muerte (el 20 de diciembre de 1870) «cuando ya apenas podía hablar, hizo que su amigo le alcanzase un paquetito de papeles atados con una cinta azul, y sacando trabajosamente un brazo de entre las ropas de la cama, los fue quemando en la luz de una bujía que ardía sobre la mesa de noche». Y que cuando Ferrán le dijo: «¿Por qué quemas eso?» respondió Gustavo Adolfo: «Porque sería mi deshonra.» No quiso entregar aquellas cartas a la posteridad, que sin duda intuía gloriosa para su nombre. De otros curiosos aspectos de la mas desconocida vida de Bécquer se enteró el cronista por los papeles y las tradiciones orales de que era depositaria su sobrina nieta, doña Julia Sanabre Bécquer. De su gran amistad con don Juan Valera y de su peripecia burocrática en Madrid, cuando todavía no había logrado abordar la redacción de *El Contemporáneo*. Ganaba Bécquer tres mil reales anuales en la Dirección de Bienes Nacionales (debió ser su primer empleo madrileño) donde no hacía otra cosa que escribir versos y pintar muñecos en las hojas destinadas a recoger cifras y estadillos. Hasta que un día llegó el jefe, observó sus «trabajos» y sin más, lo echó groseramente a la calle.

Y con esta última evocación del Bécquer humano, dejamos el pisito de la calle de la Madera Alta, donde quedaba, cuidado por las manos de una dama que aún lleva su apellido, el único rincón de verdadero culto al poeta que hizo potable en poesía, el posromanticismo.



Mercados de la época, en Madrid, y los nuevos tranvías en el barrio de Salamanca.





José Martí.



José Asunción Silva.



Manuel González Prada.



USTAVO Adolfo Bécquer es uno de los ángeles tutelares de la poesía hispanoamericana. Tutelar quiere decir aquí, ante todo, de los que la tutelaron, la llevaron de la mano por mejor camino. Luego de lo que se denomina «poesía de la independencia», que tenía como su nombre indica fines patrióticos, y en la corriente de la cual de lo mejor que encontramos es la nota nativista, nacionalista, indigenista, etc. —Melgar, Hidalgo, el mejor Heredia del Heredia criollo, algo de Pesado...— aparece el primer período romántico. En éste hay ya una cosecha magnífica en lo que al desarrollo de la personalidad se refiere, pese a la enorme influencia de los románticos franceses. En el segundo período romántico, que va, según algunos, de 1850 a 1880, aparecen poetas de la fuerza expresiva de un Juan Clemente Zenea, en quien podemos ver un gran pre-becqueriano, pre nada más, porque Zenea es fusilado en 1871. No pudo pues, como pretenden algunos demasiado entusiastas, conocer la obra de Bécquer.

Hay en ese período del segundo romanticismo poetas de la calidad de Rafael Pombo y de Pérez Bonalde, y de Miguel Antonio Caro. Es en esta época, en la parte final de esta época, cuando aparece muy fuerte la influencia de Bécquer. Esta influencia no se siente precisamente en los poetas últimamente nombrados, sino que es, como ocurre siempre con las influencias, dueña de los más jóvenes, de los entonces inmaduros. Pero fue intensísima, hasta llegar a convertirse en una moda; lo propio que

ocurriera luego con el lorquismo y con el nerudismo.

Como hay en Bécquer, visto de prisa, una cosa dulce, sentimental, «bonita» en definitiva, y los otros grandes valores de su poesía no se ven así como así, ni son imitables sin más, aquella influencia ambiental, aquella fiebre y moda de Bécquer no siempre mostraba razones válidas, no siempre era plausible. El sentimiento por imitación no es un sentimiento, es una mueca. Y no digamos lo que es la imaginación imitada. Pero Bécquer es un poeta adhesivo, «que se pega»; tiene, como Lorca, un cuño tan personal, que no hay modo de saquearlo y quede impune el robo.

Muy grave debió ser la epidemia de becquerianismo superficial, porque cuando José Martí escribe en 1878 su prólogo al libro de José Joaquín Palma, prólogo que es una especie de Carta del nacionalismo poético hispanoamericano, dice cuáles son las cosas que él, Martí, toma por tanto como apostasias. Entre esas cosas estaban: «dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo, herirse con el cilicio de Gustavo Adolfo Bécquer...». Y sin embargo, es José Martí el primer gran poeta en quien la influencia benéfica y bien asimilada de Bécquer toma cuerpo en Hispanoamérica. El primer libro de poemas de Martí, *Ismaelillo*, se publica en Nueva York en 1882, pero los versos están escritos mucho antes. En ese libro los críticos de calidad, un Florit por ejemplo, han estudiado la presencia avasalladora de Bécquer. Es una presencia sana, porque no es de imitación, sino de imantación. El angelito de Bécquer vuela por todos los rincones del libro y no se posa —no pesa— en ninguno. Algo debió preocuparle a Martí en lo que toca a presencia ajena, sea en sombra o revuelo,

porque en la dedicatoria de *Ismaelillo* le dice al hijo: «Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así.» Le preocupaba la acusación de seguidor, de imitador de otro. Pero ese otro, por ser Bécquer, entró en Martí de manera profunda, y se produjo aquello que indicara Paul Valery como gran lección de literatura: «El león está hecho de cordero asimilado.» La influencia de Bécquer en Martí, por otra parte, se ve también en poemas anteriores a *Ismaelillo*, y en posteriores inclusive. Y no deja de tener importancia indicaria, por lo que ocurriría de influencia becqueriana en la obra de José Asunción Silva, el hecho de que al suicidarse éste, tuviese a su lado un libro de D'Annunzio es verdad, pero tuviese también el libro menos dannunziano del mundo que es el *Ismaelillo* de José Martí.

Es en Darío, naturalmente, en quien la influencia de Bécquer, porque se presentó en plena adolescencia, cuando las influencias son sarampiones y acnés muy visibles e ingenuos, se hizo arrasadora durante breve período. Breve, porque Rubén iba a una velocidad supersónica en lo de devorar leones, y pronto dejó atrás al sevillano. Pero el tiempo que duró el embeleso, ¡que amor tan grande le tuvo! Sobre el libro *Rimas y abrojos* dice Ghiraldo: «Las Rimas, nacidas, indudablemente, al influjo de Bécquer, *dominador irresistible de almas juveniles*, son las reveladoras de un Darío lleno de delicadezas y de matices.» Y a diferencia de Martí, que no nombra a Bécquer sino muy de pasada —«Oculta tu dios», decía también Valery—, Rubén saca a Bécquer a la luz, y en una de las Rimas suyas, firmada en Valparaíso en 1887, cuando enumera a una muchacha «lo que yo te daría», leemos:

SU INFLUENCIA AMERICANA

por Gastón Baquero

Un cestillo de blancas azucenas
donde una mano leve
coloque entre armonías y rumores
rocío transparente;
un rayo misterioso de la luna
empapada en el éter,
un eco de las arpas que resuenan
y el corazón conmueven;
un beso de un querube en tus mejillas;
algo apacible y leve,
y escrita sobre la hoja de albo lirio,
una rima de Bécquer.

Es oportuno recordar que estas «Rimas» de Rubén, escritas después del libro *Abrojos*, hecho bajo la influencia de Campoamor y Leopoldo Cano, nacieron para un certamen chileno donde se premiarían «composiciones poéticas del género sugestivo e insinuante de que es tipo el poeta español Gustavo Adolfo Bécquer». Es decir, que todavía en ese año 88, el mismo en que se publicaría *Azul*, Chile y Rubén estaban muy metidos en la atmósfera becqueriana. Por eso, en la primera edición de *Azul* aletea aún la libélula del sevillano, todavía ronda Bécquer con su arpa por allí.

Campoamor, Bartrina, Zorrilla, Núñez de Arce, fueron, es harto sabido, las influencias generales en la poesía hispanoamericana que iba a tener por eje y divisoria a Rubén Darío. Pero en muchos países, acaso por cuestión de idiosincrasia, la influencia de Bécquer fue predominante, y superó en muchos codos a la que ejerciera, por ejemplo, aquel que llamó desdeñosamente «suspirillos germánicos» a los poemas de don Gustavo. Cuando Francisco Monterde estudia a Agustín F. Cuenca como «poeta de transición», señala que se sale del romanticismo hacia la reacción positiva y razonadora, importada de España con Cam-

poamor y Bartrina como representantes. Pero, «poco antes, dice, habían llegado los suspiros de Bécquer: nuestros románticos imitaron los *Pequeños poemas* y las *Rimas*. Cuenca, por entonces, parece ignorar a Campoamor y a Núñez de Arce. Todavía aquí (México) no despiertan ecos los *Gritos del combate*, ni *La visión de Fray Martín* se prolonga en *El beato Calasanz*. Martí ha pasado por España; pronto llegará a México...».

Y así, de país hispanoamericano en país hispanoamericano. José Asunción Silva arranca totalmente de Bécquer. «Primera comunión», su más viejo poema, es de 1875, y Max Henríquez Ureña dice de esta composición: «Se advierte en ella la influencia de Bécquer, y la corrección con que está escrita es sorprendente para su edad.» (José Asunción tenía en 1875, ¡diez años!). Esta iniciación, este bautizo en Bécquer, es frecuentísimo por no decir que universal en los poetas nuestros nacidos antes del fin del siglo, con Ismael Enrique Arciniegas a la cabeza como otro ejemplo muy iluminador. Es que la lectura doméstica favorita, en todos los países, era, por lo menos hasta la primera posguerra, aquel libro de encuadernación azul y plata, tesoro favorito de la abuela. Bécquer estaba en todas las casas. Creo que sólo Cervantes se le igualaba en popularidad. Si en una de esas casas nacía alguien con vocación literaria, el ángel guardián era Gustavo Adolfo. El sentimentalismo de aquellas sociedades y personas se conjugaba a la perfección con las idealidades de Bécquer. Por eso ha resistido como nadie el paso del tiempo. Todavía un Alfonso Reyes, cuando tiene que elogiar a Rafael López, poco prohispano —al extremo de que decía López, y se llamaba López, que «los franceses escriben con tinta y los españoles con aceite de

olivo, a excepción de Valle-Inclán» puede decir: «He aquí un profesor de literatura española que sólo da a leer a sus discípulos de Bécquer en adelante.» Pues en América se dio el mismo caso de aquí, que en medio de lo más novedoso de la generación del 27, aparecía la florecita azul de Gustavo Adolfo, y con él se emocionaban por igual el fácilmente emocionable Alberti y el carácter difícil de Cernuda. Allá también el reactivo de Gustavo Adolfo actuó sobre los seres y caracteres más dispares. Un hombre como González Prada, otro como Juan Ramón Molina, del Perú a Honduras, de aquí para todas partes, echan a andar cogidos de la misma mano de niebla y ensueño. En el mismísimo Emilio Bobadilla, el Fray Candil que llegó a tener tan malísima sangre, y que tan difícil le hizo la vida en España a los literatos, compareció Gustavo Adolfo en los primeros balbuceos del cubanito. No hay fallo. Norte, sur, este, oeste de la poesía hispanoamericana, tienen encima la girándula del ángel, como ese gallito que ponen encima de las veletas.

Es más significativo de lo que parece eso de que fuera un cubano, un habanero, quien recogiera y publicara las *Rimas*. Sin Rodríguez Correa por medio, es decir, sin un hispanoamericano inclinándose con unción ante aquellas páginas dispersas, ¿tendríamos, tendría España y tendría Hispanoamérica, a Gustavo Adolfo Bécquer? No sé. ¿Y lo del mexicano Puga traduciendo al francés? ¿Y lo de Enrique Gandía defendiendo a Bécquer de germanismo y refiriéndolo a Jorge Manrique? Son tantas las muestras de perpetuo amor hispanoamericano a Bécquer, que vemos ahí viviente un signo más de lo que me gusta llamar indisolubilidad eterna del vínculo creado un día de octubre —día becqueriano, día otoñal—, de 1492.

por José Gerardo Manrique de Lara
Reportaje gráfico: Fernando Nuño

LOS



Las ruinas de Itálica, Sevilla en tiempos del poeta, La Giralda, el Retiro madrileño, la plaza de Santa Cruz. Bécquer nace, vive su niñez y adolescencia en la capital andaluza. Allí comienza a pintar y a escribir. Su vida se parte simétricamente entre Sevilla y Madrid. A Madrid llega, como todos los escritores románticos, a la conquista de la gloria. Por el Buen Retiro, por las viejas calles y plazas, pasea su soledad y su sueño.

CAMINOS

Has sido un mal profeta, Gustavo Adolfo. He dicho profeta y no poeta, como decía tu tío Joaquín. Tampoco él fue muy afortunado en sus vaticinios ni ejemplar en su generosidad. Ni siquiera te enseñó a pintar del todo. No tenía fe en ti. Con los treinta duros que te dio tuviste que comprar tu fama en la villa de Madrid, descontando previamente los dieciocho que te costó la galera acelerada que había de llevarte hasta la posada de Atocha. Pero esa fama nadie te la quiso vender. Sin embargo, tu retina captaba perfectamente las formas impresionándolas con toda fidelidad para una tardía evocación. Las lecciones de dibujo del maestro Cabral Berjano te sirvieron, por lo menos, para que te pudieran despedir de la Dirección de Bienes Nacionales al pintarrapear los expedientes en las propias barbas de un «superior» administrativo.

Y con un poco más de audacia, te servirían también para pintar con Valeriano los techos del palacio del Marqués de Remisa. Esa afición a la plástica además de tu padre, tu tío y tu hermano, te la confirió tu Sevilla nativa. Te voy a contar ahora lo que me parece Sevilla contemplada desde tu ausencia. Antes te decía que no habías sido buen profeta por la manía de colocar tu memoria en el mas ignoto lugar «donde habite el olvido». No ha sido así. La yedra no ha ocultado tu nombre. El tiempo no ha envilecido tu memoria. Tu voz está viva y tu Sevilla, viva también aunque falten ahora más puertas y más piedras que las que tú echabas de menos al volver a tu ciudad natal desde los años mozos de tu deserción. He podido contemplar la iglesia de San Lorenzo donde reposa ese cura matusalénico, el licenciado Juan Ramírez de Arellano que tuvo tiempo

para todo y que murió por un evidente fallo del ángel de su guarda que no pudo evitar que se rompiera la crisma cuando huroneaba entre los santos. Se casó cinco veces. Tuvo cuarenta y dos hijos legítimos y nueve bastardos. Es meritorio morir en accidente de trabajo después de haber rebasado en veinte años la primera centuria. Algo así como lo que te ha ocurrido a ti, que estás vivo un siglo después de tu muerte. Tú ya me entiendes. Tu Sevilla hodierna ha sustituido a la Ancha de San Lorenzo por el Conde de Barajas. Allí es donde tú naciste. Un torero romántico ha edificado el solar de tu casa paterna y ahora le llaman el torero de las golondrinas. San Lorenzo sigue sonando a bronce. La plaza vive en armonía de luz y de color. Y en la del Duque, donde tu madrina Manolita limpiaba el polvo a los pomos de perfume de odaliscas importados de

París y el socio Henriche acrecentaba su prestigio de buhonero, los árboles siguen en pie oreados por el mismo céfiro que inspiró aquellos versos tuyos de apresurada admiración por Narciso Campillo que según tú los hacía

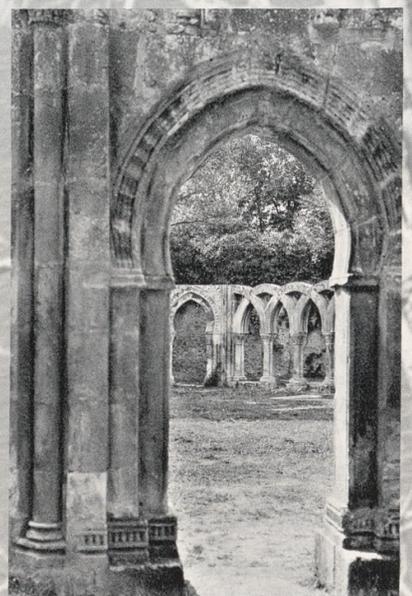
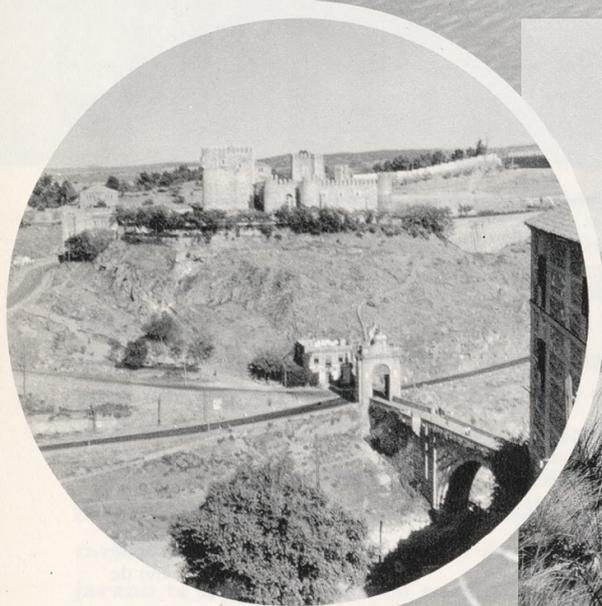
Muy más sabrosos que la miel hiblea,
.....

Por la vieja calle del Barco, por Batehojas o por el Azafrán parece sonar todavía el eco de los pasos cansinos de la sociedad de la Posma, aquellos miembros contumaces de la pereza a los que les faltaba y les sobraba tiempo para todo. Desde cualquiera de estas esquinas se ha visto arder el zaquizamí del señor Paco y malparir a la Reyes sin la presencia de su hombre. No tenían prisa. Era mucho sol ése que doblaba las esquinas dorándolas a fuego

lento. Comprendo, Gustavo, tu sacudida con *La soledad* de Augusto Ferrán. Sevilla no sólo nos regala el color de sus piedras y el destello de sus cúpulas sino que nos proporciona mucha tela cortada para la efusión creadora de los grandes poetas. Porque debes recordar, Gustavo Adolfo, aquella lápida en bronce de la capilla de la Cárcel Real:

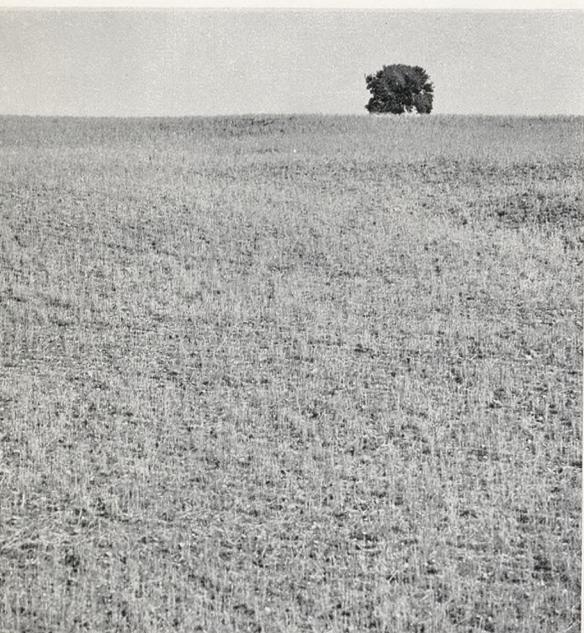
«Aquí yacen los señores Manuel Saunines, y Juana González su mujer, y Guiomar Manuel su hija, la cual dexó grandes dotes a esta Santa Iglesia, e muchos bienes a esta ciudad, falleció por el mes de noviembre, año de MCCCC.XXVI.»

Esta fue la sugestión que posiblemente sirviera para que otro poeta sevillano,



Toledo y, en Toledo, San Juan de los Reyes, y el paisaje grandioso. Soria y, en Soria, el Duero, San Saturio, San Juan, el paisaje románico de los poetas, antes y después de Bécquer. Del Romancero a Gerardo Diego, de Bécquer a Machado. Ya escritor, ya desde Madrid, el romántico sevillano viaja España. Escribe poemas, leyendas, cartas, versos y prosas de los caminos, de sus caminos. Son viajes profesionales, melancólicos, literarios, inopinadamente sentimentales, a veces. Es el hombre que va escribiendo de lo que ve, de lo que vive. Poniendo su vida en limpio mediante el verso y la prosa.

don Antonio Machado, en cuya inspiración tuviste tú mucho que ver, adoptase para nombre de su musa más querida el de Guiomar. Y me preguntarás: «¿Quién es ese bueno de don Antonio Machado?» Un predestinado, como tú, que de Sevilla fue a parar a Soria. Ya ves lo que son las cosas. Y todo por culpa de unos delfines que la marea metió por la boca del Guadalquivir dando lugar a que en el barrio de la Magdalena se conociese una parejita de inmediatos enamorados. Por los delfines vino al mundo don Antonio Machado. Sevilla es un ruedo, Gustavo. Un coso para el ancho despliegue del abanico lírico. Tu infancia te coloca en el umbral de esta portada barroca de San Telmo vestido con tu chupa azul, tus pantalones blancos y ajustados, tus botas oscuras hasta las rodillas y tu gorro galoneado con una protuberancia ligeramente fría como el de la República. Tú, tan conservador. Algún domingo habrás salido por esta puerta para visitar el Museo de Ciencias Naturales charlando del brazo de Narciso Campillo sobre el drama de *Los*



Campos de Soria. El erial castellano, labrado y fecundado por el hombre. «Mi vida es un erial / flor que toco se deshoja...»

conjurados. El profesor os habrá dejado pasar de uno en uno, advirtiéndoo tal vez que todos los elementos que se exhiben en las vitrinas han sido cuidadosamente seleccionados y escogidos por un tal don Antonio Machado Núñez, rector de la Universidad hispalense, de cuyo centro docente proceden cada una de estas piezas. ¿Y sabes quién era ése? Aquel galán del barrio de la Magdalena que en los últimos días de la Restauración de Alfonso XII se encontró a una muchacha hermosísima llamada Ana Ruiz. En San Lorenzo está tu pila bautismal irisada de azules. Las manos de Manolita Monnehay parecían palomas bebiendo en una fuente. Seguramente que este polvo inquieto que se pasea, pero que jamás consigue huir por los terrados del Alcázar es parte del polvo de tus huellas. ¿Te acuerdas cuando llegabas, ya entrada la mañana, al estudio de tu tío Joaquín Domínguez, el excelentísimo señor don Joaquín Domínguez Bécquer, que tenía sus más y sus menos, que era personaje de tanta resonancia que muchos caballeros del séquito del Duque de Montpensier le regalaban el oído con alabanzas insólitas, impropias de la realidad de sus virtudes pictóricas? Maravillosa sociedad aquella de gentes empingorotadas que ve-

nían a Sevilla o por simple política o por simple turismo y se alojaban en el suntuoso Hotel de Madrid entre porcelanas y cuadros de Lucas Jordán para perseguir después, por los barrios castizos, a los pintores de género como Pepe Bécquer, tu padre, que quiso retratar al Tempranillo antes de su jubilación como escopetero. El agua clara de este Betis tiene también remansos oscuros llenos de insondable misterio. Tú que escribiste una leyenda sobre el profundo misterio de unos ojos, debes de acordarte de que en el seno de estas aguas oscuras están latentes los ojos de un presunto suicida que quiso arrojar al río porque había perdido la vista. No debe extrañarte. Era pintor. Un íntimo amigo de tu padre: José María Esquivel. En esta Sevilla barroca y bien plantada, de piedra noble y sometida, de luz demoleadora, perpetraste tu deserción. Dejaste a Manolita Monnehay, tu madrina. Y más tarde, en Madrid, recibiste la noticia de que había muerto víctima del cólera morbo. Nunca habrás podido olvidar el gabinete de Narciso Campillo en una vieja tronera con las vigas recalentadas donde guardabais, junto con Nombela, vuestros versos en el arca para venderlos a un editor en Madrid. Nombela no puso muy buena cara cuando en los últimos días de tu estancia en Sevilla os encontrasteis en la calle al bizzo Aristides Pongilioni. Nombela tocó la madera del banco público, pero no pudo impedir que el cólera morbo se llevase a tu madrina Manolita. Aquí está la isleta perdida como un meandro en el centro del Guadalquivir, muy cerca de donde te salvó la vida, a punto de que perecieras ahogado, Narciso Campillo. Es la isleta adonde tú te venías a dibujar y donde a veces te acompañaba tu hermano Valeriano y te decía que dejases de fantasear. Es la isleta donde una vez en que tú estabas solo se acercó nadando aquella Cínaris, como la de la fábula de Espinosa, desnuda y oferente, idealizada por ti gracias a una capacidad de admiración que convertía en diosa a la hija de un peón caminero. Algo así como lo que don Quijote hizo con su Aldonza.

Desde esta Sevilla rutilante vuelvo a Madrid tratando de seguir tus pasos y tomo tan sólo dos botones de muestra de tu ruta: Carmona y Ecija que fueron las dos primeras escalas que hiciste en tu galera acelerada que te costó doce días de viaje y dieciocho duros en metálico. Menos mal que tú, eso de comer... Cuánto hubiera dado por encontrar una galera ómnibus, de unas doce plazas, que estuviese habitada por tus mismos acompañantes o que yo pudiese integrar en tu realidad con mis recursos mentales. Por ejemplo el picador de Cúchares, el Charpa, dirigiéndose a la Corte para actuar en el verano sangriento de la Revolución en una plaza pegada a la Puerta de Alcalá en donde además del programa de los toros y de las avellanas tostadas se reparten las octavillas de los insurrectos. No faltaría la compañía de algún caballero de trato esquivo y misterioso con alguna misión especial que cruza furtivamente unas palabras con el mayoral y el escopetero metiéndoles en el bolsillo algunos billetes doblados. Y una joven pálida que, para evitar los excesos del viento y del polvo, encarruja sus cabellos en un sombrero *corbeille* que al decir de los entendidos es el último grito. París llega a todas partes, incluso en la Revolución. Hubiera querido correr la aventura de aquellos días difíciles e inciertos en que al cambiar las postas, uno

debía sentirse —¿verdad, Gustavo?— como si se cambiase también el pellejo. Así, al llegar a Ecija tú debiste de pensar que los siete niños estaban todavía en la edad... Pero por fin llego a la Corte adonde tú fuiste a dar con tus huesos maltrecho y desesperanzado. Aquí hay cambios más notables que en Sevilla. En Atocha ya no hay huertas de lechugas ni en el horizonte, espartizales. En la Flor Alta ya no vive Nombela. En la calle de Hortaleza, donde tú tuviste tu primera patrona, está la Cerería de San Antón frente a un par de tritones pasados por agua. Parece que no ha ocurrido nada. En el Príncipe Pío ya no hay nada que se parezca a aquella placidez pánica que tú disfrutaste en tus largos paseos con Julio Nombela. En la calle de la Paz, junto a la casa del Correo con buzón para la correspondencia urgente en la calle de las Carretas, hay un remanso tranquilo de parecido ambiente al que tú compartiste con Luis García Luna y su patrona doña Soledad. ¡Qué bien se portó contigo aquella limpia y castiza sevillana! La Puerta del Sol es un hervidero humano donde ya no hay ómnibus con tranvía de mulas, donde ya es imposible subir a la imperial en un día de invierno y coger una pulmonía que le inmortalice a uno. Pero allí sigue el portal espacioso del Bazar de la Unión convertido en un restaurante de «sírvese usted mismo». Ya es imposible comprar juguetes para tu sobrina Julia. Sin embargo, en la calle de la Montera hay algo parecido a la dulcería La Favorita. Huevo hilado, jamón en dulce, *marron glacé*. Pero ya no existe el Ateneo donde tú lloraste amargamente la noticia de la muerte de Valeriano. Ahora es un centro comercial donde uno puede encontrar cierta ropa interior de mujer que tú no comprenderías. En frente tampoco está la iglesia de San Luis con su pobre avariento. Cerca de la Carrera de San Jerónimo, donde tú tanto *cafeteaste*, he visitado la casa en que conociste al doctor Esteban y a su hija Casta que había de ser más tarde tu mujer. La calle del Baño número 19, hoy Ventura de la Vega, entre Lobo —calle de Echegaray— y Santa Catalina. Tu parroquia era la iglesia de San Sebastián. Su párroco ha removido los cimientos buscando los restos de Lope de Vega que fue enterrado allí. Muy cerca de aquel lugar empieza la calle de las Huertas donde tú viviste también en una casa sórdida que luego tomó Eusebio Blasco, tu único «enemigo» junto con Manuel del Palacio que tantas puyas lanzó al gabinete de González Bravo, tu admirable valedor. Tantos rincones de Madrid tan cotidianos y frecuentes, me ponen en la pista de tu memoria. El palacio del Marqués de Salamanca; en los Agustinos Recoletos, propiedad de aquel prócer que se avino a ser invitado por la turbamulta literaria a un menú de dos pesetas. La calle de Espoz y Mina donde viviera Augusto Ferrán en su primera etapa y donde el capitalista Matheu en su palacio, por frente al pasaje de su nombre, invitara a O'Donnell haciéndose colaborador en diplomática *promesa* popular del general Espartero, única solución viable de Isabel II.

He dejado de nombrar dos rincones, quizá los más sentimentales de todos para tu memoria. No sé cómo ha podido ocurrir. Uno es las Ventas del Espíritu Santo, hacia el barrio de pequeños chalets llamado de la Concepción, donde tú vivías con Valeriano y con vuestros hijos y dos criadas jovencitas de mandil blanco a las que ba-

ñabais con la purrela infantil a golpe de manguera. Fueron los últimos días de Valeriano lejos ya la tragedia de Noviercas por culpa de los devaneos de Casta. Allí expiró tu entrañable hermano ante tu mirada atónita. El otro lugar es ¿para qué decirlo? la calle del Perro. Te llevarás un pequeño disgusto. Ya no existe. Alfonso XIII empezó con una piqueta de oro a derribar la casa del cura junto a la iglesia de San José y así fue como se trazó la Gran Vía madrileña que ha pasado sobre tu vieja calle romántica pulverizándola. Allí fue donde se asomó a un balcón Julia Espín, la dama de tus pensamientos. Ahora, los *clubs* de una juventud desafiada, la vida sin estilo que es la más grave de todas las actitudes sociales, los cines de estreno, y una turba de paseantes que van y que vienen sin propósito deliberado, ha sustituido a aquellos rincones de las barricadas que sirvieron para que Julio Nombela cantase a los héroes de la Revolución, con gran asombro del Duque de Rivas y la trivial indiferencia de su hijo, el simpático Marqués de Auñón. Claudio Coello, 25. La ausencia de Valeriano te hace concebir una impresión de vacío. Augusto Ferrán combate tus ausencias procurando encender en ti una llama de esperanza. Te decides a ser su vecino. Es una casa suntuosa con zócalo de mármol blanco. El zaguán tiene entrada de carruajes y patio al fondo. El Marqués de Salamanca fue generoso con Augusto Ferrán.

Te has enfriado en el imperial del ómnibus. Acabas de subir por Jorge Juan sudoroso y jadeante despidiéndote apenas de Julio Nombela.

Te recibes en tu lecho de muerte. Llega Casta en el epílogo de tu existencia. «¡Todo mortal!» Todo imposible. Tus últimas palabras no son de perdón sino más bien de indiferencia... ¿Protestas por mi afirmación? Pero ¿cómo conocer cuándo se imparte el perdón y cuándo nuestra realidad se convierte en cenizas de imposible rescate?

He vuelto a Toledo. Tenía que seguir de cerca todos tus pasos. Calle de los Hermanos Bécquer. Así se llama ahora la calle de la Lechuga. ¿Te acuerdas? Aquella hoja de acanto grabada en una esquina cerca de tu casa tranquila con patio, corredor, tonel de negras duelas y una parra llena de fantasía que iba abrazando la barandilla de madera de la galería alta. Y ¿cómo no subir al punto cimero que domina el Tajo y la roca Tarpeya para recordar la aventura, la burda aventura quijoteril de vuestro prendimiento en una noche en que admirabais la grandeza de Toledo y tomabais apuntes y discutiais de lo divino y de lo humano tu hermano Valeriano y tú? ¿Te acuerdas? Os prendió la Guardia Civil y os llevó como sospechosos a la cárcel hasta que tú escribiste a La Iberia movilizándolo tus recursos de la Corte. A un conservador como tú, confundirlo con un sospechoso revolucionario... La cosa era como para morir de risa. Grandes recuerdos guarda para ti Toledo. Fue punto de partida para muchas cosas y una especie de ausente recurso para volver a los brazos del amor, de un amor que perduraba en estado latente.

He vuelto a Soria, he paseado hasta San Saturio, hasta la ermita. Me he asomado al Mirón. He bajado al Duero. Allí he vuelto a confundir tus recuerdos con los de don Antonio Machado, en San Saturio, en Santo Domingo, en San Juan de la Rabanera y sobre todo en los claustros

abiertos a la luz de San Juan de Duero que tú los hubieras comprado para cultivarlos con yedras y con rimas. Desde allí me he acercado a Noviercas, un poblacho tostado por el sol, erosionado por los vientos, maltrecho de medias tejas con la torre del homenaje de un antiguo castillo del que no queda más que su altanero gesto. He pasado por la plaza por donde sin duda iría Casta con un cántaro a la fuente asediada por las miradas del Rubio o por el tercero en discordia que luego, después de tu muerte, se presentó a su padre «con los papeles». He visitado la casa del doctor Esteban. Allí he podido reconstituir la amargura de tu gran decepción. Yo también me he llevado otra decepción. ¿Cómo es posible que un médico de la Corte, afamado por su infalible fórmula para la cura de determinada enfermedad, viviese en una casucha como aquella que conserva la misma estructura con que tú la conociste y que sólo difiere de entonces en que tiene acometida telefónica y sobre su viejo tejado se alza victoriosa la antena de la televisión?

He llegado a Tarazona en los días de San Atilano saludando en tu nombre a los alegres y comprometedores cipotegatos que hacen las delicias de los niños. En las *cartas desde tu celda* dices: «... hasta sombrear con un toldo de verdura el alféizar de un ajimez árabe (extraña redundancia) confundidos y entremezclados en mi memoria con el recuerdo de la monumental fachada de la casa-ayuntamiento, con sus figuras colosales de granito, sus molduras de hojarasca, sus frisos por donde se extiende una muda procesión de guerreros de piedra...»

Están reparando la fachada. La han rapado por el friso superior. Por dentro está la casa vacía. Sólo queda el muro de contención que aparece cubierto de andamiaje. No la reconocerías. La plaza del Mercado que tú describes minuciosamente con sus puestos, sus gritos, su trajín y su intenso y barroco colorido, está tranquila, habitada tan sólo por el sol. Muy cerca de allí sale la Rúa Alta de Bécquer que termina en la plaza del Obispado desde donde se domina a Tarazona entera con su asombrosa catedral mudéjar triste y abandonada, con su excepcional plaza de toros vieja, convertida en viviendas de modesto vecindario, con sus calles llenas de recovecos, de desconchones y de ladrillos que son como cicatrices que armonizan con el encanto del paisaje.

Desde allí me he acercado a Vera de Moncayo. Un pregonero con un cornetín, que es como el canto del gallo *rompiendo todos los cristales del alba*, anuncia una corrida de toros. He leído un cartel que me recuerda que estov en Vera y que se prohíbe blasfemar. Desde allí, siguiendo la carretera, a kilómetro y medio, llego, casi sin darme cuenta, al monasterio de Veruela. Sí, es como tú lo describías, un poco menos tétrico y un poco menos abandonado, cicatrizados ya los efectos de la desamortización. Los jesuitas se van de allí. La hospedería no funciona en tanto no se consolide el cambio. Se habla de que quizá pueda volver la orden del Cister. La iglesia es de una sobriedad apabullante. Está prácticamente vacía. En un rincón veo un sepulcro de alabastro. Sobre los pies yacentes del Abad Lupo las arañas preparan sus hábiles emboscadas. En un rincón, una monja completamente absorta y como fagocitada por la sombra expurga sus escrúpulos mirando al Cristo, que se funde

en una luz difusa y polvorienta. Nadie más. La Virgen de Veruela, el lugar sacro, la idea del tiempo gravitando con verdadera dureza y la luz pálida que se cierne por un ventanal.

En el monasterio sigue tu celda hermética y vacía. El Moncayo ronda como un gigante que quisiera quedarse con todo. Y por la cruz negra de Veruela se adivina el camino de Trasmoz. En el claustro deshabitado se mete la alegría de la luz y el canto de los pájaros. En un rincón del patio gotea el agua por las gárgolas y todo se cubre de terciopelo verde. Es el rincón de Bécquer. Tu rincón. ¿Era aquél tu lugar preferido? Anchos horizontes son los que se dominan desde el monasterio. El Moncayo es pertinaz y obsesivo. Cuando traspongo el recinto amurallado que sale al camino, queda a la derecha Vera con camino directo para Trasmoz y Litago, pero yo sigo por el camino de la Cruz Negra de Veruela, tu sitio inefable para la diaria lectura del correo. Te imagino sentado quitándole la faja al *Contem-*

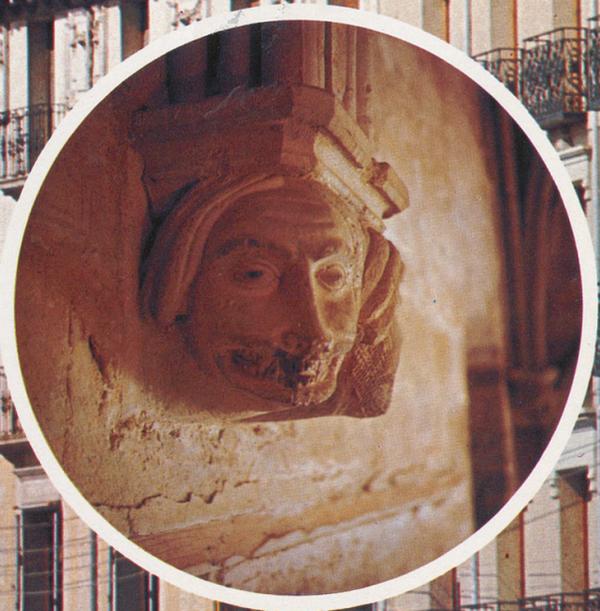
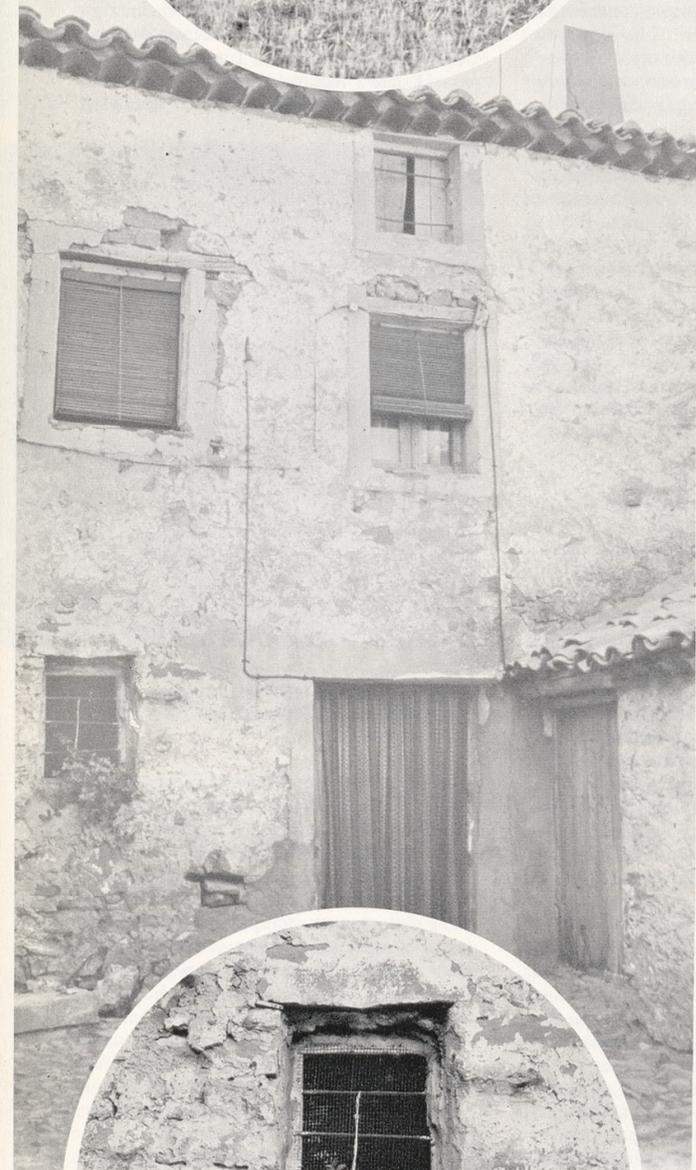


Soria. Campos que miró y paseó el poeta. La necesaria corrección de austeridad castellana para el frondoso ensueño romántico.

poraneo para ver que pasa por esos mundos de Dios. Dime: ¿qué es mejor? ¿ser periodista, ser poeta o ser maestro provisional de primeras letras de la moza que te preparaba el condumio en el monasterio? Ya sé, ya sé lo que me vas a decir, que cada cosa a su tiempo. Pero no me fio demasiado porque cuando en la carta sexta *desde tu celda* me describes el camino desde Litago a Trasmoz, metes mucho de tu cosecha. Y de la otra cosecha en cambio, la de la uva de teta de vaca, no dices una palabra. Tú fuiste a mula y yo a pie. La diferencia estriba en que yo no tiraba del ronzal, pero la solana, las subidas y las bajadas, los vértigos y las pesadumbres de la polvareda y del rutilar al sol de los cantos en que se astilla la piedra para que resbale la tía Casca, tuvieron para las dos parejas consecuencias. Yo tuve que descansar a la mitad del camino sobre unas piedras que me permitían ver la ya inmediata vertiente de la ruta de la *tía Casca*, que por cierto cascó definitivamente y no ha vuelto a dar un ruido. Y tengo que darte otro disgusto. Ya no tiene almenas el castillo de Trasmoz y quiero creer que hace un siglo, tampoco. Sin embargo tú las veías. Aquello se ha quedado convertido en una composición pictórica que efecti-

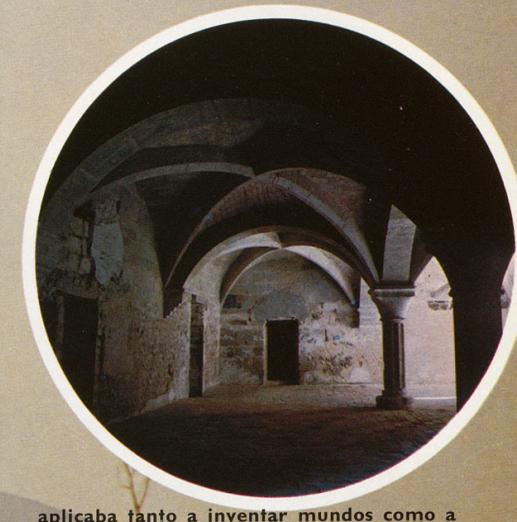
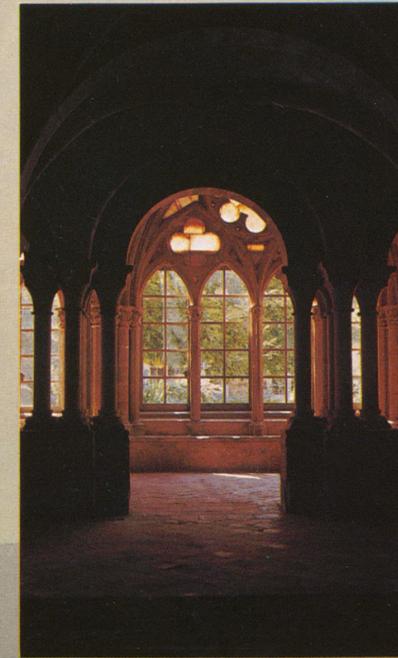
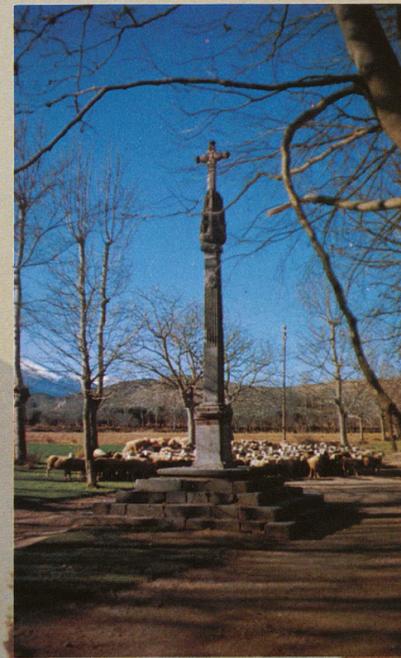


Capiteles del monasterio de Veruela, Tarazona. Noviercas; casa de la familia del doctor Esteban, donde vivió Bécquer. Ventana de su habitación en aquella casa. La torre de Tarazona. Esos rostros de piedra, de los capiteles, que riman bien con la fantasía del poeta. Descubría España y sus ojos veían una España romántica, de leyendas, luces medievales y pueblos melancólicos.



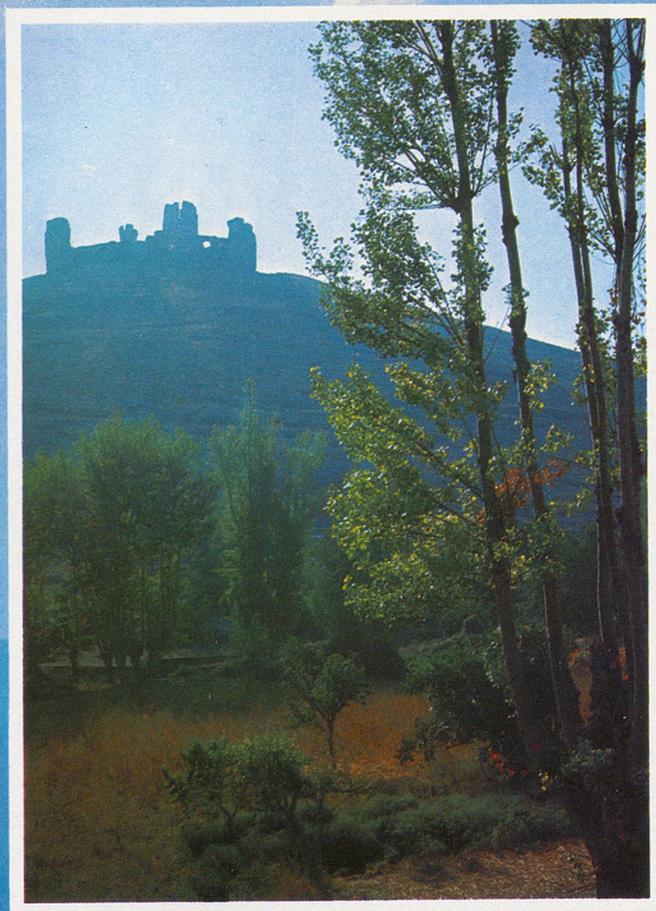
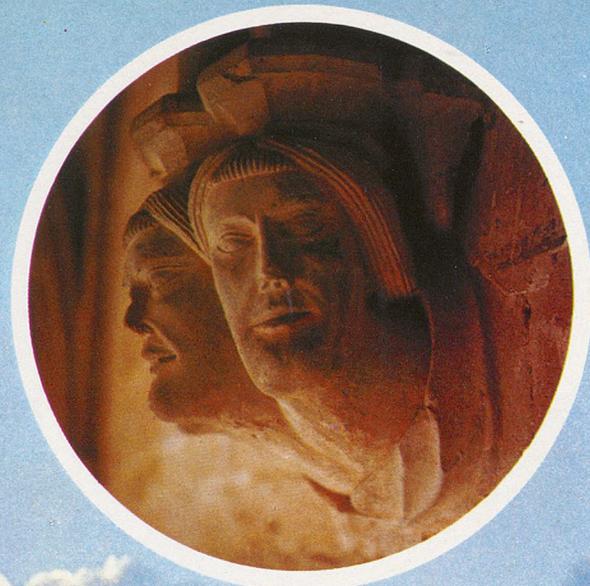


El monasterio de Veruela, la cruz negra, el cementerio. Toda una escenografía becqueriana. El mundo de sus leyendas. La imaginación romántica del poeta no se



aplicaba tanto a inventar mundos como a interpretar románticamente el mundo. En Veruela, en este monasterio, en ese cementerio, Bécquer escribió y oró, imaginó, creó.





El Moncayo, Veruela, el castillo de Trasmoz, y, en la otra página, el puerto viejo de San Sebastián; Avila, calle de la Vida y de la Muerte; Burgos, la catedral.

La grandiosidad de los montes, la soledad de los castillos, la sinfonia de los templos, el enigma de las viejas ciudades. A Bécquer se le imagina siempre solitario en sus viajes por España. Sube hasta el Norte, se abisma en Castilla, cae a las alturas del Moncayo. Es el suyo un peregrinar romántico que descubre siempre lo enorme, lo fantástico, lo melancólico, lo agónico.

Es la suya una manera extremada de mirar las cosas, que es la manera del Romanticismo.



vamente es susceptible de espolear la imaginación con interpretaciones fantasmales.

Lo que sí es cierto es que tuve la precaución de no ponerme en viaje por esos riscos y alturas en viernes no fuera que, como temía tu moza monacal que te arreglaba el yantar y que tenía su familia en Trasmoz, influyese tal «ventaja» sobre mis decisiones. Decía ella que Nuestro Señor Jesucristo murió en ese día de la semana y que las brujas no tenían poder en la víspera sabática. Por eso te digo que bien muertas están porque no me hicieron mella alguna. Desde la cumbre he

contemplado la belleza del Somontano. Una neblina ligera velaba al Moncayo tenuemente. Trasmoz es hoy un pueblo perdido, oculto, silencioso. Todos se han ido. La iglesia acurrucada al paio del castillo está, como él, yerta y olvidada. Parece como si la bruja, la tía Casca, se hubiera dedicado a robos sacrílegos desmantelándola y enmantelándose.

En esta ruta tuya he omitido un pequeño detalle. Debía, sin duda, haberme acercado a París deteniéndome antes a contemplar España desde la frontera. Pero me parecía una paradoja. El París que tú y González Bravo contemplasteis cuando

vinieron las vacas flacas, era un París triste y grisiento. Tú eras un conservador. Un esteta a lo tradicional, sin ganas de líos al que habían abierto la tapa de las ideas para ver lo que había por dentro. Y un conservador con la tapa abierta no se conserva bien. Si yo hubiese ido a París me habría acercado a Pigalle para ver el gran espectáculo de la Creación del Mundo interpretado por esas chicas tan alegres de que te hablaba Ferrán. Para mí París no hubiera sido triste. Pero España, esa pobre España de nuestros pecados...

J. G. M. de L.



Oleo de 54x65
TRABAJO REALIZADO



ORIGINAL

LINKER

PRINCIPE, 4 - MADRID-12
TELEFONO 231 35 13

DE SUS VIEJAS FOTOS DE FAMILIA, ASI COMO DE LAS ACTUALES, PODEMOS HACERLE ESTOS ARTISTICOS TRABAJOS

- RETRATOS AL OLEO
- ID. A LA ACUARELA
- ID. A CRAYON
- MINIATURAS SOBRE MARFIL
- ID. CLASE ESPECIAL
- (DE CUALQUIER FOTOGRAFIA)

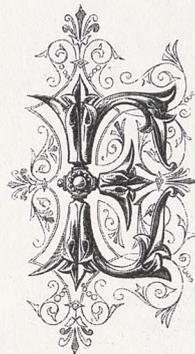
- MINIATURES ON IVORY
- PORTRAITS IN OIL
- ACCUARELLES
- CRAYON
- (FROM ANY PHOTO)

CONSULTE PRECIOS Y CONDICIONES, PREVIO ENVIO DE ORIGINALES.

ASK FOR PRICES AND CONDITIONS SENDING THE ORIGINAL PHOTOGRAPH



Las Leyendas



N aquel maravilloso Romanticismo donde todo era posible, Bécquer, sentado al borde de un camino que conducía al simbolismo modernista escribió sus leyendas. Inmerso en aquel estado de continua ensoñación, evitando el prosaísmo realista

que invadía la segunda mitad del XIX, Bécquer escuchaba rumores confusos, batir de alas, susurros leves del viento y melodías lejanas, y entreveía a través de la niebla azulada del atardecer sombras vacilantes e indecisas, vagas apariciones, fantasmas huidizos, invisibles figuras, mujeres ideales e imposibles.

Entre alcázares y templos, entre sauces y álamos discurre la fantasía del poeta.

«Yo estaba sentado al borde de un camino —dice Bécquer en *Las hojas secas*—. No sé en qué pensaba, si en efecto pensaba entonces en alguna cosa. Mi alma temblaba a punto de lanzarse al espacio, como el pájaro tiembla y agita ligeramente las alas antes de levantar el vuelo... Hay momentos en que, merced a una serie de abstracciones, el espíritu se sustrae a cuanto le rodea, y replegándose en sí mismo analiza y comprende todos los misteriosos fenómenos de la vida interna del alma.»

Entre la vigilia y el sueño se encuentra el poeta, y su alma se lanza a volar al espacio de un tiempo pasado donde el prodigio, el milagro, el hecho portentoso tiene lugar. Un tiempo histórico por el que el poeta siente veneración profunda, lleno de poéticas tradiciones y singulares sucesos, donde lo raro y extraordinario acaece, donde la belleza se manifiesta fulgurante con chispas de luz.

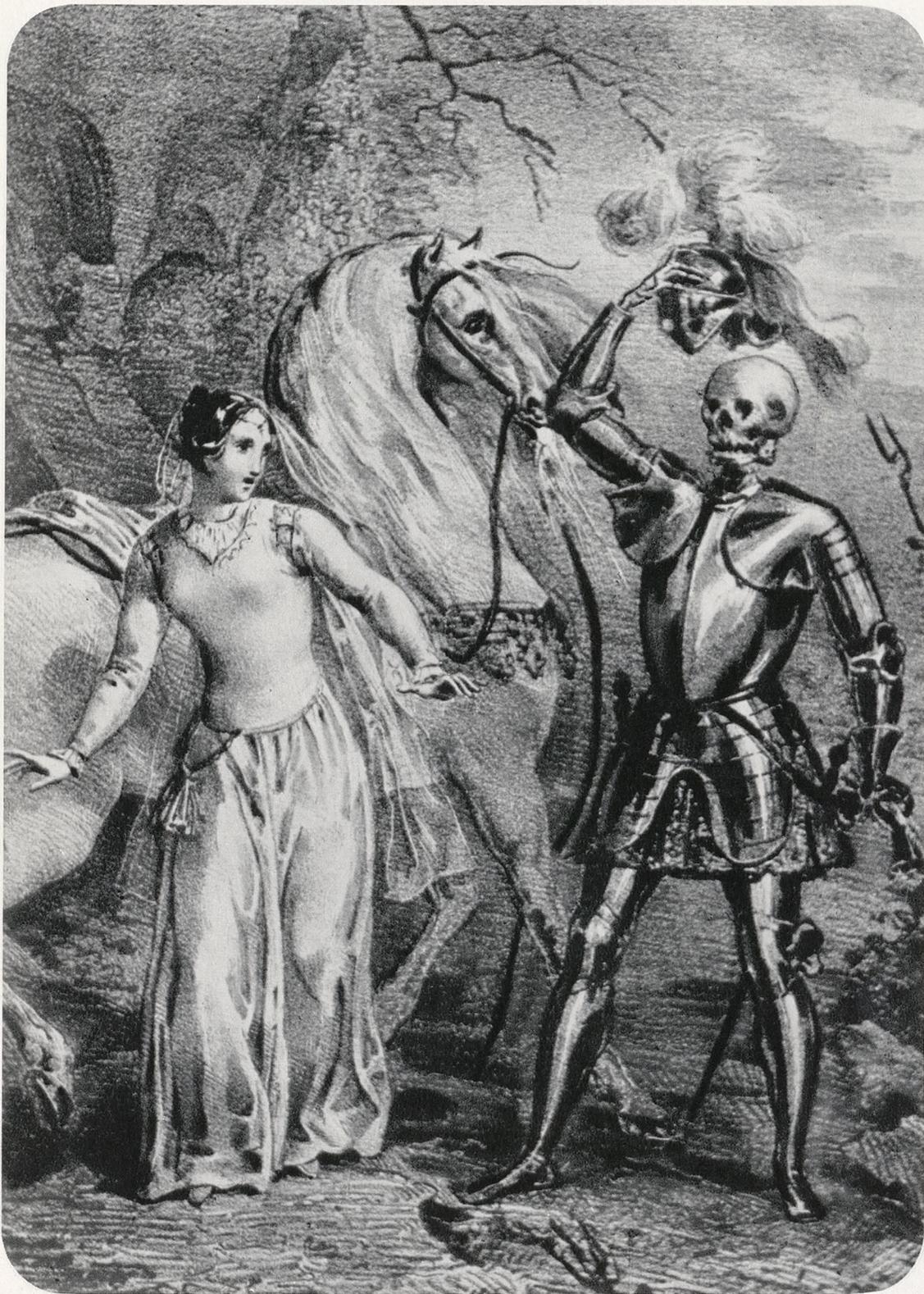
De lo cotidiano, de la vulgaridad de su época, Bécquer entra súbitamente en el círculo mágico de lo legendario. Una introducción brevísima en cada una de sus leyendas nos sitúa en la realidad prosaica, y de pronto la fantasía —ese pájaro que se echa a volar mágicamente por un cielo maravilloso, de poético misterio— nos transporta muy lejos. Átomos de niebla, voces sobrehumanas, armaduras vacías, corceles encantados que cabalgan montados por el diablo, niñas-ciervas, músicas tocadas por manos sobrenaturales...

Y el poeta, entonces, nos habla de los «fenómenos» incomprensibles de nuestra naturaleza misteriosa que el hombre no puede ni aún concebir».

También el poeta Novalis decía: «Estamos más estrechamente ligados a lo invisible que a lo visible», y Vigny, casi al tiempo afirmaba: «Lo invisible es real.»

Sólo cuando se acepta la posibilidad del salto en ese vacío fantástico que lleva al éxtasis poético y legendario y al éxtasis religioso, se pueden leer las leyendas de Bécquer.

A veces el vuelo se inicia desde las tierras secas españolas, desde una geografía soriana, entre las breñas del Moncayo, y es el relato de un pobre



Grabado de «El Artista», y, a la derecha, dos dibujos de Valeriano Bécquer.



pastor que propicia el conjuro. En la geografía real y provinciana de Fitero, de Veruela, existen ocultos veneros de poesía. No necesita Bécquer inventar regiones maravillosas de *Las Mil* y *Una Noches*. Lo vulgar se transforma en maravilloso y en las entrañas de los montes habitan gnomos, y hay cavernas fantásticas llenas de esmeraldas, diamantes y rubíes, presagiando los cuentos modernistas de «Azul» de Rubén Darío.

La leyenda de «El gnomo» en tierras de Soria es una de las más bellas ensoñaciones legendarias de Bécquer.

Es cierto lo que dice de estas leyendas el gran amigo Ramón Rodríguez Correa, en el prólogo a su publicación: «Sus leyendas, que pueden competir con los cuentos de Hoffman y de Grimm, y con las baladas de Rückert y de Uhland, por muy fantásticas que sean, por muy imaginarias que parezcan, entrañan siempre un fondo tal de verdad, una idea tan real, que en medio de su forma y contextura extraordinarias, aparece espontáneamente un hecho que ha sucedido o puede suceder sin dificultad alguna...»

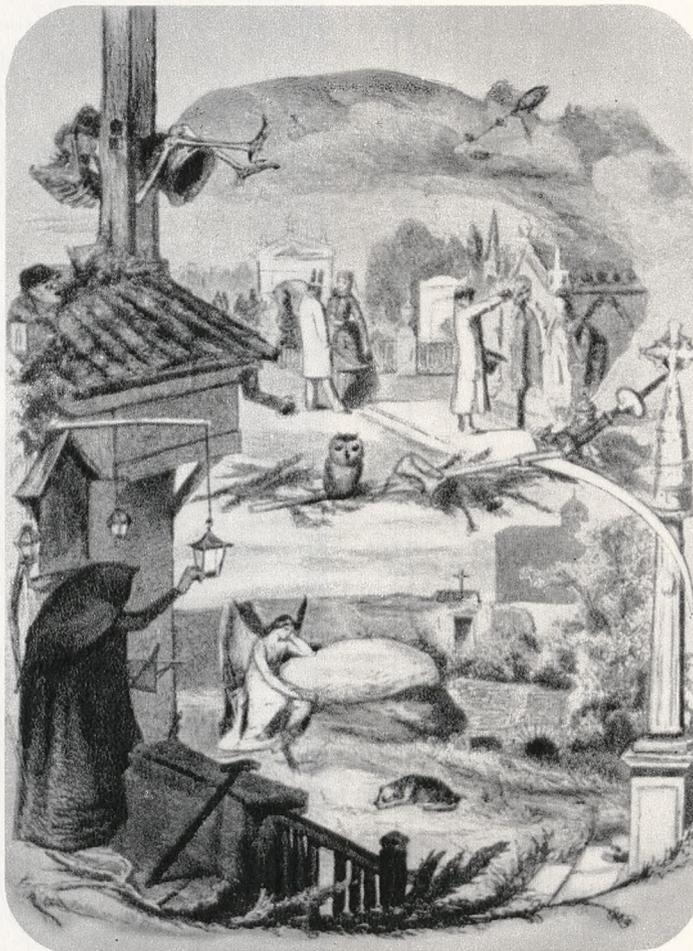
Un hecho insólito: una aparición en *Maese Pérez el organista*, un sacrilegio, el de *El beso*, un enamoramiento imposible como el del hombre enamorado en *La mujer de piedra*, un milagro, el de *El Miserere*, una alucinación que conduce a la locura *Los ojos verdes*, es el tema de las leyendas.

El misterio de las cosas y de las personas atrae al poeta. La contemplación de una ventana orlada de hiedra y campanillas azules aviva la imaginación del poeta, y si una mano blanca se agita un instante, entonces nace el cuento fantástico de *Tres fechas*, eslabonadas por un sutil hilo de luz, a la manera de los puntos luminosos de los cuadros de Rembrandt.

Si para Bécquer unos trozos de vidrio en un montón de basura, desde lejos le parecen diamantes que derraman una miriada de chispas de luz, cualquier acto de la vida, cualquier objeto puede transformarse en poesía. Para Bécquer la metáfora del cuento es la leyenda.

Y hasta aquellas *Cartas desde mi celda*, que comienzan como una crónica de artículos de costumbres, terminan en leyendas con mágicos nigromantes, brujas, doncellas encantadas y angélicas apariciones. (Carta sexta. «Historia de brujas». Carta séptima. «Las brujas de Trasmoz». Carta octava. «Historia de Dorotea, sus galas y los gatos grises» y carta novena «Historia de la Virgen aparecida».) El salto ha sido prodigioso, desde el relato costumbrista al relato legendario. Y como siempre, el poeta Bécquer nos dice: «allí... se ve el arte luchando con sus limitados recursos para dar idea de lo imposible.»

Bécquer escoge los días más extraordinarios de la liturgia católica para sus leyendas religiosas, el día de Jueves y el de Viernes Santo, la víspera del Corpus, la noche de Difuntos, el día de Navidad, la octava de la Virgen, fiestas únicas donde lo sobrenatural se cierne sobre los devotos o los impíos. En oscuras catedrales, con bosques de columnas, pobladas de seres imaginarios y reales, en monasterios silenciosos, cuyas tinieblas se iluminan por un rayo



de luna, se obra el prodigio de *La ajorca de oro*, que eriza los cabellos de horror al lector y al protagonista del lance, y tienen lugar los portentos de *El Miserere*, *El beso*, *El monte de las ánimas* y *Tres fechas*.

Otras veces su espíritu premodernista escoge la India como país legendario, en *El caudillo de las manos rojas*, que es un Ramayana en pequeño, y le permite enumerar al poeta las riquezas suntuarias y bellas que halagan a su fantasía: «Sedas hay en Cachemira, oro en Siam, cedros en Katay, elefantes en Lahore y perlas en el golfo de Ormuz», nuevamente anticipándose a Rubén en su poema a Margarita, y continúa: «Sian-nah, la perla de Ormuz, la violeta de Osira, el símbolo de la hermosura y del amor, la que formó Bermach en un delirio de placer, combinando la gentileza de las palmas de Nepol, la flexibilidad de los juncos del Ganges, la esmeralda de los ojos de una schiva, la luz de un diamante de Golconda, la armonía de una noche de verano y la esencia de un lirio salvaje del Himalaya.»

Otras veces Bécquer se pone a soñar a la vista de la arquitectura árabe, bizantina o gótica. Los monumentos del pasado dan pie a la evocación fantástica. El lenguaje del arte le sumerge en zonas de legendaria hermosura, y cuando escribe «alharacas» o adornos del follaje, «adarajas» o lacerías de sus orlas, de los fondos de «atauriques», de los «aliceres» o anchas franjas de azulejos y de «tarbeas» o salones, Bécquer se ha transportado al metafórico país de un arte fabuloso, en que los caracteres cúficos misteriosamente escritos sobre las paredes, introducen al poeta en un paraíso artístico, como en otras ocasiones las tablas de Botticelli le inspiran *El monte de las ánimas*, y el cuadro de Murillo de la gótica catedral de Sevilla, la *Historia de la Virgen aparecida*, y los maravillosos países de Claudio Lorena los bosques de *La corza blanca*.

Mucho se podría decir sobre las leyendas de Bécquer en este centenario suyo, de la dimensión y profundidad de estos cuentos poéticos, en que el poeta logra darnos la dimensión de espacio y tiempo, y gradualmente nos sumerge en lo maravilloso, para volvernos a traer al final a una actualidad, que nos deja una sensación de lejanía y misterio extrañísimo, que produce vértigo; de las rimas que hay en las leyendas y nos hacen pensar si la rima nació antes o la leyenda; del poder mágico de la música que sobrecoige y escalofría en muchas de sus leyendas en los momentos de mayor intensidad, con sus armonías sobrenaturales; de los amados tópicos del poeta: los átomos que se agitan, los rumores confusos, el hilo de luz, la expresión imposible, y las delicadas campanillas azules que orlan ventanas y ciñen cipreses.

Quisiéramos haber dicho algo original sobre el solitario poeta que amaba lo misterioso y trataba de expresar lo invisible. Cuando él dijo, anticipándose a la invasión de las masas: «Yo tengo una particular predilección hacia todo lo que no puede vulgarizar el contacto o el juicio de la multitud indiferente», Bécquer se anticipaba un siglo al sentimiento muy actual que busca inútilmente lo escondido.

BECQUER Y

EN el prólogo a los «Cantares» de Augusto Ferrán confiesa Gustavo Adolfo Bécquer que ha leído a Goethe y Schiller. Macandrew en su «Naturalism in Spanish Poetry» reconoce que el poeta sevillano se adelantó a los simbolistas franceses. ¿Por qué el escritor no sintió, en la época romántica, donde florecieron barroicamente en el teatro una larga serie de autores desde el Duque de Rivas a Zorrilla, la llamada de la escena?... De que a Bécquer, al lado de su intimismo lírico, de su vaguedad asonantada, pero de un sentido melódico, musical extraordinarios, no le faltaban ni imaginación ni fantasía dan fe sus veinte Leyendas en prosa, muchas de las cuales no sólo se podrían haber convertido en piezas escénicas y haber subido al tablado sino que, todavía hoy, esperan adaptadores y transcritores inteligentes que hagan con ellas ejercicios dramáticos.

Zorrilla nos dejó setenta títulos. Bécquer, a pesar de su muerte prematura, porque irse de la vida a los treinta y cuatro produce estremecimiento y pavor, lo mismo que escribió sus Leyendas pudo haberlas dado forma escénica. No lo hizo. Tal vez le faltaban fuerzas y ánimos para emprender esa batalla terrible que supone cultivar empresas y empresarios, frecuentar saloncillos, adular a actores y a actrices... Pobre, enfermo, infortunado, conocemos sus sinsabores y sus desdichas, su aceptación de un puesto burocrático

con escasa retribución y la mínima categoría. También sabemos de su espíritu independiente que se avenía poco o nada con cesiones, o claudicaciones, a las que su ánimo nunca estuvo dispuesto.

Bécquer había leído a Goethe y a Schiller... Tal vez pasó alguna vez por su imaginación la idea de emularlos, de idear el asunto basado en la Historia o en la Leyenda, de darle el trato o tratamiento acorde con su sensibilidad de hacer vivir y hablar a los personajes sobre el escenario, en enfrentamiento y lucha con sus pasiones, de disponer la exposición, el nudo, el desenlace, de emprender ese juego mágico que se inicia al escribir en la cuartilla «Acto Primero», «Escena primera» y que termina con la rúbrica de la palabra «Telón».

Es natural que, comparándose con los autores de su generación, y midiendo con ellos sus fuerzas de creación e inventiva, su talento, su sensibilidad su cultura pudiera ver en el teatro no sólo un escape, una evasión de sus penas y de sus congojas, sino también un medio de alcanzar y conquistar la popularidad, la fama, el bienestar, desde que antes de cumplir los dieciocho años se trasladó desde Sevilla a Madrid para abrirse camino. Llevaba en su sangre —se ha dicho muchas veces, pero no importa repetirlo— una importante levadura: la de esa mezcla de su apellido nórdico emparentado con las nieblas y las brumas de los Ibsen y de Björson y la caliente y ardiente y bulliciosa temperatura meridional que



desde niño le entró por los oídos con los cantares de la tierra andaluza, copla y amor.

No es, por lo tanto, aventurado suponer que de haber sentido la llamada de la escena Gustavo Adolfo Bécquer nos podría haber legado un curioso e interesante teatro, un teatro —insistimos— que trasladara al otro lado de las candilejas los temas y los problemas, los personajes y los conflictos de sus leyendas. Acaso en prosa o si esto no lo hubieran permitido las exigencias de la época— en verso, pero con una forma y un contenido distinto y diferente del de sus contemporáneos, más cerca del extranjero que de España, más próximo, por ejemplo a Heine y a Uhland, poetas que también conocía por la lectura.

Mas he aquí que, no entre las obras publicadas, sino entre los manuscritos que del poeta se guardan en nuestra Biblioteca Nacional, existe un texto escénico de Bécquer. ¿Saben ustedes cuál es?... No se lo pueden imaginar. El libro de una zarzuela en dos actos y en verso que se titula «Clara de Rosenberg», arreglado de la ópera del mismo título por nuestro escritor y por Ramón Rodríguez. El texto está firmado con el seudónimo de «Adolfo Rodríguez». Adolfo, patronímico del autor de las «Rimas» y Rodríguez, el apellido de su colaborador. Claro que, por tratarse de una adaptación, sin duda ocasional o de encargo, la zarzuela no ofrece mayor in-

EL TEATRO

terés. Su mención se debe a que ésta es —por lo menos en lo que a mi modesta erudición becqueriana se refiere— casi la única vinculación, y por cierto, bastante remota de nuestro poeta con el Arte de Talía y de Melpómene.

Lo que no ha pasado en silencio, ni podía pasar es el centenario de la muerte del bardo sevillano en relación con la escena. En el teatro se le han rendido varios homenajes del que puede servir de ejemplo el espectáculo patrocinado por la Dirección General de Cultura Popular y Espectáculos «Nace, mora y muere Gustavo Adolfo Bécquer». Lo presentaron Antonio Guirau y Pedro Pérez Piedra en el Ateneo de Madrid, y luego ha recorrido diversas provincias con el admirable actor Anastasio Alemán como protagonista. En la primera parte se evoca la época en que vivió el poeta con diversas referencias histórico-antecédicas y en la segunda parte, mientras discuten Julia y Casta, mostradas como antagonistas, que envenenaron el alma y el cuerpo del pobrecito Bécquer, se intercalan varias de sus composiciones en prosa y verso que expresan, con bastante elocuencia, los estados anímicos del autor cuando las escribió.

«Nace, mora y muere Gustavo Adolfo Bécquer» es, por lo tanto, un fino y delicado homenaje, rendido escénica y escenográficamente, al gran soñador romántico.

Alfredo MARQUERIE

EL POETA Y LOS JOVENES

PALOMA
PALAO

ANGEL
GARCIA
LOPEZ

BECQUER ha pasado sobre mí (mejor sería decir que fui yo el que pasara sobre su poesía) produciéndome tres efectos diferentes. En una primera etapa de ebullición lectora y sentimentaloides, de gestación de lo que luego sería mi afecto a la poesía (en aquella época de termita en que se engulle, sin discriminación, la mayor cantidad de textos literarios), fue un auténtico descubrimiento para mí. Era la etapa en que el adolescente encuentra su arquetipo, por afinidad de temas, por similitud mental en la correspondencia trágica sujeto-objeto, por el «estar» ante la situación amorosa que, a esa edad primera, se me presentaba con grandes afinidades a como lo entendía el poeta sevillano. No es necesario decir que, de forma arrobadora, Bécquer me creó un modo de «explicar» que hoy, desde la lejanía de mis años, estimo fue calcomanía y hasta inocente plagio. Confesar las cuíitas amorosas (tema imprescindible de aquellos poemas míos iniciales) implicaba el mismo vocabulario y hasta el mismo esquema

estrófico. Ello aclara que Gustavo Adolfo Bécquer fue para mí, entonces, el poeta por antonomasia; el más aceptable de los leídos hasta aquel momento.

Luego, al llegar a una segunda etapa iconoclasta, el lírico tan admirado se me derrumbó. Llegué a pensar que su poesía era superficial y simple, y hasta casi afeminada. El movimiento pendular me había llevado al extremo del diámetro. Consideré que aquella poesía, tan elemental, sólo era válida para un hombre pusilánime del siglo XIX. Yo había degustado ya la obra de otros muchos autores, y había creado una especie de antinomia particular entre lo «bonito» y lo «útil». Estaba convencido, más o menos, de que la poesía debe tener por fin la verdad práctica. Y Bécquer estaba en las antípodas. Fue, como digo, una ocasión de alejamiento, concomitante con el «odio». Me hacían reír incluso cosas tan accesorias como el que aquel libro estuviese preparado para la imprenta con el título de «Libro de los gorriones». Pensé que su obra

JOSE
MARIA
GUEL BENZU

BECQUER es el primer escritor contemporáneo español; ésa es, para mí, su cualidad. En tanto que poeta, es un lírico que da el golpe de gracia a esa poesía narrativa y epicoide, plúmbea, que le antecede y abre, para uso de líricos, la poesía moderna española, con su famoso 27 a la cabeza. Como

lírico, entrará de lleno en ese intento excepcional del hombre por recuperar su conciencia histórica, conquistar el «yo» y hacer poética la vida y la sociedad que es el Romanticismo, un movimiento que, ante la creación de la sociedad industrial, debe encontrar un sentido a la vida en un mundo en el cual la naciente burguesía ha trastocado todo un orden de valores —antes, sistemas de vida y moral completos y cerrados— establecidos, basándolos en el relativismo democrático, y que cambian por completo la misión de la literatura (ya no podrá escribirse jamás «La Divina Comedia» o «El Paraíso Perdido»

MANUEL
RIOS
RUIZ

JOAQUIN
BENITO
DE LUCAS

LA importancia fundamental de la obra de Bécquer consiste en inaugurar una nueva sensibilidad lírica tras la frialdad de los poetas neoclásicos y el griterío de los románticos. Su obra lírica no es que sea mejor que la de esos poetas sino que es más moderna. Con él y con Rosalía de Castro empieza nuestra poesía contemporánea.

Su influjo, por consiguiente, es general en casi toda la creación lírica posterior. No obstante, se observa de una manera más concreta

BECQUER está en la gran bifurcación de la poesía española contemporánea: Juan Ramón y Machado. Por ellos llega hasta los más jóvenes. Cinco de estos jóvenes, cuatro hombres y una mujer, opinan hoy sobre la vigencia y actualidad de Bécquer, su condición de precursor de la lírica moderna y su lección permanente. José María Guelbenzu, Angel García López, Joaquín Benito de Lucas, Manuel Ríos Ruiz y Paloma Palao. García

López y Ríos Ruiz son líricos andaluces en la resonancia becqueriana. Guelbenzu es un joven intelectual que opina desde su anchura cultural. Benito de Lucas, premio Adonais —como García López— es profesor de Literatura, y habla en él la docencia tocada de sensibilidad poética. Paloma Palao es joven y vibra, quizá como ninguno de ellos, en el lirismo erótico y romántico de las «Rimas».

BECQUER fue un poeta para nuestras abuelas, que tomaban de él el sentimentalismo, algo así como una ayuda emotiva para estimular sus amores. Bécquer sigue hoy vigente para la poesía joven, pero no ya como suplemento sentimental. El amor es ahora de otra forma. La mujer no es hoy la mujer bacqueriana. La vigencia de Bécquer, salvada de lo que pudiéramos llamar su «utilidad histórica», se cifra ya en la calidad intrínseca de su poesía y, sobre todo, en lo que él tuvo de depurador de la vieja retórica y precursor de la poesía nueva y esencial, que a través de los posteriores líricos españoles pasaría a todas las generaciones de este siglo, hasta las más re-

cientes. Si hoy nos interesa Bécquer, si hoy me interesa a mí, si hoy puede seguir interesando a una mujer que hace versos, no es ya por su temblor sentimental, poco comunicable a la manera nueva de lo erótico, sino por su lección de poesía desnuda.

Cuando ya sus amores y sus suspiros no nos dicen nada, es cuando mejor podemos empezar a entenderle como poeta, cuando su manera nueva de decir sigue aleccionándonos. El sentimiento estorba para una apreciación estética objetiva.

Y si de sentimiento se trata, hoy preferimos abrir otros libros mejor que las «Rimas».



dejaba mucho que desear y que sólo podía ser admitida por las entusiastas colegialas de uniforme y por los profesores de mi bachillerato, tan «retrogrados» a la hora de la alabanza, a la hora de auscultar los últimos caminos de la Poesía.

Pero más adelante, en ese período de reposo a que conduce el trabajo serio del creador, cuando nada es gratuito y se convierte en necesario liberarse de prejuicios infantiles, Bécquer se me presentó con su dimensión real. Lo vi como un poeta lleno de emoción, de vehemencia, de amargura, de calidades nunca sospechadas. En él la estridencia, el grito, quedaban sustituidos por el «suspirillo», por el aliento confidencial. El fue quien liberó del «ruido» romántico, de la gran escenografía romántica, la lírica. Sus «Rimas», como se ha escrito tantas veces, están escritas para ser dejadas en el fondo del oído como un ligero aire, como un perfume.

Este convencimiento (conocidos ya los elogios de Juan Ramón Jiménez, de Dámaso Alonso, etc.) me condujo hacia

la metamorfosis valorativa y me creó la necesidad de una exégesis honesta de su obra. Hoy puedo decir que Bécquer me aparece, sin dudas ya, como el primer poeta español contemporáneo. Tomando base en él, toda la denominada «poesía intimista» arranca de su problemática. Su influencia se puede rastrear perfectamente en poetas españoles desaparecidos y en otros ahora en plenitud creadora, incluso en los más jóvenes. Se me ocurre señalar a Rafael Alberti, Luis Rosales, Juan Ruiz Peña y a Joaquín Benito de Lucas, como ejemplos.

A mí, en cambio (e intentando verlo de la forma más objetiva posible) creo no me ha dejado huellas consistentes. Mi ideal creador, mis devociones, mis maestros, van por otro sitio. No obstante, tal situación no me produce la miopía de negar (como ya hiciera en mi «prehistoria» literaria) los innegables valores de un poeta fundamental como Gustavo Adolfo Bécquer.



de Milton) y la «condición» social del poeta. Lo cual, en este país acrecentaba doblemente sus dificultades, tanto que sólo Espronceda atinó a veces a ser contemporáneo. Como prosista, tengo a Bécquer por un hombre en el camino de esa senda que abrió Edgar Allan Poe, y que yo denominaría narrativa moderna, pues de dónde, si no, surge ésta. Búsqense narradores contemporáneos de Bécquer y bastará la simple confrontación para comprobar su calidad en un estilo que, por otra parte, podría muy bien englobarse en el género de literatura fantástica (en su más amplio sentido) y del que ha surgido la mejor literatura

de entonces a ahora. «El caudillo de las manos rojas», aunque considerado prosa poética, tiene, por ejemplo, una estructura narrativa similar a la del famoso film de Fritz Lang «Der Müde Tod», lo que resulta una verdadera sorpresa. En fin, Bécquer, en mi opinión, es nuestro primer «moderno». Su poética contiene una concepción del arte que, desde el Romanticismo, ha alumbrado la mejor poesía (Baudelaire, Lautréamont, Nerval, los surrealistas, etc.). Se basa en una sola cosa, que es base esencial de la poesía: dar nombre a todas las cosas, es decir, recuperar la conciencia enajenada del hombre, su paraíso perdido.



«**V**ISIONARIO andaluz», llamó Jorge Guillén a Bécquer, porque fue un hombre rodeado de sueños, un idealista que necesitaba «escaparse de la niebla», como bien aseguró Alberti, quien le invocara en su libro «Sobre los ángeles». Esto refleja la devoción que por Bécquer sentían muchos poetas de la generación del 27. Y cabe preguntarse si algunos del 98 la sintieron también. Creo que sí, sobre todo se denota en el Juan Ramón de las «Arias» y en el Machado lejos del Guadalquivir. No hablemos de Cernuda —volviendo al 27—, al que Juan Ramón tituló «hondo sobrebecqueriano». También en algunos poetas del 36, Rosales, Vivanco, Juan Ruiz Peña, está patente la transparencia y la finura del autor de las «Rimas». Después, salvo las na-

turales excepciones que confirman toda regla, tras la guerra civil, su influencia no podía hacerse notar tanto, porque se imponía una poesía de denuncia, desgarrada, poco lírica más necesaria quizá, dada las circunstancias. Pero el péndulo, su ley inexorable, cae de nuevo sobre el lado de lo estético, de la belleza —aunque los poetas de última hora mantengan el aliento de la mejor poesía «social» de la posguerra—; de ahí que otra vez Bécquer, su romanticismo, su intimismo, su grandeza de alma, vuelva a tener sentido y maestría. Y debemos reconocer que sin dejar de ser un poeta auténticamente español, trajo a nuestra poesía nuevos aires, buenos aires europeos, y el mirar y ver más allá de los misterios de la realidad.



en parte de la obra de Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y, como ha dicho Dámaso Alonso, lo mejor de muchos poetas de la generación del 27 no se explicaría sin la existencia del poeta sevillano. En la poesía de posguerra el «mundo becqueriano» sigue vigente entre tantas modas pasajeras.

En lo que respecta a mi obra, en las «Rimas» aprendí un concepto hondo de realidad poética que de un modo más o menos claro ha venido informando todo lo que hasta ahora he hecho.

Como he dicho anteriormente Bécquer sigue vigente en la poesía actual, y además,

es capaz de satisfacer cualquier gusto por parcial que éste sea. Tenemos un Bécquer «realista» en la Rima LVII, entre otras; «culturalista» en la Rima XXIX, y «veneciano» (por llamarlo de alguna manera) en la Rima XL. Estos tres ejemplos creo que nos dan clara idea de su vigencia actual.

Se me ocurre pensar que la gran popularidad conseguida por Bécquer y basada, en parte, en la interpretación menos valiosa de su obra, la sensiblera, es la causa de que se tenga una idea errónea de su creación lírica. Al menos, que la tenga el gran público. Pero quizá ése sea el destino de todo buen poeta.





La tisis o el mal del siglo

por Alfonso Paso

LA tuberculosis es algo más que una enfermedad simplemente, en el siglo XIX. Es la enfermedad del siglo, el mal del momento. Se cuenta que Gustavo Adolfo Bécquer, en una visita a una especie de curandero, preguntó:

—¿Es «eso», verdad?

Y el curandero respondió:

—«Eso» son muchas cosas.

Para darnos cuenta de la magnitud de la tuberculosis, muy concretamente de la tuberculosis pulmonar, tenemos que comparar su extensión, su fuerza expansiva, su morbosidad y su elevadísimo porcentaje de mortandad, no sólo con el cáncer actualmente, sino también con el infarto de miocardio. El siglo XX pasará, en términos generales, a la historia de la Medicina como el momento en que el hombre vence la infección, deshace los bacilos y es atacado por dos males cuya mecánica y cuya etiología, en el fondo, son un poco extrañas: el cáncer y el infarto de miocardio. El otro paso más cercano será el ataque de los virus, fase que yo esperaba por lo menos para diez años más tarde y que está entrando ahora en plena actividad. Lo que importa es comparar la situación mental del hombre de hoy con su trauma de terror ante el infarto o el cáncer, y trasladarnos con esta impresión al siglo XIX para comprender exactamente cuál era el espanto que podía producir en un ser humano la sospecha de que estaba infectado por la tuberculosis. Con esa actitud podemos ya muy bien enjuiciar el mal del siglo, sus porqués, sus hondísimas y misteriosas causas, e incluso hacer un par de indagaciones audaces que han de resultar hasta cierto punto interesantes. Desde Bécquer a Chopin, a Tchaikowski, pasando por Alfonso XII o por su amada esposa María de las Mercedes, hasta llegar a gente más humilde, más anónima, la tisis se constituye en algo así como una pandemia.

Todos podían ser tísicos. En potencia todos lo eran. Quiero remitir al lector a uno de los libros más interesantes que se han escrito nunca y que yo he utilizado muchísimo porque no pasan los años por él y a veces dice cosas tan exactas e interesantes que los médicos de hoy día encuentran demasiado simples y quieren

olvidar. Se trata de *Tratamientos especiales de las enfermedades internas*, escrito por Pablo Krause y por Garré, con la colaboración de Sochmann, director del departamento de enfermos infecciosos del Hospital Virchow. Este libro habla de la tuberculosis «a toro pasado», en 1927 cuando ya la tuberculosis no constituía una pandemia, pero era un fantasma que amenazaba a casi todos los jóvenes entre los diecisiete y los veinticinco años. Atendamos: «La tuberculosis es una enfermedad infecciosa de evolución, por regla general crónica, pero rara vez heredada y que se encuentra desde muy antiguo extensamente difundida. El contagio tiene lugar con la mayor frecuencia por partículas saliva-



les expulsadas por los tuberculosos al toser, estornudar, hablar, cantar, y por contacto, al besar. Rara vez se contagia por herencia. El agente causal es el bacilo que Koch aisló en 1882. El enfermo de tuberculosis se encuentra rápidamente aislado, tiene una enorme sensación de soledad, y ve agravado su estado general de debilidad por una especie de situación psíquica que le hace sentirse vagamente culpable, y en todo caso, inútil para la vida en sociedad.»

Esto que dicen en 1927 Krause, Garré y los profesores de la Universidad de Kiel y de la clínica Virchow, nos abre una serie de posibilidades indagatorias muy intere-

santes. El movimiento romántico al que pertenece Gustavo Adolfo Bécquer, es un movimiento inseparable de la tuberculosis, como la novela erótica de nuestro tiempo no hace sino recoger el ansia, la fiebre de vivir ante la posibilidad de la muerte instantánea. Entre Henry Miller y el infarto de miocardio hay mucha más relación que lo que la gente puede creer a primera vista. ¿Cuáles son los puntos de partida de ese gran movimiento literario que es el Romanticismo? Uno de ellos está claro: la conexión entre amor y muerte.

Para un romántico, todo amor debe terminar con la muerte, como toda culpa ha de ser juzgada con el exterminio. ¿Qué exalta el Romanticismo? Pues precisamente el amor a pesar de todo, el amor fatal; un amor, digamos, inyectado de cadaverina desde su inicio. El Romanticismo se une a la fuerza del sino, a la fatalidad. El Romanticismo adora en la belleza su transitoriedad. No es, ni mucho menos, un movimiento jubiloso lleno de ansias de vida, de anhelos de placer. Es un tenebroso movimiento que conecta amor con muerte, lo bello con lo efímero, lo fatal con lo humano. Para un romántico, el hombre no es su voluntad, sino su voluntad en lucha perpetua con la fatalidad que lo vence y lo aniquila. Los románticos fueron los grandes y sabios exhumadores de Shakespeare, que es un fruto glorioso del Romanticismo puesto que hasta la llegada de este movimiento cultural, de esta especie de civilización, digámoslo así, era tenido por los críticos más sesudos como un imbécil sin valor artístico y sin talento dramático. Pensemos por un momento que el hombre acometido por la tisis no sabe a punto fijo cuál es su mal, qué es lo que lo produce, y los médicos que se enfrentan contra la terrible enfermedad recomiendan remedios muy vagos: uno de ellos la oxigenación implacable, la vida sana y la alimentación copiosa y rica en una época durante la cual Europa padeció necesidades y hambres de gran importancia. Dice Stocker que en la primera guerra franco-prusiana, «la tuberculosis mató más gente que las balas». Pero acudamos al segundo punto de que nos hablan Krause y Garré. Tenemos al hombre del Roman-



Gustavo Adolfo Bécquer
en su lecho de muerte.

ticismo aterrado ante la idea de contagiarse por la enfermedad. —Un beso puede ser fatal. El amor se inicia por un beso; el beso y el amor están conectados con la muerte—. Los galenos recomiendan aislamiento, y con él soledad, y con ella la exacerbación de todos los sentidos de culpa, y las ideas fijas de marginamiento y el concepto de estar fuera de la vida, en un estado digamos casi gaseoso entre la vida y la muerte. El médico se mueve a ciegas, aplica los llamados «botones de fuego». No sabe contener al enemigo. Un enfermo de tisis se sabe, como hoy un enfermo de cáncer, prácticamente un condenado a muerte. Decrece el ansia pagana y aumenta un espiritualismo que pudiéramos llamar de ultrasonido, hipersensibilizado. Los primeros indicios de la enfermedad se proclaman con un estado febril que debilita por momentos al paciente. El estallido del mal es la hemotisis, y he aquí que es tan espectacular, tan dantesca, tan escalofriante una hemotisis que aún hoy, quien las padece, sufre un trauma que le resulta inolvidable. No se trata de un dolor. Se trata nada más y nada menos que de arrojar sangre por la boca, de limpiarse los labios con un pañuelo y observarlo manchado de sangre; sangre roja y caliente. Es como explotar, como estallar. Es como morir a bocanadas. Es, en fin, dramático.

Bien; creo que hemos explicado brevemente la situación psíquica del enfermo de tisis. Nuestra pregunta es ésta... ¿Hasta qué punto la tuberculosis pulmonar, la tisis, condicionó el movimiento literario del Romanticismo, ese Romanticismo hijo de la tisis? La cosa parece clara. La enfermedad del siglo tuvo tal influencia en los frutos del Romanticismo que no se puede hablar de uno y otra separadamente. No solamente los románticos estaban tísicos sino que los tísicos eran románticos. Todo un mundo de ideas, todo un planeta de sugerencias, de conceptos, surgen precisamente a causa de la cruda enfermedad que azota el mundo durante el siglo XIX y que en realidad sigue constituyendo uno de los males más temidos y temibles. Creo que hasta aquí todos estaremos conformes, pero aún podemos hacer una nueva indagación; una nueva y penosa indaga-

ción. Hace algunos años, la Ciencia cantaba victoria proclamando a los cuatro vientos que había logrado erradicar definitivamente la tuberculosis. Indudablemente la aparición de los antibióticos y muy concretamente de la estreptomocina, asestó un durísimo golpe al bacilo de Koch. Pasemos por alto los problemas que la habituación a los antibióticos han producido en el ser humano actual y pasemos por alto también cómo esa habituación le ha expuesto a una mayor fragilidad para la lucha con los nuevos ofensores de nuestra biología que son los virus. Partamos del optimismo de la Ciencia oficial cuando proclama su victoria sobre la tuberculosis. Pues bien, hace muy poco tiempo, dos,



tres años tal vez, la tuberculosis, la tisis concretamente, vuelve a hacer su aparición no como una pandemia, no como una enfermedad del siglo sino misteriosamente conectada con la otra enfermedad de nuestro siglo, apartando el cáncer y el infarto de miocardio: la depresión. El índice de casos de tuberculosis pulmonar de aparición súbita e inesperada en enfermos depresivos está constituyendo un hecho alarmante que los psiquiatras denuncian ya con prisa. Una muchacha perfectamente sana que cae enferma de una depresión endógena o exógena y a la que se trata en los nosocomios con perfecta habilidad y

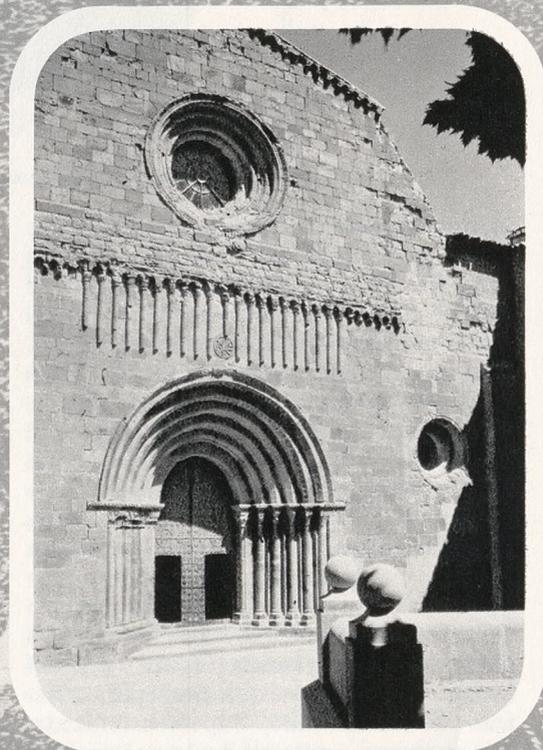
con cuidados extremos, explota también como los románticos del siglo XIX en una tisis, a veces «galopante». Esta información es de última hora. En los sanatorios psiquiátricos españoles se han producido al menos más de setenta y cinco casos en el segundo semestre del año sesenta y nueve, de tisis conectadas con depresiones. Un buen psicólogo, un psiquiatra sagaz se preguntaría de pronto:

—¿Qué extraños puntos de contacto hay entre la tisis y la depresión? ¿La depresión vuelve al ser humano más indefenso ante el bacilo de Koch? ¿Un estado de depresión psíquica puede engendrar una tisis, del mismo modo que un choque emocional o una tensión sostenida pueden producir el infarto de miocardio?

Curiosísima situación. Pero no soy yo ni mucho menos el que entra en este terreno. Vossler, cuando se refiere al Romanticismo, llega a llamarlo en determinado instante, «la gran depresión». Y yo digo, y yo me inquiero, conocida ya la relación entre tisis y Romanticismo... ¿No cabe argumentar la relación entre depresión y Romanticismo? Mientras que el Renacimiento es un movimiento cultural, o una cultura, o una civilización de índole exuberante, exaltada y epileptoide, digámoslo así, el Romanticismo es una cultura de índole represiva del mismo modo que la cultura conventual del medioevo es un movimiento paranoide. Al respecto de esta calificación, utilizo y calco lo que ha dicho Marcuse: «Europa debe gran parte de su formación cultural a la labor benemérita de los monjes que, encerrados en los conventos, se creían asaltados por el demonio en cuanto notaban ganas de comer o de vaciar la vejiga. Hay que estimar la cultura conventual, pero no cabe duda que tiene una índole paranoide.»

De este modo, los tísicos románticos eran unos depresivos, o bien los depresivos románticos se volvían tísicos, o más bien la depresión engendró el mundo de la tisis, y estos dos condicionamientos crearon una gloriosa cultura romántica de la que hoy nos sentimos orgullosos. Una vez más la pescadilla se muerde la cola. Una vez más los males del alma se transforman, por senderos inexplicables en males del cuerpo.

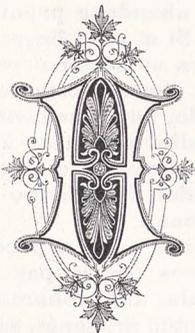




Monasterio
de Santa María
de Veruela.
Dibujo de
Valeriano Bécquer.
En los recuadros,
iglesia románica,
Tarazona, y ábsides
de la iglesia
de Veruela.

EN VERUELA

por
Ernesto La Orden Miracle



E llegado a Veruela de la mano de Bécquer. Sus diez cartas «Desde mi celda», fuente de ensueños de mi juventud, me habían hecho desear durante muchos años la penumbra del claustro aragonés, envuelto en el aire fino del Moncayo. «Todo llega en la vida», dice el refrán, y en la mía han

llegado muchas cosas, casi siempre extramuros de la Patria. Ahora es mi sazón para poseer nuestra geografía, no sólo en tierra y agua sino sobre todo en espíritu. Siempre que puedo me echo a andar, sobre ruedas, en busca de los lugares cervantinos y los palacios de Isabel, de los castillos del Mío Cid y de los pueblos de los Conquistadores, de las serranías del Arcipreste y de las ruinas de Bécquer. Gustavo Adolfo viajó bastante por España, a lomo de mula y en el recién nacido ferrocarril, buscando en vano la salud para su pecho y estudiando los monumentos históricos, que estaban por entonces en almoneda, con un esmero arqueológico y una emoción lírica muy adelantados a su época. Ambos motivos le llevaron a residir en el monasterio de Veruela ocho o nueve meses en el año 1864. Les escribí a sus suegros en abril «Me encuentro ya en Veruela bastante bueno... Estaré por estas tierras hasta junio, que iré a tomar los baños de mar en Bilbao, a fin de estar bien para el

otoño, época en que volveremos a Madrid.» ¡Pobre Gustavo Adolfo, enfermo del «mal del siglo»! No se curó en las sierras ni en las playas y falleció en Madrid en plena juventud, ahora hace justamente un siglo.

De la mano de Bécquer fui a Veruela. Me detuve algo más que él en Tarazona, esa ciudad «pequeña y antigua, con caserones de piedra llenos de escudos y timbres heráldicos, con altas rejas de hierro de labor exquisita y extraña», en la que «hay momentos en que se cree uno transportado a Toledo, la ciudad histórica por excelencia». En verdad que Tarazona parece una pequeña Toledo, colgada sobre el barranco del río Queiles, con callejuelas morunas y torres cristianas y con una catedral que parece un resumen de la historia de España porque es románica y gótica, renacentista y barroca, y tiene un claustro mudéjar sin igual.

Poco después, ya «en el fondo del melancólico y silencioso valle, al pie de las últimas ondulaciones del Moncayo, que levanta sus aéreas cumbres», coronadas de nubes, pero no de nieves para mí, yo también «vi las vetustas murallas y las puntiagudas torres del monasterio». Allí estaban las alamedas de chopos y los arroyos, las altas hierbas y los nogales corpulentos, aunque en honor de la verdad hoy se han mermado un poco los esplendores forestales de Veruela. Allí estaba, claro es, «sobre una escalinata formada de grandes sillares de granito..., gentil, artística y alta casi como los árboles, una cruz de mármol que, merced a su color, es conocida en estas cercanías por la Cruz

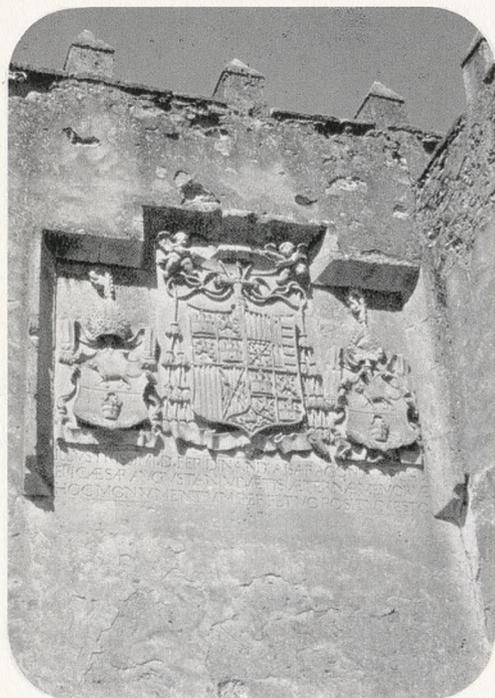
negra de Veruela». Esa cruz en cuyas gradas se pasaba Gustavo Adolfo por las tardes una hora o dos y a veces hasta cuatro, esperando la llegada de los periódicos de Madrid.

Bécquer era periodista de vocación, y recibía su ejemplar cotidiano de «El Contemporáneo» como si fuera la carta de una novia. Ante el olor de la tinta de imprenta olvidaba el perfume de las flores del campo y se engolfaba en la lectura del periódico hasta que el crepúsculo le dejaba sin luz. Regresaba entonces al monasterio ruinoso, atravesaba el claustro con la llama de un fósforo y se encerraba en su celda para leerse el diario de cabo a rabo y saturarse de ese mundo que él había dejado «rabiando y divirtiéndose, hoy en una broma, mañana en un funeral, todos de prisa, todos cosechando esperanzas y decepciones, todos corriendo detrás de una cosa que no alcanzan nunca, hasta que, corriendo, den en uno de esos lazos silenciosos que nos va tendiendo la muerte y desaparezcán como por escotillón, con una gacetilla por epitafio».

El pensamiento de la muerte no le abandonaba nunca a Gustavo Adolfo, que se sabía prometido a la tumba en plena juventud. Era una melancolía suave, una «agradable tristeza» que le llevaba en sus paseos desde Veruela a visitar un próximo cementerio campesino, en el que pensaba que podían darle «un poco de tierra, echada con respeto y que no apisonen ni pateen los que sepultan por oficio», en vez de que —allá en Madrid—, «le metieran preso en un ataúd formado con las cuatro tablas de un cajón de azúcar, en

EN VERUELA

Escudo del abad
Juan de Aragón,
puerta fortificada
y acceso a
la sala Capitular.



uno de los huecos de la estantería de una sacramental». Confesaba Bécquer que durante su adolescencia había soñado en que lo enterrarán junto al Guadalquivir, en un remanso con álamos que él conocía, no lejos de los jerónimos de Santiponce, y que después había pensado en una tumba de alabastro, como un héroe antiguo, bajo las bóvedas de una catedral. En Veruela se conformaba con «un poco de tierra blanda y floja, que no ahogue ni oprima», pero pensaba que dentro de poco todo acabaría por serle indiferente. «Igual que me coloquen debajo de una pirámide egipcia como que me aten una cuerda a los pies y me echen a un barranco como un perro». La caridad de sus amigos madrileños le sepultó primeramente en una sacramental, en «aquellas tapias encaladas y llenas de huecos, como la estantería de una tienda de géneros o de ultramarinos», pero sus huesos ya descansan en Sevilla, en la cripta de la antigua Universidad, y su bronce romántico sueña bajo los árboles, no lejos del Guadalquivir, en el incomparable parque de María Luisa.

Aunque obsesionado por la muerte, Bécquer hizo en Veruela todo lo posible por la vida. Tomaba el aire en largas excursiones a caballo o a pie. Observaba las gentes y las cosas. Dibujaba apuntes casi tan buenos como los de su hermano Valeriano. Escribía estupendos artículos que se publicaban inmediatamente en su periódico de Madrid. Su descripción de las mozas de Añón y sus relatos fantásticos sobre el castillo y las brujas de Trasmoz —dos pueblecillos cercanos en el

somontano del Moncayo—, se equiparan a las más bellas de sus leyendas, entre las cuales hay por cierto una, «La corza blanca», que también se inspiró en aquellas tierras de Aragón. La prosa del poeta de las «Rimas» alcanzó su cumbre en aquella celda del monasterio que, como él mismo dijo, «de tantos bellos fantasmas ha poblado mi fantasía». Es que su espíritu triunfaba sobre la flaqueza de su cuerpo. Por encima de los presagios de la muerte, Bécquer no desfallecía en su esperanza sobrenatural. «Me ha sucedido con bastante frecuencia preocuparme con la idea de la muerte y formular votos acerca de la destinación futura... En cuanto al alma, dicho se está, siempre he deseado se encaminase al cielo.» Esta fe cristiana de Bécquer, que no le abandonó nunca, le hacía arrodillarse con devoción ante la Virgen de Veruela, entonces solitaria entre las ruinas de «una iglesia tan grande y tan imponente como la más imponente y más grande de nuestras catedrales».

Gracias a Dios, Veruela ya no está en ruinas. Su iglesia románica, aunque desnuda y húmeda, luce toda la sobria belleza de su arquitectura cisterciense. Transitan los novicios jesuitas por su claustro, sobre la losa negra de don Pedro de Atarés, y animan con su serena juventud las dependencias monacales, antiguas o rehechas en época barroca. El claustro nuevo, en el que Bécquer vivió, ofrece como museo la celda del poeta.

Todo está limpio y cuidado en el cenobio medieval, aunque sobre él se cierne

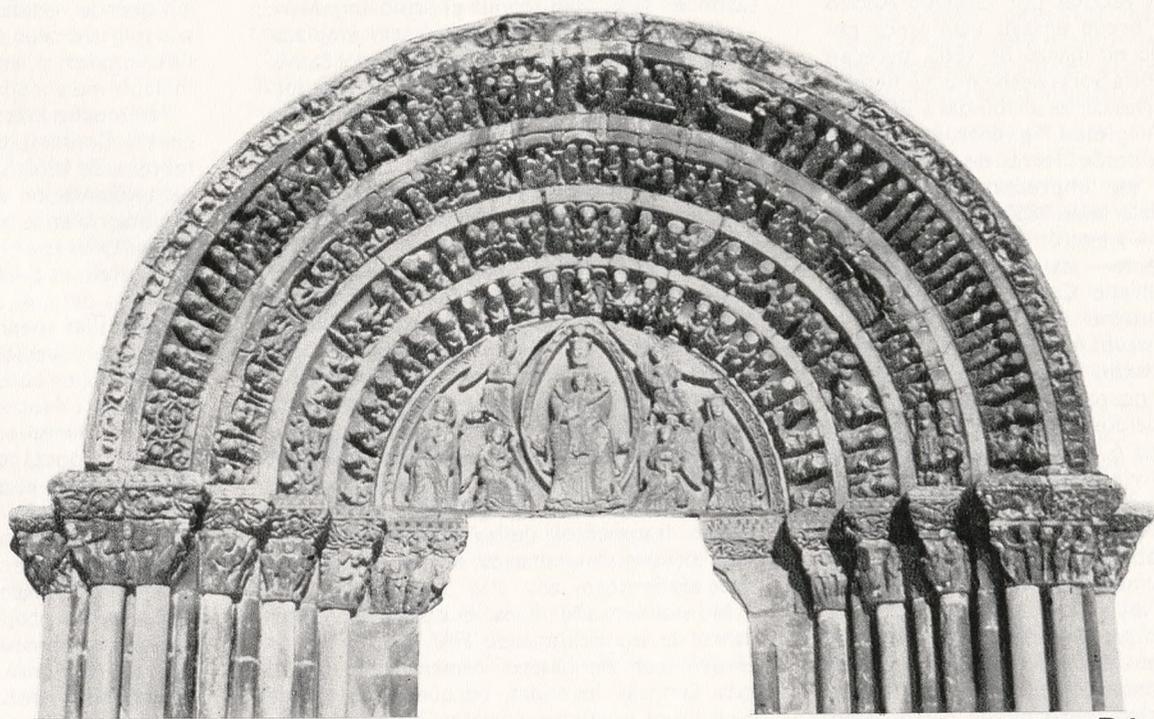
la amenaza de que lo abandone pronto la Compañía de Jesús. Si el caso llega y no acude a Veruela otra comunidad religiosa, como sería de desear, estamos seguros de que el Estado, hoy más consciente y dotado de medios que hace un siglo, conservará perfectamente el monasterio como un parador de turismo y como monumento nacional.

Tras una visita que nos supo a poco, ganados como estábamos por la paz y la hermosura de Veruela, abandonamos despaciosamente el cenobio aragonés, sagrado en sí mismo y por la memoria de Bécquer. Junto a la cruz negra una buena mujer nos ofreció unos albaricoques dulcísimos. ¡Quién pudiera descansar allí largos meses, lejos del tumulto mundano, cosa que Bécquer no pudo o por lo menos no quiso hacer! Porque en su última carta de Veruela, el poeta añoraba los encantos bohemios de Madrid y escribía este párrafo que no tiene vuelta de hoja: «En fin, amigos míos, el café, ese negro brebaje que alimenta mis nervios cansados, me espera en la taza, y mientras lo bebo sorbo a sorbo, trazo estos renglones que serán un eco de mi voz y una vibración de mi espíritu en vuestra tertulia del Suizo, de la que tanto me acuerdo en esta espantosa soledad.» Bécquer se sentía demasiado solo en Veruela, a pesar de que le acompañaron algún tiempo su mujer, sus hijos pequeños y su hermano. Quienes ahora vayamos al monasterio nos sentiremos siempre en compañía de Bécquer.

E. L. O. M.



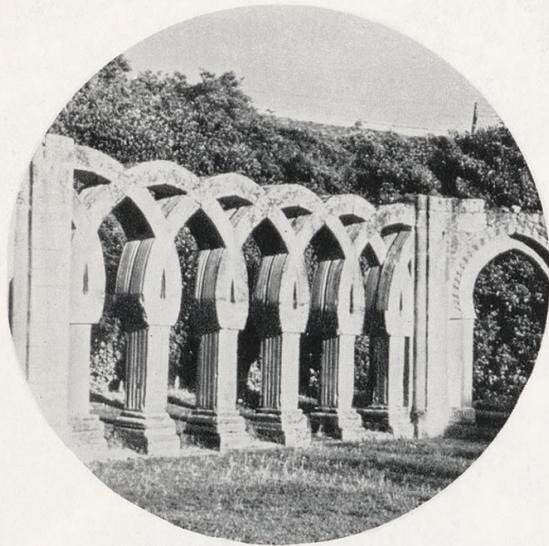
(Fotos del autor.)



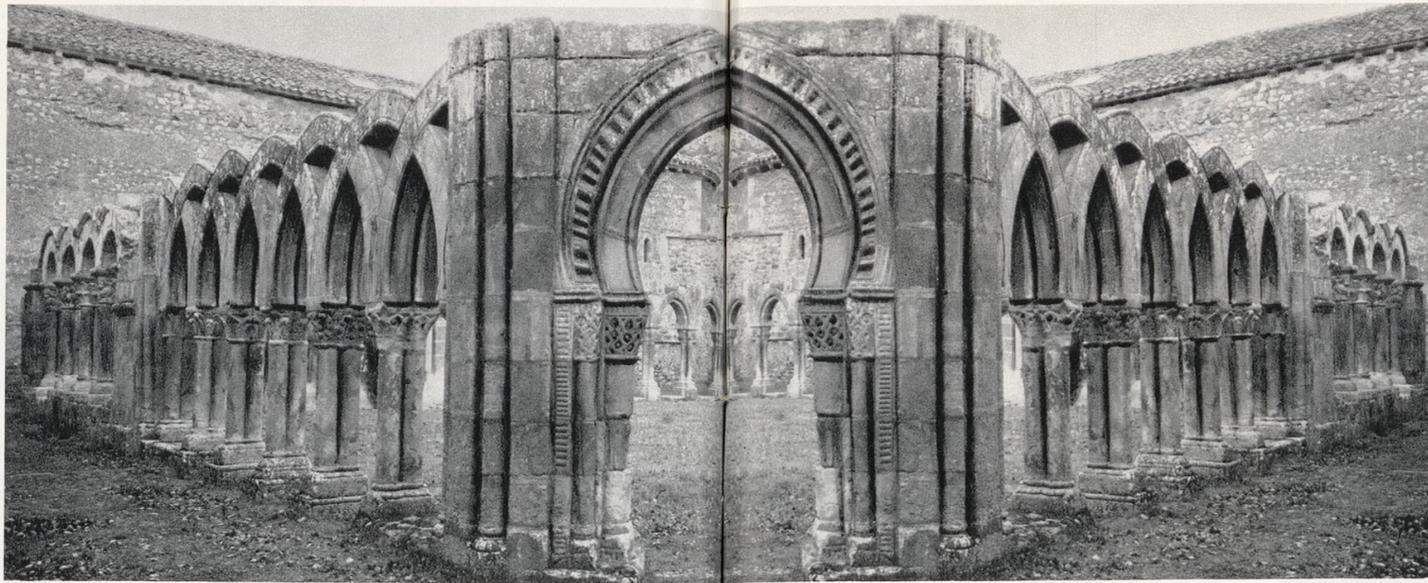
por José Antonio Pérez-Rioja

SORIA PURA ¿A

qué referencias ⇨⇨



Claustro de San Juan de Duero y San Saturio.



SORIA
PURA



personales podemos acudir para averiguar el primer contacto de Gustavo Adolfo Bécquer con las altas tierras de Soria? Leamos al propio poeta: «Ya hace de esto bastantes años: yo iba en compañía de un amigo a visitar el antiguo monasterio de Veruela, una magnífica obra de arte que me habían ponderado mucho y que deseaba ver hace algún tiempo. Salimos al amanecer de un pequeño lugar próximo a Soria, donde me encontraba entonces; atravesamos la sierra del Madero y, después de una jornada de cuatro a cinco horas, hicimos alto para comer en Agreda...»

Estas palabras escritas por Gustavo Adolfo Bécquer en su breve ensayo «Un lance pesado», publicado en marzo de 1863, parecen indicar que conocía Soria desde mucho tiempo atrás. Según ciertas cartas atribuidas a Bécquer y publicadas por Iglesias Figueroa, su primera visita a Veruela desde tierras de Soria —que corresponde a ese impreciso párrafo suyo antes citado— dataría de 1859. Pero lo que no se debe olvidar —y esto último tiene, sin duda, mayor fundamento— es la existencia de su tío Francisco, el «tío Curro». Bécquer, que, aunque había vivido en Sevilla durante la infancia de Gustavo Adolfo, se sabe que se estableció más tarde —hacia 1856— con sus hijos en Soria, ocupando en esta ciudad dos domicilios conocidos: el primero, en la casa entonces número 6 (hoy, 18) de la vieja calle de la Zapatería, y el segundo, la casa número 15, planta segunda, de la que se llamó Plaza de Herradores, en aquel tiempo todavía porticada y lamentablemente transformada luego a causa de dos incendios, acaecido el último en 1922. Pero, así y todo, aún mantiene esa casa una lápida que, en 1906, hizo poner el Ayuntamiento en recuerdo de los hermanos Bécquer como moradores de ella. En esa lápida no hay fechas, pero puede darse como plenamente segura la de 1859, o acaso antes, dada la residencia en Soria de sus familiares desde 1856.

Tal es la primera cédula de vecindad soriana, conocida, de Gustavo Adolfo, y también de su hermano Valeriano, el pintor, cuyos viajes y estancias sorianas se prodigarían, luego, en la década de los «sesenta» y, sobre todo, entre el 61 y el 68.

¿Cómo es la Soria que va a conocer Bécquer hacia 1860? Es una pequeña, íntima, recoleta ciudad de sólo 1.242 vecinos, entre el viejo casco que había sido amurallado y el arrabal, a orillas del padre Duero, y cruzada de este a oeste, como si fuera su espina dorsal, por el viejo Collado, con sus soportales y sus numerosas confiterías, cuyos nombres —La Delicia, La Azucena— aún se conservan y con sus tiendecillas para todo, en una variopinta y olorosa mezcla de legumbres y bacalao, de pimientos y chorizos, de sedas, lanas, alpargatas o especias diversas. Una Soria minúscula, con sus jueves de mercado, en la

Plaza Mayor y en la de Herradores —donde moraron los hermanos Bécquer—, con sus típicos puestecillos o pirigallos, entre verduras, hortalizas, huevos y mantequilla del Valle.

El periódico soriano que pudo leer por entonces Gustavo Adolfo fue el que fundara mi bisabuelo, don Francisco Pérez-Rioja, el «Avisador Numantino», en cuya librería y redacción había una importante tertulia que era el centro de reunión de los sorianos más distinguidos de la época y a la cual acudían también otras personalidades residentes a la sazón en la ciudad, como el sabio ingeniero —descubridor científico del exacto emplazamiento de Numancia— don Eduardo Saavedra. Del paso de Gustavo Adolfo por esa tertulia existe la prueba evidente del comienzo de su amistad con el hijo mayor de don Francisco, Antonio Pérez-Rioja, que cultivó brillantemente el periodismo en Madrid y llegó a ocupar importantes cargos públicos. En 1881 y en un artículo suyo sobre «Los claustros de San Juan de Duero», dedicado a la memoria de Gustavo Adolfo Bécquer, dice mi tío-abuelo Antonio: «No puedo olvidar la insistencia con que Gustavo Adolfo me solicitaba, allá por el año 1866, para obligarme a ser auxiliar y cómplice de sus generosos propósitos de adquirir y restaurar ese trozo de feudo o encomienda, patrimonio un día de los caballeros de San Juan de Jerusalén. Su imaginación le hacía, a veces, ver ya instalados dentro del Museo fragmentos de estatuas, sepulcros e inscripciones, monetarios, armas y otros objetos de bronce...»

No nos extrañe, pues, que el fondo paisajístico de esa reliquia de arte e historia que es San Juan de Duero inspirase una de las más famosas leyendas becquerianas y que otros tipos o paisajes sorianos dieran al poeta de Sevilla motivo para ambientar otras leyendas y para algunos artículos o textos a los que ahora haremos referencia.

Cronológicamente, la primera de las leyendas sorianas de Gustavo Adolfo Bécquer, publicada el 7 de noviembre de 1861 (pocos meses después de su boda con la soriana Casta Esteban), en la revista «El Contemporáneo», es «El Monte de las Animas», el que sirve de fondo a los bellísimos claustros de San Juan de Duero y cuyo nombre se debe a que perteneció, hasta la desamortización, a la Cofradía de las Animas de la ciudad. Esta leyenda —incluida en el grupo temático del miedo, con la medrosa muerte del caballero, empujado por la crueldad de la amada— encierra en un cuento fantástico el hechizo ante la mujer y su naturaleza caprichosa. «La oí —dice el autor— hace poco en Soria.» En esta dramática narración —con el tañido de las campanas del Monte de las Animas, como «leit-motiv» de fondo— Beatriz, por capricho, causa la muerte —físicamente— de su primo

Alonso, y ella misma, al darse cuenta de su delito, muere de terror. Algún biógrafo ha querido ver un primer conocimiento de Soria a través de Casta, la cual ponía en manos del poeta un mundo fabuloso. Soria, por su parte, le daba, en su propia realidad, un bellísimo título de leyenda: el Monte de las Animas.

Poco tiempo después —15 de diciembre de 1861— y también en «El Contemporáneo», publicará otra leyenda, primer fruto de sus andanzas literarias desde tierras de Soria hasta el Moncayo: «Los ojos verdes». «Todo es allí grande —dice el poeta—. La soledad, con sus mil rumores desconocidos, vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu con su inefable melancolía...»

No mucho más tarde y, asimismo publicada en «El Contemporáneo», los días 12 y 13 de febrero de 1862, surge la leyenda de más plena ambientación soriana, consagración poética de Soria en la obra de Bécquer: «El rayo de luna». Dijérase que en esta bellísima leyenda ha logrado el poeta transmitir con el lenguaje un soplo del aire de la vieja ciudad castellana, de sus calles silenciosas, de sus antañonas murallas, del huerto abandonado, de las aguas del Duero, en las que «se retrataban sus pardas almenas...» No es todavía, naturalmente, la Soria de Antonio Machado. No hay que olvidar su época, todavía distante del 98. Para Bécquer, todo el paisaje viene a ser como una fuente donde se refleja su propia imagen; para él, la naturaleza, no sólo vale como evidente testigo de un sucederse humano, sino que vive ella misma por sí, capaz de encarnar en su propio movimiento vital los movimientos espirituales del poeta. El tema de «El rayo de luna» es la locura de amor, y su protagonista, don Manrique, está cortado a la medida misma del poeta: ama la soledad, vive de ensueños, anda de noche, se olvida del tiempo. Ingenuo espíritu poético, se enamora de una figura que él mismo ha conjurado... y que resulta ser un rayo de luna. El poeta recoge ideas e imágenes que son reflejo de algunas rimas. La fijación amorosa se produce sobre la noción de imposibilidad del objeto amado, y éste se convierte en símbolo de la misma expresión poética. De ahí que el héroe o protagonista, don Manrique, participe, a la vez, de la doble condición de fantasma y de símbolo: fantasma de amor; símbolo de poesía, viniendo a ser la más fiel representación del ideal poético becqueriano, que se hace transparente y como fantasmal, leve, huido e imposible.

El 12 de febrero de 1863 publicará en «La América» otra leyenda soriana, «La promesa», si bien ofrece un doble paisaje: los campos de Soria y los campos andaluces, y cuyo origen parece ser un romance de «la mano muerta», que va integrado en la leyenda, aunque su tema tiene evidentes semejanzas

con el del «Cristo de la Vega», de Zorrilla. El conde de Gómara seduce a una joven, prometiéndole volver tras de la reconquista de Sevilla, adonde acompaña al rey don Fernando. No vuelve. Ella muere. El conde siente en todas sus acciones una presencia sobrenatural que le persigue dondequiera que vaya. Un día oye recitar a un juglar el «Romance de la mano muerta», en el que se cuenta la deshonra de Margarita, su muerte y el prodigio de que «por más tierra que le echen, la mano no se cubre...» Al enterarse el conde de que el juglar es de tierras de Soria, sabe que la historia le afecta, y reconoce su deber. Vuelve a Soria y se casa con Margarita, muerta. La mano, entonces, se hundirá para siempre...»

Y el poeta, luego de esta fabulosa narración, terminará con estas palabras llenas de realidad: «He visto, no hace mucho, el sitio donde se asegura que tuvo lugar la extraña ceremonia. Hay un pedacito de prado que, al llegar la primavera, se cubre espontáneamente de flores. La gente del país dice que allí está enterrada Margarita...»

Poco después —el 27 de junio de 1863— y en la misma revista «La América» publica otra leyenda del ciclo soriano, «La corza blanca», donde recoge uno de los motivos legendarios más antiguos: las transformaciones entre irracional y humano. Los personajes dramáticos de «La corza blanca» —Constanza, don Dionís, Garcés y el rústico Esteban— tienen una realidad absoluta dentro de la narración, y aunque el fondo del paisaje son pueblos de Soria —Noviercas, Beratón—, dijérase que el poeta ha pintado ese paisaje como si no fuera de este mundo, sino más bien lo ha idealizado o transformado en un ensueño pastoril. Gustavo Adolfo escuchó, sin duda, en Noviercas, relatos de caza por estos lugares sorianos, precisamente en junio de 1863, en días todavía felices para él, junto a Casta, su mujer. Pero, en medio de esa felicidad ¿qué oscura voz dicta a Gustavo Adolfo la trágica amargura de su leyenda? ¿Qué hondo presentimiento le lleva a situarla precisamente en Beratón? Aclaremos —según confirma Heliodoro Carpintero— que en este pueblo de Beratón, próximo al Moncayo, un antiguo novio de Casta, llamado «el Rubio» —el que quebró su honra y el que mató al segundo marido de Casta—, sería muerto, luego de su intento de consumir allí un robo... Como ha dicho don Ramón Menéndez Pidal, «La corza blanca» es «una historia lastimera; de un pequeño agravio se levanta gran discordia, mortal enemistad y una fiera venganza; la venganza alimenta luego odios que envejecen en el corazón; los viejos odios engendran nueva vida y la nueva generación crece para el odio y la venganza...»

Mucho menos conocidos que estas leyendas

son los artículos de tema soriano escritos por Gustavo Adolfo, quizá por haberse publicado de manera dispersa y en revistas que difícilmente pueden hallarse hoy en alguna hemeroteca.

Casi siempre fueron ilustrados con bellos y expresivos dibujos de su hermano Valeriano; otras veces, son más bien pies o breves textos a esos dibujos, surgidos en sus viajes por tierras de Soria y del Moncayo.

Los primeros que publicó de tema soriano —aparecidos en «El Museo Universal», en 1865— son los titulados «La misa del alba» y «Las segadoras», en realidad, dos rápidos comentarios a dibujos de su hermano.

En esa misma revista e igualmente con dibujos de Valeriano, publicará en 1867 varios artículos más de tema soriano: «Pastor y pastora de Villaciervos» (17-III), donde Gustavo Adolfo observa que la capa blanca del pastor es la misma que aparece en los bajorrelieves románicos (siglo XII) de San Juan de Duero de Soria, en cuyos capiteles de la Adoración de Jesús, casi todas las figuras de pastores llevan la capa blanca con capucha, evidente recuerdo de su origen árabe; «Aldeanos de Fuentetoba» (16-VI); «Campesinos de Burgo de Osma» (30-VI); «La ermita de San Saturio» (31-VIII) y «El santero» (28-IX).

En otra famosa revista de la época, «La Ilustración», de Madrid (27-II-1870), bajo el título de «Tipos de Soria», comenta brevemente algunos —Aldeanos de Fuentetoba, Pastor de Villaciervos, Leñador de Pinares—, sacados, sin duda, de la cartera de dibujos de Valeriano, aunque esta vez los grabara en madera Bernardo Rico. En la misma «Ilustración» (12-VII-1870) se reprodujo el tema de «Las segadoras», ilustrado también por Valeriano.

* * *

En las «Rimas», naturalmente, no cabe una localización topográfica y, como observan algunos críticos, tampoco hemos de buscar biografía. Mas, aunque desechemos de las «Rimas» el análisis biográfico de su autor en un sentido riguroso, no conviene tampoco extremar esta postura hasta el punto de olvidar que sí existen en las «Rimas» algunas claves esenciales no tanto para descifrar el enigma de unos amores desgraciados —pues Bécquer guarda siempre un pudoroso silencio— cuanto para calibrar mejor las calidades de honda humanidad que esos desgraciados amores imprimieron a la poesía becqueriana, quintaesenciada y como purificada por esa misma «katarsis» de un dolor profundo que en el alma noble del poeta no produjo jamás el sarcástico o amargo resentimiento, sino la comprensión y hasta el perdón... Sólo hay una rima —que no figura en el manuscrito autógrafa, conservado en la Biblioteca

Nacional y llamado «Libro de los Gorriones», ni en la primera edición, ya póstuma, de 1871— dedicada a su mujer, la titulada «A Casta» y que, publicada más tarde, se supone que fue escrita en 1861, durante su noviazgo con ella y después de su ruptura con Elisa, si la tal Elisa —la Elisa Guillén que algunos han identificado también con una misteriosa «dama de rumbo» de Valladolid— existió:

«Tu aliento es el aliento de las flores;
tu voz es de los cisnes la armonía;
es tu mirada el esplendor del día,
y el color de la rosa es tu color.

Tú prestas nueva vida y esperanza
a un corazón para el amor ya muerto;
tú creces de mi vida en el desierto
como crece en un páramo la flor...»

El poeta buscaba en Casta, sin duda, un refugio sereno y consolador, y ella, al pronto, acaso se dejara deslumbrar por el poeta, pero sin llegarle a comprender plenamente.

Gustavo Adolfo sí que necesitaba identificarse en la mujer amada —en Casta, y, acaso antes en la otra mujer a la que también amó de verdad y, que, por curioso destino, era asimismo soriana, Julia Espín— como nos lo demuestra en la conocidísima rima XXI:

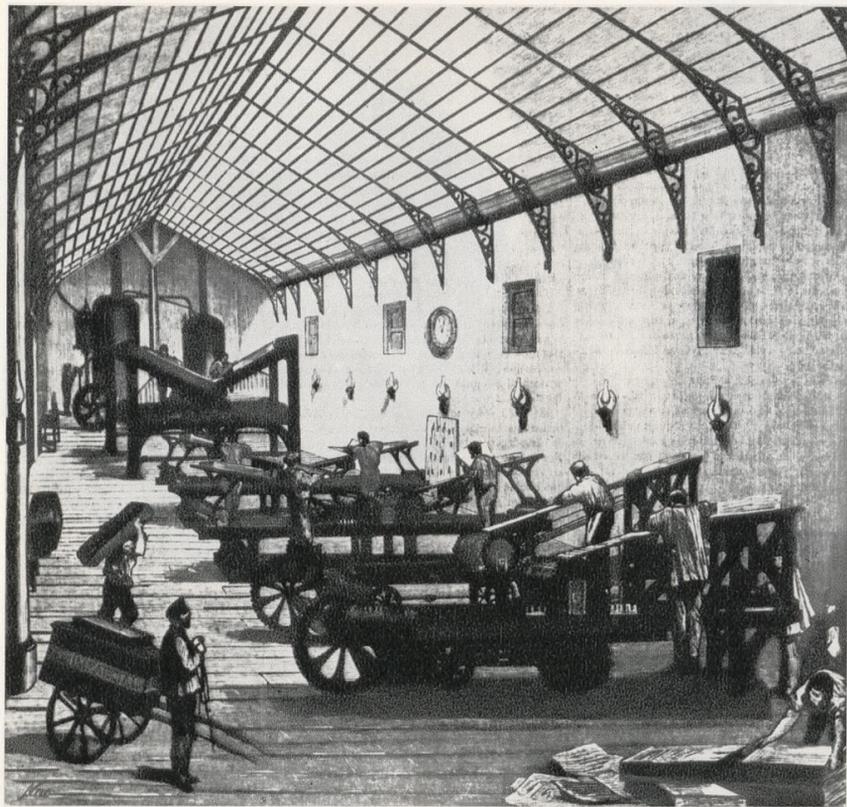
«¿Qué es poesía?, dices, mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul.
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía, eres tú...»

o en este párrafo de la IV de las «Cartas literarias a una mujer», donde dice el poeta: «Hace ya mucho tiempo, yo no te conocía, y con esto excuso decir que aún no había amado, sentí en mi interior un fenómeno inexplicable... Sentí en mi alma y en todo mi ser como una plenitud de vida, como un desbordamiento de actividad moral, que no encontrando objeto en que emplearse, se elevaba en forma de ensueños y fantasías, ensueños y fantasías en los cuales buscaba en vano la expansión, estando como estaban dentro de mí mismo...»

* * *

La soriana Casta, no una mujer de bruma ni de fantasía, sino de carne y hueso, fue, sin duda, la clave de su existir y le deparó las mieles y las hieles de la vida. Y Gustavo Adolfo, aquel poeta sin retórica, aquel puro lírico —como diría años después otro gran poeta, Antonio Machado— debió amar a Soria tanto como a su natal Sevilla y acaso más que a su admirada Toledo. Como antes le había sucedido a otro artista sevillano —al pintor Velázquez—, como le sucedería más tarde a Antonio Machado, la experiencia de Castilla hizo que Gustavo Adolfo Bécquer penetrara en el fondo más secreto de su propia alma...





EL PERIODISTA

por Gregorio Marañón Moya



A la izquierda, máquinas de imprenta. En el centro, dibujo de Gustavo Adolfo Bécquer. A la derecha, página de «El Museo Universal».

HEMOS dicho que, de los grandes hombres, unos han podido realizar sus sueños antes de morir, han «tocado su propia gloria», que decía Disraeli. Así, Napoleón, o Pasteur, o Goethe.

Otros, en cambio —y es quizá Cervantes el gran ejemplar de esta categoría a la cual pertenece Bécquer—, se han muerto sin haber sentido la caricia de la gloria, y sólo han entrado en el panteón oficial de la Inmortalidad mucho tiempo después de abandonar este pícaro mundo, llevados hasta allí, desde algún humilde cementerio, a hombros de la tardía admiración y de la gratitud de los seres humanos; que admiración y gratitud tienen algo de tortugas: siempre tardan, pero siempre llegan.

(Desde hace años me ha tentado con verdadera pasión, a la cual dedicaré algún día mayor atención y tiempo, la vida de los grandes hombres que no fueron grandes hombres en vida. La de estos genios que viven anónima y hasta vulgarmente entre sus coetáneos, y que luego, al tomar el tren para el viaje definitivo, se dejan la obra genial en el andén de la vida, como se deja una maleta abandonada al buen cuidado de los demás, o como la mujer que va a morir de hambre o de dolor, abandona, con desgarrado amor, al hijo recién nacido junto al quicio de una puerta.)

Resumimos, levemente, lo que fue Gustavo Adolfo: un hombre pobre; un pobre enfermo; agraciado en la amistad; desgraciado en amores; funcionario fracasado y expulsado de sus empleos, y, en fin, poeta desconocido de su tiempo, aquel tiempo que fue, precisamente, un tiempo de reinas y poetas. La Reina coronó en el

Senado al poeta Quintana, y todos los poetas y poetisas de algún renombre ofrecieron un homenaje organizado por Valera, a doña Isabel II. Bécquer no figuraba entre ellos. Era sólo un gusano de luz en aquella noche rebosante de astros fulgentes, como los García Gutiérrez, los Zorrilla, los Núñez de Arce, los Manuel del Palacio.

¿Quién fue, pues, Gustavo Adolfo Bécquer? ¿Quién ese hombre de treinta y cuatro años, que se muere en Madrid en la Nochebuena de 1870, solitario, e ignorado hasta tal punto de la humana bambolla, que de su muerte no publicará la gran prensa del día más que un par de renglones?

¿Qué hizo, qué fue durante su vida? Bécquer hizo periodismo, porque Bécquer fue un periodista. Un periodista que, además, escribió versos.

Ha sido Napoleón el primer jefe de Estado que utilizó la prensa como instrumento de gobierno, hasta tal punto, que superando a nuestro insuperable cardenal Cisneros, cuando hablaba de «mis poderes», se refería a la vez a su artillería y a su prensa. (No en balde Napoleón fue periodista durante toda su vida. Joven oficial: escribía. Caudillo: se incautó de la prensa y la dirigió. Desterrado en Santa Elena, ¿no es el Memorial dictado a Las Casas una fabulosa lección de periodismo? Lección que debía ser asignatura obligatoria en las escuelas de periodismo, pues en estas páginas inmortales se aprende, como en pocos sitios, el difícil arte periodístico de la condensación y de la síntesis. El Emperador poseía, como pocos, esa virtud literaria, a la que Tácito llamaba «imperatoria brevitatis».)

Resumimos, levemente, lo que fue Gustavo Adolfo: un hombre pobre; un pobre enfermo; agraciado en la amistad; desgraciado en amores; funcionario fracasado y expulsado de sus empleos, y, en fin, poeta desconocido de su tiempo, aquel tiempo que fue, precisamente, un tiempo de reinas y poetas. La Reina coronó en el

Fue tal la fuerza que imprimió Napoleón a la prensa, como herramienta política, que desde sus días hasta los nuestros la prensa ha sido el cuarto poder en los Estados democráticos, y el poder, todo el poder, en los no democráticos.

Pero, a pesar de este impulso, puede decirse que la prensa no entra en su mayoría de edad hasta mediado el siglo XIX, cuando Stuart Mill exclama: «El periodismo comienza a ser para Europa lo que la oratoria política fue para Atenas y Roma.» Es, pues, hacia 1850 cuando cristalizan sus inmensas posibilidades políticas, económicas, culturales y sociales. Sólo entonces se advierte su tránsito definitivo para erigirse en uno de los factores decisivos de la vida moderna, es decir, de la historia moderna. Porque si, como lo definió genialmente don Miguel de Unamuno, es la historia «el motín de ayer, la cosecha de hoy y la fiesta de mañana», ¿qué es un periódico más que eso: fiesta, cosecha y motín?

Y Emilio García-Gómez, ilustre por tantos conceptos, ha dicho recientemente en un discurso pronunciado en la Real Academia Española que: «la prensa es ya una forma de historia».

Es en este momento palpitante cuando Bécquer se hace periodista, que ésta fue, y no otra, la significación personal y profesional que tuvo en vida.

Si periodismo es amor a la información veraz; si periodismo es el difícil arte de valorar la actualidad; si periodismo es el mágico instinto de la noticia (1) el pe-

(1) Recordemos la excelente definición de Manuel Aznar: «Periodista es el que sabe extraer de las noticias el secreto mensaje que contienen.»

riodismo ha sido, es y será una de las más puras vocaciones del hombre.

Bécquer la sintió íntegramente, en su grandeza y en su miseria, cara y cruz de toda auténtica vocación. El mismo nos habla, repetidas veces, de «la fiebre fecunda del periodismo». A ella se entregó plenamente. A ella consagró sus mejores horas de meditación y de trabajo. No hizo del periodismo un sencillo y barato ganapán; ni tampoco —como ocurre tan reiteradamente— un trampolín para saltar a otras actividades más brillantes y lucrativas. Fue periodista..., periodista que concibió su profesión como fin y no como medio. Bécquer creía lo que decía Carlyle: «La prensa —dijo este extravagante y genial inglés— es en los tiempos modernos una Iglesia militante.» O como años más tarde escribiría Maurrás, quizá acordándose de Carlyle: «Entrar en el periodismo es entrar en una religión.»

Constantemente encontramos alusiones entrañables a su oficio: «El periódico —escribe desde el monasterio de Veruela— nos refiere siempre nuestra propia historia: la de nuestros cálculos, nuestras simpatías y nuestros intereses; su lenguaje apasionado habla a un tiempo a nuestra cabeza, a nuestro corazón y a nuestro bolsillo.»

«El periódico —añade— nos da el tema para proseguir pensando. Le encontramos todas las mañanas en el comedor o en el gabinete de estudio y se le recibe como al amigo de confianza que viene a charlar. Con la ventaja de que si saboreamos un vegetal, mientras él nos comenta la historia de ayer, ni siquiera hay

necesidad de ofrecerle uno, como al amigo.»

Y en una ocasión en la que está fatigado de tanto escribir, exclama malhumorado: «Un océano sin fondo, un abismo de cuartillas, eso es lo que es un periódico, especie de tonel que, como al de Las Danaides, siempre se le está echando original y siempre está vacío.»

Como buen periodista, Bécquer recorrió todos los grados del escalafón profesional. Fue humilde redactor; fue cronista y colaborador; fue fundador y director.

Hizo sus primeras armas en *El Mundo*, y después en *El Porvenir*, los cuales, a pesar de nombres tan sonoros y prometedores, tuvieron vida breve. Rico de estas dos experiencias, fundó, con otros amigos, *La España Artística y Literaria*, revista llena de juventud y vacía de dinero que, naturalmente, fracasó en seguida. Dirigió la *Ilustración de Madrid*, puesto al que le llamó don Eduardo Gasset y Artime, periodista excepcional, uno de los grandes fundadores de la moderna prensa española.

Ingresó, finalmente, en *El Contemporáneo*, diario en donde realizó, así como en el *Museo Universal*, su larga y serena etapa de escritor.

Larra dijo, y dijo bien: que «escribir en España es llorar». Bécquer, que fue el heredero de Larra en la prensa, pues, como él, la concibió no sólo como instrumento informativo y político, sino —y ésta fue su precursora originalidad— como medio poderoso de divulgación y formación cultural, sudó y lloró cuanto escribió: No conquistó honores ni popularidad. Y ni siquiera obtuvo una compensación económica, llegando a cobrar cuarenta reales

por artículo. En la primera edición de sus obras se dice textualmente: «Obra editada por la caridad.» No recuerdo precedente semejante en toda la historia de la Literatura.

En nuestros días, y ello me demuestra que estas cosas andan aún poco católicas, Camilo José Cela, en un ensayo sensacional por todos conceptos, afirma que las palabras de Larra no son sólo románticas, sino permanentes, y llama a la literatura «la galería de las literaturas».

En los periódicos antes citados, pero sobre todo en *El Contemporáneo*, Bécquer, además de los trabajos propios de toda redacción, publicó, sin firmar, casi toda su obra en prosa: artículos, crónicas y pensamientos. Ensayos y crítica. Las «Leyendas». Las «Cartas desde mi celda».

leyendo toda aquella obra se queda uno asombrado al considerar el que literatura tan delicosa y admirable pasara inadvertida en su época. Su prosa se conserva fragante, jugosa y viva, cuando casi toda la hojarasca que acaparó el éxito de aquel tiempo es hoy polvoriento arqueología (1).

Es la de Bécquer una prosa consistente, orquestal. Como música de órgano; melodiosa y profunda. Es cierto que adolece, a veces, de una excesiva retórica, pero no hay que olvidar que por aquellas fechas no dominaban el cine y la radio, sino el teatro y la oratoria.

Al lado de este defecto, hijo natural de su época, posee Bécquer, con exceso, esas calidades indispensables para que una obra

(1) «Tiene más consistencia una estrofa de Bécquer que toda la labor literaria de Pereda, Alarcón, Trueba, Valera y Pardo Bazán.» (Pío Baroja.)

de arte no sea sólo de su tiempo, sino de todos los tiempos.

No voy a hacer un detenido estudio de la obra becqueriana. De esa obra tan llena, como ha señalado José María de Cossío, de «notas finas y notas trágicas». Quede para otra ocasión. Pero sí voy a referirme, de paso y a título de curiosidad, a un descubrimiento personal que he realizado en mis prolifas incursiones por su literatura.

Bécquer era tan antiguo y tan moderno a la vez —síntesis por cierto de todo gran artista— que al lado de la retórica romántica innata en él, al lado de la pureza clásica de su sistema literario, vemos formas de expresión compatibles con las modas o modos más acusados y originales de nuestra actual literatura. Así, en Bécquer he encontrado los primeros balbuceos de esas metáforas atómicas a las que medio siglo después Ramón Gómez de la Serna bautizaría con el nombre de greguerías, dándole nervio y vida, amén de un sello inconfundible de original creación. Veamos algunos ejemplos:

«Las altas horas de la noche pesan tanto que muy pocos las pueden soportar.»

«Las horas de la madrugada tienen más minutos que las demás.»

«Aquella posada, estaba ribeteada de fonda.»

«Los sauces se inclinan hacia el río, agobiados por una pena invisible.»

«En Madrid ni sale ni se pone el sol. Se encienden o se apagan las luces.»

«Las margaritas blancas, copos de nieve que el calor de los amantones no ha podido derretir.»

«Los cementerios de las gran-

des poblaciones, llenos de huecos como estanterías de ultramarinos.»

«Cuando las sombras del monte bajan a la carretera, los álamos se envuelven en la indecisa luz del crepúsculo.»

«Al atardecer, las aguas del río, copian, temblando, los horizontes de fuego.»

Y así sucesivamente, que las greguerías —en este caso becquerianas— son las carezas de la literatura: se enredan unas con otras y si tiramos de una de ellas podemos ir tirando de todas las demás, desde el gran Ramón hasta Homero.

En cuanto a las *Rimas*, también se publicaron, como la prosa, sin firmar. Y como la prosa, pasaron, asimismo, inadvertidas. Los lectores y los críticos de entonces se tragaban el periódico sin descubrir aquellas joyas que tenían delante de los ojos. Exactamente como los negros que engullen la ostra y escupen la perla.

Las voces más autorizadas de nuestra literatura contemporánea, como Juan Ramón Jiménez, como Dámaso Alonso y tantas otras, han dicho ya de las *Rimas* cuanto había que decir. Nada nuevo podría yo añadir a tan preclaros juicios. Pero quiero consignar, ya que no mi opinión, mi personal emoción: cada vez que me he deleitado con una de las inmortales estrofas, se me ha antojado Bécquer como uno de esos medio brujos que van con su varita buscando el agua redentora por los campos de Dios. Así, Gustavo Adolfo, con su pluma, busca el latido redentor del humano corazón. Bécquer, poeta, fue lo que nuestro Baltasar Gracián gustaba de llamar «un zahorí del corazón».

LECTURA DE BECQUER

por Carmen Conde



Recuerdo a Bécquer, de Martín Rico.

ENTRE los escritores del siglo XIX que podemos seguir leyendo porque les sentimos cerca de nuestra sensibilidad, se encuentra Bécquer. Autor romántico no ostenta la abrumante cargazón del estilo de su tiempo, poseyendo sólo las más delicadas y perennes características del Romanticismo. Si en nuestra adolescencia (década del centenario de su nacimiento) se le leyó con el vehemente afán de corroborar una vocación lírica, en el centenario de su muerte volvemos a leerle apreciando desde más serena perspectiva los inmutables valores de su breve cuanto intensa obra.

La obra de Bécquer, poesía y prosa, tiene perfecta coherencia literaria. La concisión narrativa de sus leyendas y de sus ensayos y la a veces esquemática de sus versos, raramente debilita la precisión desbordándose en mínimos barroquismos. Curiosidad viva y positiva se mantiene en todos sus escritos; unas veces acechando y persiguiendo lo real, otras enriqueciendo la realidad con el sueño. Y a éste, con mayor abundancia, asediándolo despierto y dormido para pedirle respuestas que justifiquen la realidad constatada. «Las obras de la imaginación tienen siempre algún punto de contacto con la realidad», dice Bécquer en su leyenda «La mujer de piedra»; que es muy anterior, naturalmente, a la obra de Fulcanelli «El misterio de las catedrales» a cuyo tema se anticipa en unas líneas al final de su leyenda.

No sólo se anticipa en eso, sino que en la misma leyenda asegura que «si pintara paisajes los pintaría sin figuras», decisión que los pintores de nuestro siglo adoptaron y no sólo para los paisajes, abocándose a lo abstracto por empacho del figurativismo.

Hombre muy sensible y educado, en «¡Es raro!» escribe páginas algunas de las cuales, por ejemplo, servirían para la campaña de protección de animales, preocupación de las sociedades civilizadas. Y ahora que la profesión periodística alcanzó el rango cultural y la consideración social que se merece, de ningún escritor como de él se pueden exhibir palabras más fervorosas para el periodismo como las que suyas figuran en ciertas de las cartas de «Desde mi celda». Sobre todo en la Carta cuarta.

Asimismo se encuentran en aquella anhelo que fueron vaticinios acerca de programas a realizar por los gobiernos: creación de museos, misiones artísticas y arqueológicas... La Edad Media, base gozosa del Romanticismo, es su ideal constante; y sus palabras sobre la juventud y la vejez nos acosan como si fuéramos contemporáneos.

Bécquer afirmó (Carta cuarta): «Yo tengo fe en el porvenir. Me complazco en asistir mentalmente a esa inmensa e irresistible invasión de las nuevas ideas que van transformando poco a poco la faz de la Humanidad, que, merced a sus extraordinarias invenciones, fomentan el comercio de la inteligencia, estrechan el vínculo de los países, fortificando el espíritu de las gran-

des nacionalidades, y borrando, por decirlo así, las preocupaciones y las distancias, hacen caer unas tras otras las barreras que separan a los pueblos.» Hombre de fe segura creía y creyó por encima de su doloroso calvario humano. «No obstante, sea cuestión de poesía, sea que es inherente a la naturaleza frágil del hombre simpatizar con lo que perece y volver los ojos con cierta tristeza hacia lo que ya no existe, ello es que en el fondo de mi alma consagro como una especie de culto, una veneración profunda a todo lo que pertenece al pasado...» En este su constante caminar abarcando las dos orillas, a veces hay desconcertantes protestas en su voz: «De lo que vale, de lo que es algo, no ha de quedar ni un átomo aquí» (final de la Carta tercera). En esto erró, pues él sí ha quedado. La duda fracasará siempre.

Fisicamente débil, como el más inquieto de nuestros contemporáneos Bécquer hizo fatigosísimos viajes: a pie, a caballo, en diligencia, por intrincados rincones patrios para conocer y hablar, informando de lo que veía. Soria, los pueblos mínimos de la falda del Moncayo; las gloriosas ciudades inmortales como Toledo, las históricas (Tarazona de Aragón), los pueblecitos casi anónimos: Añón y sus «amazonas», Liago, Trasmoz y sus brujas... ¡Qué positiva, qué moderna y palpitante curiosidad humana, artística, arqueológica! «La arquitectura árabe de Toledo», «La basílica de Santa Leocadia», «La mujer de piedra», «El castillo real de Olite», «Roncesvalles»... Bécquer se mantiene como escritor comunicante en su prosa, porque sin duda su facultad periodística le hizo serlo. Veía, consideraba, criticaba, estimaba y se entregaba con gusto a la divulgación de sus reacciones e ideas.

Súbitamente uno de sus Ensayos, el de «La pereza», nos confirma a su autor como indeleble poeta que jamás se aparta de su constitución. «La pereza» es una defensa del ocio, del ocio creador que luego defendiera Azorín, que Juan Ramón Jiménez expusiera tan maravillosamente cuando habló del poeta que se lamenta de su ociosidad contemplativa y se traza un esquema de trabajo... yendo, al fin, al sofá del ocio pensativo pero creador.

En tan escasa vida (1836-1870), con tantas calamidades a cuestas, ¿cómo pudo escribir tan a fondo lo que vio, y cómo pudo andar y ver tanto, si, además, carecía de salud pero afrontaba las malas condiciones de su tiempo para viajar? Que otros muchos también lo hicieron, no le resta a él heroísmo, siendo un ser tan delicado y tan enfermo como fue.

Naturaleza y arte trajeron su versión externa y comunicante. Su repulsa a la ficción le lleva a manifestar: «Desde muy niño concebí, y todavía conservo, una instintiva aversión a los camposantos de las grandes poblaciones: aquellas tapias enclavadas y llenas de huecos, como la estantería de una tienda de géneros de ultramarinos; aquellas calles de árboles raquíticos,

simétricas y enarenadas, como las avenidas de un parque inglés... El afán de embellecer grotesca y artificialmente la muerte me trae a la memoria a esos niños de los barrios bajos a quienes después de expirar embadurnan la cara con arrebol...» (Carta tercera). ¿Qué diría ahora Bécquer si comprobara lo que se hace en ambas Américas con los muertos, en nuestros días? En «Las hojas secas» insiste en la unión de ensueño y misterio con mayor gusto que la realidad. «Hay momentos en que, merced a una serie de abstracciones, el espíritu se sustrae a cuanto le rodea y, replegándose a sí mismo, analiza y comprende todos los misteriosos fenómenos de la vida interna del hombre. Hay otros en que se desliga de la carne, pierde su personalidad, se confunde con los elementos de la Naturaleza, se relaciona con su modo de ser y traduce su incomprendible lenguaje.»

«De dónde vengo, si adónde — mis pasos me llevarán (Rima II), y la pregunta: «¿De dónde vengo?... ¿Adónde voy?...» (Rima LXVI) sirvieron sin duda al inmenso Rubén Darío para afirmar que no sabemos a dónde vamos ni de dónde venimos. Si bien condiciona la poesía al misterio al afirmar que «Mientras la humanidad siempre avanzando — no sepa a do camina: — mientras haya un misterio para el hombre — ¡habrá poesía!» Ahí, precisa y preferentemente, es en donde Bécquer crece libre de cuanto no es su propio impulso. Verdad que su predilección por la arquitectura medieval le lleva a introducirla en algunos de sus poemas: «En la clave del arco mal seguro, — cuyas piedras el tiempo enrojeció, — obra de cincel rudo, campeaba — el gótico blasón...» (Rima XLV), para determinar una situación suya amorosa. E igualmente, en la Rima LXXVI: «En la imponente nave — del templo bizantino, — vi la gótica tumba, a la indecisa — luz que temblaba en los pintados vidrios...»

En su breve andadura existencial el poeta mantuvo amargo debate entre su fe y su pesimismo. Ganaba aquella, sin apagar al lúgubre. La lumbré del misterio era la fe, y su experiencia humana manaba desencanto... «Hoy como ayer, mañana como hoy, — y ¡siempre igual! — un cielo gris, un horizonte eterno, — y ¡andar... andar!» (Rima LVI). Un poema suyo dedicado a «Todos los Santos» no comprende cómo no se reza y se canta, sobre todo en el mundo religioso: «Patriarcas que fuisteis la semilla — del árbol de la fe en siglos remotos, — al vencedor divino de la muerte — rogadle por nosotros.»

Aunque marcada por la fugacidad, su vitalidad se sobrepuso a sus contrariedades. Latía en su parte enferma el tremendo miedo a la muerte, y consecuentemente, la preocupación por el dónde de su carne (Carta tercera). Jorge Manrique, precursor del Romanticismo, resuena en unos versos de Bécquer: «De la parte de vida que me toca — en la vida del mundo, por mi daño — he hecho un uso tal,

que juraría — que he condensado un siglo en cada día...» (Rima LVII). Porque Bécquer, autodidacta, ha leído mucho y bien, pudiendo hallarse los troncos de su sangre espiritual y proclamarlos conscientemente. Prefería la Edad Media en sus glorias inviolables (es de advertir su atinada distinción entre arte gótico y arte ojival), y de aquella Edad Media recibía los soplos que alimentaban gran parte de su inspiración.

¿Son las rimas realmente una novela autobiográfica? Puede. «Las obras de la imaginación tienen siempre un punto de contacto con la realidad», afirmó él. Lo importante no era quien produjo la reacción sino ésta y en quien abocó. El amor sustituía al misterio, al infinito; la amada fue tan inalcanzable como la luna de entonces. Lo que valía era asediarla, circularla, tenerla como órbita fatal y nunca astro conseguido. Él iba de paso (fijándose en todo, eso sí), y no podía permanecer ni consumir su ración de hambre celeste. «Al brillar un relámpago nacemos, — y aún dura su fulgor cuando morimos: — ¡tan corto es el vivir! — La gloria y el amor tras que corremos — sombras son de un sueño que perseguimos: — ¡despertar es morir!». El misterio en Bécquer suele referirse, sobre todo, a una hermosa. Cumplido este deber que juega como primordial objeto de su canto, ya queda ancho el camino hacia lo indescifrable. El poeta goza de seguridad: sabe el idioma que se habla «allí»: «Yo sé un himno gigante y extraño...», dice. ¿Quisiera escribirlo «domando el rebelde, mezuquino idioma»? «Pero en vano es luchar; que no hay cifra — capaz de encerrarlo». Se encuentra constituido por tal complejo de cualidades, a cual más rica, que le sumen en confusión. Por ello: «Cruzo el mundo, sin pensar — de dónde vengo, ni adónde — mis pasos me llevarán». La inspiración, que muchos años después resulta negada por bastantes escritores artesanos, Bécquer la intenta definir con todos los conceptos aproximativos a su alcance (Rima III).

Para los románticos contaba la inspiración; era equivalente a la gracia en los místicos: un algo que se sabe porque no se sabe. («Y quedéme no sabiendo, toda ciencia trascendiendo», que dijo San Juan de la Cruz.) La seguridad en la inviolabilidad de la poesía es tal en Bécquer que llega hasta un porvenir que también es nuestro, no obstante el avance inimaginado de las Ciencias (Rima IV). Solamente el misterio es capaz de producir poesía, que es todo, absolutamente todo, en la vida: «Yo soy el invisible — anillo que sujeta — el mundo de la forma — al mundo de la idea.» (Rima V). Rematando: «Yo soy, en fin, ese espíritu — desconocida esencia, — perfume misterioso — de que es vaso el poeta.»

La seguridad, la esperanza en suma, informó todos los movimientos de su espíritu. En vano el mar de la duda le combate, porque todo su afán, su tumulto interior, sus an-

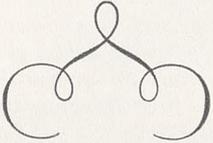
sias, le dicen «que lleva algo divino dentro». «En el mar de la duda en que bogo — ni aún sé lo que creo; — ¡sin embargo estas ansias me dicen — que yo llevo algo — divino aquí dentro!» (Rima VIII).

Siempre en lucha con su origen y con su fin; con su brote al mundo y su incorporación o devolución al tras mundo, Bécquer es una de las voces que con mayor vigor (dulcísima fortaleza sedosa) alzó clamor por penetrar en la verdad tan recientemente negada al humano. «¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero — de los senderos busca. — Las huellas de unos pies ensangrentados — sobre la roca dura; — los despojos de un alma hecha jirones — en las zarzas agudas, — te dirán el camino — que conduce a mi cuna. — ¿Adónde voy? El más sombrío y triste — de los páramos cruza; — valle de eternas nieves y de eternas — melancólicas brumas. — En donde esté una piedra solitaria — sin inscripción alguna, — donde habite el olvido, — allí estará mi tumba» (Rima LXVI).

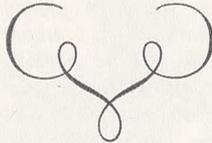
¡Qué inmensa sed, qué desvariante anhelo por desgarrar el misterioso camino del espíritu! Huésped de las nieblas, ¿vaga hasta encontrarse con otros? Nuevamente el calofriante presentir del repleto misterio; de sus incursiones más allá, fuera de sí mismo, Bécquer obtiene lo que se parece a una certidumbre: «Yo no sé si ese mundo de visiones — vive fuera o va dentro de nosotros; — pero sé que conozco a muchas gentes — a quienes no conozco» (Rima LXXV).

Semejante dramática lucha con la realidad (¿cómo no le amaron cuanto hambreada él?) es en Bécquer tan caliente que nos quema. Cuando ya no es posible evitarla, sucumbe con dolorosa dignidad: «Cayó sobre mi espíritu la noche; — en ira y en piedad se anegó el alma... — ¡Y entonces comprendí por qué se llora, — y entonces comprendí por qué se mata! — Pasó la nube de dolor, — con pena — logré balbucear breves palabras... — ¿Quién me dio la noticia?... Un fiel amigo... — ¡Me hacía un gran favor!... Le di las gracias.» (Rima XLII). Otras Rimas, con ésta (LXIII, XLV, XLVI, XLVIII) se suman a su enfrentamiento inútil con la aborrecible y vencedora realidad. A todas ellas las resume la Rima LII, pues el poeta pide en ella a todos los elementos que se lo lleven fuera del mundo: «Levadme, por piedad, adonde el vértigo — con la razón me arranque la memoria... — ¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme — con mi dolor a solas!»

Huésped de las Nieblas, Donde habite el olvido, son versos de Bécquer que otros poetas que lo amaron, allá por los años treinta, tomaron como títulos de libros suyos. Un romanticismo adolescente latía a firmes pero firmes empujones dentro del predominante vanguardismo. Bécquer, como San Juan de la Cruz, es autor cuya vigencia se mantiene operante. Porque, ¿quién, si es poeta, no recibirá el influjo creador de ambos jerarcas del lirismo más puro?



MUJERES EN LA VIDA DEL POETA



EN modo alguno podría determinarse la que fue más importante en su vida. Acasos, pudieran tomarse en cuenta, juntas, pudieran componer el ideal femenino del poeta. Estuvo enamorado de todas y de ninguna. Hizo un mito de la mujer, lo orquestó y lo cantó. Pero cuando un poeta idealiza a la mujer ¿qué es lo que quiere de ella? Cada uno de esos estímulos se reduce a una anotación de más en su inventario de grandes o de pequeños recuerdos.

Eliminemos pues las mujeres literarias de Bécquer, aquellas que como Elvira sólo fueron aptas para motivar versos, recuerdos, pequeñas emociones diluidas al paso de las horas.

La primera emoción erótica de Bécquer surge quizá al pasar por delante de los balcones de la calle de Santa Clara en Sevilla y descubrir aquella primorosa mujer cuyo testimonio aparece en su tierno diario adolescente. Tal vez fuese aquélla la señorita Lenona de su ingenua despedida. Una niña en cuya delicadeza, Gustavo reconoce esa primera ansiedad solitaria que le asedia hasta exigirle sus primeras lágrimas de doncel. En esas lágrimas, casi premeditadas de puro imposibles, descubrirá Bécquer la dulce identidad de su amada. Porque ha sido como llorar por ella para evitarle enojos. Han sido lágrimas casi adivinadas y casi compartidas desde una mutua soledad.

Todo aquello acabará. Aquella experiencia puramente ideal exigirá al poeta un contrapunto. Se produce precisamente un día en que a Bécquer no le acompaña su hermano Valeriano que, probablemente, trabaja afanosamente en uno de sus cuadros en el estudio del Alcázar. Su fiel amigo Narciso Campillo tampoco está presente y Gustavo se decide a coger un bote y desembarcar en la isleta del Guadalquivir. Hace sol. El poeta bosqueja con un lápiz el paisaje que le rodea. Todo lo que tiene a la vista le es bien conocido, pero en la contemplación exacta de sus perfiles va reconociendo los jirones de su infancia y los primeros pasos de su mocedad. Allí fue, piensa el poeta al recorrer con la vista la orilla del Betis, donde Narciso le salvó la vida sin que yo apenas me diese cuenta. De pronto Gustavo contempla una mancha que avanza hacia la isla. En seguida se va corporizando aquella visión que se acerca adonde él está tendido como pagano amante de la naturaleza. Es una mujer. Ahora puede precisar claramente sus rasgos. Una mujer joven, de oscura tez y pelo rizado. Gustavo se levanta del suelo y la contempla. La muchacha, al sentirse observada, pide una tregua. Su cuerpo venía apenas cubierto con una leve camisola.

—Volveré. He de vestirme.

Esa mujer es el contrapunto de la niña del balcón de la calle de Santa Clara. Se llama Antonia. Es hija de un peón caminero. Sucia, descuidada, crecida un poco salvajemente como los amarillos jaramagos del tejado de la casa de Pepe Bécquer en la Ancha de San Lorenzo. Una flor silvestre que luce y hermosa cualquier paraje hasta que alguien la marcha a la marchita. Aquí, Gustavo ha conocido a una mujer sin remilgos con una ligera falda de estameña sin enaguas ni justillo.

Pero se trata de una mujer real. Su corazón late. Su mano abrasa. Su risa acaricia. Su confianza sorprende. Su calor cautiva. Todo en ella es verdad. Aquí no hay imaginación. Sin embargo, el poeta creará que Antonia, la hija del peón caminero, es la Cínaris de la

fábula de «El Genil», de Espinosa. Esta cita furtiva habrá de repetirse con vestida frecuencia. Un día estada vendrá de limpio porque ha estado de boda. El incendio es cada vez más profundo. Entonces surge el miedo y Gustavo reclama sosiego a su condición humana y el episodio de Cínaris vuelve a archivarse en el recuerdo. Esta es la prehistoria de sus amores. Todavía no ha pasado nada capaz de herir definitivamente su existencia. No se sabe en dónde encontró a la mujer que habría de llenar todas las simas de su gran vacío. Pero se sabe que la encontró. Tal vez pudo ser en su largo viaje en galera acelerada, desde Sevilla a Madrid. Una dama que acaso viniese desde Cádiz o que subiera al coche inopinadamente en Carmona o en Ecija. Alguna dama misteriosa que no llegó a confesarle toda la verdad de su vida y se limitó a cometer el serio abordaje de su corazón amparada en una sed de aventura. Aquí puede surgir un nombre: Elisa. Una mujer comprometida en otro destino, que después de enamorar y apasionar al poeta, le abandona con una sonrisa de indiferencia buscando «algo más importante». En esta actitud se mezcla el amor propio del hombre creador, la ira que produce un amor desasistido y el agríndice de haber conocido a su hembra hermosa, ignorante, inasequible... Aquélla pudo ser la «dama de rumbo de Valladolid», la de la tabaquera que se conserva en Noviercas, lugar de la tragedia de su matrimonio. Aquélla a la que Gustavo ve en un momento ven los labios a la sed. Sí, efectivamente, aquél pudo ser el gran amor de Gustavo Adolfo Bécquer. Las razones positivas de este aserto son muchas. Enumerémoslas. La hermosura de aquella mujer no podía compararse con la pobre Aldonza de la isleta cuyo único atractivo era su efectiva realidad, su auténtico calor humano. Pero es que Elisa, su auténtica mujer de verdad, tal vez una marquesa. Y no cernía grano sino que tenía un pañuelo de seda con una corona bordada. No hallaba en ella más que un defecto. No aceptaba el ideal. Era concluyente. Era una mujer. Nada más que eso. Y volvemos a insistir en nuestra tesis señalada al principio de este artículo. Ese amor despojado de toda retórica y de todo embelecio, que se refiere a una mujer a la que desnudamente se quiere, es lo único importante y lo único capaz de revelar la verdadera medida del amor.

La sicología erótica de Bécquer produjo efectos secundarios y deleznales que el efengendo titulado «La mujer y el pantalón» escrito en colaboración con García Luna. Esta y otras piezas teatrales aparecieron firmadas por Adolfo García, nombre en el que se refleja una simbiótica amistad, al tiempo que se elude una responsabilidad vergonzante.

«El nuevo figaro» y «Clara de Rosenberg», piezas escritas en colaboración con Rodríguez Correa, aparecieron con la firma de Adolfo Rodríguez. Todo esto viene a cuento porque, cuando Gustavo descubre a su amor ideal, a su maravillosa Ofelia, caminaba con Julio Nombela hacia la casa de éste en la calle de la Flor Alta. Allí, en el balcón de la calle del Perro, adoba Julia Espinosa. ¿Otra vez el espejismo adolescente de Lenona? Julia era definitivamente la mujer ideal. No deseaba ni conocer su voz. Sólo sentía la necesidad de soñarla. Pero Elisa... ¿cómo olvidar a Elisa? ¿Qué eran para él aquellas dos mujeres? Tal vez todo lo que necesitaba: la mujer ideal, Julia; y la mujer total viva y candente, Elisa. La mujer soñadora y la mujer temperamental.

Haría de ellas un solo personaje que tuviera el nombre de la mujer deseada y uno de los apellidos de la mujer soñada (1): Elisa Guillén. Ese sería su amor inconfesable pero cierto, escudado en el anónimo como los engendros escritos en colaboración con Correa y Luna. (2)

¿Qué fue para Bécquer su mujer Casta Esteban? ¿Qué significó en la vida del poeta? Un tremendo error, algo que sirvió tal vez para modificar las fronteras de su ambición y de su destino. Y sin embargo, el proceso de sus relaciones amorosas con Casta Esteban era de la misma naturaleza erótica de la posible Elisa Guillén. Una mujer que se acercó a él para servir de fulminante a su pasión de un modo real y destructivo. La deformación erótica de Bécquer parece un caso probado. No hace falta apelar al texto de la rima de Lustonó ni a las razones que un día le movieran a visitar la consulta del doctor Esteban en la calle del Baño, ni a su encuentro improvisado con Casta, la hija del médico y la que había de ser más tarde su mujer de una manera inesperada, sin cumplir con las normas establecidas por la sociedad mesocrática de entonces.

Carmen de Burgos «Colombine» pregunta a Julia, la sobrina de Gustavo, refiriéndose a Casta Esteban:

—¿La recuerda?

Julia responde:

—Casta era guapa, pero antipática; tenía en la cara algo trágico y desagradable...

Las observaciones de Julia respecto a la mujer de Gustavo son reveladoras. El poeta había sido víctima, una vez más, de los estragos de aquella belleza indómita cuya esquivez temía y buscaba al mismo tiempo. Casta era una mujer dura y altiva, quizá con un cierto talento natural semisalvaje. Sólo pudo reducirla a la impotencia la mirada agresiva de Valeriano Bécquer. Porque Valeriano no era un débil de carácter como el demudado fabricante de «suspirillos germánicos» como decía don Juan Valera. Valeriano era casi un zíngaro inquieto que acampaba por distintos horizontes sin necesitar más que la mugrienta frazada de su mula para preservarse del relente. Por eso Casta temía a Valeriano. Le odiaba. No le iba bien al blando Gustavo, ahormado en la delicuescencia de los románticos nórdicos, el gesto duro y agresivo de Casta. Y cuando Casta se aburría sintiéndose abandonada entre los cipreses del monasterio de Veruela, viendo que los dos hermanos preferían, antes de estar junto a ella, la contemplación de un plenilunio, sucedió lo de Noviercas.

Pero Elisa estaba viva y era ella la mujer que había consumido largamente las mejores horas de la existencia del poeta. Su vida ya no tenía nada que ver con la de Gustavo, pero seguía esplendorosa y triunfante y su gesto no era agresivo e inerte como el de Casta, sino más bien desapasionado como sin duda serán las sombras del mortal vacío «donde habite el olvido».

Luego surgirían en Toledo nuevos amores ideales como María del Carmen Díaz Herrera y Bascarán, una mujer con esos ojos verdes descritos en sus leyendas, y más amores carnales y absolutos como Alejandra, una moza hermosa, infinita y oscura como una queja.

(1) El segundo del padre.

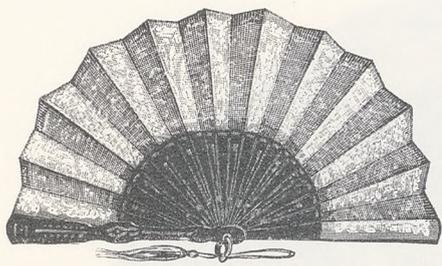
(2) Para estas especulaciones no nos apoyamos en las cartas apócrifas en que se alude a Elisa, sino al poema de Bécquer y a la tensión emocional de sus «Rimas».

Julia Cabrera,
la novia sevillana de Bécquer,
retratada por J. Cala. Sevilla, 1854.
Foto propiedad de
doña Dolores Cabrera de Otero.
(Clisé del archivo de Rafael Montesinos.)





ABANICO DE



MUNDO HISPANICO me pide cinco folios, a dos espacios, en torno al decantador de la *Lírica del XIX* y padre de la más sutil del XX, y yo le envío media docena, a modo de varillas de un abanico que yo quisiera fuese «de plumas y de oro». ¡Que las musas de Gustavo Adolfo guíen mi mano, para que me salgan leves y gentiles...! ¡Ah, también cotidianas y realistas...!

VARILLA PRIMERA: BECQUER, HOMBRE.

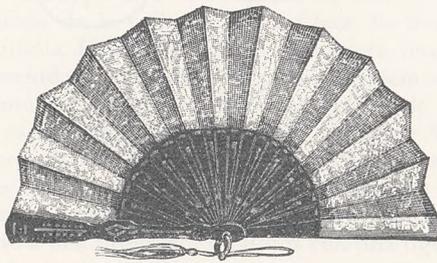
¡Ay como te ha puesto la ajena cursilería, querido «huésped de las nieblas»! Por mor de éstas te han envuelto, y siguen envolviéndote, en nubes, en brumas, en sombras. Escoliastas sensibleros y escritores que al hablar de ti se sienten contagiados por tu don de fantasía, te añaden novias, te cuelgan «Rimas», y te escriben «Leyendas» que tú proyectaste, u otras en las que nunca habito tu intención. Pero tú («moreno hasta la grosería, «peludo como un oso», criatura de carne y hueso, comedor de carne bien hecha, bebedor de vino Burdeos, autor adolescente de versos obscenos, retozantes de humanidad) lo aguantas todo, y si acaso te pones al piano, y sin saber letra —aunque sí espíritu— de música, inventas evanescentes «lieder» germánicos, en los que de súbito clavás la banderilla de una copla del Sur. Sí, tú te ríes (te sonríes, que te va mucho mejor), musicalmente, de todos. También te ríes de mí, pero quizás un poco menos.

Sevillano de nacimiento, toledano de adopción (¡oh aquel 10 de agosto de 1857, en que llegaste a las orillas del Tajo con un fotógrafo y un dibujante, para «sacar las vistas» de la catedral, con destino a tu «Historia de los templos»!); soriano de fatalidad (Casta Esteban era envolvente pero... ¿verdad que casi analfabeta?); veruelense de sosiego curativo, déjame que te recuerde en tus días de esplendor (transición del 64 al 65), cuando eras, a la vez, director de «El Contemporáneo» y censor de novelas, con un sueldo total de

mil pesetas al mes ¡de las de entonces! También te veo, embutido en un traje de baño, a rayas, en julio del 64 en Algorta, en agosto del 65 en San Sebastián. ¿Es verdad, como dice Campillo, que en el 69 volviste a la costa del Norte...? Si así fue, me imagino que en un crepúsculo, en el dédalo de las siete calles bilbaínas, te cruzaste con un rapaz orejudo, con una cría de lechuza, que iba a cumplir cinco años, y que adivinando en ti un semi-desencarnado, un próximo a encararse frente a frente con la Esfinge, se te quedó mirando, como si ya empezase a tener conciencia del «sentimiento trágico de la vida». Se llamaba Miguel, y de apellido Unamuno. Años después rompería lanzas en tu defensa.

SEGUNDA VARILLA: ¿UN BECQUER OLVIDADO EN «EL DIARIO ESPAÑOL...»?

Bécquer llegó a Madrid en setiembre de 1854, sin medios de fortuna. ¿De qué vivió hasta que en diciembre de 1860 ingresó en «El Contemporáneo»? No creo que de las contadísimas representaciones de «La novia y el pantalón», comedia en verso, hecha a medias con García de Luna (otoño del 56). Siempre pensé que por fuerza tuvo que haber colaborado en algún periódico, y cuando Pageard exhumó una carta abierta de Bécquer a De la Rosa González, en la que Gustavo recuerda «Más tarde—después de la segunda mitad del 57 y la primera del 58— se me presentó la ocasión de escribir artículos literarios y críticos... escasamente mes y medio me ocupé en estos trabajos...» vi abierta una pista y metiéndome por ella encontré



en «El Diario Español» filones que juzgo —¡oh, también yo te añado perplejidades...!— becquerianos. Ya con anterioridad —7 de diciembre de 1856— «ADOLFO» (yo creo que Bécquer) había publicado en sus páginas «Revista teatral. Impresiones», que comienza: «¿Te acuerdas, Eduardo, de nuestros solitarios paseos por las deliciosas márgenes del Guadal-

quivir...? ¡Ah! Cuántas veces soñábamos con venir a la Corte. —Madrid, exclamas tú, es tan bueno para los que desean hacer fortuna...!» El diapasón emotivo, la tónica sentimental y añorante de estas evocaciones son los mismos de algunos pasajes de «La fe salva» narración publicada como de Becquer en 1923. Mis dudas acerca de su autenticidad comienzan a desvanecerse, a no ser que ambos textos sean de Nombela. Además, el Adolfo de 1856 concluye obsesionándose por saber quién es una misteriosa dolorida mujer que al ver acongojarse en escena a la Lamadrid rompe a llorar. Es muy propio de Bécquer el querer descifrar su vida.

Pero ahora me interesan las seis «Revista de Madrid», firmadas por ALI y publicadas en «El Diario Español» del 25 de julio a 29 de agosto del 58. Por la actitud mental, por que el autor se considera obligado a pasar «por las más arduas cuestiones, como la gaviota sobre las aguas, sin mojar apenas sus alas», por las citas hamletianas, por las referencias a la Castellana, al Prado, al Suizo y al ferrocarril de Madrid a Toledo; por las reflexiones sobre la poesía y el regustillo con que habla de lectoras y de mujeres, por el frecuente tono soliloquial, de sus páginas veo erguirse el fino perfil de Gustavo Adolfo. (Y de no ser el suyo, pudiera tratarse del de su próximo temperamental Rodríguez Correa.) En la tercera de esas revistas, al aludir a la decadencia de la *Lírica*, y a los móviles por los que florecía antaño, evoca: «CORONAS INMORTALES, sueños ardientes, ESPIRITUS SIN NOMBRE (recordad la Rima V), «AMOR Y GLORIA» (aunque tópicos, védlos en la rima LXXII), ella lo cantaba todo... Hace ya veinte años que se operó un cambio en la sociedad española: la nueva era tenía una nueva «adoración» LA LIBERTAD (acaba de nombrar la tercera hoja del trébol que Bécquer agita —las otras dos son AMOR y GLORIA— en la rima LXXII). Creo que ALI es Gustavo Adolfo y que en 1859-60 vuelve a colaborar en el mismo periódico, con los seudónimos de Cupido y Arlequín, y que incluso puede ser el autor de algunas leyendas anónimas que se insertan como folletón. Todos estos textos van a reimprimirse, en volumen, con un prefacio mío.

TERCERA VARILLA: EL BECQUER DE LAS «LEYENDAS»

También el Bécquer de las «Leyendas» —como el de las «Rimas»— es el resultan-

NOVEDADES

por Dionisio Gamallo Fierros



te de llevar a la cima del embrujo emotivo y de la perfección técnica un proceso de transformación. En este caso, de la prosa secamente narrativa a la lírico-mágica, en lo que le anteceden, de forma inmediata, Castro y Serrano, Martínez Pedrosa y Francisco de Acuña. En cuanto a estimuladores extranjeros, aparte de Hoffman y Tiek, parece incuestionable que hacia 1859 Bécquer leyó a Poe. Sin embargo se trata de dos temperamentos creadores distintos. Poe es más analítico-argumental, con pujos científicos-explicativos, tanto naturalistas como matemáticos (en este punto dijérase mentalidad más moderna que la medieval de Gustavo), pero en cambio su vuelco en lo macabro le imprime carácter pueril. Poe es más ingenioso-policial, y en él suele producirse el horror por el horror, mientras que en Bécquer casi siempre se estremece por vías alegóricas, rumbo al ejemplo, o a la ética finalidad. El andaluz es asaz más lírico, posee una mucho más artística y elegante densidad simbólico-misteriosa y dispara con mira más alta, pues sus relatos personalísimos (aunque con apoyo tradicional) se refieren a anhelos desasosegadamente instalados en el corazón de los hombres, a nobles contradicciones entre lo real y lo ideal, a frustradas búsquedas de la arquetípica mujer soñada. Poe entretiene al pretender aterrorizarnos. Bécquer nos convoca a lo imposible y nos induce a lo que él practicó: el autopsicoanálisis.

«El caudillo de las manos rojas» (1858), es aún incipiente y peca de manierista, de un exotismo insincero, aunque con apartes soliloquiales, íntimos, precursores del Bécquer que está por llegar. Juzgamos en cambio ya muy representativas las palabras que aparecen al frente de «La cruz del diablo» (1860): «Que lo creas o no, me importa bien poco. Mi abuelo se lo narró a mi padre, mi padre me lo ha referido a mí, y yo te lo cuento ahora, siquiera no sea más que por pasar el rato.»

Respecto a las «Leyendas» de mi predilección, resultan ser aquellas (es significativo) a las que es más difícil encontrarles ceñidos precedentes europeos: «El rayo de luna» y «Los ojos verdes». Y no tengo reparo alguno en sostener que «La creación» y «Tres fechas» responden mucho menos al género literario leyenda, que algunas que aparecen embebidas en «Cartas desde mi celda», como la de la «tía Casca», la «maravillosa historia de las brujas de Trasmoz» y la tradición acerca de la fundación del castillo de dicho nombre y la «Historia de Mosén Gil el limosnero». Y es obvio advertir que la vocación

por lo legendario de Bécquer ya está en germen en sus aportaciones a la «Historia de los templos de España». Escapando de lo vulgar buscaba refugio en lo legendario.

CUARTA VARILLA: EL BECQUER DE LAS «RIMAS»

«¡El poeta de las Rimas!», vocablo este último que como concepto preceptivo viene de muy atrás. Lope ya lo utiliza prebecquerianamente: «RIMAS sacras». Zorrilla lo emplea alguna vez dentro de sus versos, pero resulta curiosísimo que Gustavo no titule así ninguna de las composiciones por él publicadas en vida. Muy tarde, en junio de 1868, llama RIMAS a las 79 composiciones que incluye en su manuscrito «Libro de los gorriones». Y es de interés consignar que un poeta fragmentariamente pre-becqueriano, Antonio Arnao, en junio de 1857 había publicado un tomo de versos rotulado «Melancolía. RIMAS y cantigas».

Es una «leyenda becqueriana» (alimentada entre otros, por R. Correa, «Clarín», ¡e incluso Unamuno, a veces tan desdenguado de la forma!) eso de que Gustavo es versificador técnicamente irregular e imperfecto. Nada de eso. Domina, por instinto natural, el molde asonante, melódico, flexible, que en buena hora adoptó y de sus «rimas pobres» (¡tan ricas...!) mejor que nadie podría opinar —y opinó— el gran Machado.

Me muestro conforme con el gusto general por «Volverán las oscuras golondrinas», «En la imponente nave» y «Olas gigantes», pero me atraen subconscientemente, las relacionadas con el sueño y el trasmundo, sobre todo «¿Será verdad que cuando toca el sueño...?» y «No dormía; vagaba en ese limbo...». Y las que abren cauces al supuesto de que el poeta debió de tener en Toledo un amor que se le metió monja: «Entre el discorde estruendo...», «¡Cuántas veces al pie de las musgosas!» y «Las ropas desceñidas». Asimismo me arrastra la de los ojos hipnóticos y exentos («Te vi un punto...»), la de la noche envejecedora («Dejé la luz a un lado») y las taciturnas «Al ver mis horas de fiebre...» y «¿De dónde vengo...?». Irónicamente me llagan las hijas del sarcasmo y de la ironía: «Voy contra mi interés al confesarlo...» (que debiera ponerse al dorso de un billete de banco, de dos mil pesetas, con la efigie de Bécquer) y «Cuando me lo contaron sentí el frío...».

Pero a la hora de sonsacarle al poeta lo

desgarradoramente humano, recito «Una mujer me ha envenenado el alma» y, sobre todo, «Este armazón de huesos y pellejo», que tal vez responda (tiendo a situarla en 1868) a una amarga y prosaicamente realista conciencia de cornudez. Machihembrada de consonancia, dijérase que no quiere ser ondulante ni aérea, sino arrastrarse sobre lo terrestre. El desasosiego del tema (del estado de ánimo) provoca unas combinaciones métricas, intranquilas, ásperas. Fluctúa entre la melancolía de Machado y lo revulsivo del Valle-Inclán de los esperpentos. No sé de ninguna otra rima que encierre más cantidad de dolor en bruto, soliloquial, trasudado como mero desahogo, pese a ese convencionalismo de la «rima perfecta». En esos versos Bécquer es hombre —hombre infeliz— más que artista y poeta.

QUINTA VARILLA: BECQUER Y ROSALÍA DE CASTRO, VECINOS EN MADRID AL MORIR AQUEL. LA SUSCRIPCIÓN MADRILEÑA EN PRO DE PUBLICAR LAS OBRAS DEL POETA

Bécquer fallece a las diez de la mañana del 22 de diciembre de 1870, en el actual número 25 de Claudio Coello, y —¡oh doliente coincidencia...!— en una casa dos portales más allá está pasando unos días Rosalía de Castro, en cuyos versos el dolor se enrosca al alma, como podría hacerlo una culebra a una columna salomónica. ¿Qué hados decretaron que se junten en Madrid los dos más grandes sentidores y sufridores del XIX, cuando uno de ellos, el andaluz, ya va de vuelo y casi no es peso de materia...? Bécquer y el marido de Rosalía (que se había quedado en Simancas) eran amigos, y posiblemente también la cantora y el cantor se conocían. ¿Se asomó «la loca» —como la llamaban flores, plantas y pájaros— a la ventana, para ver partir el cortejo fúnebre que se llevaba a habitar en las nieblas, a quien se tenía ya por su huésped...? ¿Se armó de valor contra las sombras y se sumó al entierro...? ¿Qué lastima que estos interrogantes se queden sin eco...!

Los diarios de Madrid llamaron a Bécquer padre cariñoso y bueno, fiel amigo, conocido periodista. Ninguno lo calificó de excepcional poeta. Y un semanario, «Gil Blas», recordando que tres meses antes muriera su hermano Valeriano, se indispuso con la Divinidad, disparándole: «No basta ser joven, no basta ser hombre, no basta ser útil a sus semejantes,





ABANICO DE NOVEDADES

no basta ser pobre y dejar una familia desamparada. No basta nada de esto. Dios, ese Dios implacable, lanza su sentencia y todo se acaba. ¡Vale la pena de creer en Dios para explicar así estas cosas!

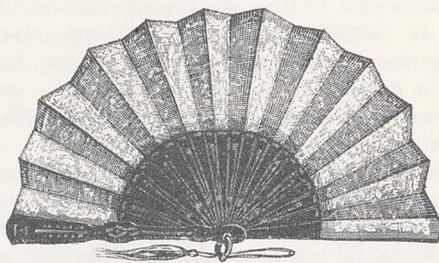
Y sobre la marcha, a los dos días de la muerte del poeta, se constituyó una comisión, integrada por Casado del Alisal (pintor), Narciso del Campillo, Ferrán, Eduardo Mariategui (ingeniero militar) y Eduardo Cano (también pintor y que recibiría en Sevilla los donativos de los paisanos de Bécquer), dispuesta a recaudar fondos para publicar las prosas y versos y los dibujos de Gustavo Adolfo y de Valeriano. La suscripción quedó abierta (serían 99 los concurrentes), recaudándose en Madrid 10.656 reales. El primer donante fue el ministro de Estado don Manuel Silvela, con 500 reales. Abundaron los pintores (Dióscoro Puebla, Madrazo, Haes, Palmoroli, Rosales; Pradilla), se localiza algún músico (Arrieta) y haciendo el número 73 aparece S. M. el Rey (Amadeo de Saboya) con 1.000 reales. Brillan por su ausencia los tres poetas más acaparadores de la gloria: Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce. Figuran de los Santos Alvarez, Alarcón, Valera, Manuel del Palacio y Cánovas del Castillo. No faltan los fieles (los de la Comisión y Nombela, echándose de menos a Rodríguez Correa); la aportación más frecuente son 100 reales. La cifra más baja (tal vez muy meritosa) son 16 reales de don Eduardo Bravo, y en las listas pro publicación de las «Obras» del poeta del amor no hay ni una sola mujer. ¡Estaba mal visto que apareciesen citadas junto a los hombres...!

**SEXTA VARILLA:
EVOLUCION DE LA
FAMA DE BECQUER. SU
CONSAGRACION POR PARTE DE LOS
HOMBRES DEL 98.
UNOS VERSOS DE NERUDA**

¡España es diferente! Tal vez el primer eco de prensa ante la aparición de las delicadas y patéticas «Obras» de Bécquer fue el de «Gil Blas». Periódico satírico, del 30 de julio de 1871. Llama a Gustavo por su nombre «exquisito artista», pero intuitivo y temeroso, se pregunta: «¿Se venderá? ¿Pasaremos POR LA VERGÜENZA de no agotar en breve la edición? (No se reimprimirá hasta 1877, aunque ya en 1872 el sensible Méjico le reeditaba «por su cuenta»). Y en noviembre del mismo año 1871, en «Revista de España», G. (acaso Giner de los Ríos) le dedica el primer en-

sayo extenso y calibrador, doliéndose de que los periódicos no elogien páginas tan finas y entrañables. En seguida surgen críticas favorables en «Le Gironde» de Burdeos y en «Le Figaro» de París, en donde se insertan traducciones de rimas y prosas hechas por el ruso Sidorowitch. Hasta que el 31 de mayo de 1879 Campoamor da a Bécquer el gran espaldarazo póstumo, en el Ateneo de Madrid, al declamar algunas «Rimas» dentro de un recital —homenaje a los máximos líricos de España— desde Garcilaso a Bécquer, pasando por Fray Luis, Lope, Quevedo, a cargo de los más destacados poetas del Madrid de entonces.

Pero en muchos aspectos serían los hombres del 98 quienes se percatarían de lo que Bécquer ha supuesto en el proceso



lírico castellano. UNAMUNO desde muy joven, lo lee y saborea. En julio de 1923 escribe: «Conocemos a muchos que se burlan de Bécquer y de su sentimentalidad cursi —así dicen—, y para ejemplificarla recitan versos del poeta que se los saben de memoria. Y esto es muy significativo». En 1924 publica «Teresa», libro lleno de becquerianismo adrede: «Te recitaba BECQUER... Golondrinas — refrescaban tus sienas al volar...»; «Me muero de un mal cursi, BECQUER MIO... Y me cura la muerte tu ángel cursi — con su acordeón...». En 1927, cuando algunos estimen muerto del todo a Bécquer, pronostica: «¡Volverán las oscuras golondrinas!» ¡Vaya si volverán...! ... Mas los fríos refritos ultraístas, hechos a puro afán — los que nunca arrancaron una lágrima, — esos... no volverán...!» Y hacia 1932 escribe en «Bécquer», «Suspirillos germánicos» —mote de N. de Arce—. VALLE-INCLAN se quitaba cuatro años por poder decir: nací cuando Bécquer moría, y aprendió en «El monte de las ánimas», y en otras leyendas de Gustavo, a escalofriar a los lectores con la noche, los aparecidos y el viento, y a colocar en la pechera de los substantivos contrastados tréboles (esdrújulo, grave, agudo) adjetivales. El gruñón BAROJA afirmó «De los románticos, el que a mí me parece más puro, menos

moneda falsa, es Bécquer». Y lanzó este gracioso exabrupto barajador de cantidades muy heterogéneas: «Tiene más CONSISTENCIA una estrofa de Bécquer que toda la labor literaria de Pereda, Alarcón, Trueba, Valera y Pardo Bazán». Más cerca de nosotros reiteró: «De los poetas españoles del XIX creo que no quedan vivos en sus obras más que tres, en este orden: BECQUER, Espronceda y Zorrilla. A Bécquer cuando yo era estudiante se le consideraba como un sensible y cursi; pero a pesar de esta opinión generalizada, se ha sostenido y HA QUEDADO A FLOTE CON MOTIVO».

«AZORIN» ha dedicado no menos de seis alogiosos artículos a Gustavo Adolfo, afirmando en uno de ellos: «Este poeta triste, desconocido, ignorado; este poeta recogido sobre sí mismo, nervioso, sensitivo, modesto; este poeta que escribe breves poesías, que parecen hechas de nada, ha ahondado más en el sentimiento que los robustos fabricantes de odas, y ha contribuido más que ellos a afinar la sensibilidad». MAEZTU en su discurso de ingreso académico «La brevedad de la vida en nuestra poesía lírica», alude a que «el curso inexorable del tiempo y de la vida» es lo que inspira a Bécquer, en la más popular de sus composiciones, el doliente remate «¡ésas, no volverán!». Y en cuanto a MACHADO, que llamaba a nuestro poeta «el divino Bécquer», llena está su personalísima obra de ecos de las «Rimas», que le llegan, temblorosas, fieles, por los corredores y las galerías del espíritu. Sí, ha hecho bien don Dámaso Alonso dando a entender que cuando Antonio exclama «Desde el umbral de un sueño me llamaron...» quien le llama no es otro que Gustavo Adolfo.

Otros coros de elogios a Bécquer podríamos formar a base de los novecentistas (a la cabeza de ellos Juan Ramón Jiménez), o acudiendo a los poetas de la generación del 27: Salinas y Guillén, Gerardo Diego y García Lorca, Dámaso Alonso y Aleixandre, Cernuda y Alberti, pero ya no disponemos de espacio, y aduciremos tan sólo —en gracia al preferente destino trasatlántico de esta revista— los inspirados «títulos de nobleza» que PABLO NERUDA otorga a Gustavo Adolfo como cierre de las distintas fases del poema de 1936 «G. A. B.», que lleva por lema estos versos de la rima LXXIII «allí cae la lluvia — con un son eterno». Para el gran lírico chileno el poeta andaluz es «¡Grande voz dulce, corazón herido! — ¡Ángel de oro, ceniciento asfodelo! — ¡Triste traje, campana de flores! — ¡Sol desdichado, señor de las lluvias!».





JOSEFINA ESPIN Y LA RIMA XXVII

La familia
de los Espín.
(Archivo
de R. M.)



UE el poeta José Luis Cano el primero en hablarme del álbum de Josefina Espín, la hermana de Julia. El había tenido en sus manos aquellas hojas amarillentas. Allí se encontraba, además de dos dibujos inéditos de Gustavo Adolfo Bécquer, cierta versión desconocida de la rima XXVII, una de las más bellas y completas del gran poeta sevillano. La rima, en su versión autógrafa, contenía importantísimas variantes que José Luis Cano —tan preocupado por la vida y la obra de Bécquer— había anotado previamente. La noticia venía a confirmar de una manera definitiva algo muy importante: Gustavo había frecuentado las tertulias de don Joaquín Espín Guillén. Es más: hasta se podría concretar una fecha.

En el verano de 1962 tengo acceso al álbum inédito. Dado el carácter eminentemente gráfico de mi biografía, pido y obtengo permiso para fotografiar la rima y los dos dibujos inéditos de Bécquer.

El álbum queda veinticuatro horas en mi poder, y junto con él otros documentos y fotografías.

Quizá, ante ninguno de los otros documentos becquerianos que han llegado a mis manos durante estos años de intensa y afortunada búsqueda

haya tenido yo una más profunda sensación de hallarme ante un hecho nuevo y trascendental en la vida de Bécquer. Recuerdo aquella noche de julio de 1962, cuando la optimista caligrafía de Gustavo, con sus trazos finales ascendentes, quedaba enfocada —por fin— en el cristal esmerilado de la cámara. En aquellos momentos era consciente de que los focos iluminaban algo más que las páginas de un álbum: estaban penetrando en una de las zonas más oscuras de la biografía becqueriana. Las preguntas, las dudas, pasaron por mi mente con una velocidad vertiginosa... Desengañado de Julia Espín, ¿volvió Gustavo los ojos a Josefina? De maneras delicadas y ojos azules, hasta por su estatura se amoldaba más que su hermana Julia (hombros anchos, maneras enérgicas, ojos negros...) al tipo ideal de mujer en Bécquer. La cercanía de Josefina Espín tuvo que inquietarle.

Todos señalan a Julia desde que en 1904 Eusebio Blasco se decide a nombrarla. ¿Hubo, pues, un cambio de protagonista —no de escenario— en el corazón de Gustavo? Para todo biógrafo de Bécquer es muy difícil poner en orden el corazón del poeta. Sin embargo es sospechoso, dulcemente sospechoso, que el primitivo autógrafa de la rima XXVII lo hayamos descubierto en el álbum de Josefina Espín y que a través de esos versos se filtre una mirada azul: esos ojos que resplandecen húmedos, como la onda azul en cuya cresta chispea el sol.

Azul es también la mirada que se transparenta a través de toda la rima XIII, rima que es precisamente la primera de las publicadas en vida del





La cantante Julia Pérez Colbrand (Julia Espín).
Foto del archivo de R. M.



Dibujo de Gustavo Adolfo
en el álbum de Josefina Espín.

poeta; es decir, escogida por él mismo. Apareció en diciembre de 1859, cinco meses antes de que Gustavo regalase a Josefina esos versos en los que también se alude a una mirada azul.

El 20 de diciembre de 1860 Bécquer publica en *El Contemporáneo* la primera de sus *Cartas literarias a una mujer*. Este célebre escrito comienza con una glosa de la

Rima XXI

¿Qué es poesía?, dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul;
¡qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía... eres tú.

Como lo lógico es suponer que los versos fuesen anteriores a la prosa, la rima XXI queda situada dentro del mismo lapso en que fueron creadas las dos anteriormente citadas. No queda ya la menor duda de que entre noviembre o diciembre de 1859 y finales del 60 Gustavo Adolfo Bécquer está obsesionado por el azul de unos ojos. Y ya sabemos que de las dos hermanas la que tenía los ojos azules no era Julia, sino Josefina.

Las rimas XIII y XXVII se semejan espiritualmente por esa especie de balanceo —tan cerca del eterno contraste becqueriano— que expresan opuestas situaciones de ánimo en la mujer amada:

«Tu pupila es azul, y cuando ríes...»

«Tu pupila es azul, y cuando lloras...»
(rima XIII)

«Despierta ríes, y al reír tus labios...»

«Dormida, los extremos de tu boca
pliega sonrisa leve...»
(rima XXVII)

Para este eterno adorador de la mujer, la sonrisa femenina tiene una importancia extraordinaria (1), y es natural que Josefina pagase con una sonrisa los versos y dibujos que Gustavo dejó en el álbum.

El hecho de dejar esta rima en aquellas páginas, ¿fue un simple acto de galantería por parte de Bécquer? Más bien parece una velada declaración de amor. Hay algo en estos versos que nos inquieta y que no sabemos qué es, algo que nos induce a creer que el poeta amaba en secreto a Josefina Espín, o al menos sentía una irreprimible inclinación hacia esta borrosa, dulce, sonriente y suave figura femenina. Sólo resta ya transcribir el primitivo texto de la rima XXVII: una versión muy rica en variantes (todo el texto subrayado por nosotros) y, por tanto, desconocida hasta ahora:

(1) «Cada mujer tiene una sonrisa propia, y esa suave dilatación de los labios toma formas infinitas, perceptibles apenas, pero que le sirven de sello». (G.A.B.: *La mujer de piedra*.)

¡Duerme!

Despierta, tiemblo al mirarte;
dormida, me atrevo a verte;
por eso, alma de mi alma,
yo velo mientras tú duermes.

Despierta ríes y, al reír, tus labios
inquietos me parecen
relámpagos de grana que serpean
sobre un cielo de nieve.

Dormida, los extremos de tu boca
plega (sic) sonrisa leve,
suave como el rastro luminoso
que deja un sol que muere.

¡Duerme!

Despierta miras y, al mirar, tus ojos
húmedos resplandecen
como la onda azul en cuya cresta
chispeando el sol hiere.

A través de tus párpados, dormida,
tranquilo fulgor vierten,
cual derrama de luz templado rayo
lámpara transparente.

¡Duerme!

Despierta hablas y, al hablar, vibrantes
tus palabras parecen
perlas que resonando en una copa
de oro caen a torrentes.

Dormida, en el murmullo de tu aliento
acompañado y breve,
escucho yo un poema que mi alma
enamorada entiende.

¡Duerme!

Sobre el corazón la mano
me he puesto por que suene
su latido y de la noche
turbe el silencio solemne.

De tu balcón las persianas
cerré ya por que no entre,
si nace, el rayo azulado
de la aurora y te despierte.

¡Duerme!

Madrid, mayo de 1860.

GUSTAVO ADOLFO D[OMÍNGUEZ]. BÉCQUER

¡Duerme!!

Despierta tiemblo al mirarte,
dormida me atrevo a verte,
por eso alma de mi alma
yo velo mientras tú duermes.

Despierta ríes y al reír, tus labios
inquietos me parecen,
relámpagos de grana que serpean
sobre un cielo de nieve.

Dormida, los extremos de tu boca
plega sonrisa leve,
suave como el rastro luminoso
que deja un sol que muere.
Duerme!

Despierta miras y al mirar, tus ojos
húmedos resplandecen,
como la onda azul en cuya cresta
chispeando el sol hiere.

A través de tus párpados, dormida,
tranquilo fulgor vierten,
cual derrama de luz templado rayo
lámpara transparente.
Duerme!

Despierta hablas y al hablar, vibrantes
tus palabras parecen,
perlas que resonando en una copa
de oro caen a torrentes.

Dormida en el murmullo de tu aliento
acompañado y breve,
escucho yo un poema que mi alma
enamorada entiende.
Duerme!

Sobre el corazón la mano
me he puesto, por que suene
su latido y de la noche
turbe el silencio solemne.

De tu balcón las persianas
cerré ya, por que no entre
si nace, el rayo azulado
de la aurora y te despierte.
Duerme!!

Autógrafo
inédito
de la
rima XXVII,
en el álbum
de Josefina
Espín. (Col.
particular.)
Clisé
archivo R. M.

Después de escritas estas palabras sobre Bécquer y Josefina, aparece el libro de Rica Brown sobre el gran poeta romántico (2). Es de destacar la intuición y el espíritu atento de esta escritora inglesa, que sin conocer este nuevo manuscrito de Gustavo y sin haber hablado una sola palabra con los descendientes de Josefina Espín, nota que ésta se ajustaba más al tipo de mujer soñada por Bécquer. Para ello se basa en la descripción que de ambas hermanas hace Julio Nombela. Y más adelante, al referirse a las *Cartas literarias a una mujer* (Rica Brown no repara en los ojos azules de la rima XIII), escribe lo siguiente: «Como en ellas el poeta recuerda con ternura un pasado reciente cuyo encanto todavía le envuelve, podemos sin dificultad alguna atribuir su composición al período intenso de estos amores, es decir, entre mediados de 1859 y fines de 1860. Como todas estas atribuciones son tentativas, cualquier documento que se descubra puede ensanchar el horizonte de nuestros descubrimientos. Sin embargo, creo que en general estas suposiciones tienen un fondo sustancial de verdad.»

Nótese que la fecha de nuestro autógrafo («cualquier documento que se descubra...») corresponde al mes de mayo de 1860 y que los espacios límites que da Rica Brown para encerrar entre paréntesis esos amores se ajustan bastante a los apuntados por nosotros. Es muy probable que al acoplar las dos tesis, ese espacio que existe entre mediados de 1859 y diciembre del mismo año sean los seis meses que correspondan a las relaciones de Gustavo Adolfo Bécquer con la desdichosa Julia Espín.

(2) Rica Brown: *Bécquer*. Editorial Aedos, Barcelona, 1963.

JOSEFINA ESPÍN
Y LA RIMA XXVII

Rafael MONTESINOS

Y es que allá en lo más hondo de las *Rimas* de Bécquer —esos versos que cantan sus amores, sus inquietudes, sus desengaños— suena siempre el rasguear de una guitarra andaluza.



GUSTAVO ADOLFO BECQUER

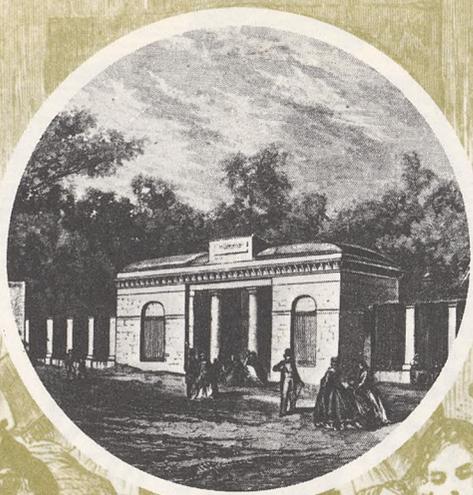


UN siglo ya de la muerte de Valeriano y Gustavo Adolfo Bécquer en el Madrid de 1870, un siglo en que el cariño entrañablemente fraterno de dos almas afines y gemelas, entre el pintor costumbrista y el poeta eminentemente romántico, habría de consumirse y agotarse con muy poca diferencia en el tiempo —23 de septiembre y 22 de diciembre—, como si el primero en morir, Valeriano, arrancara piadosamente de este mundo tan penosamente vivido, al hermano doliente y afligido que dejaba transcurrir los últimos días de su vida en el piso tercero derecha de la casa señalada con el número 7, hoy 25, de la calle de Claudio Coello, en la que el poeta de las «Rimas» había de decir su adiós definitivo a su pobre y mísera existencia junto a Casta Esteban su mujer, que no le comprendió nunca como si el destino del vate inmortal hubiera sido el de penar siempre, nostálgico de ilusiones insatisfechas, por un amor con todo su goce espiritual y emotivo, que no habría de conseguir nunca. Cuando aquel primero de noviembre de 1854, llega Gustavo Adolfo a Madrid, queda atrás toda una vida de dolorosa orfandad, de tristezas y lágrimas, de caminos emprendidos y no continuados, de penosa experiencia de una soledad aliviada tan sólo por el cariño protector y sincero de hada buena de su madrina doña Manuela Monnehay, que si no hubo de alentar sus quiméricas ambiciones, no impidió que sus sueños insatisfechos de celebridad y nombradía le llevaran en unión de Julio Nombela, a los que más tarde se uniría Narciso Campillo, a Madrid, a la capital de España, centro de todas las inquietudes creativas, estéticas, literarias y políticas, sometida a la férrea voluntad del general Espartero, árbitro provisional, señor de los tristes destinos de un país que se venía poco a poco consumiendo y aniquilando en sus continuas luchas políticas más allá de toda serena limitación de apertencias de hegemonía de partido. España era un hervidero de pasiones encontradas y mal definidas, una continua postura inconformista y una tenaz lucha de partidos, de tendencias e ideologías insatisfechas que habrían de mantener a la nación en un continuo estado de alerta. A este Madrid de sus ensueños y esperanzas vino Gustavo Adolfo presionado por sus incontenibles afanes literarios y poéticos en busca de una notoriedad siempre tan noblemente defendida y tan regateada, que sólo había

de encontrar cuando su cuerpo vencido ya por la lucha y las circunstancias adversas, descansaba de tanta fatiga amorosa, física y laboral, en un nicho de la sacramental de San Lorenzo y San José, que a él tanto le horrorizaba, a extramuros de un Madrid en aquellas fechas pobretón y polvoriento, limitado por el barroco puente de Toledo, frontera en que finalizaba la vida de un pueblo que a pesar de sus perseverantes y agotadoras inquietudes políticas, gustaba de reír y divertirse a su modo. Para Bécquer, ojos abiertos a las luminosidades de su tierra nativa, acostumbrados a una Sevilla alegre y sonriente, a un cielo siempre azul y soleado, Madrid a pesar de su capitalidad, de ser centro vital de todas las inquietudes del espíritu, debió parecerle destartado y sucio. Madrid, en la primera mitad del siglo XIX, era todavía un poblacho con pretensiones cosmopolitas. Los primeros turistas extranjeros intelectuales, principalmente franceses, Gautier y Merimée, Hugo y el Barón Charles Davillier —no olvidemos a Gustavo Doré— atravesarían los Pirineos en busca de cierto pintoresquismo costumbrista y ambiental, que se reflejaría luego, más o menos adulterado en sus esencias raciales, en las páginas inolvidables de muchos de sus escritos. En Madrid estaba todo el movimiento político, literario, teatral, poético y científico, que volvía a tener carta de naturaleza en una Europa que intentaba renovarse, actualizarse, de acuerdo con las impulsivas tendencias del momento, porque el romanticismo con sus prohombres más significativos, Espronceda, Larra, Martínez de la Rosa, Roca de Togores, marqués de Molins, Hartzenbusch, García Gutiérrez, Romero Larrañaga y el joven Zorrilla iban consolidando un ambiente cultural y literario que señalaría un proceso intelectualista en el ámbito de una España que caminaba pensativamente a la sombra de las ideas estéticas y estilísticamente innovadoras de una Francia nueva nacida entre el murmullo discordante de una revolución histórica que había de dar fin, por y para siempre, de todo espíritu tradicionalista. Madrid, para Gustavo Adolfo, sobre todo en aquellos primeros días de estancia en su modesta pensión, una casa de huéspedes en la calle de Hortaleza, no debió tener grandes atractivos. No. Sevilla, su Sevilla nativa no se borraría jamás de su imaginación y de sus recuerdos. Cuando el 20 de enero de 1861 escribe y

publica en «El Contemporáneo» el artículo crítico y elogioso sobre el libro de cantares de su gran amigo Augusto Ferrán, titulado «La Soledad», y que luego su autor ya muerto el poeta —1871— colocaría como prólogo en su segunda edición, Gustavo Adolfo, sin poder contener la nostalgia que le invade, habría de decir: «Leí la última página, cerré el libro y apoyé mi cabeza entre las manos. Un soplo de la brisa de mi país, una onda de perfumes y armonías lejanas, besó mi frente y acarició mi oído al pasar. Toda mi Andalucía, con sus días de oro y sus noches luminosas y transparentes, se levantó como una visión de fuego del fondo de mi alma. Sevilla, con su Giralda de encajes, que copia temblando el Guadalquivir, y sus calles morunas, tortuosas y estrechas, en las que aún se cree escuchar el extraño crujido de los pasos del Rey Justiciero; Sevilla, con sus rejas y sus cantares, sus cancelas y sus rondadores, sus retablos y sus cuentos, sus pendencias y sus músicas, sus noches tranquilas y sus siestas de fuego, sus alboradas de color de rosa y sus crepúsculos azules; Sevilla, con todas las tradiciones que veinte centurias han amontonado sobre su frente, con toda la pompa y la gala de su naturaleza meridional, con toda la poesía que la imaginación presta a un recuerdo querido, apareció como por encanto a mis ojos, y penetré en su recinto, y crucé sus calles y respiré su atmósfera, y oí los cantos que entonan a media voz las muchachas que cosen detrás de las celosías medio ocultas entre las hojas de las campanillas azules; y aspiré con voluptuosidad la fragancia de las madrevelas que corren por un hilo de balcón a balcón, formando toldos de flores; y torné, en fin, con mi espíritu, a vivir en la ciudad donde he nacido y de la que tan viva guardaré siempre la memoria.»

No es raro que acostumbrado a la alegre luminosidad de su tierra sevillana —luz, música, cantares y flores— Madrid no ejerciera en su ánimo entristecido y nostálgico una sorpresa y menos un deslumbramiento. A Madrid vino Bécquer a luchar y a morir, a sufrir penalidades y desalientos, a ponerse en contacto con una generación literaria que no supo reconocer en él —lo hizo tardíamente— a uno de los más grandes poetas que ha tenido España. Reconozcamos que el estado espiritual del más lírico de todos los



EN SU CENTENARIO

por Mariano Sánchez de Palacios



líricos, tan soñador como visionario, no era el más propicio para captar ese «duende» que Madrid lleva dentro, tal vez porque los «duendes» habitan con mayor influencia en el ánimo de las gentes en esa su Sevilla lejana que embruja y fascina. Al hablar de él, de Madrid, tal vez quizás pensando con demasiada añoranza en su tierra, escribió un día: ...«Madrid, envuelto en una ligera neblina, por entre cuyos rotos girones levantaban sus crestas oscuras las chimeneas, las buhardillas, los campanarios y las desnudas ramas de los árboles. Madrid sucio, negro, feo como un esqueleto descarnado, tiritando bajo su inmenso sudario de nieve.» Sin embargo, se ha dicho, que no se es de donde se nace, si no de donde se muere, también de donde se ha vivido intensamente. Valeriano y Gustavo, si es así, son legítimamente madrileños. Cuando Bécquer llega a Madrid, el espíritu del romanticismo que alentó en la primera mitad del siglo XIX, se halla en su fase agónica. El romanticismo en 1854 es ya un recuerdo que perdura al calor de determinadas influencias de estilo y de sentimientos. Sería el propio Gustavo Adolfo el que lo resucitara más que por sus ecos retardados en la melancolía y en el espíritu, por el innato y cálido sentimiento que alentaba en su corazón y en su mente llamada a tan altos destinos literarios. Bécquer era un lírico de nacimiento, un exaltado de la fantasía, de la pura quimera imaginativa. El espíritu meditativo, analítico y en cierto modo filosófico del romanticismo lo llevaba dentro como fuerza expansiva de una emocionalidad manifiesta que habría de dar como consecuencia, no ya sus famosas «Rimas», viajeras por todos los continentes cultos, sino algo más meritorio y literario, las «Leyendas», síntesis perfecta de un lirismo acomodado a la amplitud convencional y rica de matices de la fantasía. Bécquer es uno y distinto según los géneros y aspectos que trate su pluma, distinto en el verso y distinto en la prosa, aunque haya una ligazón, una lógica concomitancia espiritualista e imaginativa entre ambos. Cuando la necesidad de descanso le obliga a encerrarse, aislándose del mundanal ruido que le rodea, en el remanso silencioso del monasterio de Veruela, buscando paz y sosiego a su cuerpo maltrecho y dolorido, enfermo con los primeros síntomas alarmantes de la dolencia que le lleva al sepulcro,

sus famosas «Cartas desde mi celda», descubren en él, la acusada sensibilidad de que hizo gala sin saberlo a través de su vida. Cuando escribe la «Historia de los templos de España», de la que sólo se publicará el tomo referente a Toledo, Bécquer no puede abandonar su condición de poeta, su exaltada vehemencia lírica, su preciosismo literario y al referirse a la basílica de Santa Leocadia, vulgo el Cristo de la Vega, o a San Juan de los Reyes, Santa María la Blanca, o Nuestra Señora del Tránsito, es poeta ante todo y sobre todo, y más que narrar estilos y emociones, deja sobre el papel los finos arabescos de cinco leyendas escritas con aquella pulcritud literaria que esmalta su prosa con bellas imágenes y simbolismos preciosistas.

Siempre fue difícil el vivir de la pluma y Bécquer fuera del destino que ocupara durante poco tiempo en la Dirección de Bienes Nacionales, se mantuvo con el fruto de su propia inteligencia vertida sobre las páginas de la prensa periódica de su tiempo. En «El Contemporáneo», Gustavo Adolfo escribe sobre todos los temas que las circunstancias exijan periódicamente, sin que ello fuera obstáculo para que alguna rima se perdiera entre anuncio y anuncio señalando lo intrascendente de lo que luego habría de ser trascendente en la historia de la poética española. ¿Se dio cuenta el público de estas pequeñas joyas intercaladas entre el fárrago de noticias sin valoración alguna o entre una vulgar publicidad que ayudaba a sostener el periódico? No. La generación de Bécquer ni descubrió, ni intuyó el valor de su obra. Tan sólo sus amigos, el político González Bravo, el pintor Casado del Alisal y sobre todo sus entrañables Julio Nombela, Narciso Campillo y Ramón Rodríguez Correa que hicieron posible la primera edición de sus obras, prosa y verso, publicadas en 1871, poco menos de un año después de la muerte del malogrado vate prologadas por el fervor amistoso y devocional de Rodríguez Correa. Cuando ya Gustavo Adolfo dirige «La Ilustración de Madrid», su estilo depurado y la brillantez de su estro están en su máximo apogeo, pero su obra que habría de ser inmortal como su nombre, pasa poco menos que inadvertida como pasó su muerte acaecida aquel 22 de diciembre de 1870, lo que no fue obstáculo para que la generación subsiguiente descubriera —y proclamara— a Gustavo

Adolfo, el más lírico de todos los líricos que había tenido España, el más romántico de todos los románticos, al hombre que ya en el posromanticismo había de dar con su vida y con su obra la más extraordinaria lección del más puro y entrañable sentimiento, sencillamente porque Bécquer, rompiendo con la envarada y machacona poesía del romanticismo, haciéndose él mismo poesía viva, en su cuerpo y en su alma y en su acontecer, acierta a darnos una visión clara y justa de lo que poesía quiere decir y debe ser.

Como ha dicho Manuel Mena Sanz, bien se puede asegurar que Bécquer más que nexo entre dos tendencias resulta disociación, contraposición; otro estilo, otra manera de sentir. Nos hallamos —dice— entre dos tendencias encontradas; antes de él y después de él. Y en este después, están desde el modernismo hasta la línea poemática actual, todo un quehacer poético de diversos matices que tendrá sus altibajos y sus fallos, que convencerá o no, pero que habrá entendido lo que otros no supieron comprender; qué es poesía.

Si Bécquer había nacido en Sevilla, Madrid le dio la celebridad y la nombradía. En Madrid vivió. En Soria, Veruela, Avila y Toledo se forjaron sus sueños literarios, brotaron las luminarias de su ingenio cristalizando en el verso fluido de sus «Rimas», o en la galanura de una prosa rica en matices, en descripciones y en simbolismos.

Cuando el 8 de abril de 1913, los restos de Valeriano y de Gustavo son exhumados de los nichos que ocupan en el patio del Cristo, de la sacramental de San Lorenzo madrileña, para ser trasladados a su Sevilla natal, Madrid no dejó marchar sin pena lo que consideraba un privativo legado de la muerte. Y en Sevilla descansan Valeriano y Gustavo, cerca de ese Guadalquivir a cuya orilla soñó un día ser enterrado el poeta, en el silencio y en el olvido, sin pensar, que él era uno de los elegidos para que la posteridad recordara con devoción su nombre como el poeta del amor y del dolor, como máximo y puro exponente literario de un romanticismo que Gustavo Adolfo ha mantenido vigente a lo largo del tiempo, por obra y gracia de un sentimentalismo que no puede desvirtuar el paso de los años.



VALERIANO BECQUER, HUÉSPED DE LAS NIEBLAS

por Luis López Anglada



E no haberse roto el hillo que le ataba al amor, hubiera seguido bajo el sol de Sevilla la línea clara de una tradición familiar que hubiera hecho de él un pulcro profesor de dibujo. Ahora se hablaría de él cuando alguno de sus discípulos hubiera alcanzado la fama. Todo podía haber sido feliz y tranquilo.

Pero para los Bécquer el amor no puede ser sino sueño o problema. Y a Valeriano, cuando lo soñaba, se le había emparejado a una trágica silueta de muerte. El había ido de Sevilla al Puerto de Santa María como el que sabe que toda luz es poca y se había enamorado de una muchacha de ojos claros y trenzas rubias. Pero su padre, el marino irlandés mister David Cohan, se opuso y hubo que esperar a que vientos oscuros pusieran razones de luto en la boda del pintor. Muerto —¿envenenado, y por quién?— mister David, Valeriano y Winefred se casaron. Y luego el amor se fue haciendo reproche y despego y, cuando ya nada de él quedaba, cuando el pintor se preguntaba con versos de su hermano: «Cuando el amor se acaba, ¿sabes tú adónde va?» turbia de penas el alma, Valeriano dejó Sevilla y se fue a Madrid.

Hubiera podido ser el gran pintor de la España romántica. Sólo le hubiera bastado un poco de decisión para romper con unos fríos moldes que le ataban a otros tiempos; aquellos en que su padre, el pintor Pepe Bécquer, retrataba las buenas costumbres sevillanas en cuadros donde todo era ingenuo y ordenado. Pero la niebla de la pena le debió pulir toda rebeldía y prefirió quedarse en la fonda de los humildes, en la diligencia de los pobres, donde hay sitio para todos sin necesidad de entablar batallas. Y pintó aquello que veía con la sencillez del que ama a las gentes del pueblo y gusta de sentarse entre ellos, afinar la guitarra y colaborar con la alegría.

Una vez intentó salvarse, y salvar con él a su hermano pequeño que corría el grave riesgo de hundirse, como él, en la niebla de lo mediocre. Y se lo llevó por las sendas de Soria y de Toledo. Y le enseñó a valorar sombras y misterios. Y un día le pintó asomado a la eternidad y creó el modelo que, ya desde entonces, guardan todos los poetas que quisieran ser como aquel Gustavo Adolfo, soñador y soñado, viril y femenino a un tiempo, con gudejas de ángel y hechuras de don Juan. Por aquel retrato nos damos cuenta de cuánto amaba Valeriano a su hermano el poeta y de cómo, siendo él el hermano mayor, prefería quedarse en el segundo puesto de la medalla, asomando tímidamente su nombre y su perfil, en la penumbra de la gloria.

Pero había una mujer que consideraba que aquel puesto era el suyo y movilizó contra Valeriano un odio todo hecho de randas deshinchadas y alfileres emponzoñados. Y fue él el que tuvo que herir el buen corazón de Gustavo Adolfo para descubrirle la gran tristeza.

«¿Quién me dio la noticia? ¡Un buen amigo! Me hacía un gran favor. Le di las gracias.»

Seguramente él mismo no se daba cuenta de las posibilidades que tenía en sus manos y pensaba que era natural eso de vivir pobremente y de sobrellevar la tristeza con grandeza de alma. Cuando Gustavo Adolfo, que tenía influencias en la corte y en el gobierno —¿quién lo creyera ahora!— le consiguió una pensión modestísima que le ayudaría a vivir y a trabajar, nos dice que: «a última hora, en un lugarejo cualquiera, hospedado en un mesón, con buena o mala luz, con avios o sin ellos, pintaba los cuadros de la pensión sin modelos ni recursos».

Pero a Valeriano eso no le importaba mucho. El decía: «Yo lo que quisiera era uno que me diera de comer y de beber nada más que lo suficiente, y luego muchos colores y muchos lienzos de todos los tamaños: chicos y grandes, anchos y estrechos —a veces el tamaño le da a uno el asunto— y yo pintar y que él se llevase lo pintado, y si podía hiciera con aquello el negocio que le diera la gana.»

Era uno de esos artistas que consideran lícito que los demás se tiendan al sol de la prosperidad, que hagan el gran negocio con su obra, con tal de que se dignen ofrecerle pinceles y lienzos para pintar. Porque ellos son los grandes señores que no pueden perder sus energías en procurarse herramientas, ya que todas las necesitan para crear su obra. Todo lo demás importa bien poco. Gracias a estos artistas y a su sentido aristocrático de la vida ha podido montarse ese gran mercado de las obras de arte, que producen divisas y ganancias sin enterarse verdaderamente de lo que ocurre en el alma del pintor. ¿A quién le iba a importar que Valeriano Bécquer fuese a un tiempo padre y madre de dos niños a los que nunca dejó solos más que cuando no tuvo más remedio que morir? ¿Quién iba a comprender que tenía que dedicarse también a ser padre y madre del poeta, su hermano pequeño, también abandonado y para el que la posteridad iba a levantar el mayor monumento que nunca se ha erigido a un poeta? Y sin embargo sabemos que, de los dos hermanos, él era el gracioso, el divertido, el irónico. Toda Sevilla se asomaría por sus chistes cuando convenía que la tristeza no se apoderase del todo de aquel triste Gustavo Adolfo que se había acercado a él como al último asidero de la vida.

Y cuando la muerte se anunciaba para el poeta, Valeriano no dudó en adelantarse al umbral del sueño para que, en su día, Gustavo Adolfo no se encontrase solo entre la niebla. Por eso se murió unos pocos días antes, el 23 de septiembre de 1870. Y se quedó esperando a las puertas de lo desconocido, preparando el itinerario de la gran excursión al infinito en la que él, una vez más tendría que ser el guía, el que da ánimos, el que sabe lo que le conviene al hermano elegido de los dioses.

Cuando, en 1913, exhumaron los restos de los dos hermanos para trasladarlos a Sevilla, una dama vestida de negro, derramó sobre el ataúd del poeta un brazado de flores. Y no se acordó de que, a su lado, huésped de las nieblas, el cuerpo de Valeriano esperaba también su ofrenda. Pero él habitaba el olvido y estaba allí su tumba.



Arriba, retrato de Gustavo Adolfo, dibujo de Valeriano Bécquer reproducido en grabado. En esta página, arriba, otros dos dibujos de Valeriano (Sevilla, 1854). Sobre estas líneas, tumba de los hermanos Bécquer. En la otra página, dibujo inédito del artista e ilustración titulada «Leñador de los Pinares y pastor de Villaciervos». (Las fotografías de estas obras pertenecen al archivo de R. M.)

"Album de Señoritas y Correo de la moda"



por Rafael
Azuar



ONOCIDA de todos es la vieja anécdota del primer viaje del poeta a Madrid, su arribo a una pensión de la calle de Hortaleza, la visita de Julio Nombela y la encendida plática que ambos sostienen acerca de sus proyectos literarios... Las noventa pesetas que le restan del viaje pronto se consumen y Bécquer tiene que abandonar la pensión, para trasladarse, gracias a la recomendación de su amigo García Luna, a la casa de huéspedes de doña Soledad, una buena mujer que se condeue de su estado. En este punto podemos considerar que empieza ese año fantasma de 1855, primero de la estancia de Bécquer en Madrid, del cual se tienen tan pocas noticias y que, sin embargo, fue decisivo y fundamental, no sólo en la vida del poeta, sino en lo que atañe a su formación literaria.

ALBUM DE SEÑORITAS Y CORREO DE LA MODA. Se publicaba entonces en Madrid una revista así llamada y subtitulada «Periódico de Literatura, Educación, Música, Teatros y Modas». El sumario de cada número contenía un artículo de divulgación cultural, un poema, un capítulo o dos novelas que se continuaban en números sucesivos, una revista o crónica de Madrid y otra de modas, con explicación de los grabados adjuntos o figurín. En algunos números se añadía un artículo sobre temas amenos y diversos, firmado por «La hija de las flores».

Según parece, de la colección de tomos de esta revista —interesante en más de un aspecto, como veremos—, falta el tomo III, correspondiente al año 1855. Dice, a este respecto, Gamallo Fierros (1): «En la Hemeroteca Municipal (...) hemos tenido ocasión de ver el tomo perteneciente a 1853, en el cual publicó sus primeros versos madrileños

el galaico don Manuel Murguía, sin que se localicen colaboraciones del joven Bécquer, que por entonces aún se encontraba en su Sevilla natal. Pero ni en la hemeroteca del Ayuntamiento, ni en la de la Biblioteca Nacional, hemos podido localizar el tomo de 1855, que es el que interesa en orden a la producción becqueriana.»

Las referencias a este tomo se encuentran en la tesis doctoral del alemán Franz Schneider y en un artículo de J. Frutos Gómez de las Cortinas aparecido en «Revista Bibliográfica y Documental» (IV, enero-diciembre, 1950), citado por José Pedro Díaz. En otros estudios sobre Bécquer no se hace alusión a la revista y en importantes obras como «Cincuenta años de poesía española», de José María de Cossío, y «Bécquer», de Rica Brown, se omite por completo tan interesante fuente de información respecto a la vida y la obra del autor de las «Rimas».

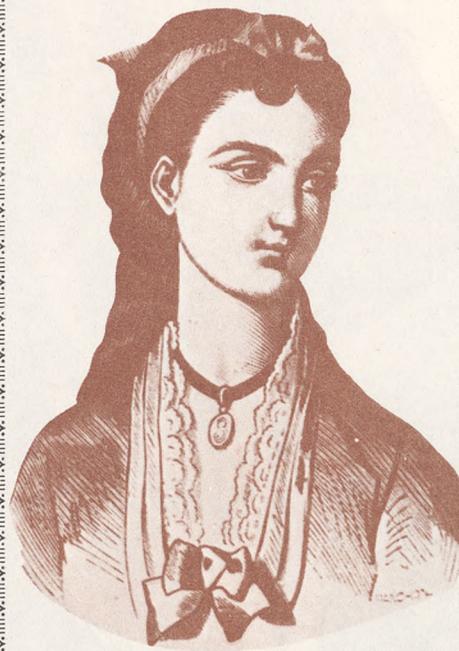
No sé si a estas alturas habrán aparecido ejemplares del rarísimo volumen y podrán consultarse ya en las hemerotecas citadas, pero como sea que el azar lo puso en mis manos, voy a permitirme —sólo a título de cierta curiosidad por los hechos literarios— extraer de él algunas notas y observaciones que pudieran resultar de interés.

PRIMEROS POEMAS DE BECQUER. Es presumible que las primeras colaboraciones de Bécquer se dieran en «La Aurora», semanario que dirigía en Sevilla don José María Nogués, amigo de don Francisco Zapata, profesor de Retórica del colegio de San Telmo. En dicho colegio y con ocasión de unas fiestas escolares, se representó la obra «Los conjurados», drama «disparatado y espantable» del que eran autores Narciso Campillo y G. A. Bécquer, que a la sazón contaban once y diez años de edad, respectivamente.

Por mediación de don José María Nogués, Bécquer conoció a Nombela, amistad que, más tarde, en Madrid, sería decisiva en todos los aspectos.

La precocidad literaria de Bécquer está fuera de toda duda. De su adolescencia en Sevilla se conservan algunos poemas, de los que da de-

(1) D.S.F. «Páginas abandonadas», pág. 95-96. Ed. Valera. Madrid, 1948.



tallada y amena noticia G. Fierros en la obra citada. Los poemas son éstos: «Oda a la muerte de don Alberto Lista» (1848), «Oda a la señorita Lenona, en su partida» (1852), «Trozos poéticos», «Elvira», «Soneto» (1854) y «Las dos» (1854). (Bécquer, además, rompió gran número de poemas de esta época en presencia de sus amigos, en la pensión de doña Soledad.) El análisis de las citadas composiciones puede leerse en las notas que acompañan los textos. Por nuestra parte, sólo podemos añadir que en todas ellas se advierte la seguridad creciente con que Bécquer aprende el oficio, aunque todavía su esfuerzo no haya pasado del embate con la forma. En esta época — advierte N. Campillo —, Bécquer oscilaba entre Horacio y Zorrilla, aunque son ostensibles otras influencias.

Esta indeterminación de Bécquer se ve acentuada en las colaboraciones incluidas en el «Album de señoritas», tomo III, año 1855, primeras de su estancia en Madrid. El fracaso ante la realidad, el choque moral registrado ante un mundo desconocido, la obsesiva sensación de desamparo e inutilidad, el sentimiento de frustración, el hambre y el frío, hacen que Bécquer se sienta desorientado hasta el momento en que, de su propia angustia, surja el hilo de luz que ha de llevarle al triunfo.

DOS HECHOS IMPORTANTES. En el número 108 de «Album de señoritas», correspondiente al 31 de marzo de 1855, pueden acotarse dos hechos importantes. En primer lugar y en la sección «Variedades», una detallada crónica de la coronación del poeta Quintana (un laurel de oro pasa, de las manos del señor Hartzenbusch a las del Duque de la Victoria y de las de éste a las de S. M. la Reina Isabel II, quien lo deposita delicadamente en las blancas sienes del poeta). La crónica es amena y en ella se nombran a diversas celebridades de la época, tales como Martínez de la Rosa, Barbieri, Arrieta, Calvo Asensio, etc.

Este hecho tuvo lugar el día 25 de marzo y debió de dejar honda huella en Bécquer. Por lo que respecta al tema es interesante la transcripción de este fragmento:

«...pasaron las comisiones a felicitar al señor Quintana y los señores Hartzenbusch, Marrachi y demás individuos de la comisión que entendió en lo relativo al ceremonial, pusieron en manos del ilustre poeta un ejemplar, encuadernado en terciopelo, del libro publicado por la Iberia; y los señores Marco, Viedma y Maldonado hicieron lo mismo, en nombre de sus compañeros de redacción, con otro ejemplar encuadernado del mismo modo de la Corona poética que han dedicado los redactores de la «España musical y literaria» al decano de nuestros modernos escritores y cuyos productos se destinan a la beneficencia.»

Esta última frase se contradice con la noticia del fracaso económico de dicha publicación, hasta el punto que un grupo de redactores tuvo que pedir auxilio económico a la Reina en 20 de abril de 1855; la Reina les hizo donación de quinientos reales, con los cuales los poetas pagaron sus deudas.

Entre este grupo de redactores figuraba Bécquer, el cual había compuesto para dicha «Corona» una oda —sigue la influencia de Horacio— «A Quintana». Según el comentario publicado en el número 111 de «Album de señoritas», con fecha 24 de abril de 1855, su poema fue objeto de un especial elogio, que debe considerarse como la primera referencia crítica que poseemos del poeta:

«Largo y pesado sería nuestro artículo si hubiésemos de enumerar las bellezas que este libro encierra y el entusiasmo y respeto que revelan la mayor parte de las poesías que lo forman, por lo cual renunciamos a nuestro propósito, teniendo en cuenta los estrechos límites de nuestro semanario.

»Haremos, no obstante, mención de la brillante fantasía del joven poeta don Gustavo Adolfo Bécquer, que es acaso una de las mejores composiciones de la Corona y que demuestra el gran porvenir literario que a su autor espera.»





Bécquer tiene entonces diecinueve años; la crítica destaca en él su «brillante fantasía»; un glorioso porvenir le espera. El primer paso hacia su destino ya está dado.

En el mismo número del 31 de marzo de 1855 se insertan dos artículos sobre la Semana Santa, uno de A. Piralá y otro firmado por Enrique del Castillo y Alba. En este último se hace una exaltada descripción de la Semana Santa en Toledo, con gran acopio de datos, la cual fue, posiblemente, el motivo por el que Bécquer, ya preocupado en su obra «Historia de los templos de España», decidiese su primer viaje a Toledo, al que hace referencia en «Tres fechas» y que algunos autores —entre ellos Adolfo de Sandoval y Gamallo Fierros— suponen realizó en esta misma fecha del 31 de marzo. Los apuntes que obtuvo del claustro de San Juan de los Reyes sirvieron para ilustrar la portada del primer tomo de la obra, publicada en 1857.

«MI CONCIENCIA Y YO». Las dos colaboraciones de Bécquer en «Album de señoritas» (1855) son «Anacréontica» y «Mi conciencia y yo». La primera aparece en las páginas 266-67 del tomo, correspondientes al número 130 del 16 de septiembre y la segunda en las páginas 310-11-12 del número 135, con fecha 24 de octubre.

Respecto a la primera, nada podemos añadir a las observaciones de G. Fierros y otros autores, según las cuales puede incluirse entre sus poemas de adolescencia. En ella se muestra a un Bécquer indefinido, aunque con mayor dominio de la forma. «Anacréontica» no añade ni quita nada a la gloria del poeta y apenas constituye una vaga referencia a sus primeras influencias.

En cuanto a la segunda, reproducida por G. Fierros de la tesis de Schneider, hay que hacer ciertas observaciones: la primera, que esta reproducción no es completa ni literal. Faltan en ella fragmentos. En el cuarto párrafo:

«El fastidio, el tiempo, he aquí los dos grandes asesinos de la humanidad, he aquí con los que queremos concluir, antes

que ellos a su vez concluyan con nosotros. Esta es una manía como otra cualquiera: así diciendo me encontré en la calle; pero estaba decretado que no había de distraerme. El fastidio se unió al tiempo...»

Las omisiones quedan subrayadas. Se observan, también, cambios de palabras: viento por viente, en la frase «...un vienteito glacial, como la hoja de una espada...»; yo por ya: «Ya no sentía el frío...» Los cambios en las puntuaciones son numerosos y es especialmente interesante la rotura de metaplasmo que G. Fierros reproduce, extrañado, con la notación sic: «a él (sic)» y que, en el texto impreso de la revista, es notablemente diferente: «á el», haciendo más comprensibles frases como: «... por un mundo á el (sic) que él solamente sube» (por un mundo al que él —el pensamiento— solamente sube).

La nota diacrítica sobre la preposición a era de uso corriente en el siglo pasado. Otras palabras están escritas con evidente descuido ortográfico: «estingue», «estremo», «estranjero». El uso de un solo signo de interrogación parece indicar un predominio de lecturas francesas en aquella época. En general, analizándola desde un punto de vista técnico o más bien gramatical, la construcción de esta prosa es deficiente, pero hay en ella momentos que nos anuncian al auténtico Bécquer, los primeros acentos de esa retórica suya, genuina y sentimental, de amplios vuelos, de escondida música, de una línea tonal que alcanza hasta el susurro, que han de cuajar en el impecable estilo de las «Leyendas»:

«Así murmuré entre mí, cuando envuelta (sic) en una ráfaga de viento escuché un eco que decía hermano y aquel eco al apagarse, despertó a otro que lanzó una carcajada: una carcajada, que se perdía como una nota de música se estingue en el espacio; una carcajada, que ahogaba un silbido del aire. Volví la cara; á la luz de un relámpago creí ver el estremo de una túnica blanca, el último pliegue del vestido de una mujer que huía, que se ocultaba no sé dónde, quizás entre la niebla.»

En este disminuyendo de onda que se propaga en el agua y promueve otra onda, en este juego sutil que acaba en el misterio:

«... como una nota de música se estingue en el espacio... el estremo de una túnica blanca, el último pliegue del vestido de una mujer que huía, que se ocultaba no sé dónde, quizás entre la nieblas»

que un famoso crítico calificaba como un resón de arpa, encontramos los primitivos rasgos de un arte que Bécquer acabará sublimando hasta la perfección y al que Antonio Machado dará un acento personal y mágico en los versos de su primera época.

EL LIRISMO DE BECQUER. Decía Paul Valery que la poesía intenta crear un lenguaje dentro de otro lenguaje y en este sentido conviene recordar que el Romanticismo español no había creado todavía su propio lenguaje lírico hasta el advenimiento de Bécquer. En efecto, ese tono interior e introspectivo, de sombras y misterio, hecho de graduales cadencias, que acaban sugiriendo mucho más de lo que expresan, no se daba en Zorrilla ni en Núñez de Arce, más atentos al aspecto exterior de la forma, esclavos de un tono grandilocuente y retórico que, por el mecanismo del oficio, podía en ellos más que su propia inspiración. Apenas se encuentran en Bécquer rastros de aquella rima forzada, la cual procura evitar hábilmente con el empleo del asonante y rehuyendo cuidadosamente los tópicos y los latiguillos fáciles.

Desde el romance del Conde Arnaldos hasta el «no sé qué» de Feijoo, desde las «certaines choses ineffables» del Abate Dubois («Ces choses en sont comme les mystères...») a esa «realidad misteriosa» de la que también nos habla el Abate Brémont, al investigar los caracteres de la poesía pura, tendríamos que estudiar el origen de esa veta íntima y oculta a la que da voz y cuerpo la lira de Bécquer, precisamente en el momento en que una retórica más o menos tétrica y gastada amenazaba con insensibilizar al lector. El cambio de tono era necesario cuando so-

naban a hojas caducas y vacías las fanfarrias románticas y la nueva cítara de Heine, cual la de un joven y pensativo dios, enviaba sus dorados sonos a los aires del sur.

Bécquer tuvo en todo momento conciencia de lo que hacía y así, en el prólogo a «La Soledad», de su buen amigo Augusto Ferrán, nos dice: «Hay una poesía magnífica y sonora; una poesía hija de la meditación y el arte, que se engalana con todas las pompas de la lengua, que se mueve con una cadenciosa majestad...» —y, más adelante—: «Hay otra natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hierde el sentimiento con una palabra y huye, y desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía.»

Este paralelismo de corrientes poéticas se da en el proceso general de toda literatura y a él se refiere Santayana al afirmar, como un eco de Bécquer: «Confieso que no me gusta gran cosa la poesía altisonante y retórica ni la poesía que truena y sermonea. La poesía de los países occidentales es principalmente retórica, elocuencia en metro. El mismo Shakespeare lo es, aunque no en las canciones, ni en todos los sonetos (...) Pero la poesía es algo puro y secreto, una percepción mágica que ilumina por un instante el espíritu y suscita en él destellos multicolores y fugaces. Los verdaderos poetas recogen el encanto, el sortilegio de las cosas y arrojan la cosa misma.»

El castellano es una lengua seca y clara, de un fonetismo directo, apenas sin ambivalencias ni plurivalencias, en la que la posibilidad de sombrear y sugerir es mínima y ésta es una de las principales causas de nuestro crudo realismo y de nuestra visión simple de las cosas. Romper esta condición y dotar a nuestra lengua de un valor flexible y ágil, de una musicalidad interior, de una visualización que supera los contornos reales y nos lanza a un trasfondo donde las imágenes y las ideas van adquiriendo un contenido esencial, ésta ha sido la heroica labor de Bécquer, la que poblara su cerebro de esos «rebeldes hijos de la imaginación» que se engendran en las noches de insomnio creador.



*"Album de
Señoritas
y Correo
de la moda"*



PRIMEROS RASGOS DEL MUNDO BECQUERIANO. El fenómeno Bécquer no es, ni mucho menos, un fenómeno aislado. Dos tendencias de la poesía de aquella época —la popular y la germanizante— vienen a confluír, de manera ostensible, en las Rimas. Ambas tendencias llegaron a Bécquer a través del «Album de señoritas», revista que, si se investiga a fondo, nos da las líneas determinantes, los primeros rasgos del mundo becqueriano. En efecto, además de esa inclinación a la mujer, que es motivo principal de la mayoría de las Rimas y secundario en todas aquellas en que el poeta manifiesta que lleva «algo divino» en su interior, como muestra de una nobleza espiritual que opone, en sus momentos más amargos, a la nobleza de cuna y de donde nace su único y auténtico orgullo:

En el mar de la duda en que bogo
ni aún sé lo que creo:
¡sin embargo, estas ansias me dicen
que yo llevo algo
divino aquí dentro!

Rima VIII

¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día
me admiró tu cariño mucho más;
porque lo que hay en mí que vale algo
ese... ni lo pudiste sospechar!

Rima XXXV

(en Bécquer, huérfano, desamparado y sin bienes de fortuna, es interesante destacar esta conciencia de ser superior, primero imprecisa, pero luego segura y firme, que opone al deshecho de una dama de alcurnia, posiblemente Elisa Guillén); además, como decíamos, de esta tendencia femineizante, si repasamos las colaboraciones de los tomos correspondientes a 1854 y 1855, nos encontramos con el clima que determinará más tarde la poesía becqueriana. Sombras de pre-

cursores aparecen en cada momento, no solamente los que representan la corriente popular —Trueba, Barrantes, Virto, Selgas, Arnao— sino los que en la poética de Bécquer tuvieron una influencia innegable, como son Dacarrete y Larrea. Respecto al aire germanizante de la revista es palpable en todo momento; en la página 170 del tomo III, se lee: «Las lágrimas», por Federico Krumacher. Se trata de la traducción en prosa de un poema, hecha por Dolores Cabrera y Heredia. La misma poetisa publica en la página 387 un largo poema titulado «El hijo de la tristeza», con el acápíte: «Imitación de Hender» (suponemos que se trata de J. G. Herder, amigo de Goethe). Esta poetisa, una de las mejores colaboradoras de la revista, conocedora del alemán y de la literatura de este país —posible precedente de E. Florentino Sanz— que firma sus composiciones en Jaca y en Zaragoza, pero de la cual no hemos podido obtener referencia alguna, nos parece sumamente interesante y muy superior a otras, como Robustiana Armiño, «Corina» (María Verdejo y Durán), María del Pilar Sinués, etc. Como anécdota curiosa, diremos que esta última, poetisa y escritora de novelas rosa, fue protagonista de una curiosa historia, entre bohemia y romántica. José Marco, amigo de Nombela y de Bécquer, habiendo leído una de sus poesías, decidió casarse con ella; con la colaboración de sus amigos, le escribió una larga declaración en verso, que debió de afectar y conmover a la joven profundamente. La boda se efectuó por poderes y resultó un fracaso. Pepe Marco la dejó para unirse con otra mujer y María del Pilar Sinués, luego de defenderse heroicamente con la pluma durante varios años, murió —una víctima más del Romanticismo— abandonada y sola.

DACARRETE Y LARREA. Ambos, con Sainz Pardo —un joven que se quitó la vida a los veintisiete años— son los más destacados precursores de la poesía becqueriana.

Dacarrete y Bécquer eran amigos desde los lejanos tiempos de la adolescencia en Sevilla y ya aparecen sus nombres juntos en la «Co-

rona poética a Lista» (1849) y en la que los redactores de la «España Musical y Literaria» dedicaron a Quintana. José Pedro Díaz, en su obra anteriormente citada estudia las correlaciones entre ambos y la innegable influencia que la poesía de Dacarrete ejerció en la del autor de las Rimas y que afectan incluso a la construcción de la estrofa.

De Dacarrete, del cual se desconocen datos biográficos y gran parte de su obra lírica, transcribe el autor citado unos poemas publicados en «La América», con fecha 8 de agosto de 1858, pero en el «Correo de la Moda», tomo II, 1854, hay otras composiciones de gran interés que no hemos podido estudiar, ya que el volumen desapareció un día de nuestras manos.

Hay motivos para creer que fue el mismo Dacarrete quien hizo posible la colaboración de Bécquer en la revista, ya que, ojeando el sumario del tomo III, encontraremos con fecha posterior a la «Anacreóntica» trabajos de sus amigos García Luna («El jazmín mensajero», pág. 338), J. A. Viedma («La Esperanza», Balada, pág. 290) y J. Marco («Fábula», pág. 382).

En cuanto a J. M. Larrea, hay un detalle interesante. Supone J. P. Díaz que Nombela ingresó como redactor del periódico «Las Cortes» en octubre de 1855 y que «caso fue entonces y por intermedio de Nombela, que Bécquer conoció a Larrea, cuya poesía dejó claras huellas en algunas de las Rimas». Sin embargo, es posible que el conocimiento de ambos poetas fuese anterior y a través del «Album de señoritas», en cuyo tomo III aparecen dos poesías de Larrea, una con fecha 16 de marzo «Amor de niño» y otra «En un álbum americano» con fecha 31 de agosto. Transcribimos de la primera, que nos parece de mayor interés, las siguientes estrofas:

Fría ceniza de esperanzas muertas,
seca guirnalda de marchitas flores,
imágenes de sombra ya cubiertas,
memorias de dulcísimos amores.

Llegad como fantásticos ensueños
de vuestra fe con las brillantes galas,
llegad ya misteriosos y risueños,
de mi deseo en las gigantes alas.

NOTAS FINALES. Para terminar, hemos de decir que, en este tomo del «Album de señoritas» que comentamos, la atmósfera prebecqueriana está latente en casi todas sus páginas. He aquí, de un poema firmado por Manuel de Llano y Persi (pág. 210):

Apenas los albores de la vida
prestan su luz a tus nacientes gracias,
cierne la inspiración sobre tu frente
sus bellas alas.

Cisne que el mar de las pasiones cruza
y allá, en sus ondas tímidas, resbala,
rompe tu voz en mágica armonía,
cánticos alza.

Por su delicadeza y su musicalidad, por el empleo del asonante, por el ritmo y la forma estrófica, pudiera muy bien considerarse este poema como prebecqueriano, con tantas o más razones que las que se arguyen a favor de Dacarrete y Larrea. Tal vez fuese interesante seguirle la pista a este desconocido Manuel de Llano y Persi.

En la página 274 del número siguiente al que aparece «Anacreóntica», vuelve la misteriosa y germanizante Dolores Cabrera y Heredia a publicar un poemita titulado «La mujer y las rosas», con el consabido acápíte: «Imitación del alemán», cuyo tema repetirá Bécquer en varias de sus rimas, tema que se refiere a la envidia y al rubor que siente la rosa junto al blanco seno de una mujer.

R. A.





ASANDONOS en un criterio esencialmente selectivo, recogemos en ciento cincuenta fichas una panorámica bibliográfica, si no exhaustiva, sí muy completa en torno a la vida y la obra de Gustavo Adolfo Bécquer.

Esta selección bibliográfica se ha ordenado en los aspectos siguientes: bibliografías; obras;

recuerdos de sus contemporáneos; otras biografías completas o parciales; iconografías; estudios críticos y estilísticos sobre la obra de Bécquer, en general; sobre las «Rimas»; sobre las «Leyendas»; en torno al teatro becqueriano; acerca de la historia y el periodismo en Bécquer; influencias extranjeras; influencias españolas; influencias de Bécquer en otros poetas españoles e hispanoamericanos.

Dentro de cada grupo se ha seguido una ordenación cronológica, o temático-cronológica.

a) Bibliografías

1. BENITEZ, Rubén: *Ensayo de bibliografía razonada de Gustavo Adolfo Bécquer*. Buenos Aires, Universidad, 1961. (Trabajo exhaustivo, que registra 299 obras, con amplias notas y estudios complementarios. Tan sólo las investigaciones de Gamallo Fierros, que darán lugar a una amplia bibliografía, aún inédita, podrán superar este gran acervo bibliográfico de Rubén Benítez.)

b) Obras

Ediciones parciales y completas

2. *Historia de los tiempos de España*. Tomo I. Madrid, 1857. (Luego, se ha publicado en la ed. de O. C., Madrid, Aguilar, 1969.)
3. *Libro de los gorriones*. (Colección de proyectos, argumentos, ideas y planes de cosas diferentes, que se concluirán o no, según sople el viento de Gustavo Adolfo Claudio D. Bécquer)... Manuscrito autógrafa de Bécquer, fechado en junio de 1868, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid (núm. 13216), y en el cual rehizo la primera versión de las «Rimas», cuya publicación, si no se hubiera perdido, se proponía hacer González Bravo. Schneider descubrió y describió este importante manuscrito.
4. *Obras...* 1.ª ed. Madrid, Fortanet, 1871. 2 vol. Prólogo de Ramón Rodríguez Correa (que es la primera biografía de Bécquer). Con un retrato de Palmaroli, que muestra al poeta en su lecho de muerte. Costearon esta edición los amigos de Gustavo Adolfo.
5. *Rimas*. 1.ª versión original. Buenos Aires, Pleamar, 1944. (Col. «Mirto», dirigida por Rafael Alberti.)
6. *Rimas autógrafas...* Barcelona, Iberia, Joaquín Gil, S. A. (¿1952?). Es, hasta ahora, la única edición facsímil, que reproduce las *Rimas* según el manuscrito llamado *Libro de los gorriones*. Con notas de Emiliano M. Aguilera y un dibujo de Juan Palet Batiste.
7. *Rimas*. Edición e introducción de José Pedro Díaz. Madrid, Espasa-Calpe, 1963 (Col. Clásicos Castellanos). Es una excelente edición.

8. *Rimas y prosas*. Edición y prólogo de Rafael de Balbín y Antonio Roldán. Madrid, Rialp, 1969 (otra excelente edición).
9. *Obras completas*. 9.ª ed. Prólogo de los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero. Madrid, Aguilar, 1969. (La primera de Aguilar, es de 1934; el prólogo ya se había publicado en la edición de Sevilla, de 1912.)
10. *Teatro de Gustavo Adolfo Bécquer*. Edición, estudio preliminar, notas y apéndices de Juan Antonio Tamayo. Madrid, CSIC, 1949. (Muy completa y cuidada, recoge las obras teatrales escritas por Bécquer en colaboración.)

Libros y artículos que recogen otros textos de Bécquer

11. *Páginas desconocidas de Gustavo Adolfo Bécquer*, recopiladas por Fernando IGLESIAS FIGUEROA. Madrid, Renacimiento, ¿1923?, 3 vol. (Esta recopilación no ha tenido buena crítica y se utiliza con fundado recelo, ya que se sospecha de la autenticidad de la misma.)
12. MONTOTO, Santiago: «Reliquias becquerianas. Versos y dibujos inéditos, en *Blanco y Negro*, n.º 2015, Madrid, 29-12-1929. (Se trata del libro de cuentas en el que el padre de Bécquer consignaba ingresos y gastos de su casa; luego, en páginas en blanco, dibujó y escribió Gustavo Adolfo.)
13. DIEGO, Gerardo: «Una rima inédita de Bécquer, en *La Nación*, Buenos Aires, 7-3-1943. (Es «La gota de rocío», cuyo autógrafa, según Diego, perteneció a don Andrés Ruiz, del pueblo soriano de Olvega.)
14. GAMALLO FIERROS, Dionisio: *Del olvido en el ángulo oscuro... Páginas abandonadas de Gustavo Adolfo Bécquer*. Con un ensayo biocrítico, apéndices y notas... Madrid, 1948. (Es de capital interés, porque recoge textos en verso y prosa casi desconocidos o inéditos.)
15. MONNER SANS, José María: «Una perdida rima de Bécquer», en *La Prensa*, Buenos Aires, 31-3-1949. (Es la titulada «Lejos y entre los árboles».)

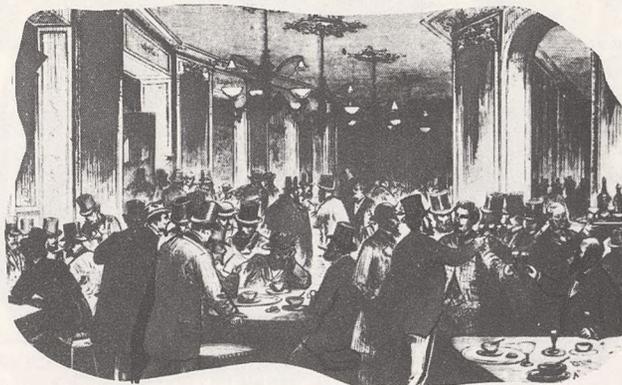
c) Recuerdos de sus contemporáneos

16. RODRIGUEZ CORREA, Ramón: Prólogo a la primera edición de *Obras*, Madrid, 1871. (Es, como se ha dicho, la primera biografía de Gustavo Adolfo.)
17. CAMPILLO, Narciso: «Gustavo Bécquer», en *Ilustración de Madrid*, n.º 25, 12-1-1871. (Posteriormente, reproducida como inédita, en las «Páginas desconocidas», recopiladas por Iglesias Figueroa.)
18. CASTRO Y SERRANO, José de: «El panteón de las Artes», en *Cuadros contemporáneos*, Madrid, Fortanet, 1871, 225-256. (Evoca una conversación mantenida con Gustavo Adolfo, a raíz de la muerte de su hermano Valeriano.)
19. BLASCO, Eusebio: «Gustavo Adolfo Bécquer», en *Mis contemporáneos. Semblanzas varias*, Madrid, 1886.
20. LUSTONÓ, Eduardo de: «Recuerdos de periodistas: Bécquer», en *Alrededor del Mundo*, Madrid, 4 y 11-7-1901, págs. 11-13 y 22-23.
21. BLASCO, Eusebio: *Memorias íntimas*. Madrid, 1904, cap. XVII. (Algunos fragmentos, insertos en la edición de Monner Sans.)
22. NOMBELA, Julio: «Impresiones y recuerdos». Madrid, *La última moda*, 1910-11, 4 vol.

23. CAMPILLO, Narciso: «Cartas y poesías inéditas a don Eduardo de la Barra». Noticias interesantes y curiosas acerca de Gustavo A. Bécquer... Valparaíso, Imp. Roma, 1923.
24. GUTIERREZ GAMERO, Emilio: *Mis primeros ochenta años*. Madrid, Atlántida, 1925, págs. 196-203. (Fue amigo y vecino de Bécquer, en Madrid.)
25. BURGOS, Carmen de («Colombine»): «Gustavo y Valeriano Bécquer», en «Hablando con los descendientes», Madrid, *Renacimiento*, 1929, 144-150. (Es un reportaje con Julia Bécquer, la sobrina de Gustavo Adolfo.)
26. BECQUER, Julia: «La verdad sobre los hermanos Bécquer». Memorias. En *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, IX, n.º 33, enero 1932, 76-91. (De gran interés.)
27. FORNET, Emilio: «Bécquer cumple cien años». Entrevista con Julia Bécquer, en *Estampa*, Madrid, 1936.
28. LAIGLESIA, Juan Antonio de: «Mi abuelo habla de Bécquer», en *El Español*, Madrid, 27-10-1945.

d) Otras biografías completas o parciales

29. LOPEZ NUÑEZ, Juan: *Bécquer*. Biografía anecdótica. Madrid, Mundo Latino, 1915.
30. LOPEZ NUÑEZ, Juan: «Románticos y bohemios». Madrid, Ed. Ibero-Americana, 1929. (De cierto interés. Recoge, además, cuatro artículos referidos a Bécquer.)
31. JARNES, Benjamín: *Doble agonía de Bécquer*. Madrid, Espasa-Calpe, 1936. (Biografía novelada, un tanto digresiva.)
32. BALBIN LUCAS, Rafael de: «Bécquer, fiscal de novelas», en *Revista de Bibliografía Nacional*, III, fasc. 1 y 2, Madrid, 1942, 133-165.
33. DIEGO, Gerardo: «Casta y Gustavo». Cartas inéditas, en *La Nación*, Buenos Aires, 14-6-1942.
34. DIEGO, Gerardo: «Los amores de Bécquer», en *La Nación*, Buenos Aires, 19-8-1942.
35. MONTOTO, Santiago: «La mujer de Bécquer», en *Bibliografía Hispánica*, n.º 6, Madrid, 1944, 470-478.
36. BALBIN LUCAS, Rafael de: «Documentos becquerianos», en *Revista de Bibliografía Nacional*, V, fasc. 1 y 2, Madrid, 1944, 5-33. (De gran interés.)
37. PALACIO, Eduardo del: «Pasión y gloria de Gustavo Adolfo». Madrid, *Libros y Revistas*, 1957. (De cierto interés anecdótico.)
38. CONSIGLIO, Carlo: «Gustavo Adolfo Bécquer, poeta.» Napoli, *De Dominicis*, 1951. (Obra muy documentada.)
39. LEON, María Teresa: *El gran amor de Gustavo Adolfo Bécquer. Una vida pobre y apasionada*. Buenos Aires, Losada, 1951. (Biografía novelada.)
40. SANDOVAL, Adolfo de: *El último amor de Bécquer*. Barcelona, Juventud, 1951. (Otra biografía novelada.)
41. BALBIN LUCAS, Rafael de: «Sobre la llegada de Gustavo Adolfo Bécquer a Madrid», en *Revista de Literatura*, V, n.º 9-10, Madrid, enero-junio 1954, 301-308.
42. RIBBANS, Geoffrey: «Augusto Ferrán, el mejor amigo de Bécquer», en *Insula*, X, n.º 112, Madrid, 15-4-1955.
43. NIETO Y CORTADELLAS, R.: «El poeta Bécquer, su ascendencia flamenca y sus parientes cubanos», en *Revista de la Biblioteca Nacional*



- de *La Habana*, VI, n.º 3, julio-septiembre 1955, 107-158.
44. NAVARRO MARTIN, J. F.: «Contradicción en torno a la esposa de Gustavo Adolfo Bécquer», en *Archivo Hispalense*, XXIV, Sevilla, 1956, 79-84.
45. SANCHEZ DE PALACIOS, M.: «Nota sobre la familia de Bécquer», en *Revista de Literatura*, n.º 119, Madrid, 1956, 153-154.
46. OCHOA, Justino: «Dos mujeres en la vida de Gustavo Adolfo Bécquer», en *El libro*, n.º 95-96, 1957.
47. PAGEARD, Robert: «La mort de G. A. Bécquer dans la presse du temps 1870-1871», en *Bulletin Hispanique*, LIX, n.º 4, Burdeos, oct-dic. 1957, 396-403. (De interés.)
48. CARPINTERO, Heliodoro: «Bécquer, de par en par», Madrid, *Insula*, 1957. (En prensa, la segunda edición. Es la biografía de la etapa sorriana de Bécquer, con datos de interés.)
49. CARPINTERO, Heliodoro: «Bécquer y el bandolero "el Rubio"», en *Papeles de Son Armadans*, VI, Palma de Mallorca, 1957, 296-309. (Con datos de gran interés.)
50. GROSSO, Alfonso: «Gustavo Adolfo Bécquer, poeta y pintor», en *Archivo Hispalense*, 29, Sevilla, 1958, 1957-171.
51. MARTINEZ CACHERO, J. M.: «La viuda de Bécquer, escritora», en el tomo II, págs. 443-457, del *Homenaje a Dámaso Alonso* (Madrid, Gredos, 1961).
52. BROWN, Rica: *Bécquer*. Barcelona, Aedos, 1963. (Muy completa biografía, y de gran interés documental.)
- e) Iconografía**
53. LAIGLESIA, Francisco de: *Bécquer: sus retratos*. Madrid, Voluntad, 1922.
54. CANO, José Luis: Las varias imágenes de Bécquer, en *Revista Shall*, año 6, n.º 23, Caracas, junio 1957, 12-15.
- f) Estudios críticos y estilísticos sobre la obra de Bécquer, en general**
55. SCHNEIDER, Franz: «Gustavo Adolfo Bécquer. Leben und Schaffen unter besonderer Betonung des Chronologischen Elementes...» Berna-Leipzig, Noske, 1914, VIII-96 págs. (Trabajo de gran interés, no sólo crítico, sino biográfico.)
56. AZORIN: «Bécquer», en *Al margen de los clásicos*. Madrid, Imp. Clásica Española, 1915, 223-232.
57. JIMENEZ, Juan Ramón: Prosa inédita (Muertos transparentes). «Gustavo Adolfo Bécquer», en *El Sol*, Madrid- 2-7-1923.
58. LAUXAR: *Gustavo A. Bécquer*. Montevideo, 1931. (De interés.)
59. VIVANCO, Luis Felipe: «Música celestial de Gustavo Adolfo Bécquer», en *Cruz y Raya*, n.º 19-21, Madrid, oct. 1934, 2-58.
60. ALONSO, Dámaso: «Aquella arpa de Bécquer», en *Cruz y Raya*, n.º 27, Madrid, junio 1935, 59-104. (Subraya la originalidad de Bécquer, pese a las influencias recibidas.)
61. CERNUDA, Luis: «Bécquer y el romanticismo español», en *Cruz y Raya*, n.º 26, Madrid, mayo 1935- 45-73. (Señala un momento importante en la revalorización crítica de Bécquer.)
62. MAC CLELLAND, I. L.: «The Poetry of Bécquer. An appreciation», en *Bulletin of Spanish Studies*, XII, Liverpool, 1935, 95-110.
63. ALONSO, María Rosa: «Gustavo Adolfo Bécquer. 1836-1936», en *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras*, n.º 4, Madrid, abril-mayo 1936, 15-38. (De interés.)
64. MONNER SANS, José María: *Bécquer, poeta lírico*. Buenos Aires, Imp. López, 1936.
65. ROBERTS, C. B.: *The Epitete in Spanish Poetry of the Romantic Period*. Iowa, 1936. (Con muchas e interesantes referencias a Bécquer.)
66. GUILLEN, Jorge: «La poética de Bécquer», en *Revista Hispánica Moderna*, VIII, n.º 1 y 2, Nueva York, 1942, 1-42. Publicado, luego, en libro, N. York, Hispanic Institute, 1943. (Es un estudio capital.)
67. BATTISTESSA, Angel José: «En torno a Bécquer, en *Poetas y prosistas españoles*. Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1943, 89-114.
68. ALONSO, Dámaso: «Originalidad de Bécquer», en el libro *Ensayos sobre poesía española*, Buenos Aires, Rev. Occidente Argentina, 1946, págs. 261-304. (Recogido, también, en *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, Gredos, 1952, 11-49.)
69. JIMENEZ, Juan Ramón: «Dos aspectos de Bécquer (poeta y crítico)», en *Revista Americana*, VI, Bogotá, mayo 1946, 145- 153.
70. SERRANO PONCELA, Segundo: «Poética de Bécquer», en *Anales de la Universidad de Santo Domingo*, Ciudad Trujillo, julio-dic. 1946, 138-161. (De interés. El autor considera que Bécquer inicia un nuevo ciclo en la poesía española.)
71. GÓMEZ DE LAS CORTINAS, Frutos J.: «La formación literaria de Bécquer», en *Revista Bibliográfica y Documental*, IV, 1-4, Madrid, diciembre 1950, 77-99.
72. BOUSOÑO, Carlos y ALONSO, Dámaso: «Las pluralidades paralelísticas de Bécquer», en el libro *Seis calas en la expresión literaria española*. Madrid, Gredos, 1951, 187-227.
73. PEERS, E. Allison: *Historia del movimiento romántico español*, tomo II, Madrid, Gredos, 1954, 545-548. (Para el autor, Bécquer es el más puro romántico español.)
74. BALBIN, Rafael de: «Nota sobre el estrofismo becqueriano», en *Revista de Literatura*, tomo VII, n.º 13-14, enero-junio 1955, 187-193.
75. FOGELQUIST, Donald F.: «A Reappraisal of Bécquer», en *Hispania*, v. XXXVIII, n.º 1, California, 1955- 62-66.
76. RIBBANS, Geoffrey: «El mundo poético de Gustavo Adolfo Bécquer», en *El Clarín*, n.º 18, 1956.
77. SOBEJANO, Gonzalo: «El epíteto en Bécquer», en el libro *El epíteto en la lírica española*, Madrid, Gredos, 1956, 391-406. (Estudio de gran interés.)
78. BALBIN LUCAS, Rafael de: «Una estrofa hemerométrica en Gustavo Adolfo Bécquer», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, tomo VII, I, Madrid, 1957, págs. 129-134.
79. DIAZ, José Pedro: *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y Poesía*. Montevideo, La Galatea, 1953. (Hay segunda edición, Madrid, Gredos, 1958.) (Es una obra importante, no sólo como estudio crítico, sino como una amplia y clara biografía.)
80. BALBIN LUCAS, Rafael de: «De poética becqueriana». Madrid, *Prensa Española*, 1969. (Otro estudio de especial interés.)
- g) Sobre las «Rimas»**
81. DOMINGUEZ BORBONA, Jesús: «El autógrafo de las "Rimas", de Bécquer», en *Revista de Filología Española*, 1923, 173-179. (Estudia las variantes del llamado *Libro de los gorriones*. Contradice la opinión de Schneider de que dicho manuscrito fuera corregido por A. Ferrán y sostiene que algunas correcciones fueron hechas por Bécquer.)
82. UNAMUNO, Miguel de: «Releyendo las "Rimas" de Bécquer», en *La Nación*, Buenos Aires, 22-VI-1923. (Recogido en su libro *Mi vida y otros recuerdos personales*, tomo II, Buenos Aires, Losada, 1959, 106-109.)
83. SCHNEIDER, Franz: «Tablas cronológicas», en *Revista de Filología Española*, tomo XVI, Madrid, 1929, págs. 389-399. (Importante estudio en el que se señalan las fechas de las *Rimas* y otras páginas de Bécquer.)
84. SHONE, A. Irwin: «Are the "Rimas" a key to Bécquer's life?», en *Hispania*, v. XIII, California, diciembre 1930, 469-484. (De interés.)
85. CASALDUERO, Joaquín: «Las "Rimas" de Bécquer», en *Cruz y Raya*, n.º 32, nov. 1935, 9-112. (Reproducido en Medellín, 1936, Universidad de Antioquía, II, 396-487). (Es uno de los mejores estudios sobre la poesía becqueriana.)
86. GIL, I. M.: «Los temas de las rimas de Bécquer», en *Universidad*, XVII, Zaragoza, 1940, 528-543.
87. MONNER SANS, José María: «Las fuentes de las "Rimas" becquerianas», en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, tomo XV, 1946, pág. 447 y ss.
88. MONNER SANS, José María: «Gustavo Adolfo Bécquer y las "Rimas"». Prólogo a Bécquer. *Las Rimas* y otras páginas. Introducción y notas. Buenos Aires, Estrada, 1947, 13-82. (Muy útil revisión de la crítica becqueriana.)
89. BLANCO AGUINAGA, C.: «La lucha con la palabra en Bécquer: definición e indefinición de las "Rimas"», en *Cuadernos Americanos*, LXXXI, 1955, 244-256.
90. ZARDOYA, Concha: «Las "Rimas" de Gustavo Adolfo Bécquer, a una nueva luz», en *Poesía española contemporánea*, Madrid, 1961, 19-89.
91. DIEZ TABOADA, Juan María: «La mujer ideal. Aspectos y fuentes de las "Rimas"». Madrid, CSIC, 1965. (De interés.)
- h) Sobre las «Leyendas»**
92. HAMEL, Angela: «Don Gustavo Adolfo Bécquer's Legenden», en *Germanisch-Romanische Monaschenschaft*, X, Heidelberg, 1922, 349-357. (Busca la personalidad de Gustavo Adolfo a través de las *Rimas*.)
93. KRAPPE, Alexander Haggerty: Sur une «Legende» de Gustavo A. Bécquer («Creed en Dios»), en *Neophilologus*, Amsterdam, XVII, 1932, 273-277.
94. KRAPPE, Alexander Haggerty: Sur le conte «La corza blanca», de Gustavo Adolfo Bécquer, en *Bulletin Hispanique*, tomo XLII, n.º 3, Bordeaux, juillet-septembre 1940, 237-240.
95. BROWN, Rica: «The Bécquer's Legend», en *Bulletin of Spanish Studies*, n.º 18, Liverpool, abril 1941, págs. 4 y ss.
96. BERENGUER CARISOMO, Arturo: *La prosa de Bécquer*, Buenos Aires, Ruiz Hermanos, 1947.
97. GALLAHER, Clark: *The predecessors of Bécquer in the fantastic Tale*. Hammond, Louisiana, 1949, College Bulletin, Southeastern Louisiana College, v. VI, n.º 2. (Según el autor, las «leyendas» becquerianas introducen



en España el «roman noir» y el «conte fantastique».)

98. BAQUERO GOYANES, Mariano: «Las leyendas de Bécquer», en el libro *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1949, 219-223.
99. KING, Edmund Ludwig: «Gustavo Adolfo Bécquer: From Painter to Poet. Together with a Concordance of the "Rimas"». México, Porrúa, 1953. (Sobre el influjo de la pintura en la poesía, y, concretamente, en la técnica literaria de Bécquer. Muy interesante.)
100. LIDA DE MALKIEL, María Rosa: La leyenda de Bécquer «Creed en Dios» y su presunta influencia francesa, en *Comparative Literature*, Eugène, Or, tomo V, n.º 3, summer 1953, 235-246. (Rebate la teoría de Krappe.)
101. WOOLSEY, W.: «La mujer inalcanzable como tema en ciertas leyendas de Bécquer», en *Hispania*, California, LXVII, 1964, 277-281.

i) En torno al teatro becqueriano

102. COTARELO Y MORI, Emilio: «Ensayo histórico sobre la zarzuela, o sea, el drama lírico español desde su origen a fines del siglo XIX», en *Boletín de la Real Academia Española*, tomo 22 y 23, Madrid, 1935-36. (Cotarelo da cuenta, por vez primera, de la obra teatral de Bécquer.)
103. GAMALLO FIERROS, Dionisio: «Las zarzuelas cervantinas de Bécquer», en *La Comarca*, Rívadeo, 10-VIII-1947.
104. TAMAYO, Juan Antonio: *Teatro de Gustavo Adolfo Bécquer*. Edición, estudio preliminar, notas y apéndices, Madrid, CSIC, 1949. (De interés.)
105. RIBBANS, Geoffrey: «Una nota sobre el teatro de Bécquer», en *Revista de Filología Española*, tomo XXXVI, cuad. 1 y 2, 1952, 122-126.

j) La historia y el periodismo en Bécquer

106. BECQUER, Gustavo Adolfo y Valeriano: «Album Bécquer». Dibujos de Valeriano y comentarios de Gustavo Adolfo. Madrid, *Arte Hispánico*, 1925. (Antología de casi medio centenar de dibujos de Valeriano comentados por Gustavo Adolfo. De gran interés para el estudio de Bécquer como costumbrista.)
107. CUMMINGS, Philip H.: «Gustavo Adolfo Bécquer as a Journalist». A Study in particular of his editorial work in «El Museo Universal», during 1866, en *Hispania*, California, 20, 1937, n.º 1, págs. 31-36.
108. ROGERS, Paul Patrick: «New Facts of Bécquer's Historia de España», en *Hispanic Review*, tomo VIII, Filadelfia, 1940, págs. 311 y ss.
109. MARAÑÓN MOYA, Gregorio: *Bécquer periodista y el periodismo del siglo XIX*, Madrid, Asociación Amigos de Bécquer, 1952. (Hay segunda edición, Madrid, 1953.)
110. RAMÍREZ ARAUJO, Alejandro: «Bécquer y la reconstrucción del pasado», en *Hispania*, v. XXXIX, n.º 3, Baltimore, septiembre 1956, 313-319. (De gran interés.)

k) Influencias extranjeras en Bécquer

111. PARDO BAZAN, Emilia: «Fortuna española de Heine», en *Revista de España*, tomo CX, mayo-junio 1886, pág. 481 y ss.
112. MEDINA VEITIA, Herminio: «Heine y Bécquer», en *Revista de Asturias*, 1, 2.º semestre

de 1888, 336-339, 386-393, 412-417 y 441-449. (Recogido, luego, en *Estudios literarios: Heine y Bécquer*, Vitoria, 1889).

113. MERCHANT, Rafael M.: «Bécquer y Heine, en *Estudios críticos*, Madrid, 1917, 131-155.
114. DIEZ CANEDO, Enrique: «Heine en España», en *Páginas escogidas de Enrique Heine*, apéndice 7, Madrid, Calleja, 1918, 480-494.
115. FERNÁNDEZ CORIA, José: «Bécquer y Heine», en *Glosas y escollos*, Buenos Aires, Agencia General de Librería, 1921, cap. XIII.
116. SCHNEIDER, Franz: «Gustavo A. Bécquer as "Poeta" and his knowledge of Heine's Lieder», en *Modern Philology*, Chicago, n.º XIX, 3 february 1922, 245-256.
117. HAMEL, Angela: «Deutsche Züge in Gustavo A. Bécquer», en *Archiv für des Studium der Neueren Sprachen und Literaturen*, tomo XLIV, 1922, 105 y ss.
118. ICAZA, Francisco de: «Heine y sus traductores al castellano», en *El Sol*, Madrid, 27-VI-1922. (Reproducido en *Nosotros*, n.º XLII, 1922, 123-126.)
119. ICAZA, Francisco de: «Gustavo A. Bécquer. El germanismo de la lírica de Bécquer. Bécquer y la crítica», en *El Sol*, Madrid, 6-IX-1922.
120. BARJA, César: «Gustavo Adolfo Bécquer», en *Libros y autores modernos*, cap. V, Madrid, Rivadeneira, 1925, 328-353. (Niega la influencia de Heine.)
121. HARTSOOK, J. Hooker: *Bécquer and Heine: a comparison*. Urbana, University of Illinois, 1939.
122. HERNÁNDEZ, Alejao: *Bécquer y Heine*. Madrid, Senara, 1946.
123. SCHONFELD, Manfred: «Sobre la imitación de la poesía heiniana en España. Gustavo A. Bécquer y sus epígonos», en *Estudios Germánicos*, n.º 10, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1953, 144-158.
124. PAGEARD, Robert: «Le germanisme de Bécquer», en *Bulletin Hispanique*, tomo LVI, n.º 1-2, Bordeaux, 1954, 83-109.
125. GRAHAM, Arthur: «The german elements in Bécquer's Rimas», en *Publications of the Modern Language Association of America*, LXXII, Wisconsin, 1957, 194-224.
126. MARASSO, Arturo: «Bécquer y Grün», en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, enero-marzo 1936, 53-55.
127. COSSIO, José María de: «Bécquer y Grün», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, tomo XXVI, n.º 2, 3 y 4, Santander, 1950, 362-366.
128. CANO, José Luis: «Bécquer y Shakespeare», en *El Nacional*, Caracas, 16-1-1958.
129. HENDRIX, William S.: «Las "Rimas" de Bécquer y la influencia de Byron», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XCVIII, Madrid, 1931, 850-894. (De interés.)
130. RIBBANS, Geoffrey W.: «Bécquer, Byron y Dacarrete», en *Revista de Literatura*, tomo IV, n.º 7, Madrid, julio-septiembre 1953, 59-71.
131. ENGLEKIRK, John E.: *Edgar Allan Poe in Hispanic Literature*. Nueva York, Instituto de las Españas, 1934. (Sobre Bécquer, en las págs. 126-134. (De interés.)
132. MONNER SANS, José María: «De Lamartine a Bécquer», en *La Prensa*, Buenos Aires, 28-VIII-1946.
133. GÓMEZ PAZ, Julieta: «Ventanas con golondrinas. Bécquer y Hégésippe Moreau», en *Insula*, n.º 143, Madrid, 15-X-1958, pág. 3.

l) Influencias españolas en Bécquer

134. SAMUELIS, Daniel G.: «Bécquer y sus fuentes españolas», en *El Mundo*, San Juan de Puerto Rico, 1941, 30 mayo, págs. 7-15; 6 abril, 6-15; 13 abril, 3-13.
135. COSSIO, José María de: «Sobre el clima prebecqueriano», en *Homenaje a J. A. Van Praag*, Amsterdam, Plus Ultra, 1956, págs. 38-43.
136. DIEZ CANEDO, Enrique: «Gustavo Adolfo Bécquer y Eulogio Florentino Sanz», en *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, LVIII, n.º 16, 8-V-1914.
137. GAMALLO FIERROS, Dionisio: «Dos antípodas que se tocan: Campoamor y Bécquer», en *Línea*, Murcia, 4-2-1945.
138. CERNUDA, Luis: «Ramón de Campoamor», en *Estudios sobre poesía española contemporánea*, Madrid-Bogotá, Guadarrama, 1957, 31-41. (Considera a Campoamor antecesor de Bécquer.)
139. BALBIN LUCAS, Rafael de: «Sobre la influencia de Augusto Ferrán en la rima XLVII de Bécquer», en *Revista de Filología Española*, tomo XXVI, cuad. 2 y 3, Madrid, abril-septiembre 1940, 319-334.
140. GAMALLO FIERROS, Dionisio: «Un Bécquer que no es Bécquer, anterior a Bécquer», en *La Estafeta*, 25-VIII-1944. (Se refiere a Dacarrete.)

m) Influencias de Bécquer en otros poetas españoles e hispanoamericanos

141. HENRIQUE UREÑA, Max: «Influencias españolas en la poesía americana: Zorrilla-Campoamor, Núñez de Arce», en *El retorno de los galeones*, cap. II, Madrid, Renacimiento, 1930, 23-27.
142. FLORIT, Eugenio: «Bécquer y Martí», en *La Torre*, 3, n.º 10, Puerto Rico, 1955, 131-140.
143. TORRES RIOSECO, Arturo: «Darío y Bécquer», en la obra *Rubén Darío, casticismo y americanismo*, Cambridge-Massachusetts, Harvard University Press, 1931, 217-220.
144. FRAKER, Charles F.: «Gustavo Adolfo Bécquer and the modernist», en *Hispanic Review*, v. III, n.º 1, Filadelfia, enero 1935, 36-44. (Analiza la gran influencia de Bécquer en América.)
145. MC CLELLAND, I. L.: «Bécquer, Rubén Darío and Rosalía de Castro», en *Bulletin of Spanish Studies*, n.º 16, Liverpool, 1939, 63-83. (Estudio de capital importancia.)
146. CANO, José Luis: «La espina arrancada», en *Clavileño*, n.º 29, Madrid, 1954, 49-50. Incluido en el libro *De Machado a Boussoño*, 41-44. (Analiza las semejanzas entre la poesía de Bécquer, Rosalía de Castro y Antonio Machado.)
147. CASTAGNARO, R. Anthony: «Bécquer and Gutiérrez Nájera: Some Literary similarities», en *Hispania*, California, v. XXVII, n.º 2, marzo 1944, 160-163.
148. CHAO ESPINA, Enrique: «Bécquer y Díaz», en el libro *Pastor Díaz dentro del Romanticismo*, Madrid, CSIC, 1949, 448-452.
149. LAPESA, Rafael: «Bécquer, Rosalía y Machado», en *Insula*, año IX, n.º 100-101, Madrid, 30-IV-1954.
150. HARTER, H. A.: «Presencia de Bécquer en Juan Ramón Jiménez», en *Hispania*, California, 1960, 47-64.



HOY Y MAÑANA de la HISPANIDAD

ACTUALIDAD • REALIZACIONES • PROYECTOS

GRAN APERTURA DE LA POLITICA INTERNACIONAL DE IBEROAMERICA

SIN que haya existido un acuerdo previo, y por la sola fuerza del altísimo nivel que alcanza en cada nación iberoamericana la conciencia de su personalidad, ocurre que se ha producido en todo el Continente una apertura tal en materia de política internacional, que es inaplazable el señalamiento de su significado y de sus perspectivas.

Hace poco concluyó la primera Conferencia del Pacífico, promovida por el ex presidente de Chile don Eduardo Frei Montalva. Fue fácil observar que la presencia de naciones tan alejadas de América en lo geográfico, como Japón, Australia, Nueva Zelanda, daba la pauta del audaz y brillante proyecto de «aperturismo» en una forma de contacto e intercambio, que hasta hace poco parecía irrealizable y hasta utópica. La fusión de intereses netamente americanos, como los del Grupo Andino a que pertenece Chile, con intereses asiáticos como los de los países de la ASEAN (Asociación de Naciones del Sureste Asiático: Indonesia, Singapur, Malasia, Filipinas, Tailandia), es una nueva fórmula de operación a escala mundial. Si a esto se añade que la apertura va más lejos y llega hasta el Japón, cubriéndose así todo el Pacífico, queda dicho que los promotores de esta apertura andina hacia el Asia se han estudiado muy bien la significación geopolítica y económica de su propia área y la de toda la Cuenca del Pacífico. Ahí había, es evidente, un mundo por explorar y por explotar en forma colectiva.

Pero no es ésta la única señal, con ser tan importante, de la apertura iberoamericana en materia de política internacional. Ya desaparecieron aquellos esquemas que confundían panamericanismo e interamericanismo con la subordinación a una política que no estaba dictada por los intereses propios y genuinos de Iberoamérica, sino por los intereses y conveniencias del usufructuario mayor del panamericanismo antiguo, que era Estados Unidos de Norteamérica. De acuerdo con los giros de la política propia de esta nación, giraban más o menos dócil e intensamente los países iberoamericanos. Ya en la segunda guerra mundial pudo observarse un acentuamiento de la tendencia, en los países del sur, a actuar independientemente, y fue así incomparablemente mayor en esta ocasión el número de neutrales y de no declarantes de guerra, que el número de los mismos alcanzado en ocasiones de la guerra del 14. A partir de 1948 se ha acelerado el proceso de libertad de acción, de libre albedrío iberoamericano en materia internacional. Los tabúes sobre relaciones con países socialistas, por ejemplo, ya fueron borrados de la mente de los gobernantes y de la mente de las masas de cada nación. Y que el fenómeno es general, de conciencia y de madurez,

nos lo indica el hecho de que se produce bajo todas las formas de gobierno y bajo todos los tipos de economía. Hace unos diez años nada más, la excepción era la presencia de una embajada de la Unión Soviética en alguna capital iberoamericana; en estos momentos, la excepción es la ausencia de una embajada soviética.

Parte inseparable de la política internacional es, como se sabe, la política económica y comercial de cada nación. Aquí se corrobora el aperturismo y el uso del propio albedrío con mayor intensidad aún que en el puro campo de la diplomacia. Los países iberoamericanos actúan por su cuenta cada vez más en lo de ganarse los mercados de Europa, del este o del oeste, los de Asia, y aun los de las nacientes regiones africanas. Fue en Chile también donde se produjo el primer gran intento de acuerdo, en materia de precio y comercialización del cobre, entre África e Iberoamérica, cuando el presidente de Zambia estuvo en Santiago. La alianza cuprera Chile-Perú de un lado y Zambia-Congo del otro, provee de una fuerza tal a las cuatro naciones mineras, y por ende a la economía de dos zonas mundiales necesitadas de gran desarrollo industrial, que puede convertirse en un modelo de asociación comercial para otros muchos productos, agrícolas o industriales.

La aproximación iberoamericana al Mercado Común Europeo, revisada hace poco de nuevo en Caracas con presencia y participación española, se está produciendo por dos vías o procedimientos. Algunas naciones prefieren la gestión aislada, individual, y no hay nada criticable en ello, porque es un ejercicio legítimo de la soberanía. Otras, prefieren la gestión conjunta, en corporaciones, sea bajo el rubro del Consenso de Viña del Mar, sea a través de las agrupaciones subregionales como Mercado Común Centroamericano o Grupo Andino.

La experiencia en muchos otros campos lleva a pensar que la gestión de tipo colectivo, unificada en programa y en fuerzas, tiene mejores perspectivas que la gestión aislada. Por grande que sea en sí misma una nación, nunca es mayor que el conjunto de naciones hermanas.

En la Asamblea de las Naciones Unidas se ha palpado de nuevo este año la fuerte independencia alcanzada por Iberoamérica en el campo de la política internacional. No quedan ya ni sombras de los desacreditados métodos de «control remoto» y de subordinación, que tanto daño hicieran a la propia Iberoamérica. La apertura hacia el mundo sin fronteras que es el mundo actual, da la medida de una plenitud de conciencia, y de un noblemente ambicioso proyecto de vida mejor para el futuro inmediato.

LOPEZ BRAVO EN NUEVA YORK

España no olvida a Iberoamérica en ningún momento

La prensa mundial dio a conocer en su oportunidad la brillante intervención del señor ministro de Asuntos Exteriores de España, excelentísimo señor don Gregorio López Bravo en la Asamblea General de la ONU, y en esa otra gran asamblea mundial que es la prensa concentrada en Nueva York cuando la ONU está en activo.

En un sitio y en otro, en todas partes, don Gregorio López Bravo ofreció la gran nota de serenidad, de carácter, de tacto, que se espera de un ministro español en todo momento, pero singularmente cuando ha de afrontar problemas tan importantes como los que se debatían de suyo en la ONU y los que se presentaban específicamente a un ministro español en la Norteamérica donde la Ley Mills amenazaba echar por tierra todo el efecto amistoso de la visita del presidente Nixon a España.

De cómo planteó el señor López Bravo los puntos de vista de España, en todos los presentes conflictos o problemas esenciales de la vida internacional, ya dio buena cuenta en su momento la información periodística coti-

diana. En estas páginas queremos, por razón de su destino de Hispanidad activa, subrayar cómo en todas las actuaciones relevantes de nuestro representante, tuvo siempre presente a Iberoamérica. Esta presencia viva en el ánimo del señor López Bravo se sintetizó a la perfección, cuando en sus valientes y valiosas declaraciones ante la Asociación de Corresponsales Extranjeros de Nueva York, dedicó a Iberoamérica una muy importante reflexión.

Anunció en primer término que piensa visitar el mundo hispanoamericano tan pronto como pueda, porque quiere conocer directamente, de primera mano, cuáles son los campos en que puede y debe aumentar aún más la cooperación española con aquellas Repúblicas. Luego, en respuesta a una de esas preguntas un tanto afiladas que vuelan como saetas en este tipo de conferencia abierta con la prensa del mundo, dijo el ministro español: «Es muy difícil hacer un pronóstico sobre las perspectivas de nuestra relación con la América hispana en la próxima década, ya que la región vive unos momentos de dina-

mismo. Sin embargo, nuestro deseo es seguir colaborando en aquellas actividades y campos que más pueden ayudar a su desarrollo, educación, economía y asistencia técnica.»

Otra pregunta un tanto espinosa se refería a las relaciones entre España y Cuba. El ministro dio la respuesta exacta y definitiva sobre la cuestión. «Es un hecho bastante natural que sea así, que tengamos relaciones —replicó—, puesto que pertenece a nuestra familia, y porque es donde más sangre española queda actualmente.»

Hay que señalar también de manera muy especial la orientación seguida por el señor ministro en Nueva York, en ocasión de celebrar un almuerzo diplomático para festejar el Día de la Hispanidad. Llamó a su lado y sentó a su mesa, la mesa de España, no sólo a los señores embajadores de habla y estirpe española, sino a cuantos representan un territorio en cualquiera de las Américas. Sus palabras en esa oportunidad fueron una ratificación de su doctrina en torno a la hispanidad dinámica y viviente, de hechos y no de palabras.

LA FIESTA DE LA HISPANIDAD SE CELEBRA CON ESPLENDOR, EN ESPAÑA, EN LAS AMERICAS Y EN FILIPINAS

Un brillante acto académico celebrado en el Instituto de Cultura Hispánica reunió a las autoridades españolas y a la diplomacia iberoamericana y portuguesa para festejar el Descubrimiento

FUERON muchos los actos celebrados en España, en las dos Américas, en Filipinas, para festejar el aniversario del Descubrimiento. La esposa del Jefe del Estado español, excelentísima señora doña Carmen Polo de Franco, asistió al mediodía a una misa en el templo de San Francisco el Grande de Madrid.

El Príncipe de España, Su Alteza Real don Juan Carlos de Borbón presidió en Zaragoza los actos de la Hispanidad. El ministro de Educación, don José Luis Villar Palasí, hizo de la clausura del Congreso de Ministros de Educación de Iberoamérica, que se efectuaba en Barcelona, un acto colombista, y al pie del monumento al Descubridor se reunieron los rectores de la educación hispánica, depositándose coronas por los distintos países de América allí representados.

El excelentísimo señor ministro de Asuntos Exteriores de España, don Gregorio López Bravo, quien se encontraba en Nueva York para asistir al aniversario de las Naciones Unidas y para presidir una sesión del Consejo de Seguri-

dad de la ONU, presidió los actos neoyorkinos del Doce de Octubre.

SOLEMNE SESION ACADEMICA

En el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid se celebró el acto central de la Fiesta de la Hispanidad, con una brillantísima sesión académica. Presidió el excelentísimo señor ministro de Información y Turismo, don Alfredo Sánchez Bella, uno de los artífices del Instituto, y uno de sus primeros directores, quien en esta ocasión ostentaba además la representación del ministro de Asuntos Exteriores por ausencia del titular.

Una gran mayoría del Cuerpo Diplomático hispanoamericano ocupaba ambos lados de la presidencia, donde junto al señor ministro Sánchez Bella y al director del Instituto, don Gregorio Marañón, tomaron asiento los señores embajadores que participarían en la sesión. Abierta ésta, en presencia de una enorme concurrencia, procedió el señor

ministro a conceder la palabra al primer orador de la mañana, que fue el excelentísimo señor don Manuel F. Rocheta, embajador de Portugal, quien se expresó en su lengua natal.

DISCURSO DEL EMBAJADOR DE PORTUGAL

Empezó el señor Rocheta agradeciendo al Instituto de Cultura Hispánica en nombre propio y del embajador del Brasil la alegría que se les proporcionaba al invitarles a participar en esta fiesta de la Hispanidad, señalando en qué medida Portugal y Brasil son un mismo pueblo en sangre y en espíritu.

«Esta comunidad luso-brasileña —dijo—, no puede dejar de contar con el resto del mundo y por esto colaborar dentro de la Comunidad no significa un gesto de aislamiento sino que debe representar una mera fase de una amplia, generosa y abierta colaboración internacional.»

«Para ninguna nación o grupo de naciones —señaló— puede ser

más abierto y sincero este propósito de franca colaboración internacional que en relación con las naciones aquí representadas.»

Seguidamente señaló el porvenir que se ofrecía a Brasil y a Portugal y de la contribución que al desarrollo de los pueblos iberoamericanos podrían hacer con la presencia de sus ciento veinte millones de almas.

A continuación evocó la experiencia portuguesa de Cristóbal Colón, apuntando cómo gran parte de su formación de navegante la recibió como consecuencia de los contactos con la nación lusitana, y destacó en qué medida la presencia de Colón y su experiencia descubridora abrió una nueva época de prosperidad y de expansión tanto para España como para Portugal.

Concluyó recordando que hace poco al recibir el grado de «doctor honoris causa» por la Universidad de Santiago de Compostela el presidente del Consejo de Ministros de Portugal, profesor Caetano, concluía su discurso académico señalando que: «El diálogo que hoy mantuvimos en este ambiente solemne y signifi-

cativo es necesario que se prolongue, que prosiga, que continúe siempre en el mismo clima de buena voluntad, de fraterna amistad y de abierta franqueza. Conversemos, pues Portugal y España tienen mucho que hablar.» A esta cita del discurso del profesor Caetano, añadió el embajador, señor Rocheta, que también hispanoamericanos y luso-brasileiros tienen mucho que hablar. «Conversemos —terminó—, un mundo de posibilidades se abre ante nuestros pasos.»

DICURSO DEL EMBAJADOR DE NICARAGUA

Para que hablase en nombre de la representación diplomática hispanoamericana en Madrid, concedió la palabra el señor ministro Sánchez Bella al excelentísimo señor don Vicente Urcuyo, embajador de Nicaragua y notable escritor.

En un breve y brillante discurso, presentó centralmente el señor embajador tres ideas que con razón consideró capitales para el planteamiento realista de la situación en que se encuentra el desarrollo histórico y económico en que encuentra la Comunidad Hispánica de Naciones. Acentuó la necesidad de visionar dinámica y objetivamente la realidad, trazándose un programa muy práctico, unos caminos muy concretos a recorrer sin demora.

El primero de esos caminos lo ve el señor embajador en el enfoque científico de la cultura creada en el Nuevo Mundo por la concurrencia de la cultura aborigen y de la cultura española. La fusión de ambas culturas dio origen a un Nuevo Mundo, nacido de una simbiosis que está viva y que no es posible desconocer.

El segundo camino es el de la actuación, la obra, realizada conjuntamente de manera ininterrumpida y nutrida con todos los esfuerzos colectivos para producir un auténtico intercambio de pareceres, experiencias y posibles soluciones a los problemas. Cooperación activa, puede ser la síntesis de la idea muy bien desarrollada por el embajador señor Urcuyo como segundo camino.

Y el tercer sendero práctico es la obra personal, «el camino que se encuentra en lo más íntimo de cada uno de nosotros». «Este camino, dijo, se comenzó a andar hace muchos años y se ha hecho vida de nuestra vida.» «Lo que importa —dijo ya en sus palabras finales—, es que estos conceptos se mantengan siempre vivos, alejados de la rutina, y que caminen a la par de la Historia, saliendo al paso de nuevas coyunturas y siendo siempre remedio de nuevas problemáticas.»

DICURSO DE DON MANUEL AZNAR

Según estaba anunciado, tras las intervenciones, felicísimas, de los señores embajadores de Portugal y de Nicaragua, ofreció una conferencia sobre el tema «Alma

y aliento de los pueblos hispánicos», el eminente maestro de periodistas y embajador de España, excelentísimo señor don Manuel Aznar Zubigaray.

Si acertado y brillante estuvo don Manuel Aznar en su intervención en nombre de España en las fiestas colombinas de este año por Boyacá, no menos acertado ni menos brillante estuvo en esta serena y noblemente apasionada lección de hispanidad viva que ofreciera el 12 de Octubre.

Aun cuando el texto íntegro de la misma, como los textos de los discursos de los señores embajadores de Portugal y de Nicaragua, y el de la intervención final del director del Instituto, serán recogidos inmediatamente en un folleto que se distribuirá gratuitamente como recuerdo de esta sesión memorable, pasamos a citar algunos pasajes de la notable disertación de don Manuel Aznar.

«Así como en las festividades religiosas leemos unos textos sagrados que recuerdan la grandeza y profundidad de los misterios de la fe o exaltan las vidas de los santos, creo que hay también lecturas obligadas para las grandes fiestas y celebraciones del orden civil. Aquella que mejor corresponde al día de hoy, doce de octubre, aniversario de una ocasión no igualada en lo humano, es una página de la Historia de España y del mundo.» (El señor Aznar leyó con voz pausada el relato del Descubrimiento, tomado del Diario de Colón, tal como nos lo legó fray Bartolomé de las Casas.)

Después dirigió su discurso hacia un tema que aparece con frecuencia en sus trabajos acerca de la América hispánica: el de la fidelidad al origen de los pueblos hispanoamericanos como actitud esencial para que puedan cumplir el alto destino a que pueden y deben aspirar.

«La marcha y experiencia de los tiempos —continuó— va diciendo cómo para hallar los caminos certeros de su destino le es indispensable a una sociedad o a una familia guardar lealtad segura a la historia que esa familia o esa sociedad ha hecho. Un gran espíritu familiar o nacional o, como sucede en este caso, un gran espíritu de dimensión continental, convivencia de tantas naciones insignes que son fruto de la misma estirpe, nace, se enriquece y se perfecciona en la conciencia y en la responsabilidad de todas las jornadas vividas y sufridas desde la hora inicial; jornadas que son de gloria y luz unas veces, y en otras ocasiones son quebranto, duelo, sombra; todas juntas, expresión completa de una personalidad.»

¿Cómo se proyectará el "hombre americano" sobre el futuro de la Humanidad?, preguntó el señor Aznar.

«El hombre americano —declaró— no pasa, por ahora, de ser un proyecto; grande y delicado proyecto, sin duda; apasionante, puesto que de él han de nacer consecuencias hoy incalculables. Sabemos, a ciencia cierta, lo que es el hombre cubano,

o el mejicano, el colombiano, paraguayo, chileno o argentino; y los demás que pueblan la tierra firme y las islas indo-hispánicas. Hay por todas partes un afán, casi angustioso, por saber cómo se engendrará el nuevo hombre de América, protagonista de una civilización que todavía no sabemos, a ciencia cierta, cómo ha de ser. Estamos seguros —eso sí— de que lo hispánico, lo ibérico, participará esencialmente en la característica de ese hombre nuevo.»

En torno a esta idea expuso el señor Aznar sus reflexiones acerca de los condicionamientos geopolíticos y geosociales que determinan las actuales realidades hispano o iberoamericanas.

«Cada año —dijo— nacen unos ocho millones de criaturas en las naciones de nuestra estirpe. Cuando quiebren auroras iniciales del año 2000, esas naciones darán una población de unos quinientos millones de habitantes; doscientos cuarenta o doscientos cincuenta más que hoy. Los ocho millones de crecimiento anual dan lugar a una nueva masa humana superior a la de Bolivia o Costa Rica, Santo Domingo, Ecuador, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Panamá o Paraguay; y sensiblemente igual a la de Chile o Venezuela. Imaginad los problemas que al Continente se le plantean con el advenimiento de una Venezuela nueva como regalo demográfico de cada ejercicio.»

La evocación de Portugal y de la impronta española en los Estados Unidos cerró la conferencia. «Portugal, que es gloria del orbe civilizado» —exclamó—; y Estados Unidos, «a cuyo pasado nos unen ciudades, misiones y caminos, desde las costas de Florida hasta las bahías de California; huellas de capitanes, frailes y aventureros geniales, que van señalando la presencia viva del denuedo hispánico; en Galveston, Pensacola, Nueva Orleans; en la profunda majestad del gran río que acogió a Hernando de Soto bajo sus aguas; en Tejas, Colorado y Arizona; en California y Nuevo Méjico; a los pies de la Sierra Nevada, como la granadina, y de los montes de la Sangre de Cristo; para coronarse de belleza en la constelación de santidades que salen a recibirnos en San Francisco, Sacramento, Los Angeles, San Bernardino, San Diego, Monterrey, El Carmelo, Santa Fe, San Fernando, San José, Santa Clara, Santa Bárbara y cien más, sin contar las de aliento puramente civil, desde Alburquerque hasta el cabo Blanco.»

Terminó el señor Aznar insistiendo en la lealtad al origen familiar como secreto del mañana. «Quizá vosotros y nosotros estuvimos durante mucho tiempo enajenados, sometidos a voluntades exteriores, olvidada el alma propia, punto menos que reducido a ceniza el propio aliento. La experiencia ha sido amarga y dolorosa. El aniversario del 12 de octubre de 1492 es fecha señalada para la meditación y para la resolución.»

DICURSO DE DON GREGORIO MARAÑÓN

Al finalizar los aplausos que coronaron la disertación de don Manuel Aznar, el ministro don Alfredo Sánchez Bella concedió el uso de la palabra al señor director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón Moya. Comenzó éste su intervención aludiendo a la estrecha vinculación histórica que mantiene unidos para siempre los nombres de Alfredo Sánchez Bella e Instituto de Cultura Hispánica. Muchos de los presentes recordaron, al calor de las palabras del señor Marañón, los difíciles tiempos fundacionales del Instituto, cuando parecía un sueño irracional alcanzar esta magnífica realidad de hoy.

Prosiguió el señor Marañón: «Nuestra gratitud a los señores embajadores de Portugal y de Nicaragua por su colaboración en esta fecha de la historia universal. A ellos dos, representantes, hoy, aquí, del Cuerpo diplomático, les ruego transmitan a sus colegas, a sus Gobiernos, el agradecimiento profundo de este Instituto al ejemplar Cuerpo diplomático hispanoamericano, de Portugal y Brasil, de Estados Unidos, de Filipinas. No encuentro palabras adecuadas para expresar, a todos vosotros, cuánto, cuánto os debemos por vuestra ayuda y colaboración permanente; por cómo nos ayudáis y sostenéis en los momentos de fuerza y de acierto; por cómo, en los momentos de flaqueza y de error, sentimos vuestro brazo sobre nuestros hombros y vuestra sonrisa llena de generosidad, de nobleza, de comprensión. No conozco mejor premio ni mejor condecoración, no conozco mejor aliento para el cumplimiento de nuestro deber, de nuestra misión.»

Destacó también la labor realizada por el Instituto durante el año y las grandes dimensiones del programa futuro. Agregó estas palabras: «A nuestro presidente, el ministro de Asuntos Exteriores, don Gregorio López Bravo, ausente hoy por encontrarse en las Naciones Unidas, en donde tuve el honor de servir a mi Patria durante tres Asambleas, le enviamos, desde esta cuarta carabela, nuestro recuerdo y nuestro afecto. A nuestro Jefe del Estado, de quien siempre he recibido las consignas más perfectas y oportunas, más inteligentes y sentidas, más sensibles y clarividentes sobre la gran política cultural hispanoamericana, me permito expresarle, desde este 12 de octubre, nuestro respeto, nuestra disciplina y nuestra adhesión, ya vieja y siempre joven.»

En torno a las presentes circunstancias del momento americano dijo el señor Marañón:

«Un acto fundamental y solemne será el 28 de este mes la inauguración del monumento a Bolívar, en el parque del Oeste. En 1924, el rey don Alfonso XIII y el presidente de su Gobierno, general Primo de Rivera, pusieron la primera piedra de este



justificado monumento. Una serie de circunstancias retrasó su ejecución. Después cayó la Dicotadura, vino la República, guerra civil, y todo fue retraso, por no decir olvido. Hace tiempo tuve el honor de ser recibido por el Jefe del Estado y me permití recordarle todo esto. El me autorizó a gestionarlo todo. Tuve la entusiasta ayuda del entonces ministro de Asuntos Exteriores don Fernando María Castiella. Y el monumento hace muchos meses que está ahí en el parque del Oeste. Bolívar, desde las puertas de Madrid, contempla las frondas de El Pardo y las montañas del Guadarrama.

«Creo que el genial libertador, a caballo, en la capital de las Españas, nos libertará a todos, españoles y americanos, de inadmisibles y viejos complejos. Esta es la gran batalla, que no su espada, sino su corazón, unido al nuestro, ganará para la historia del mundo hispánico. Aquí, en este Instituto —dijo en otra parte de su discurso— se viven diariamente, con emoción siempre entrañable y siempre creciente, las circunstancias de América latina. Hay cambios profundos en las estructuras políticas de grandes países americanos. Muchos se sorprenden: no hay que sorprenderse. Muchos se alarman; no hay que alarmarse. Son tanteos políticos inevitables; son palpaciones del corazón nacional de esos admirables países. Y el corazón a veces funciona bien y a veces hay pasajero infarto de miocardio. Pero nada muere. Todo vive, y la gran salud del continente americano está a la vista. Quien no lo vea así está ciego y con los ciegos no se hace la historia.

«Son aún países muy jóvenes. Como tales, estados políticos, y van buscando por la derecha, por el centro y por la izquierda el curso normal de su propia historia. ¿Qué hay de extraño en ello? ¿Pues no ocurre eso todavía en los milenarios países de Asia y Europa? Y es que la política no es más que eso: visperas de terremoto. El arte y la virtud consisten en saber sobreponerse a ellos.»

Y concluyó el señor Marañón con estas palabras de fe: «El porvenir de Iberoamérica será maduro y espléndido en un futuro inmediato. Hispanoamérica será la gran fuerza política, cultural y económica del siglo XXI.»

PALABRAS DEL SEÑOR MINISTRO

Con el discurso del señor Marañón dio por terminado el acto académico. Don Alfredo Sánchez Bella pronunció las sobrias palabras de ritual para cerrar la sesión. Unos minutos después, en el curso del almuerzo ofrecido en el Salón de Embajadores del Instituto a los señores miembros del Cuerpo Diplomático, el señor Ministro, que conoce todos los países de América y Filipinas, y que en algunos de ellos ha desempeñado brillantemente el cargo de embajador, dijo como brin-

dis lo siguiente, tras de glosar los discursos pronunciados en la mañana:

«Está claro lo que la estirpe hispánica ha sido capaz de alcanzar. Lo que hemos sido y aún podemos ser. Pero también aparece sumamente clara la absoluta necesidad de que para lograrlo hemos de coordinar actividades y trabajar juntos, ya que solos y aislados muy poco significaremos en el mundo. Dentro de la común fraternal estima y el respeto mutuo aplicando estrictamente el principio de la "no ingerencia" en las cuestiones internas de nuestros países se impone la necesidad de encontrar una vasta área de quehacer común, especialmente en el campo de la educación, de la formación técnica y profesional, de esas masas hispanoamericanas que se están multiplicando con prodigiosa rapidez y de la cooperación económica.»

Para ello el señor Sánchez Bella expuso la necesidad de utilizar todos los medios modernos de comunicación social, creando instituciones multinacionales que puedan trabajar en común.

«No es posible —terminó diciendo el ministro— conseguir alcanzar objetivos duraderos en el mundo en que vivimos sin una previa coordinación de los instrumentos necesarios para alcanzar tan ambiciosas metas. El Instituto de Cultura Hispánica nació al servicio de ese claro y preciso empeño y lo viene sirviendo desde su fundación. Si esa grande, noble y generosa empresa colectiva se lleva a feliz término, en las próximas décadas la comunidad de naciones de habla española y portuguesa pesará en el concierto internacional en forma muy superior a como lo viene haciendo ahora.»

LA FIESTA SE CELEBRA EN TODAS PARTES CON IDENTICO ENTUSIASMO

Puede afirmarse que el 12 de Octubre de este año despertó un particular entusiasmo y una muy marcada voluntad de evocación en los más diversos meridianos de la geografía mundial.

Si se comienza por España misma, este año fue desbordante el entusiasmo patente en las celebraciones. En Huelva, con el gran foco colombino de La Rábida, las ceremonias fueron espléndidas. En Zaragoza, en torno al magno templo de Nuestra Señora del Pilar, patrona de la hispanidad, y en derredor de los Príncipes de España, Sus Altezas Reales don Juan Carlos y doña Sofía, las fiestas fueron clamorosas. En Barcelona, ya se ha mencionado que la presencia de los miembros del Consejo de la OEI, con el señor ministro de Educación de España a la cabeza, reunió al pie de la estatua del Descubridor una magnífica representación de la América y de Filipinas.

Saliéndonos ya de España, y sin recoger sino una pequeña muestra de la celebración en los puntos más distantes del orbe,

podemos consignar como recuerdo del último 12 de Octubre lo siguiente:

◆ En Argentina, el presidente Levingston rindió un efusivo homenaje a España y felicitó a la colonia española en el país por tan significativa conmemoración. «Para ellos, mi saludo y reconocimiento por su abnegación y nobleza.» El embajador de España en Buenos Aires, don José María Alfaro y Polanco, declaró que «la Hispanidad, en el difícil trance por el que atraviesa nuestro mundo, puede y debe ser la puesta a punto de una serie de respuestas frente al futuro».

◆ En el Club España, de la capital de México, se celebró el Día de la Hispanidad con asistencia del ministro representante del Gobierno español en México, don Juan Castrillo, y los embajadores de los países hispanoamericanos acreditados en esa capital.

◆ Paraguay tributó homenajes a la Madre Patria con diversos actos conmemorativos en el Día de la Raza. El embajador de España, don Fernando Olivé González, pronunció un discurso con este motivo, recordando la gesta del Descubrimiento de América.

◆ La Prensa de Venezuela destacó con gran relieve la celebración del Día de la Hispanidad, subrayando que aumenta de día en día la admiración de todos los habitantes del Nuevo Mundo por Colón. El Gobierno organizó diversos actos, entre ellos ofrendas florales ante las estatuas de Cristóbal Colón y de Cervantes.

◆ El diario de Marruecos *Le Dépêche* destacó en un artículo conmemorativo del Descubrimiento de América «el deseo de que la fraternidad y la concordia sigan presidiendo todos los contactos entre Marruecos y España». El mismo diario incluyó en su primera página un retrato del Generalísimo Franco.

◆ El embajador español en Francia, don Pedro Cortina, ofreció un almuerzo en París con motivo de la fiesta de la Hispanidad, al que asistieron los representantes diplomáticos de los países iberoamericanos de Portugal y de la UNESCO y OCDE.

◆ En Washington: Con asistencia del secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA), Galo Plaza, y de los embajadores de las repúblicas de América del Sur, se celebró una ceremonia de homenaje a España.

Ante la estatua de Isabel la Católica, en la puerta de entrada del edificio de la Unión Panamericana, sede de la Organización de Estados Americanos, el observador español Antonio Gil Casares, depositó una corona de flores adornada con cintas con los colores de la bandera española ante el monumento a la Reina de Castilla y pronunció desde un estrado un discurso en el que, entre otras cosas, dijo:

«Rendimos de nuevo, en este doce de octubre, nuestro homenaje de veneración a Isabel de Castilla, alma y motor del descubrimiento del nuevo mundo, con justicia llamada Reina y madre de las Américas y de las Españas.»

«El año 1492 estaba destinado por la providencia en la vida de Isabel para completar la unidad de España —2 de enero— y para completar la unidad de la tierra —12 de octubre.»

«Ella hizo posible la realización de los ambiciosos proyectos de Cristóbal Colón, almirante de Castilla, aún en contra de los dictámenes de sesudos varones, menos sabios de lo que ellos mismos suponían. Y en su afán de extender la fe de Cristo por todo el mundo, no vaciló en patrocinar y financiar una empresa que a muchos parecía descabellada. El descubrimiento y la conquista del nuevo continente es el premio a la constancia del almirante y a la fe de la Reina.»

«Llevando como norte y guía los valores espirituales que animaron siempre a la Reina, la intervención de los pueblos de este continente de la esperanza hará posible lograr la hermandad de todos los hombres y de todas las naciones. Este será el mejor homenaje que podrá rendirse a Isabel la Católica.»

◆ Colombia: En Bogotá, miembros de la Embajada de España y funcionarios del Ministerio de Educación y de la Cancillería colombiana colocaron ofrendas de flores ante un monumento que presenta gigantescas estatuas de Colón y la reina Isabel en el centro de la avenida de las Américas.

En el mismo lugar se celebró una reunión especial de la Academia de Historia.

Los diarios colombianos, al recordar la fecha, insisten en los perjuicios que ha traído las naciones americanas el haber estado desligadas. *El Tiempo* sostiene al respecto que «hemos pagado caro el alejamiento y las distancias artificiales. Otra sería la situación de nuestras repúblicas si el sentido de la unidad hubiera prevalecido sobre los pequeños egoísmos. La integración y el diálogo, continuó, deben ser el nuevo propósito de América».

◆ En Chile: La ceremonia principal se celebró en la catedral metropolitana, pero la popular comuna de La Cisterna, la más densamente poblada de la capital, dio comienzo la víspera a los actos conmemorativos.

En medio del mayor entusiasmo, se realizó un acto cívico-militar, con la participación de unidades de la fuerza aérea y del Ejército.

También en los diversos colegios se efectuaron actos conmemorativos, en los cuales fueron izados los pabellones de Chile y España.

◆ En Londres: Los actos conmemorativos de la Fiesta de la Hispanidad culminaron con el tradicional banquete ofrecido en los salones de la Embajada de España

por el embajador y la marquesa de Santa Cruz a todos los jefes de misión de los países de habla española y portuguesa.

También se hallaban entre los invitados el embajador de los Estados Unidos y señora de Annenberg; de Portugal y señora de Faria; de Brasil y señora de Correa de Costa.

El ministro español de la Vivienda y señora de Mortes presidieron la mesa con los anfitriones. Entre las personalidades británicas invitadas a la conmemoración cabe destacar al secretario adjunto del Foreign Office y señora de Geoffrey Rippon.

◆ En Lisboa: Se celebró en el Palacio de Palhavá, residencia de los embajadores de España en Lisboa, un almuerzo al que asistieron el ministro de Negocios Extranjeros de Portugal, señor Rui Patrício; el nuncio de Su Santidad y los representantes de los países iberoamericanos, así como los embajadores de Filipinas y los Estados Unidos.

A los postres, el embajador de

España, don José Antonio Giménez Arnau, pronunció unas elocuentes palabras, refiriéndose a la gloria del Descubrimiento, acontecimiento de primera magnitud histórica, que desde ningún sitio puede ser entendido mejor que desde Portugal, por su tradición descubridora y misionera.

Se refirió a las palabras recientemente pronunciadas en Santiago de Compostela por el presidente Marcelo Caetano, en homenaje a las gestas de España y Portugal «rehaciendo alrededor del Globo el orden de la Creación». Tras referirse a las dificultades de quienes navegaron en un clima de proeza, sin medios técnicos, «solos, pero no a oscuras», levantó su copa por la triple América: la española, «heroica, sufrida y esperanzadora»; la del Brasil, «grande, admirado y querido», y la América del Norte, «poderosa y técnica». «Y al levantar mi copa por América —terminó diciendo—, necesariamente estoy brindando por Portugal y estoy brindando por España.»

A continuación hizo uso de la

palabra el embajador de Chile, quien pronunció un bellissimo discurso en representación de los diferentes países que hoy componen aquel Continente y que recibieron el ser de la Madre Patria.

Finalmente habló el ministro de Negocios Extranjeros de Portugal, quien se refirió animadamente al impacto ibérico en el mundo, ofreciendo hoy a éste fórmulas de convivencia, esperanza y armonía.

◆ En Nueva York: organizado por el Club de la Hispanidad en los Estados Unidos y el Consulado español, se celebró el desfile del Día de la Hispanidad. En la tribuna presidencial, junto con el alcalde de Nueva York señor Lindsay, se hallaba el cónsul general de España señor Adolfo Martín Gamero.

◆ En Viena: Con la tradicional brillantez se celebró el Día de la Hispanidad. La gran fecha de los pueblos hispanoamericanos no sólo se festejó en la Embajada de España, sino también

en la Sociedad Austro-Española, en el club español y en las representaciones consulares de España en Austria. A la recepción de la Embajada española asistieron más de 600 invitados, entre los que se encontraban altos representantes federales y locales de Austria y Viena, el cuerpo diplomático virtualmente en pleno y, en especial, el de los países iberoamericanos, así como otras representaciones de los países hispánicos.

Junto al carácter fundamental de la fecha, es decir, la hermandad entre los pueblos hispánicos, el embajador de España, marqués de Castelflorite, subrayó en sus palabras la adhesión al Caudillo de España y a su sucesor designado, su Alteza Real don Juan Carlos de Borbón.

◆ En Bruselas: En el curso de una recepción con ocasión del aniversario del descubrimiento de América le fue impuesta la placa de gran oficial de la Orden del Mérito Civil de España al alcalde de esta capital, Lucien Coormenans.

CONVOCADOS POR LA O.E.I. Y POR EL MINISTRO ESPAÑOL DE EDUCACION, LOS MINISTROS HISPANOAMERICANOS DE EDUCACION, REVISARON LA POLITICA EDUCACIONAL DE AMERICA

Toledo y Barcelona, sedes de la III Reunión Extraordinaria del Consejo Directivo de la Conferencia Iberoamericana de Ministros de Educación. Los acuerdos.

La fecha del seis de octubre último, día inicial de la Conferencia de Ministros de Educación de Iberoamérica y de la Tercera Reunión extraordinaria del Consejo Directivo de la Oficina de Educación Iberoamericana, quedará grabada como inicio de una etapa histórica en el proceso de la cooperación efectiva entre España y los países iberoamericanos en el campo decisivo de la educación.

Las dos reuniones simultanearon sus tareas, por la similitud que hay en los organismos. El ministro de Educación de España, don José Luis Villar Palasí fue el autor de la iniciativa de esta reunión, en su carácter de presidente nato del Consejo Directivo de la OEI. Ocupó la presidencia efectiva de las deliberaciones, y como veremos más adelante, participó con brillantes discursos e intervenciones en los coloquios. Los ministros visitantes fueron los de: Argentina, Colombia, Costa Rica, Guatemala y Ecuador; en representación de Chile, Bolivia, y Honduras, vinieron los señores subsecretarios del Ramo, así como el secretario general de Educación del Brasil y representando a los otros países hispanoamericanos, los señores embajadores acreditados en Madrid. Filipinas y Portugal estuvieron representados, así como una serie de organismos internacionales, con la UNESCO a la cabeza.

LA SESION INAUGURAL

En el marco maravilloso de la Biblioteca del «Hospital Tavera», de Toledo, tuvo

El jefe del Estado recibió en el palacio de El Pardo a los participantes en la Conferencia Iberoamericana de ministros de Educación, presididos por el ministro español, señor Villar Palasí.



lugar la solemne sesión de apertura. Después de un saludo inicial del señor ministro de Educación de España, tomó la palabra el secretario general de la OEI, don Rodolfo Barón Castro, a quien la asamblea tributó un fuerte aplauso en reconocimiento de la labor realizada a través de los años por el engrandecimiento de la OEI. Barón Castro, en esta sesión inaugural pronunció un discurso de salutación y de solicitud de mayor entusiasmo y cooperación cada día. Habló de la justa apetencia de las masas por un mayor bienestar y de la incertidumbre de una juventud que se torna insolidaria del mundo circundante ante los interrogantes sin respuesta que plantea el futuro.

A continuación del secretario general, intervino por primera vez el ministro de Educación de Colombia, señor Luis Carlos Galán, el benjamín de los ministros de América, y posiblemente del mundo. Es una de las estrellas del equipo juvenil del presidente Misael Pastrana. Dijo entre otras cosas el señor Galán:

«Las nuevas generaciones creemos indispensable intensificar el espíritu innovador que ha surgido en los últimos años. Todo sistema educativo, sus instrumentos, métodos, contenido y objetivos, deben ser revisados a la luz de la realidad, de la evolución social y científica. Si en el pasado lo fundamental era educar para conservar, en el futuro lo indispensable será educar para transformar. Si ayer predominó la educación que discriminaba y dividía, mañana sólo debe existir la educación que integre y unifique. La educación de la seguridad y el egoísmo debe ceder el paso a la educación de la solidaridad; la educación para el conocimiento debe ser reemplazada por la educación para la acción.»

«Durante muchos años —prosiguió el ministro colombiano— en nuestras naciones las discriminaciones económicas y sociales han determinado el desperdicio de innumerables talentos. Las oportunidades de educación han sido desiguales y casi exclusivas para quienes heredaron



Participantes en la Conferencia.

una posición social o un poder económico. Las nuevas generaciones creemos que ya llegó el momento de cambiar esta situación. En ningún lugar del planeta es tan clara esta convicción entre los jóvenes, como entre los países cuya estirpe es española o portuguesa.»

Usaron también de la palabra en esta sesión inaugural el ministro de Educación de Costa Rica, señor Gómez Solano, el representante de la UNESCO señor Blat Jimeno, y finalmente el ministro de España, señor Villar Palasí expuso los libramientos de la nueva Ley de Reforma de la Educación Española. Dijo entre otras cosas:

«Nuestra reforma es ya una realidad jurídica y ahora está convirtiéndose en una realidad práctica, en una realidad social. Con la reforma hemos tratado de corregir el desfase existente entre una sociedad sometida a un proceso dinámico de desarrollo y unas estructuras educativas que, a pesar de ajustes sectoriales, no han podido adaptarse a las nuevas necesidades sociales.»

Y añadió el señor Villar Palasí:

«España es particularmente consciente de la necesidad de cooperación internacional, por lo que nos damos cuenta de que para comprendernos y ayudarnos a nosotros mismos, debemos hacerlo en colaboración con las demás naciones y, especialmente, con nuestros países hermanos, cuya problemática educativa está ligada a la nuestra.»

«Nuestros pueblos, concluyó, tienen un largo camino por recorrer, el camino del progreso. Y la educación es, por su propia esencia, una atenta y esperanzadora mirada hacia ese progreso.»

LA VISITA AL JEFE DEL ESTADO

Cuando llevaban dos días de intenso trabajo los asambleístas, suspendieron éste por breve tiempo para acudir a la audiencia que les concediera el Jefe del Estado español, generalísimo Franco. Ante éste, habló en nombre de todos, el ministro de Educación de Colombia. Dijo el señor Galán:

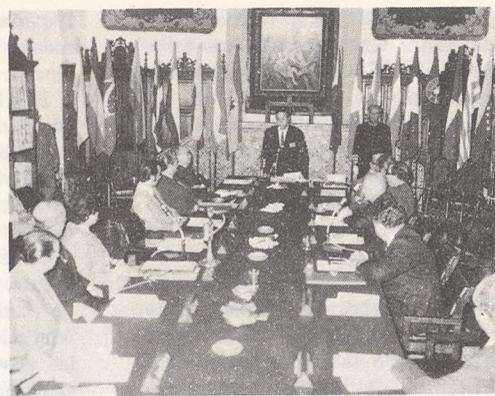
«Excelencia: Los ministros de Educación y los funcionarios asistentes a la reunión convocada por la Oficina de Educación Iberoamericana, me han encomendado la honrosa misión de expresar a Vuestra Excelencia nuestro más res-

tuoso saludo y la gratitud y el afecto que nos merecen las finas atenciones de vuestros funcionarios y de vuestra nación. Nos hemos reunido para analizar el problema de la Educación en nuestros países y para compartir las experiencias obtenidas en la hermosa labor de orientar las políticas educativas. Sabemos que cada uno de nosotros tiene responsabilidades y escenarios muy específicos. Pero comprendemos que la historia y los valores comunes a nuestras naciones durante varios siglos nos convocan para coordinar esfuerzos y posibilidades. Estamos ocupados —como siempre ha sucedido y sucederá en la especie humana— en la tarea de transmitir a la nueva generación lo que el hombre ha comprendido durante varios milenios de evolución de su conciencia. En eso consiste la Educación, y esa tarea no desaparece, aun cuando cada día tenga una versión nueva. En estos momentos vivimos varias circunstancias especiales. Nos corresponde educar, no sólo buscando que cada hombre conozca el patrimonio de conciencia acumulado por la Humanidad en centenares de generaciones, sino para que cumpla responsablemente sus deberes con la generación del porvenir. En este siglo hemos aprendido que en la acción y en la vida de cada ser humano, por humilde que sea, existen inmensas prolongaciones hacia el pasado y hacia el porvenir. Entre sus objetivos primarios deliberados, a la Educación le corresponde despertar la conciencia de cada hombre, para que comprenda esas prolongaciones. Sin embargo, hasta el siglo actual, la oportunidad de educarse ha estado reservada a los dueños de los factores del poder económico y social. Ahora, en la última parte del siglo XX, cuando la justicia social se convirtió en exigencia inmediata, todas las naciones de la Tierra están comprometidas a ofrecer oportunidades iguales de educación para todos los hombres.»

«Con la Ley de Reforma educativa firmada por Vuestra Excelencia en agosto pasado, España ha sobresalido entre las naciones que están a la vanguardia en esta hermosa tarea de justicia e igualdad. La Madre Patria nos muestra de nuevo un camino que cada nación debe recorrer con sus propios criterios dentro de un horizonte común: ofrecer a cada hombre la ocasión y los instrumentos para participar en el patrimonio espiritual de la humanidad y ayudar a enriquecerlo y multiplicarlo. Las naciones de estirpe hispánica volvemos a mirar hacia la Madre Patria, pero ahora lo hacemos no sólo porque nos llama el eco del pasado, sino porque el Libro Blanco y la Ley de Reforma Educativa ya señalaron un elemento fundamental en el porvenir.»

A estas palabras del ministro colombiano respondió el generalísimo Franco:

«Es para mí una satisfacción recibir a los representantes de los países iberoamericanos y conocer sus tareas en las reuniones que se celebran para resolver los problemas e ilustrarse mutuamente sobre los mismos, que son comunes en esta



El ministro español de Educación y Ciencia preside el acto inaugural, en el Hospital Tavera de Toledo, de la III reunión del Consejo Directivo de la Oficina de Educación Iberoamericana y de la Conferencia Iberoamericana de ministros de Educación.

hora. Asimismo, celebro que se encuentren en nuestra patria y cambien impresiones sobre estas inquietudes de la educación y formación del hombre, y agradezco todo cuando hagáis en pro de esta misión tan noble, tan inteligente e indispensable. Muchas gracias.»

REUNION DE LOS MINISTROS

Bajo la presidencia del subsecretario de Educación y Ciencia de España, don Ricardo Díez Hochleitner, fue inaugurada en el palacio de Fuensalida la Conferencia Iberoamericana de Ministros de Educación el mismo día 8 por la tarde.

La conferencia, por unanimidad, eligió presidente a don José Luis Villar Palasí y vicepresidentes a los ministros de Educación de Colombia y Guatemala, don Luis Carlos Galán y don Alejandro Maldonado y al ministro de Educación y Cultura de la Argentina don José Luis Cantini.

Abierta la sesión, en primer término don Gabriel Betancour Mejía, embajador de Colombia ante la UNESCO, presentó un informe sobre la reunión de Bogotá, en el que varios especialistas estudiaron el complejo tema de la equivalencia de estudios. Dijo que habían sido invitados a este comité expertos y especialistas de la OEA, del Banco Interamericano, OEI y de la UNESCO. Destacó el valor documental presentado por la OEI, al que calificó de impresionante. Es la primera vez —continuó diciendo— que expertos del área iberoamericana se han propuesto estudiar a fondo para llegar a la unificación y a la equiparación de títulos. Terminó señalando que es necesaria una coordinación interinstitucional para llegar a fórmulas rápidas en torno a este problema.

Luego habló la subsecretaria de El Salvador, doña Antonia Portillo de Galindo, quien destacó que su país se encuentra empeñado en una reforma integral de la educación que comprende, primero, la educación general básica y, segundo, la educación diversificada, científica y tecnológica.

El ministro de Educación de Costa Rica, don Ladislao Gámez Solano, señaló que su país se encuentra empeñado en

un plan a corto y largo plazo, el cual abarca distintos aspectos del sistema educativo.

El embajador del Perú en España, general Lindley, dijo cómo quería agradecer al Gobierno español y de manera especial al ministro de Educación y Ciencia de España por la valiosa ayuda prestada en materia educativa, pues los técnicos peruanos que elaboraron la reforma de este carácter tuvieron la oportunidad de venir a España para estudiar a fondo la reforma en este país.

También el ministro de Guatemala, don Alejandro Maldonado, hizo referencia a los planes de alfabetización de adultos puestos en marcha en su país.

Luego hubo un coloquio y al final de la reunión fue aprobada una moción española presentada por el subsecretario del Ministerio de Educación y Ciencia, destinada a lograr el mayor éxito de la asamblea a través de un diálogo sincero.

Al finalizar la reunión, presidida en este momento por el ministro de Educación de la Argentina, señor Cantini, se aprobó una moción española tendente como señaló el subsecretario del Ministerio de Educación y Ciencia, señor Díez Hochleitner, «a lograr el mayor éxito de esta Asamblea a través de un diálogo sincero, profundo y eficaz». La moción, aprobada por unanimidad, hace referencia a la necesidad de una comunicación de preguntas candentes, preocupaciones máximas y al conocimiento de situaciones

estudiantiles en los países, así como al planteamiento educacional en cada una de las naciones implicadas en estos sistemas.

LA CLAUSURA

Después de varias sesiones y días de trabajo en Toledo, los congresistas se trasladaron a Barcelona, donde en el suntuoso marco del Consejo de Ciento, y en el propio Día de la Hispanidad, se celebró el acto de clausura. Antes, concurren a la tradicional ofrenda ante el monumento del Descubridor, y fueron pronunciadas allí hermosas invocaciones a la fraternidad y a la cooperación efectiva.

Trasladados al Consejo de Ciento, comenzó el acto de clausura con la firma por parte de Costa Rica del Estatuto de la OEI, pronunciando un discurso el ministro de aquel país, señor Gámez Solana. A continuación usaron de la palabra los señores ministros de la Argentina y de Guatemala, así como los rectores de la Universidad de Lisboa y de la de Valladolid. Este último, el señor Suárez, desarrolló una importante conferencia sobre historia de Hispanoamérica.

Por último, el ministro señor Villar Palasí resumió en breves palabras los resultados de las reuniones. «No es ya posible, a nuestro juicio —dijo—, plantear reformas educativas a pequeña escala. Se necesitan cambios más profundos;

no se trata de cambios cuantitativos, no se trata de dar más escuelas o más becas o más presupuestos. Los problemas en 1970 tienen un matiz solamente cualitativo. Los viejos sistemas que pudieron servir mientras se trató sólo de conocimientos estáticos están superados hoy. En 1970 aquellos conocimientos se han convertido en algo vivo y cambiante. La reforma de la educación es preciso afrontarla con toda valentía; es el gran reto de la sociedad, cuyo futuro es muy difícil anticipar.»

«Todos los países de Hispanoamérica —añadió el señor Villar Palasí— han emprendido hoy reformas en su sistema de educación. En estos días hemos tenido ocasión de estudiar, discutir y comparar programas y soluciones. El porcentaje de error disminuye considerablemente al poder cotejar opiniones diferentes. Este es, sin duda, el mejor resultado de estas reuniones que hoy clausuramos. Creo que Iberoamérica está vinculada a una hermosa aventura: la de la educación. Estoy ilusionado con que estas reuniones puedan ser el inicio de una nueva etapa para nuestros esfuerzos, una etapa pedagógica y de estrechos contactos con todos nuestros países hermanos. La Oficina de Educación Iberoamericana servirá, sin duda, para canalizar en adelante todos estos proyectos y aspiraciones.»

Finalmente, el señor Villar Palasí declaró clausurada la Tercera Conferencia de Ministros de Educación Iberoamericanos y el Consejo Ejecutivo de la OEI.

«LA LEY DE REFORMA DE LA ENSEÑANZA CONVERTIRÁ A ESPAÑA EN EL PAÍS MÁS AVANZADO DE EUROPA».—Luis Carlos Galán, ministro de Educación de Colombia.

«LA HUMANIDAD ESPERA, ANSIA, EL APORTE HISPANICO. ES IMPERATIVA LA COLABORACION ESTRECHA ENTRE ESPAÑA Y LOS PAISES HISPANOAMERICANOS».—José María Velasco Ibarra, excelentísimo señor presidente de la República de Ecuador.



El presidente de la República del Ecuador, doctor Velasco Ibarra, y el nuevo embajador español, don Eduardo Ibáñez.

DON Luis Carlos Galán, de sólo veintisiete años de edad, se destacó en la Conferencia de Ministros de Educación convocada por la OEI en octubre pasado,

como una de las más brillantes personalidades en aquella asamblea de brillantes personalidades. Dejó aquí un gran recuerdo.

De don Luis Carlos Galán recogemos una opinión, ofrecida con gran sencillez y espontaneidad al periodista José Francisco Pastora Herrero para el diario *Arriba* de Madrid. En una entrevista muy lúcida y muy lucida, de esas donde entrevistado y entrevistador compiten en inteligencia y en agudeza, leemos esta paladina declaración del jovenísimo ministro colombiano:

—Lo que voy a decir de la reforma educativa española no lo digo porque esté en España. Ustedes, estoy seguro, van a dar la sorpresa al mundo. Su reforma es ya un punto de referencia importante para todo el mundo. Esto lo he oído en la UNESCO, organismo internacional que goza de toda la independencia. Es audaz. Mira lejos. Trascendental. Convertirá a España en el país más avanzado de Europa. Será la respuesta que España puede dar al mundo, que siente una profunda crisis educativa. Para nosotros (los his-



El ministro de Educación Nacional de Colombia, don Luis Carlos Galán, durante su intervención.

panoamericanos) es de gran importancia por los rasgos comunes que nos unen. Lo que más me llama la atención es la mentalización que se ha conseguido del país y



el planteamiento de la Educación General Básica. Será como un despertar de las naciones, porque las revoluciones son contagiosas.»

De Colombia pasemos a Ecuador. Estamos en Quito. Hoy presenta sus cartas credenciales al presidente don José María Velasco Ibarra un nuevo embajador español. Don Eduardo Ibáñez, diplomático joven, va a relacionarse con uno de los «grandes viejos» de América. Velasco Ibarra es un maestro. Siempre está más allá

de las cosas, sobre ellas, dominándolas y no dejándose dominar por nada. ¿El protocolo? Es una maravilla mientras no nos impida la sinceridad. Velasco Ibarra convierte el acto de presentación de credenciales del embajador de España en una efusión. Dice cosas que le salen del alma. «El Ecuador se siente hondamente vinculado con España. Creo que el contacto con la civilización hispánica fue profundamente transformador en sentido progresivo para todo el continente americano.»

Y añade: «Debemos a España el vigor sustantivo de la individualidad personal, la fe en los valores éticos, en el honor, la lealtad, el respeto al débil, la aventura en pos de ideales. Somos hijos emancipados y soberanos, pero inspirados en el alma hispánica... Especialmente imperativa es en estos momentos la cooperación cada vez más estrecha entre España y los países hispanoamericanos. La Humanidad espera, ansía, el aporte hispánico.»

RENUNCIA DE FELIPE HERRERA A LA PRESIDENCIA DEL B.I.D.

ENTRE las grandes noticias con signo negativo producidas en Hispanoamérica en este año, hay que incluir entre las más llamativas y apenadoras, la de que Felipe Herrera dejó presentada, ante el Consejo de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo, la renuncia al cargo de presidente.

Durante diez años Felipe Herrera ha trabajado incansablemente y ha hecho una labor que nadie osaba proyectar como realizable en un plazo tan corto. El Banco Interamericano de Desarrollo se ha convertido, en manos del señor Herrera, en un organismo internacional de prestigio invulnerable. Su Santidad Pablo VI dio tácitamente la medida de la autoridad moral del BID cuando puso en sus manos el Fondo «Populorum Progressio». Japón, Inglaterra, Alemania Occidental, Suecia, Noruega, Italia, Israel, siguiendo el camino de confianza y de fe abierto por España, al respecto, han entregado muchos millones de dólares al BID. El monto de los proyectos ya en funcionamiento pasa de tres mil ochocientos millones de dólares. Norteamérica ha contribuido con la compra de 505 millones en bonos del Banco. La situación del organismo en fin, es magnífica. Pero Felipe Herrera ha dado tales razones para su renuncia, que hasta el momento en que escribimos parecen irremovibles. Consideraciones de amplio patriotismo le llevan a estimar que en la nueva etapa política de Chile, iniciada el día cuatro de este mes, él no debe estar ausente de su patria y del trabajo común por engrandecerla.

Al tiempo que transcribimos los párrafos esenciales del documento-renuncia de Felipe Herrera, consignamos nuestro más

fervoroso homenaje de reconocimiento a su impecable y eficientísima labor en pro del desarrollo integral de América.

He aquí sus razones: «Para mí —dice—, el BID, en su primera década de servicio público regional, no sólo ha sido el eficaz instrumento del financiamiento y de la cooperación técnica, sino un factor de maduración de importantes conceptos vinculados con el crecimiento y la integración económica de América Latina, que al mismo tiempo han abierto nuevas y originales perspectivas en el cuadro de la cooperación interamericana e internacional. Se suele decir que nuestra entidad es “un Banco de ideas”: ello es efectivo en cuanto hemos cooperado en el proceso de autofirmación de nuestros pueblos, basado en niveles más altos de vida, en una mayor justicia social y en un mayor grado de independencia económica. La vigencia de estos conceptos corresponde por lo demás a las “ideas-fuerzas” predominantes en el actual momento de la historia de América Latina.»

«Estoy convencido —añade— que al presente se abren nuevas perspectivas, y por eso mismo difíciles, en el contexto de las motivaciones señaladas. Para el caso de mi país, mis conciudadanos han expresado democráticamente sus deseos de acelerar ese proceso.

Después de más de diez años de dedicación a la causa de la comprensión continental, no desearía estar alejado de mi pueblo en la nueva etapa de su evolución histórica que inicia.»

«Creo —prosigue—, que en ese escenario, a la luz de mi experiencia, estaría en condiciones de participar en las aspiraciones colectivas, reintegrándome a mi cátedra universitaria y a las actividades académicas que ejercía en Chile antes de entrar de lleno al servicio público internacional. La juventud de mi patria —tengo dos hijos a través de quienes he absorbido sus inquietudes— no sólo busca un futuro de mayor desarrollo, sino particularmente una mayor perspectiva de realización espiritual en el cuadro de una sociedad mejor organizada. Espero poder, así, desde un plano intelectual, seguir luchando por los mismos objetivos que han orientado mi acción en estos últimos diez años: construir una comunidad integrada de naciones latinoamericanas, abierta al mundo, moderna, dinámica y justa en su economía y en sus instituciones.»

«El contrato de servicios —dice para terminar— que tengo con el BID me faculta a renunciar a mi cargo en cualquier momento, siempre que notifique a la institución con anticipación razonable. Es por eso que junto con presentar la



Don Felipe Herrera.

renuncia indeclinable a mi cargo, solicito de los señores Gobernadores que se haga efectiva, a más tardar, en oportunidad de la próxima reunión de la Asamblea, que tendrá lugar en mayo de 1971, en la ciudad de Lima, Perú. Seguramente los señores Gobernadores adoptarán a la brevedad las medidas del caso para proceder a la elección de mi reemplazante en un término prudencial, con miras a mantener la marcha habitual de los negocios del Banco.»

Con posterioridad a esta renuncia, de fecha 11 de octubre ppdo., Felipe Herrera ratificó su decisión. En las declaraciones ante la prensa tuvo la gentileza de manifestar espontáneamente su admiración por el desarrollo económico de España, del cual dijo «que puede servir de modelo para muchos países iberoamericanos». Dedicó también una mención elogiosísima para don Gregorio Marañón y para la labor que ha desarrollado al frente del Instituto de Cultura Hispánica. Manifestó en esa oportunidad que no pensaba ocupar un cargo de ministro en el primer gabinete del doctor Salvador Allende.

CENTENARIO DE LAS ACADEMIAS HISPANOAMERICANAS

Con motivo de cumplirse el 24 de este mes el centenario de la creación, por la Real Academia de la Lengua Española, de Academias correspondientes en Hispanoamérica, publicaremos un importante estudio sobre el tema, hecho por la autoridad del profesor y ensayista, Dionisio Gamallo Fierros.



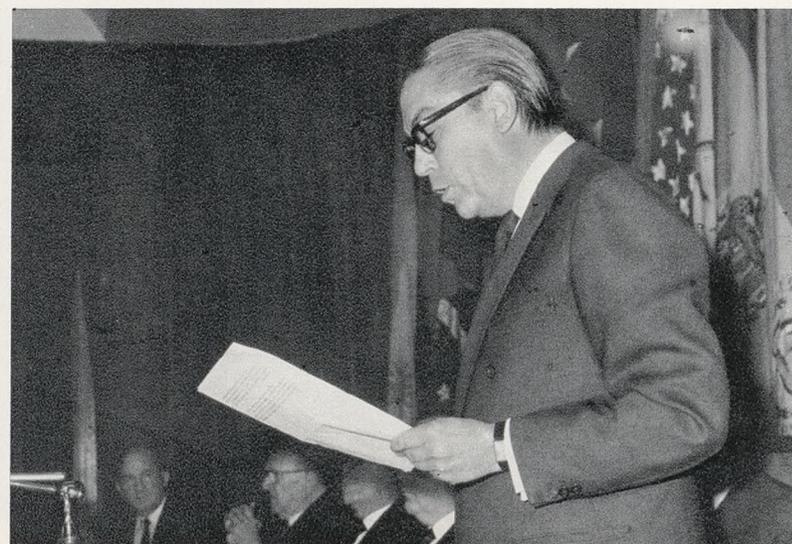
EN EL PALACIO DE EL PARDO

El Jefe del Estado español, generalísimo Franco, recibió en su despacho oficial del Palacio del Pardo al presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Mr. Richard M. Nixon. La visita a España del primer mandatario norteamericano ha servido para poner de manifiesto la cordialidad y el buen entendimiento entre los dos países, que se plasmó recientemente en la renovación de los Acuerdos. En sus entrevistas con S.A.R. el Príncipe de España, don Juan Carlos de Borbón; el vicepresidente del Gobierno, don Luis Carrero Blanco; el ministro de Asuntos Exteriores, don Gregorio López Bravo y demás miembros del Gobierno y altos dignatarios del país, ha tratado de establecer nuevos cauces al fomento de la cooperación en los campos de la economía, la técnica y la defensa. En esta ocasión, tercera de las visitas del presidente Nixon a España, recibió una cálida acogida. Más de un millón de personas, a lo largo de los 21 kilómetros que separan el aeropuerto de Barajas del palacio de la Moncloa aclamaron a los dos estadistas. La escala española del viaje a Europa de Nixon se recordará por la cordial hospitalidad del pueblo y el eficaz entendimiento con el Gobierno.



VISITA AL PRINCIPE DE ESPAÑA

El Príncipe de España, S.A.R. don Juan Carlos de Borbón, ha recibido en su residencia del palacio de la Zarzuela, a los ministros y delegados de los países iberoamericanos que asistieron a la conferencia celebrada con ocasión del Centenario de la Ley Orgánica del Poder Judicial. Los visitantes iban acompañados por el ministro español de Justicia, don Antonio María Oriol.



EL DIA DE LA HISPANIDAD EN MADRID

Bajo la presidencia del ministro de Información y Turismo, don Alfredo Sánchez Bella, encargado de la Cartera de Asuntos Exteriores, por ausencia del titular señor López Bravo, se ha celebrado en la sede del Instituto de Cultura Hispánica el Día de la Hispanidad. Le acompañaban: el director del citado Instituto, don Gregorio Marañón; los directores generales de Política Exterior, don Fernando Rodríguez Porrero, y de Relaciones Culturales, don José Pérez del Arco; el embajador de Nicaragua y decano del Cuerpo Diplomático Iberoamericano en España, don Vicente Urcuyo; el embajador de Portugal, don Manuel F. Rocheta; el embajador de España, don Manuel Aznar Zubigaray, que disertó sobre el tema «Alma y esencia de los pueblos hispánicos»; representantes del Cuerpo Diplomático Iberoamericano; miembros titulares y alto personal del Instituto, así como numeroso público. Abrió el acto el embajador de Portugal, que recordó que «para ninguna nación o grupo de naciones puede ser más abierto y sincero el propósito de franca colaboración internacional en relación con las naciones aquí representadas». Le siguió el embajador de Nicaragua, que hizo hincapié en «tres formas de hispanidad: análisis de las dos culturas que forman la base del pueblo hispanoamericano, intercambios y experiencias para resolver los problemas económicos, sociales y culturales que se plantean e interés personal de cada español por América».

«Así como en las grandes festividades religiosas —empezó diciendo, don Manuel Aznar en su disertación— leemos unos textos sagrados que recuerdan la grandeza y profundidad de los misterios de la fe o exaltan las vidas de los santos, creo que hay también lecturas obligadas para las grandes fiestas y celebraciones del orden civil.» A renglón seguido leyó los trechos del Diario de Colón correspondientes al Descubrimiento de América. La exposición del embajador Aznar ha sido una glosa magistral a la esencia histórica y a las perspectivas futuras de la Comunidad Hispánica de Naciones.

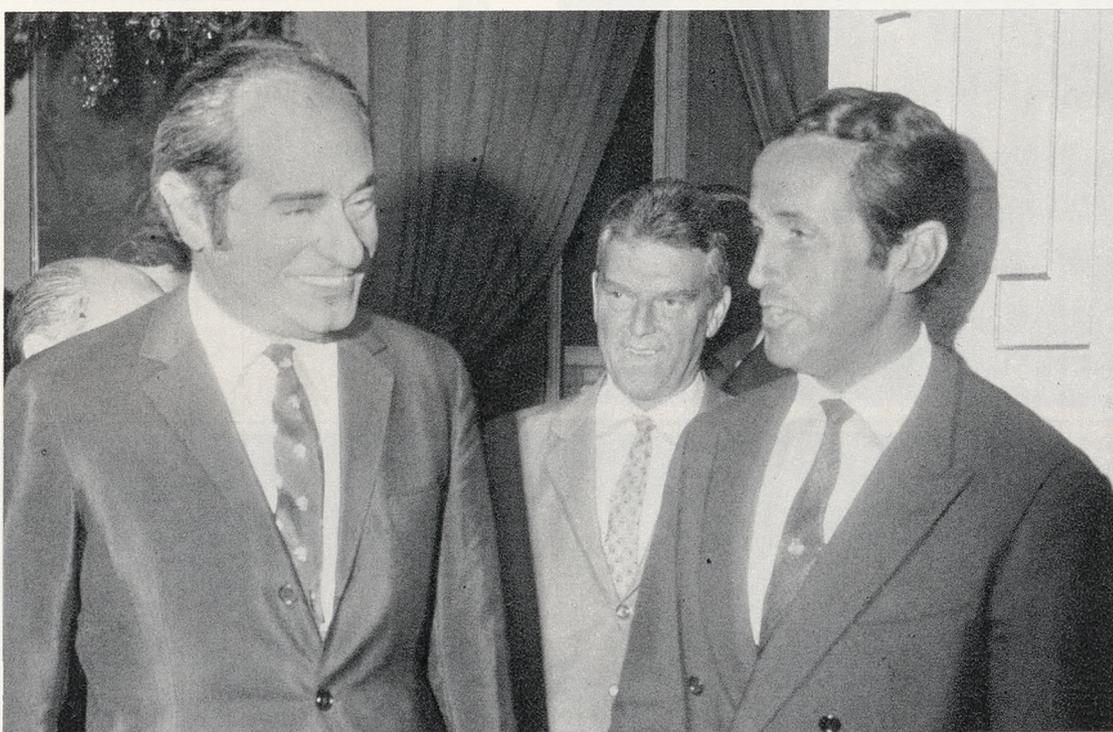
Cerró el acto el director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón, que leyó un telegrama de adhesión enviado desde Barcelona, donde se celebró la clausura de la Conferencia de Ministros de Educación de Iberoamérica y anunció la inauguración, próximamente, del monumento a Bolívar en Madrid. «Creo que el genial Libertador —expresó—, en la capital de las Españas, nos libertará a todos, españoles y americanos, de inadmisibles y viejos complejos.»

En la información gráfica se recogen varios momentos del acto: una vista de la presidencia, y las intervenciones de don Manuel Aznar; don Gregorio Marañón, director del Instituto de Cultura Hispánica; don Manuel F. Rocheta, embajador de Portugal, y don Vicente Urcuyo, embajador de Nicaragua y decano del Cuerpo Diplomático Iberoamericano en España.



EN EL PALACIO DE SANTA CRUZ

El ministro de Asuntos Exteriores, don Gregorio López Bravo, recibió en su despacho oficial del palacio de Santa Cruz al ministro de Hacienda de Filipinas, señor Virata, que asistió a la XI Reunión de Gobernadores de Bancos Centrales.



RATIFICACION DEL CONVENIO CULTURAL HISPANO-URUGUAYO

El ministro de Asuntos Exteriores, don Gregorio López Bravo, y el embajador de Uruguay en España, don Luis Posadas Montero, han firmado el canje de instrumentos de ratificación del Convenio Cultural Hispano-Uruguayo, firmado en Montevideo en 1964. El acto tuvo lugar en el palacio de Santa Cruz y estuvieron presentes el subsecretario de Asuntos Exteriores, señor Fernández de Valderrama y otras personalidades.



RECEPCION ACADEMICA

La Academia Colombiana de la Lengua ha recibido como miembro correspondiente al doctor Alfredo Vázquez Carrizosa, ministro de Relaciones Exteriores. En la presidencia del acto figuraron: el ministro de Educación, don Luis Carlos Galán; el presidente de la República, doctor Misael Pastrana Borrero; el director de la Academia, doctor Eduardo Guzmán Esponda y el embajador de España, don Joaquín Juste Cestino.



PRESENTACION DE CREDENCIALES

El nuevo embajador de España en la República de El Salvador, don Manuel Fuentes Irurozqui, presentó sus cartas credenciales al presidente de la República, don Fidel Sánchez Hernández.



EN MANILA

El nuevo embajador de España en Filipinas, don Nicolás Martín Alonso, presentó sus cartas credenciales al presidente de la República, doctor Ferdinand Marcos.

DON ESTEBAN BILBAO Y EGUIA

(†) En su residencia de Durango ha fallecido don Esteban Bilbao y Eguía, Marqués de Bilbao y Eguía, ex presidente de las Cortes y del Consejo del Reino.

Había nacido en Bilbao, en 1879. Hizo estudios de doctorado en Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Deusto. Su actividad política comenzó en 1902 junto al glorioso tribuno Juan Vázquez de Mella. En 1916 fue elegido diputado por Tolosa y más tarde por Vizcaya. Colaboró en el Gobierno del general Primo de Rivera. En 1933 fue elegido diputado por Navarra. El Gobierno de la II República le desterró a Lugo. En 1939 fue designado ministro de Justicia, cargo que ejerció hasta 1943 en que fue nombrado presidente de las Cortes españolas. En 1948 se hizo cargo de la presidencia del Consejo del Reino. Ejerció ambas presidencias hasta 1965.

Testigo y artífice de excepción de los más recientes acontecimientos de la vida nacional, su muerte representa la desaparición de una de las personalidades más representativas del país. Descanse en paz.



EN GUATEMALA

El embajador de España en Guatemala, don Justo Bermejo, ha recibido de manos del director de Turismo, don Leonel Sisniega,

el trabajo titulado «El Apóstol Santiago en Guatemala» con destino a la publicación que está preparando el Ministerio español de Información y Turismo para conmemorar el Año Santo Jacobeo de 1971. El trabajo es obra de don Antonio King Mena y don Gustavo Castro Orellana. En la foto, don Leonel Sisniega, director de Turismo de Guatemala; el embajador de España, don Justo Bermejo; la señorita Dolores Yurrita Grignard, subdirectora de Turismo y don Antonio King Mena, asesor de Asuntos Folklóricos y Artesanía.



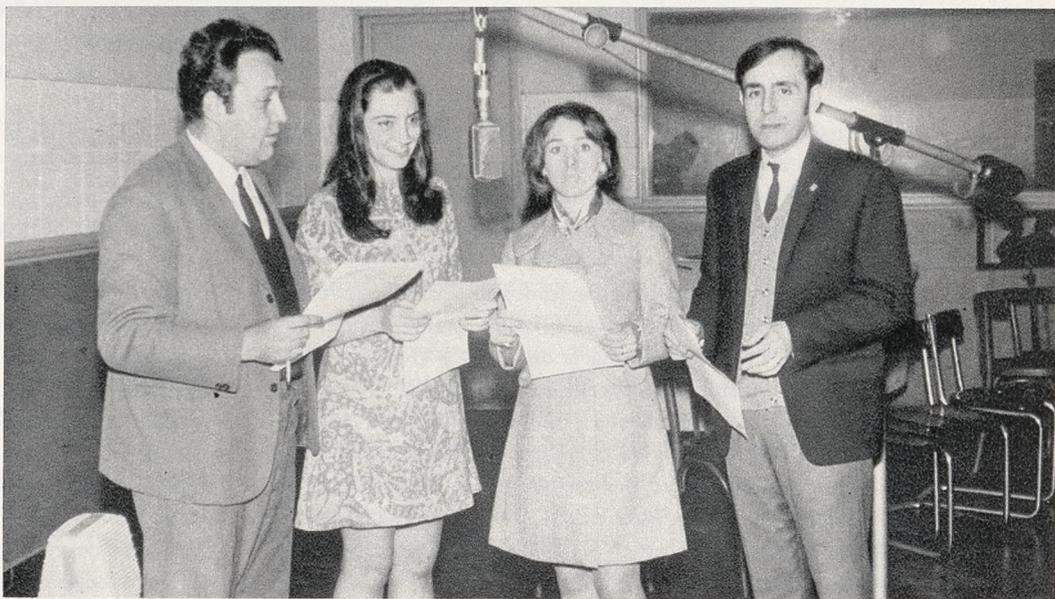
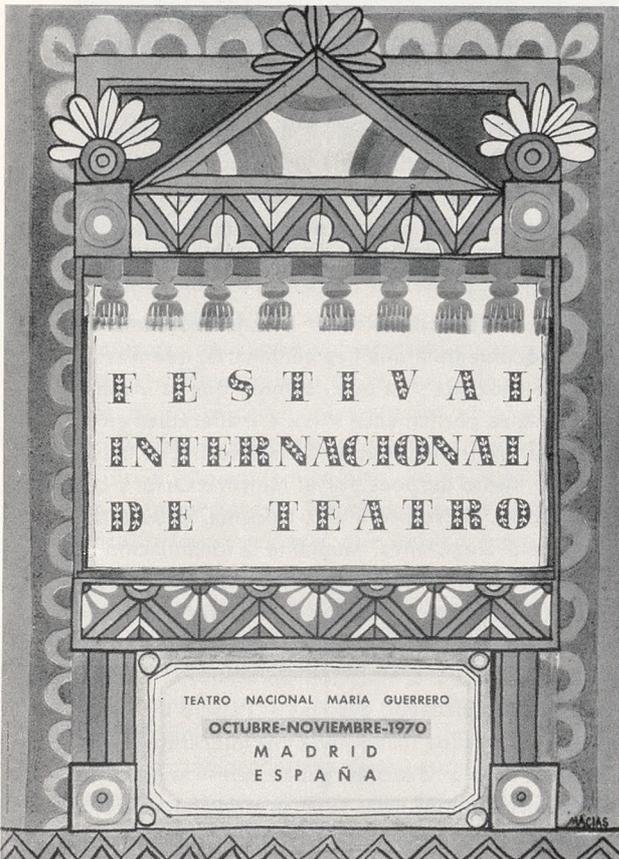
CONDECORACIONES PERUANAS

El embajador del Perú en España, don Nicolás E. Lindley, impuso las insignias de la Orden al Mérito Naval de su país a los vicealmirantes Martel Viniegra y Pita de Veiga; los tenientes coroneles Sánchez Gabriel y Coba; los capitanes de corbeta Carreño y Espinosa y el capitán Peñaranda.



CONDECORACIONES CHILENAS

El embajador de Chile, don Sergio Sepúlveda Garcés, impuso las insignias de la «Orden al Mérito» al almirante don Jesús Fontana, director del Instituto Social de la Marina; coronel don Rafael Romero, don Eugenio Mariñas, don José M. Velo de Antelo y don Luis Fernández Fuster. En la foto, el momento de condecorar al almirante Fontana, en presencia del ministro español de Obras Públicas, don Gonzalo Fernández de la Mora, y otras destacadas personalidades



PROGRAMA RADIOFONICO CENTENARIO

El programa radiofónico «Panorama hispánico» que transmite semanalmente la emisora argentina LRA 5 Radio Nacional de Rosario, con la colaboración del Club Español de la citada capital, acaba de realizar su emisión número cien. En la foto, de izquierda a derecha, don Alfredo Muñoz de Toro, las señoritas Carmita Batle y Adelina Mirta La Peruta y el director del mismo, don Andrés Figueras Coll.

I FESTIVAL INTERNACIONAL DE TEATRO EN MADRID

Tres compañías españolas —Teatro Español, de Madrid; Els Joglars y Adriá Gual, de Barcelona— y seis extranjeras —Maria Matos, de Lisboa; Théâtre de Poche, de Ginebra; Teatro Libero, de Roma; Zimmer Theater, de Tubingen; Centre National Dramatique Languedoc-Rousillon, de Francia y la Compañía del Teatro Nacional Polaco de Pantomima de Wroclav— se han dado cita ante el público de la capital de España, para presentar un variado programa de representaciones. Dentro del programa general figuran la celebración de las «I Conversaciones Internacionales de Teatro», la exposición «El Teatro español» y un ciclo de proyecciones cinematográficas bajo el título «El Teatro en el Cine», que ofrecerá las últimas y más destacadas filmaciones de importantes montajes teatrales en diversos países.

CENTENARIO DE LA LEY ORGÁNICA JUDICIAL Y CONFERENCIA DE MINISTROS DE JUSTICIA

por Nivio López Pellón



Apertura de Tribunales. Bajo la presidencia del ministro de Justicia, señor don Antonio María de Oriol, ha tenido lugar este acto en el Salón de Plenos del Supremo, del Palacio de Justicia.

CON solemne marco hispanoamericano, tuvieron lugar en Madrid, paralelamente a la apertura de Tribunales, los actos conmemorativos del primer Centenario de la Ley Orgánica del Poder Judicial español, de 1870, y una Conferencia de Ministros de Justicia de los países hispano-luso-americanos y Filipinas, cuya presencia en la capital española, como la de los presidentes hispanoamericanos de Cortes Supremas de Justicia, respondían a expresas invitaciones, respectivamente, del ministro español de Justicia, don Antonio María de Oriol y Urquijo, y del presidente del Tribunal Supremo, don Francisco Ruiz-Jarabo.

La triple proyección, judicial, cultural y política, de los actos celebrados, hizo valedera, una vez más, la viva correspondencia de la comunidad hispánica, sin que la solemnidad del centenario ni el protocolo de la agenda social restasen tiempo y efectividad a las sesiones de trabajo de la Conferencia de Ministros de Justicia —primera en su clase—, con resoluciones adoptadas de máximo interés.

APERTURA DE LOS TRIBUNALES. EXPOSICION

Se inauguraron los actos conmemorativos en el salón de plenos del Supremo con la apertura de los Tribunales, bajo las presidencias de los señores Oriol Urquijo y Ruiz-Jarabo, ministro español de Justicia y presidente del Supremo, respectivamente, y encontrándose presentes el fiscal, los presidentes de Sala y magistrados, así como los presidentes de las Cortes Supremas de Justicia de estas naciones hermanas, otras personalidades del foro y numeroso público.

En el informe presentado por el fiscal del Supremo, don Fernando Herrero Tejedor, al referirse al Centenario de la ley Orgánica de Justicia, que cumplía un siglo de vigencia, explicó la necesidad de recoger en una nueva Ley el vigente sistema de Estado social de Derecho y sus expresiones que apuntan y nos obligan hacer replanteamientos de más

largo alcance. A la vez, el principio de legalidad, de sometimiento del Estado al Derecho, ha sustituido, superándola, la vieja doctrina de la división de poderes. Rindió al final de sus palabras, a los representantes de los países hermanos presentes, un tributo de admiración y respeto, y esbozó los avances obtenidos en el propósito de ir preparando un Código Penal tipo para Latinoamérica.

El discurso del presidente del Supremo, señor Ruiz-Jarabo, constituyó un cálido y sentido reconocimiento a una Ley centenaria, que tras un siglo de vigencia, conserva su lozanía y el buen sentido que la inspiró, y cuyos principios fundamentales permanecen vivos e inalterables en su esencia, aún dentro del actual programa general de la reforma de la Justicia española, según anuncio hecho después por el ministro Oriol y Urquijo, que habló a continuación. Se refirió a esta reforma, «que está a punto de culminar en su fase prelegislativa, mediante la formulación de tres proyectos de ley de Bases: la Ley Orgánica de la Justicia y los Códigos procesales civil y penal». Anunció que se trataba de una «reforma total y conjunta, equilibrada, con sentido racional, acorde con el sentir general del ambiente y que es contraria a la inflación normativa».

Todas las personalidades se trasladaron después al Palacio de Archivos de la Biblioteca Nacional, donde fue inaugurada una interesante exposición del documento judicial, en la que se albergaban muestras de la Administración de Justicia desde el año 1342 hasta 1970, presentándose ciento dieciséis documentos de las más diversas épocas y temas, procedentes de archivos, bibliotecas, ayuntamientos y diputaciones de toda España.

UNA LEY QUE SIRVIÓ DE BASE A LOS CODIGOS HISPANOAMERICANOS

El Primer Centenario de la Ley Orgánica del Poder Judicial tuvo su máxima conmemoración en el paraninfo de la Universidad salmantina, gloria del pensamiento europeo en la historia del Derecho. Asistieron,



El ministro de Asuntos Exteriores, don Gregorio López Bravo, en su discurso de clausura de la Conferencia de Ministros de Justicia.

con los presidentes de las Cortes Supremas de Justicia y ministros de la Comunidad Hispano-Luso-Americana-Filipina, los ministros españoles de Justicia y de Educación y Ciencia, director general de Justicia, presidente y fiscal del Tribunal Supremo, y destacadas figuras, nacionales y extranjeras, del mundo jurídico y forense.

Una solemne procesión académica, integrada por personalidades asistentes, ataviadas con sus togas y mucetas forenses, acompañadas de los profesores del centro universitario y vistiendo los trajes académicos, recorrió el claustro bajo de la universidad hasta el paraninfo. Abrían la marcha, los maceros universitarios, el maestro de ceremonias y la banda de chirimías, interpretando música medieval.

En el acto académico hizo uso de la palabra primeramente, el rector de la Universidad de Salamanca, quien después de poner de relieve los vínculos imperecederos que existen entre la Universidad salmantina y los países hispánicos, destacó que la Universidad había sido la más antigua de las que se dedicaron a la ciencia jurídica, habiendo pasado por sus aulas los más ilustres juristas del tronco común hispánico. Habló a continuación el presidente del Tribunal Supremo, señor Ruiz-Jarabo, quien exaltó los valores permanentes de la Justicia, a la que consideró como la única ciencia que puede dar la paz y tranquilidad.

La lección académica de la sesión, sobre «El formulismo, el antiformalismo y la codificación», fue desarrollada por el presidente de la Comisión General de Codificación, don Antonio Hernández Gil. Seguidamente, habló el profesor de la Universidad libre de Bogotá, don Hernando Devis Echandía, quien a nombre de sus compañeros y colegas de la Comunidad Hispano-Luso-Americana-Filipina, rindió un enfervorizado homenaje a la Ley judicial promulgada en 1870, que sirvió de modelo a los códigos de las naciones del otro lado del océano. El acto fue clausurado por el ministro de Educación y Ciencia de España, señor Villar Palasí, que subrayó los indisolubles lazos que existen entre la realización de la justicia y la auténtica formación moral que comporta la Universidad.

CONFERENCIA DE MINISTROS DE JUSTICIA

Dentro del programa de los actos conmemorativos del I Centenario de la Ley Orgánica del Poder Judicial español, tuvo lugar en la sede de la Escuela Judicial de Madrid, en la Ciudad Universitaria, la Conferencia de Ministros de Justicia de los países hispanoamericanos y Filipinas. El objetivo principal de la Conferencia fue establecer las bases para una cooperación permanente en estudios y proyectos prelegislativos, en la información sobre el Derecho vigente y su aplicación, en programas y experiencias sobre los métodos utilizados por los respectivos Ministerios de Justicia, en métodos y sistemas penitenciarios, en sistemas de fe pública notarial y organización y funcionamiento de los Registros de las personas y de los bienes, y en otros problemas de interés general.

A esta Conferencia asistieron, con el ministro español de Justicia, el de Argentina, don Jaime Perriau; el de Brasil, don Alfredo Buzaid; el de El Salvador, don Rafael Ignacio Funes; el de Haití, don Simón Devarieux; el de Panamá, don Alejandro Ferrer, y el de Venezuela, don Alejandro Tovar. Además, Costa Rica, Filipinas, Guatemala, Uruguay y Portugal estuvieron representados por los presidentes de sus Cortes Supremas de Justicia, mientras que Colombia, Nicaragua, Perú y la República Dominicana, por delegados de sus respectivos ministros de Justicia, en varios casos los embajadores de dichos países en España. Por aclamación fue designado presidente de la Conferencia, el ministro español de Justicia, don Antonio María de Oriol y Urquijo.

CARACTER PERMANENTE DE LA CONFERENCIA. «DECLARACION DE MADRID»

La Conferencia de Ministros de Justicia realizó unas auténticas jornadas de trabajo, altamente ponderables, con sólo destacar aquí el hecho



Inauguración de la Conferencia de Ministros de Justicia, en la Escuela Judicial. Abajo, acto académico en la Universidad de Salamanca. Asistieron los ministros españoles de Educación y Ciencia y de Justicia, con los ministros hispanoamericanos y presidente de Cortes.



de que se aprobase que esta Conferencia—primera en su clase—se constituyese con carácter permanente, debiendo reunirse cada dos años.

En consecuencia, se estableció una secretaría permanente en Madrid, que se encomendó a la Secretaría de la Comisión General de Codificación, actuando como secretario general, don Marcelino Cabanas Rodríguez. Se nombró además una comisión delegada para la próxima conferencia, integrada por los ministros de Justicia de España, miembro permanente, y de Argentina, Brasil, el Salvador y Venezuela. Varios países se ofrecieron como sede para la segunda Conferencia.

Es significativo que una Conferencia de esta índole, haya mostrado de una manera tan diáfana la comunidad de los pueblos hispano-luso-americano-filipino, con el propósito de una cooperación permanente en los puntos anteriormente citados, recogiendo en sus recomendaciones el establecimiento de distintos programas e iniciativas al efecto. La Conferencia se pronunció también contra todas las manifestaciones de violencia, secuestros de personas y aeronaves y las nuevas formas de delincuencia, abogando por una cooperación entre los países, a fin de adoptar medidas efectivas.

Se reafirmó que sólo el imperio del Derecho y de la justicia puede garantizar a los pueblos el adecuado desarrollo en una convivencia pacífica.

Toda esta labor de constituir la Conferencia con carácter permanente, de establecer una secretaría general, de concretar las bases para una efectiva cooperación y de los pronunciamientos que se han hecho, quedó solemnemente expuesta en la «Declaración de Madrid», que todos los conferenciantes firmaron: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, El Salvador, España, Filipinas, Guatemala, Haití, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

Evidentemente, el Acta es de carácter interno y en todo caso se sus-

cribe con las limitaciones establecidas en los ordenamientos jurídicos de los países respectivos.

ACTO DE CLAUSURA.

PALABRAS DEL MINISTRO LOPEZ BRAVO

En el acto de clausura de la Conferencia, que tuvo lugar en la propia Escuela Judicial de Madrid, hizo uso de la palabra, entre otros, el presidente de la Corte Suprema de Justicia de Filipinas, don Roberto Concepción Reyes, quien manifestó su fe en la virtualidad intrínseca de la cultura hispánica, si se mantiene el empeño de estar unidos, y le siguió en turno, el ministro de Panamá, don Alejandro Ferrer, que dejó ver su satisfacción por haber llegado los conferenciantes a conclusiones definitivas y prácticas.

El ministro español de Asuntos Exteriores, don Gregorio López Bravo, tuvo a su cargo el discurso de clausura, y refiriéndose a la «Declaración de Madrid», que se acababa de firmar, dijo que comprobaba que el pensamiento de la misma iba encaminado a establecer entre los países de la comunidad hispano-luso-americano-filipina, una cooperación permanente en materias jurídicas y de justicia, que deberá, sin duda, manifestarse en una red de convenios internacionales de mutua asistencia, que proporcionarán el marco más apropiado para fomentar y mejorar esta vertiente de las relaciones entre los pueblos hispánicos. La Declaración de Madrid—dijo el ministro— es rica en conclusiones, y «abre ante todos un amplio panorama de esperanzas y perspectivas».

No cabe duda, pensamos nosotros, que tanto en este aspecto jurídico, como en todos, hay algo más que una «Declaración de Madrid» desde hace siglos, entre los pueblos de todo un continente y España: el acta de una verdadera comunidad hispánica, fechada un Doce de Octubre de mil cuatrocientos noventa y dos.



**En Iberia,
Líneas Aéreas de España,
sólo el avión recibe más atenciones que usted.**

A cada uno
lo suyo.

Para usted es la rosa:
la delicada atención
de las azafatas de Iberia,
creadoras de ese ambiente
cordial y confortable
que hace nuestros vuelos
todavía más cortos.

Siempre a su **SERVICIO**.

Para nuestros aviones,
la llave,

que representa:

la **TECNICA** minuciosa con que
cientos de especialistas
mantienen nuestra flota,
y la probada experiencia
de los comandantes de Iberia,
con miles de horas
de vuelo.

Por eso,
una llave y una rosa
son nuestro símbolo.

Consulte
al más experto en vuelos:
su agente de viajes,
o a la oficina más próxima
de Iberia.



IBERIA

Líneas Aéreas de España
... Donde sólo el avión
recibe más atenciones que usted.

